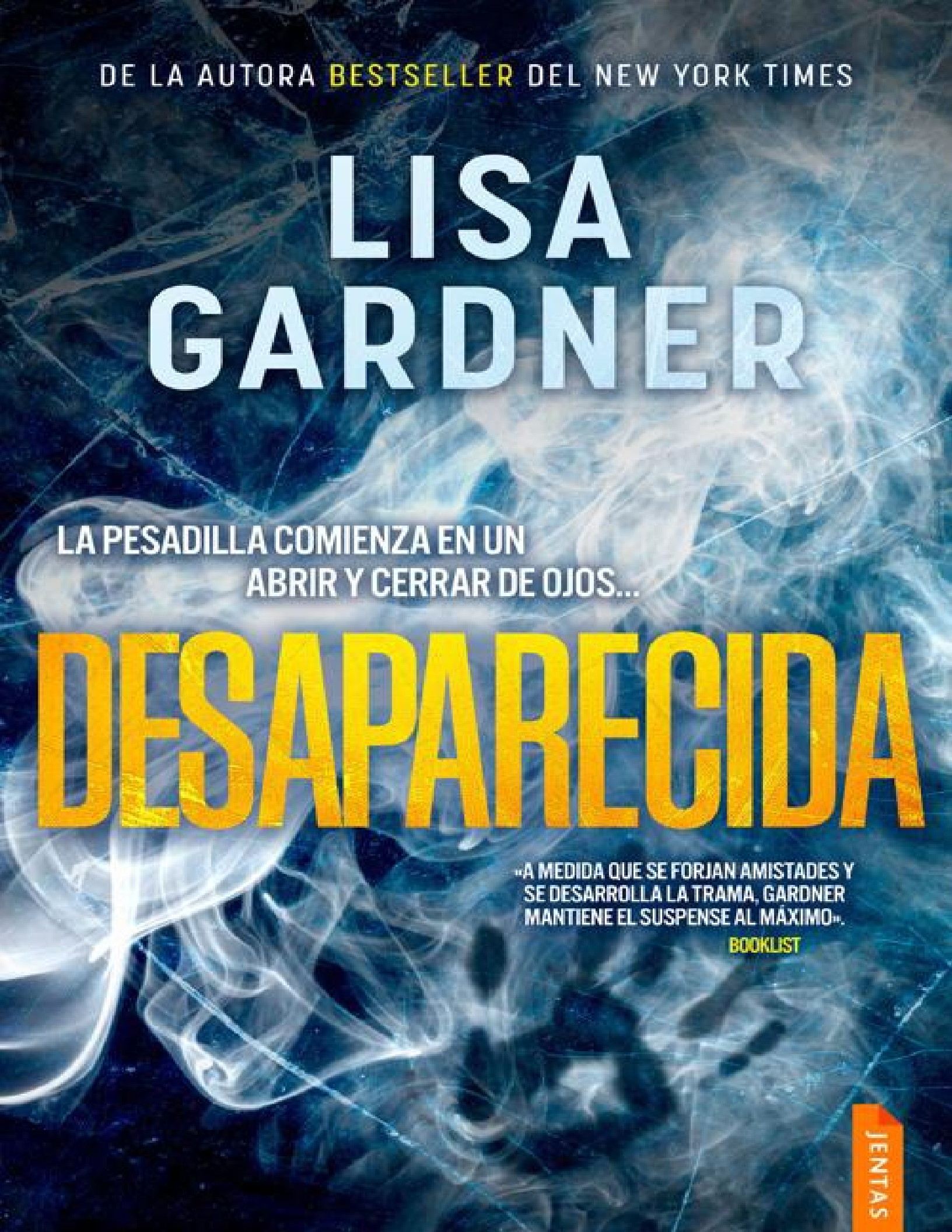

DE LA AUTORA BESTSELLER DEL NEW YORK TIMES
LISA GARDNER
LA PESADILLA COMIENZA EN UN ABRIR Y CERRAR DE OJOS...
DESAPARECIDA
«A MEDIDA QUE SE FORJAN AMISTADES Y SE DESARROLLA LA TRAMA, GARDNER MANTIENE EL SUSPENSE AL MÁXIMO».
BOOKLIST
JENTAS

Desaparecida

Desaparecida
Título original: Gone
© 2006 by Lisa Gardner Inc. Reservados todos los derechos.
© 2025 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
ePub: Jentas A/S
Traducción: Ana Lydia García del Valle, © Jentas A/S

ISBN: 978-87-428-1344-7

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

Esta es una historia ficticia. Los nombres, personajes, lugares e incidentes se deben a la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con hechos, lugares o personas vivas o muertas es mera coincidencia.

This edition is published by arrangement with Jane Rotrosen Agency, LLC., through International Editors & Yáñez Co' S.L.

1

Martes, 12:24 a. m., hora del Pacífico

Está soñando de nuevo, aunque no quiere. Se pelea con las sábanas, sacude la cabeza e intenta que la versión de sí misma en el sueño no suba esas escaleras, no abra esa puerta, no entre en la penumbra.

Se despierta, ahogando el grito en la garganta, con los ojos desorbitados y viendo todavía cosas que no quiere ver. La realidad retorna de forma gradual, a medida que ella va tomando conciencia de las paredes encaladas, las sombrías ventanas y el lado vacío de la cama.

Se dirige al baño, mete la cabeza bajo el grifo y bebe tragos de agua tibia. Todavía puede oír la lluvia que retumba fuera. Parece que no ha parado de llover durante todo ese mes de noviembre, aunque puede que solo sea su estado de ánimo.

Entra en la cocina. La nota sigue sobre la mesa. Han pasado siete días y ya no la lee, pero no se atreve a tirarla.

Es hora de hacer inventario en el frigorífico. Hay yogur, atún, piña, huevos… Coge los huevos y se da cuenta de que caducaron hace dos semanas.

«A la mierda», piensa, y regresa a la cama.

Vuelve a soñar lo mismo, las mismas imágenes, el mismo grito visceral.

A la una de la madrugada, termina levantándose. Se ducha, busca ropa limpia y se queda mirando su demacrada imagen en el espejo.

—¿Cómo se deletrea desastre? R-A-I-N-I-E.

Va a dar una vuelta con el coche.

Martes, 2:07 a. m., hora del Pacífico

—El bebé está llorando —murmuró él.

—¡Despierta!

—Mmm, cielo, te toca a ti encargarte del niño.

—Carl, por el amor de Dios. Es el teléfono, no el bebé, y es para ti. ¡Despierta de una vez!

Tina, la mujer de Carlton Kincaid, le dio un codazo en las costillas. Luego le tiró el teléfono y volvió a acurrucarse bajo las sábanas, cubriéndose el cabello color moca con el edredón de plumas. A Tina le costaba levantarse a mitad de la noche.

Por desgracia, a Kincaid también. Como sargento detective de Delitos Graves en la comisaría de la Policía Estatal de Oregón, en Portland, se suponía que estaba preparado para ese tipo de llamadas. Parecía inteligente e incluso autoritario. Sin embargo, Kincaid llevaba casi ocho meses sin dormir bien y ya lo notaba. Miró malhumorado el teléfono y pensó que más les valía que fuera algo importante de veras.

Kincaid se incorporó e intentó sonar animado.

—Di-gah.

El que llamaba era un agente. Un ayudante del sheriff le había pedido que acudiera a una carretera rural del condado de Tillamook, en cuyo arcén habían encontrado un vehículo abandonado. Por el momento, en el lugar donde se hallaba el vehículo no había rastro del propietario, y tampoco en su domicilio legal.

Kincaid tenía una pregunta.

—¿El vehículo está en una propiedad pública o privada?

—No lo sé.

—Entonces, averígüelo, porque si es privada, necesitaremos autorización para registrar el terreno. También tendrá que ponerse en contacto con el fiscal local para conseguir una orden de registro del vehículo. Así que involucre al fiscal del distrito, acordone la escena, y yo estaré allí en… —Kincaid echó un vistazo a su reloj— cincuenta y cinco minutos.

—Sí, señor.

El agente colgó y Kincaid se puso en marcha. Kincaid llevaba doce años en la Policía Estatal de Oregón. Empezó como agente raso, pasó un tiempo en una unidad especial antipandillas y luego lo trasladaron a Delitos Graves. Por el camino, consiguió una esposa guapa, un gran chucho negro y, desde hacía ocho meses, un bebé lleno de energía. La vida iba según lo previsto, si es que el plan incluía que ni él ni su mujer hubieran dormido ni disfrutado de sus comidas con tranquilidad durante más de medio año.

Los niños te mantenían ocupado, al igual que los delitos graves.

Podía oír la lluvia cayendo a cántaros desde el tejado. Qué noche más jodida para que lo sacaran de la cama. Llevaba dos mudas de ropa en el maletero del coche que tenía asignado, aunque en una noche como esa, solo le servirían para la primera media hora. ¡Mierda! Volvió la vista a la cama con un nudo en el estómago y deseó que, después de todo, hubiera sido el llanto del bebé lo que lo había despertado.

Moviéndose de forma automática, rebuscó en la cómoda y empezó a vestirse. Estaba abrochándose la camisa cuando su mujer suspiró y se incorporó.

—¿Algo grave? —susurró con suavidad.

—No lo sé. Han encontrado un vehículo abandonado en Bakersville.

—Cariño, ¿qué tiene eso que ver contigo?

—La puerta del conductor estaba abierta, el motor seguía en marcha y había un bolso en el asiento del copiloto.

—Qué raro —opinó ella con el ceño fruncido.

—Desde luego.

—Cariño, odio los casos raros.

Kincaid se puso su chaqueta deportiva, se acercó a su mujer y le dio un fuerte beso en la mejilla.

—Vuelve a dormirte, cariño. Te quiero.

Martes, 1:14 a. m., hora del Pacífico

No puede ver absolutamente nada. Aunque los limpiaparabrisas están al máximo, agitándose con violencia por el cristal, da lo mismo, porque no para de llover. Llega a un curva de la carretera, la toma un poco tarde y patina de inmediato a causa del agua.

Respira con dificultad y tiene hipo. ¿Está llorando? Es difícil saberlo, pero agradece estar sola en la oscuridad.

Suelta el acelerador y vuelve con cuidado al carril correcto. Salir a estas horas de la noche tiene sus ventajas. No hay nadie más en la carretera que tenga que sufrir las consecuencias de sus errores.

Sabe a dónde va sin decírselo a sí misma. Si lo pensara, sería una decisión consciente, lo que subrayaría el hecho de que tiene un problema. Resulta mucho más fácil descubrirse a sí misma

entrando en el aparcamiento de la taberna El Laboratorio de los Borrachos. Hay otra media docena de vehículos esparcidos por el solar de grava; la mayoría, camionetas de cabina ancha.

«¡Esos bebedores empedernidos! —piensa—. Te tiene que gustar mucho beber para salir en una noche así».

¿Y qué hace ella ahí?

Permanece sentada en el coche, agarrando con fuerza el volante. Siente que empieza a temblar y que la boca se le llena de saliva. Ya está imaginándose ese primer sorbo largo y frío de cerveza.

Por un momento, se encuentra al borde del precipicio.

«Vete a casa, Rainie. Vete a la cama, ve la televisión, lee un libro. Haz algo, haz cualquier cosa menos esto».

Tiembla con más fuerza, todo su cuerpo se convulsiona mientras se encorva sobre el volante.

Si se va a casa, se dormirá, y si se duerme…

NO subas esas escaleras. NO abras esa puerta. NO te asomes a la penumbra.

En su interior hay mucha oscuridad. Quiere ser una persona de verdad. Quiere ser fuerte, decidida y estar en su sano juicio. Pero sobre todo siente que la oscuridad se agita en su cabeza. Empezó hace cuatro meses, cuando los primeros tentáculos rozaban los rincones de su mente, pero ahora la consume. Ha caído en un abismo y ya no puede ver la luz.

Rainie oye un ruido, levanta la cabeza y, en medio de la lluvia torrencial, ve aparecer de repente una gran figura. No grita, pero echa mano a su pistola.

El vaquero borracho pasa de largo, sin saber lo cerca que ha estado de perder el culo.

Rainie vuelve a dejar su Glock en el asiento del copiloto. Ya ha dejado de temblar. Tiene los ojos muy abiertos y una expresión sombría. Una especie de locura fría como el hielo, que es mucho mucho peor.

Pone el coche en marcha y se adentra de nuevo en la noche.

Martes, 3:35 a. m., hora del Pacífico

Bakersville, Oregón, era un pequeño pueblo costero situado en el centro del condado de Tillamook. Estaba enclavado a la sombra de la imponente cordillera de la costa, en el interior del condado. Contaba con interminables hectáreas de pastos verdes de granjas lecheras, kilómetros de playa rocosa y, desde el punto de vista de un detective, un creciente problema de metanfetaminas. Era un bonito lugar para vivir si te gustaban los bares de música *country* y el queso. Pero si no, no había mucho más que hacer, y los chicos del lugar lo sabían.

Kincaid debería haber tardado cincuenta minutos en llegar a Bakersville, aunque en una noche así, con visibilidad nula, pasos de montaña resbaladizos y una lluvia torrencial, tardó una hora y cuarto. Se detuvo en la escena iluminada, respirando con dificultad y sintiéndose ya en la cuerda floja.

Lo bueno era que los primeros en acudir al lugar habían hecho su trabajo. Tres focos colocados de forma estratégica brillaban en la noche, con sus potentes haces cortando las cortinas de lluvia. La cinta amarilla de la escena del crimen delimitaba un perímetro considerable, fuera del cual empezaban a acumularse los vehículos.

Kincaid reparó en la camioneta de un ayudante del sheriff, luego la del sheriff y, por último, un reluciente SUV negro con toda su parafernalia que supuso que pertenecía al fiscal del condado de Tillamook. Si decidían iniciar una búsqueda a gran escala, requerirían más efectivos, y

necesitarían que el personal del laboratorio forense y del equipo de Huellas Latentes procesase la escena, pero esas decisiones le corresponderían a él.

Una hora y cuarenta minutos después del primer aviso, aún estaban abordando lo básico: ¿se trataba de un crimen o no? Seguro que a la mayoría de los contribuyentes les gustaba pensar que la policía abordaba esas situaciones con toda su energía. Notificaban al laboratorio criminal, llevaban a la Guardia Nacional y solicitaban helicópteros. Sí, bueno, esos mismos contribuyentes continuaban recortando el presupuesto de la Policía de Oregón hasta el punto de que en ese momento Kincaid contaba con tres detectives y medio a sus órdenes en lugar de los catorce originales. En el auténtico mundo policial, todas las decisiones que se tomaban estaban asociadas al presupuesto disponible. Para bien o para mal, esos días tenía que operar gastando lo mínimo.

Kincaid se detuvo detrás del monstruoso Chevy Tahoe negro y apagó el motor. No había forma de evitarlo. Abrió la puerta y salió al aguacero.

La lluvia le dio de lleno en la frente. Por un momento, se detuvo, preparándose para la arremetida. Al rato tenía el pelo empapado, el agua le goteaba por el cuello de su impermeable Columbia, y lo peor había pasado. Ya no tenía que preocuparse por mojarse o llenarse de barro, porque ya lo había hecho.

Kincaid rodeó con dificultad su Chevy Impala para llegar al maletero, sacó el cubo de plástico gigante que contenía su kit de escena del crimen y pasó por debajo de la cinta.

El agente Blaney trotó hacia él, con sus botas Danner negras salpicando en el barro. Era un chico obediente y llevaba puesto el equipo de lluvia del departamento al completo, incluida una cazadora azul y negra de la Policía de Oregón que parecía una chaqueta de motorista en mal estado. A nadie le gustaba esa cazadora. Kincaid llevaba la suya en el maletero para las contadas ocasiones en las que estaba rodeado por la prensa… o por un oficial superior.

Era evidente que Blaney llevaba mucho tiempo al aire libre. Bajo las luces de alta potencia, su abrigo se veía tan brillante como el cristal, mientras que, resguardado por su sombrero de ala ancha, el agua le corría a chorros por el rostro de mandíbula cuadrada y le goteaba por la punta de la nariz. Blaney alargó la mano para saludar y Kincaid le devolvió el gesto.

—Agente.

—Sargento.

Al agente lo seguían el sheriff del condado de Tillamook y un ayudante. Blaney hizo las presentaciones mientras todos se apiñaban empapados por la lluvia, con los dientes castañeteando y apretando los brazos contra el cuerpo para entrar en calor.

Dan Mitchell, ayudante del sheriff, había sido el primero en llegar a la escena. El chico era joven, de familia de granjeros, pero trabajaba duro. No le gustó el panorama: la puerta abierta, los faros encendidos, el motor en marcha… Le pareció algo digno de Hollywood. Así que llamó al sheriff Atkins, a quien no le hizo ninguna gracia tener que salir de la cama en una noche como esa, pero al final llegó.

El sheriff resultó una ligera sorpresa. Para empezar, era una mujer, o sea, la sheriff Shelly Atkins. Por otro lado, tenía un apretón de manos firme, una mirada seria y directa y, al parecer, no le apetecía andarse con rodeos.

—Mire —intervino ella a mitad de la enérgica perorata de su ayudante—, Tom está esperando. —Señaló con la cabeza hacia el fiscal, al que Kincaid vio metido de nuevo en su vehículo—. Tenemos una orden de registro para el coche y, según las instrucciones de su agente, hemos confirmado que esto es terreno público. Bien, no sé qué demonios ha sucedido aquí, pero alguien ha abandonado ese coche a toda prisa, y para mí eso es motivo de preocupación. Así que

pongamos esto en marcha, o no quedará nada que encontrar salvo un montón de informes policiales empapados.

Nadie pudo discutir esa lógica, así que el pequeño grupo se dirigió hacia el coche, acercándose con cuidado a la puerta abierta.

El vehículo era un Toyota Camry último modelo, con el exterior blanco y el interior de tela azul. Era bonito, pero nada del otro mundo. El conductor se había apartado bien, intentando de forma concienzuda no invadir la vía. A la izquierda de la puerta del conductor estaba la sinuosa carretera rural y a la derecha había un empinado terraplén que se adentraba en un bosque muy frondoso.

Como había informado el agente por teléfono, la puerta del conductor estaba abierta del todo y la punta rozaba el borde del asfalto. Lo primero que pensó Kincaid fue que la mayoría de la gente no abría tanto la puerta. Quizá si tenían las piernas muy largas. O tal vez si estaban cargando o descargando algo del coche. Daba qué pensar.

Desde su ángulo, Kincaid pudo distinguir la forma de un bolso de piel marrón en el asiento del copiloto.

—¿Han mirado en el bolso? —preguntó a nadie en particular.

—Yo lo cogí —informó el ayudante Mitchell, que ya sonaba a la defensiva—. Para comprobar la identidad, ya sabe. Me pareció extraño encontrar un coche con las luces encendidas, el motor en marcha y la puerta abierta por completo. Tenía que empezar por algún sitio.

—¿Encontró alguna una cartera?

—No, señor. Pero después abrí la guantera y encontré la documentación del vehículo. Saqué el nombre de ahí.

—¿El bolso estaba vacío?

—No, señor. Había un montón de cosas: cosméticos, bolígrafos, una agenda electrónica… Pero no vi nada que pareciera una cartera. Volví a colocar el bolso tal y como lo encontré. Juro por Dios que no toqué nada más.

—Excepto la guantera —agregó Kincaid con voz suave, pero en realidad no estaba enfadado. El ayudante del sheriff tenía razón: había que empezar por algún sitio.

Habían apagado el motor del coche. El agente lo había hecho para conservar el combustible. Siempre resultaba útil para ver cuánta gasolina quedaba en el depósito al encontrar un vehículo abandonado. Pero el motor funcionaba bien cuando llegó el ayudante Mitchell y, a simple vista, no había ningún problema con los neumáticos, lo cual parecía descartar que se hubiera detenido por problemas mecánicos.

Kincaid se acercó a la parte trasera del Camry e inspeccionó el guardabarros. No había señales de abolladuras ni rasguños, aunque era difícil saberlo con todo tan mojado. Hizo un intento poco entusiasta de buscar otras huellas de neumáticos o pisadas. La lluvia torrencial había destrozado el suelo, dejando solo charcos poco profundos de agua turbia. La advertencia de la sheriff Atkins había sido acertada, pero llegó demasiado tarde.

Kincaid se dirigió al interior del vehículo, con cuidado de no tocar nada.

—¿El coche es de una mujer? —preguntó.

—De acuerdo con la documentación —informó el agente Blaney—, su nombre es Lorraine Conner, de Bakersville. La sheriff Atkins envió un ayudante a su dirección, pero nadie abrió.

—¿Disponemos de alguna descripción física?

—Según los registros de la Jefatura de Tráfico, mide un metro sesenta y ocho, pesa cincuenta y cinco kilos, tiene el pelo castaño y los ojos azules.

Kincaid miró a la sheriff Atkins.

—Uno sesenta y cinco —intervino ella—. No quería tocar nada todavía, pero, a simple vista, el asiento parece correcto.

Eso era lo que le parecía también a Kincaid. El asiento estaba bastante cerca, tal como cabría esperar. Debía examinar los retrovisores, por supuesto, y también la columna de dirección, pero eso tendría que esperar hasta que las ratas de laboratorio y los de Huellas Latentes hubieran finalizado. Según había dicho Blaney, el depósito de gasolina estaba medio lleno cuando apagó el motor, así que, aunque estuvieron preguntando por las gasolineras locales, por precaución, lo más probable era que Lorraine no hubiera repostado en los últimos días.

Se enderezó, parpadeando para protegerse de la lluvia mientras su mente comenzaba a funcionar.

Kincaid había pasado sus tres primeros años como policía trabajando en todo el litoral. Le sorprendía cuántos de sus informes empezaban con el descubrimiento de un vehículo abandonado. El océano parecía atraer a la gente para hablarles por última vez. Así que conducían hasta la costa para ver esa gloriosa puesta de sol final, luego cerraban el vehículo, se adentraban en el bosque y se volaban la tapa de los sesos.

Pero en todos los años que Kincaid llevaba trabajando, nunca había visto a nadie alejarse de un coche de esa manera, dejando el motor al ralentí, los limpiaparabrisas batiendo y los faros encendidos.

El ayudante Mitchell tenía razón, la escena era demasiado hollywoodiense. Había algo que no encajaba.

—Bien —pronunció Kincaid—. Vamos a abrir el maletero.

Martes, 1:45 a. m., hora del Pacífico

Ha dejado de prestar atención. Sabe que es algo malo. En otra época fue ayudante del sheriff de una pequeña localidad, y Dios sabe que ha visto bien lo que puede ocurrir cuando, aunque solo sea por un segundo, una persona desvía la mirada de la carretera.

Pero ahora está muy cansada. ¿Cuánto hace que no duerme? ¿Horas, días, meses? La fatiga ha erosionado sus habilidades motoras. Su memoria a corto plazo está muy deteriorada. Intenta recordar lo que hizo ayer, pero la imagen que le viene a la mente bien podría haber sido de la semana anterior. Ya no tiene noción del tiempo. Su vida existe en un vacío.

Los limpiaparabrisas golpean con un ritmo constante, zum, zum… La lluvia pega contra el techo de su vehículo y los faros titilan en la noche.

Cuando era más joven, con catorce o quince años, antes de que dispararan a su madre, tuvo un novio al que le encantaba salir en noches como esa. Buscaban una carretera secundaria, apagaban los faros y se perdían en la oscuridad.

—¡YIII-jaaa! —bramaba el chico, antes de darle un trago a su Wild Turkey.

Después follaban como salvajes en el asiento trasero, en una bruma de whisky, sudor y condones.

Al pensar en aquellos días, Rainie siente una punzada. Hace mucho tiempo que no se siente joven, salvaje y libre. Hace demasiado tiempo que no confía en sí misma para conducir a ciegas en la oscuridad.

Y entonces sus pensamientos se desvían, arrastrándola a un lugar al que no quiere ir.

Piensa en Quincy. Recuerda la primera vez que estuvieron juntos, la forma en que la tocó con

ternura y la forma en que la abrazó después.

—Rainie —le aseguró con suavidad—, no pasa nada por disfrutar de la vida.

Y ahora le duele. Sufre un dolor indescriptible y no puede respirar. Siete días después, sigue como si le hubieran dado un puñetazo en el plexo solar, y sus labios se mueven, pero no encuentra aire.

La carretera hace una curva, pero está demasiado distraída para reaccionar. Las ruedas giran, los frenos chirrían. Su coche da vueltas y vueltas, y ella suelta el volante. Retira el pie del acelerador. Se encuentra a sí misma dejándose llevar, como una versión solitaria de Thelma y Louise*, esperando a lanzarse al Gran Cañón, agradecida de poder acabar de una vez con todo.*

El coche gira hacia un lado y vuelve de una sacudida al centro. Los antiguos instintos se activan, despiertan la memoria muscular de los días en que era una policía competente y experta. Agarra el volante y lo gira en la dirección del derrape. Frena con más cuidado y se aparta a un lado de la carretera.

Entonces sufre un ataque de nervios. Apoya la frente en el volante y llora a lágrima viva como un bebé, con los hombros sacudiéndose, el pecho agitado y la nariz goteando.

Llora y llora sin parar, y luego piensa en Quincy, en el tacto de su mejilla contra su pecho, en el sonido de los latidos de su corazón en su oído, y empieza a sollozar de nuevo. Excepto que bajo sus lágrimas ya no hay tristeza, sino rabia candente.

Lo ama y lo odia. Lo necesita y lo desprecia. Esa parece ser la historia de su vida. Otras personas se enamoran. Otras personas son felices.

¿Por qué le resulta tan difícil? ¿Por qué no puede limitarse a olvidar?

Y entonces las imágenes aparecen de nuevo en su mente. Los escalones del porche, la puerta que se abre, la penumbra que llama…

Rainie coge su pistola por reflejo. Para defenderse, para atacar, para disparar… ¿a qué? Ya se ha encontrado con el enemigo, y es ella misma. Lo que, a su manera demencial, la hace volver a odiar a Quincy. Porque si él nunca la hubiera amado, entonces ella nunca habría sabido lo que había perdido.

Acaricia su Glock con los dedos. Y solo por un instante, se siente tentada…

Oye un tamborileo en su ventana y levanta la cabeza de golpe.

El universo estalla con un resplandor blanco.

Martes, 3:49 a. m., hora del Pacífico

El ayudante Mitchell no identificó el contenido del maletero al principio. Pero Kincaid pudo ver cómo por fin lo comprendió al notar que su rostro iba adquiriendo varios tonos de verde.

—¡¿Pero qué co…?! —El ayudante retrocedió a trompicones, levantando el brazo como para bloquear la imagen.

Kincaid estiró una mano y levantó con cuidado la primera página de fotos. Su mirada se dirigió a la sheriff Atkins.

—¿No sabe cómo se llama?

—No, pero llevo solo un mes trabajando. ¿En serio es lo que creo que es?

—¡Y tanto!

—¡Dios santo! —Se quedó mirando el coche abandonado—. Esto no va a terminar bien, ¿verdad?

—No es probable.

Kincaid sacó su teléfono y realizó la llamada.

2

Martes, 4:05 a. m., hora del Pacífico

Fuera estaba tronando.

Quincy se despertó demasiado rápido. Con la respiración entrecortada y las manos agarradas al colchón, su cuerpo se preparó para el golpe. Al instante siguiente, rodó con agilidad sobre un costado y se levantó de la cama.

El pecho le palpitaba. Tuvo que forzarse a mirar el papel pintado, cargado de flores, para recordar dónde estaba y cómo había llegado hasta ahí. La conclusión de esos pensamientos le quitó la voluntad que le quedaba para luchar. Se le hundieron los hombros y bajó la cabeza. Se apoyó con pesadez en la ventana y observó cómo la lluvia trazaba duras líneas diagonales sobre el cristal.

Llevaba ya siete días en aquella coqueta pensión rural, es decir, unos siete de más. Al menos, la propietaria era amable. No hacía comentarios sobre un hombre solo que alquilaba una habitación en un alojamiento sin duda destinado a enamorados. Y no se entrometía cuando cada mañana él pedía en voz baja que le ampliara su reserva un día más.

¿A dónde lo llevaba eso? ¿Cuándo terminaría? A decir verdad, ya no lo sabía. Y ese pensamiento lo agotaba. Lo hacía sentirse, por primera vez en su vida, muy muy viejo.

Quincy tenía cincuenta y tres años, esa etapa de la vida en la que su cabello castaño oscuro era más canoso que oscuro, en la que las patas de gallo de las comisuras de los ojos se habían hecho más profundas, en la que se sentía cada vez más distinguido, pero menos atractivo. Seguía corriendo casi veinte kilómetros cuatro veces por semana. Seguía entrenándose todos los meses en el campo de tiro. En dos ocasiones a lo largo de su vida se había enfrentado a depredadores en serie de cerca y en persona, y no iba a ablandarse solo porque hubiera superado la barrera del medio siglo.

No era un hombre fácil, y lo sabía. Era demasiado inteligente y pasaba demasiado tiempo inmerso en sus propios pensamientos. Su madre murió joven y su padre no había sido muy hablador. Hubo años enteros de su vida que transcurrieron en silencio. Un chico que crecía así estaba destinado a convertirse en una clase de hombre especial.

Se incorporó a las fuerzas del orden por una decisión impulsiva y comenzó su carrera en la Policía de Chicago. Luego, cuando resultó que tenía un don natural para perseguir mentes antinaturales, se unió al FBI como perfilador. Había recorrido muchos kilómetros, trabajando en más de cien casos al año, viajando de motel en motel, siempre analizando la muerte.

Mientras, su primera esposa lo abandonó y sus dos hijas crecieron sin él. Hasta que un día miró a su alrededor y se dio cuenta de que había dado tanto a los muertos que ya no le quedaba nada.

Después de eso, pasó a ocuparse de algunos proyectos internos en el Buró y trató de estar más en casa con sus hijas. Incluso se esforzó en reparar la díscola relación con su exmujer, Bethie.

Puede que hiciera algún progreso. Era difícil saberlo. Le daba la impresión de que solo había transcurrido un abrir y cerrar de ojos cuando recibió una llamada de Bethie.

—Ha ocurrido un accidente de coche. Mandy está en el hospital. Por favor, ven enseguida…

Su hija mayor nunca recobró el conocimiento. La enterraron poco antes de que cumpliera veinticuatro años, y Quincy regresó a su despacho sin ventanas de Quantico, a revisar de nuevo fotos de la muerte.

Aquel fue el año más duro de la vida de Quincy. Peor fue darse cuenta de que alguien había asesinado a Mandy y que esa misma persona, en aquel momento, perseguía a Bethie y a su hija menor, Kimberly. Actuó con rapidez, pero siguió sin ser suficiente. El asesino llegó hasta Bethie antes que él, y tal vez habría conseguido matar también a Kimberly de no haber sido por Rainie.

Aquel día, Rainie luchó. Luchó por Kimberly, luchó por sí misma y luchó por el mero hecho de luchar, porque eso era lo que hacía y así era ella, y él nunca había conocido a nadie parecido.

Le encantaba aquella Rainie. Le encantaba lo bocazas que era, su actitud impertinente y su temperamento fogoso. Le encantaba cómo lo desafiaba, lo provocaba y lo enfurecía.

Era dura, independiente, cínica y brillante. Pero, además, era la única mujer que había conocido que lo entendía. La que sabía que, en el fondo, seguía siendo un optimista encubierto, que intentaba ver el bien en un mundo que ofrecía mucho mal. La que sabía que, en realidad, no podía renunciar a su trabajo, porque si la gente como él no hacía lo que hacía, entonces, ¿quién lo haría? La que sabía que la quería de verdad aunque pareciera callado y retraído. Lo que pasaba era que las emociones que sentía con más intensidad no eran del tipo que podía expresar con palabras.

Cuando Quincy y Rainie por fin se casaron hacía dos años, él se vio a sí mismo embarcándose en un capítulo nuevo y más sano de su vida. Kimberly se había graduado en la Academia del FBI y le iba bien como agente en la oficina de Atlanta. Hablaban, tal vez no tanto como algunos padres e hijas, pero al menos lo suficiente para satisfacer las necesidades de ambos.

Y había hecho lo impensable… retirarse. O pseudorretirarse. Se había retirado todo lo que un hombre como él era capaz.

En la actualidad, él y Rainie solo trabajaban en un puñado de casos, ofreciendo servicios de elaboración de perfiles como consultores privados para el sector policial. Se habían mudado a Oregón porque Rainie echaba demasiado de menos las montañas como para llamar hogar a otro sitio. Incluso, ¡que Dios lo ayudara!, habían pensado en adoptar un niño.

Resultaba difícil imaginarse siendo padre a su edad. Y, sin embargo, él lo hizo.

Durante unas breves tres semanas, después de que la foto llegara por correo, incluso se emocionó con ella.

Pero entonces sonó el teléfono y acudieron a la llamada.

Y la vida de Quincy se desmoronó por segunda vez.

Tal vez debería empezar a buscar un apartamento.

«Quizá mañana», pensó, pero ya sabía que no lo haría. Incluso un hombre brillante podía ser estúpido cuando se trataba de amor.

Se oyó un suave golpe en la puerta. La propietaria de la pensión estaba al otro lado, con aspecto exhausto. Le dijo que había un agente de policía abajo que preguntaba por Quincy. Decía que era urgente, que tenían que hablar enseguida.

A Quincy no le sorprendió.

Había aprendido hacía mucho tiempo que la vida siempre podía empeorar.

Martes, 4:20 a. m., hora del Pacífico

Kincaid se retiró al relativo refugio de su coche, encendió la calefacción e hizo varias llamadas con el móvil.

Primero, al agente especial a cargo de la oficina del FBI de Portland. Despertar a un federal en mitad de la noche nunca era bueno, pero Kincaid no tenía elección. El maletero del vehículo

abandonado había revelado un hallazgo muy inquietante: las fotos de un cadáver femenino destripado. Todas ellas lucían el sello «Propiedad del FBI».

Consiguió hablar con Jack Hughes a la primera. El agente especial del FBI confirmó que Lorraine Conner era una investigadora privada que en el pasado había trabajado como asesora para la oficina de Portland. Que él supiera, no estaba colaborando en ningún caso en ese momento, pero podía estar trabajando con otra oficina. Hughes le pasó el nombre del compañero de Conner para que le hiciera un seguimiento, pidió que lo mantuvieran informado y luego bostezó varias veces antes de volver a su agradable y cálida cama.

Kincaid tuvo la misma suerte con sus dos siguientes llamadas. Se puso en contacto con la supervisora del laboratorio criminalístico e informó de su hallazgo. Ella le informó de que hacía muy mal tiempo y las condiciones eran demasiado húmedas para justificar el envío de un perito criminalista. Volverían a hablar cuando el vehículo se encontrara en un lugar seco y seguro. Y luego Mary Senate se volvió a la cama. Lo mismo sucedió cuando Kincaid llamó a Huellas Latentes:

—No pueden extraerse huellas de un coche mojado, así que cuando se seque, avísenos. Buenas noches.

Lo que dejó a Kincaid solo, calado hasta los huesos y preguntándose por qué demonios no se había hecho contable como su padre.

Salió del coche el tiempo suficiente para hablar con la sheriff Atkins. La sheriff estaba organizando a sus ayudantes locales para realizar una búsqueda por la vegetación. Lo malo era que seguía lloviendo a cántaros y la visibilidad era casi nula, aunque lo bueno era que la noche de noviembre no había bajado de los diez grados. Seguía haciendo mucho frío si se estaba mojado, pero no suponía un riesgo vital inmediato.

Asumiendo que Lorraine Conner estuviera en esos bosques, dando tumbos…

¿Qué haría que una mujer saliera de su coche en una noche como esa? Y, en particular, una agente cualificada de las fuerzas del orden y en una carretera tan oscura, remota e intimidante. A Kincaid se le ocurrían algunas respuestas para esas preguntas, pero ninguna era buena.

Llamó a la grúa. Si los científicos necesitaban que el vehículo estuviera seco y a buen recaudo, entonces, sin falta, lo llevaría a un lugar donde estuviera seco y a buen recaudo.

Al llegar la grúa, el conductor salió al aguacero, miró el lodazal que rodeaba al vehículo y enseguida sacudió la cabeza. El coche ya estaba atascado. Tratar de sacarlo rociaría barro por todas partes y destruiría las pocas pruebas que quedaban.

El coche no se movería de allí durante al menos unas horas más.

Kincaid soltó unos cuantos tacos, sacudió la cabeza disgustado y por fin se le ocurrió una idea brillante. Encontró a un ayudante de la sheriff que tenía una tienda de campaña plegable y lo envió a casa a buscar la lona. Treinta minutos más tarde, había levantado el refugio improvisado sobre el vehículo y su entorno inmediato. Sin duda, cualquier evidencia que hubiera habido había desaparecido hacía tiempo, pero bueno, tenía que intentarlo. Además, al amparo de la tienda, al menos podía ponerse a trabajar.

Kincaid empezó a hacer fotos digitales y llegó a rodear la mitad del vehículo antes de que regresara el agente Blaney, seguido de un segundo coche.

Kincaid vio el segundo vehículo aparcar detrás del coche de Blaney y a un hombre salir al chaparrón. Llevaba un abrigo de London Fog que seguro que costaba la mitad del sueldo mensual de Kincaid, unos zapatos caros y pantalones bien planchados. Así que ese era Pierce Quincy. Era experfilador del FBI, el marido de Lorraine Conner y, sin lugar a duda, persona de

interés. Kincaid le echó una larga mirada.

Quincy no perdió tiempo en acercarse.

—Sargento Kincaid —saludó el hombre, extendiendo una mano, y con el pelo ya pegado al cráneo por la lluvia.

—Usted debe ser Quincy.

Se dieron un apretón de manos. Kincaid pensó en que el perfilador tenía un fuerte agarre, el rostro delgado y unos ojos azules casi cristalinos. Parecía un hombre duro, de los que estaban acostumbrados a controlarlo todo.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está mi mujer? Me gustaría ver a Rainie.

Kincaid se limitó a asentir, balanceándose sobre sus talones y continuando su evaluación. Esa era su fiesta. Mejor dejarlo claro desde el principio para ahorrarles a ambos muchas disputas innecesarias.

—Bonito abrigo —elogió al final.

—Sargento…

—Al igual que los zapatos. Aunque algo manchados de barro, ¿no cree?

—El barro se limpia. ¿Dónde está mi mujer?

—Le diré una cosa. Usted responde a mis preguntas y yo responderé después a las suyas. ¿Qué le parece?

—¿Tengo elección?

—En realidad, ya que esta es mi escena, no, no la tiene.

Quincy frunció los labios, pero no protestó. Kincaid se permitió un instante para sacar pecho. Un punto a favor del policía estatal.

Aun así, debería haberse quedado en la cama.

—Señor Quincy, ¿cuándo fue la última vez que vio a su esposa?

—Hace siete días.

—¿Ha estado de viaje?

—No.

—¿No trabajan juntos?

—En este momento, no.

—¿Viven juntos?

Un músculo se tensó en la mandíbula de Quincy.

—En este momento, no.

Kincaid ladeó la cabeza.

—¿Le importaría explicarse?

—En este momento, no.

—Bueno, está bien, si así es como quiere jugar, pero mire, señor Quincy…

—Sargento, por favor —repuso él, levantando una mano—. Si de verdad quiere hacerme bailar como una marioneta en una cuerda, entonces, claro que puede pasar las próximas horas poniéndome a prueba. Pero ahora mismo le pregunto, de investigador a investigador, ¿dónde está mi mujer?

—¿No lo sabe?

—Se lo digo en serio, sargento, no lo sé.

Kincaid se quedó mirando al hombre durante otro instante y luego cedió con un leve encogimiento de hombros.

—Un ayudante de nuestra sheriff encontró su coche poco después de las dos de la madrugada.

Sin embargo, no hay rastro de ella ni aquí ni en su domicilio. Le seré sincero… estamos preocupados.

Kincaid vio al perfilador tragar saliva y luego, solo de forma leve, tambalearse sobre sus pies.

—¿Necesita un momento? —preguntó Kincaid, tajante—. ¿Puedo ofrecerle algo?

—No. Yo solo… No.

Quincy dio un paso, y luego otro. Su rostro tenía un aspecto pálido bajo el resplandor de los focos. Kincaid empezó a fijarse en los detalles que había pasado por alto antes. La forma en que el abrigo London Fog colgaba del cuerpo del perfilador. La forma en que el hombre se movía, entrecortada y tensa. Era la de un hombre que no había dormido bien en días.

En cuanto a maridos afligidos, el exfederal ofrecía un buen espectáculo.

—Quizá le apetezca una taza de café —ofreció Kincaid.

—No. Prefiero… ¿Me permite ver el vehículo? Podría ayudarlo a determinar… tal vez falten algunas cosas.

Kincaid consideró la petición.

—Puede mirar, pero sin tocar. Los del laboratorio todavía no han llegado.

Se encaminó hacia el Toyota abandonado. Había cerrado la puerta del lado del conductor después de fotografiar y grabar su posición original, y en ese momento la volvió a abrir.

—¿Han preguntado en los establecimientos de la zona? —quiso saber Quincy, cuya voy ya sonaba más clara, como la de un investigador que se ponía manos a la obra.

—Por aquí no hay mucho donde preguntar.

—¿Y en el bosque?

—Tengo algunos ayudantes recorriendo los alrededores ahora mismo.

—Y todos los vehículos, por supuesto —murmuró Quincy, y luego señaló hacia la guantera—. ¿Puedo?

Kincaid dio la vuelta hasta el otro lado del Toyota y, con la mano enguantada, la abrió. Al haberla revisado con anterioridad, ya conocía lo que albergaba: media docena de servilletas de McDonald›s, cuatro mapas y el manual del propietario del vehículo, con la documentación dentro. Luego observó a Quincy estudiar el contenido con atención.

—¿El bolso? —pidió Quincy.

Kincaid, obediente, lo mantuvo abierto y Quincy escrutó el interior.

—Su arma —señalo Quincy al fin—. Una Glock del 40, semiautomática. Por lo general, Rainie la guarda en la guantera, si no la lleva encima.

—¿Siempre viaja armada?

—Siempre.

—¿Dónde ha estado esta noche, señor Quincy?

—Volví a mi alojamiento algo después de las diez. Puede preguntarle a la señora Thompson, la que dirige la pensión. Estaba abajo cuando llegué.

—¿Ella está pendiente de la puerta?

—No.

—¿Así que podría haber salido más tarde sin que ella se diera cuenta?

—No tengo coartada, sargento. Solo mi palabra.

Kincaid cambió de táctica.

—¿Su esposa suele salir a conducir en mitad de la noche, señor Quincy?

—A veces, cuando no puede dormir.

—¿Por esta carretera?

—Lleva a la playa. A Rainie le gusta escuchar el océano por la noche.

—¿Es eso lo que estaba haciendo el diez de septiembre, cuando la detuvieron por conducir bajo los efectos del alcohol?

A Quincy no pareció sorprenderle que Kincaid supiese lo del arresto.

—Yo comprobaría los bares de la localidad —se limitó a decir.

—¿Su esposa tiene un problema con el alcohol, señor Quincy?

—Creo que eso tendría que preguntárselo a ella.

—Parece que las cosas no van muy bien.

No era una pregunta y el perfilador no contestó.

—¿Qué vamos a encontrar en el bosque, señor Quincy?

—No lo sé.

—¿Qué cree que ha pasado aquí, en esta carretera, en mitad de la noche?

—No lo sé.

—¿No lo sabe? Vamos, señor Quincy. ¿No es usted el famoso perfilador, el experto en la naturaleza humana?

Quincy por fin sonrió. Aunque eso hizo que su rostro pareciera más sombrío de lo que Kincaid hubiera esperado.

—Está claro, sargento —repuso con voz tranquila—, que no conoce a mi mujer.

3

Martes, 4:45 a. m., hora del Pacífico

Quincy quería avanzar. Su primer instinto fue adentrarse en la oscura maleza y gritar de forma frenética el nombre de su esposa desaparecida. El segundo, atacar el coche de Rainie, destrozarlo y buscar… cualquier cosa. Una nota, signos de lucha, la pista mágica que dijera: «Rainie está aquí», o tal vez: «Tu mujer sigue queriéndote».

Por supuesto, el sargento Kincaid lo mantuvo a raya. Como la cortesía profesional solo llegaba hasta cierto punto cuando eras el marido separado de la desaparecida, obligaron a Quincy a salir del perímetro de la escena del crimen, donde se paseó un rato, cada vez más mojado, sucio y enfadado.

Al final, se retiró a su coche. Se sentó en el asiento de cuero negro, contemplando su salpicadero de última generación, con sus elegantes detalles de madera veteada, aborreciendo cada aspecto de su vehículo.

Rainie había desaparecido. ¿Cómo podía quedarse sentado en un sedán de lujo?

Intentó seguir los movimientos a través del parabrisas, pero la lluvia golpeaba con tal intensidad que le impedía ver. Lo más que pudo distinguir fue el parpadeo ocasional de una linterna mientras los buscadores se movían entre los árboles del bosque adyacente. Había cuatro ayudantes. Eso era todo. Según Kincaid, eran chicos de la localidad que tenían experiencia en la búsqueda de cazadores perdidos, y lo mejor que podían desplegar dadas las condiciones actuales. Al amanecer, por supuesto, convocarían a voluntarios y pondrían en marcha todas las labores de búsqueda y rescate. Establecerían un puesto de mando, traerían a los perros y dividirían los bosques circundantes en una elaborada red de cuadrículas.

Suponiendo que Rainie siguiera desaparecida y suponiendo que cuatro ayudantes de la sheriff, dando tumbos a ciegas en mitad de la noche, no encontraran por arte de magia la aguja en el pajar.

Rainie había desaparecido, al igual que su arma.

Tenía que pensar. Ese era su punto fuerte. Nadie se anticipaba a la retorcida mente humana como Pierce Quincy. No, otras personas tenían talento para, por ejemplo, hacer malabares. Él tenía ese.

Se esforzó por estructurar sus dispersos pensamientos. Recordó casos de secuestro anteriores y pensó sobre diversas estrategias empleadas para engañar a mujeres incautas y llevarlas a la muerte. Bundy fingía estar lesionado y se escayolaba el brazo para que las jóvenes universitarias lo ayudaran a llevar los libros. El Ecoasesino de Virginia acechaba a chicas cuando salían de los bares y les ponía un clavo en la rueda trasera de su coche. Luego era tan sencillo como seguir el vehículo hasta que el neumático pinchaba. «Eh, señorita, ¿necesita ayuda?».

Otros optaban por una táctica al estilo guerra relámpago: preparaban una emboscada y pillaban a la víctima desprevenida. Había mucho métodos y muchas formas de llevarlos a cabo. En mitad de la noche y en medio de una carretera desierta y muy arbolada, no era muy complicado.

Pero Rainie iba armada. Rainie tenía experiencia. Rainie, además, había visto las fotos de la escena del crimen.

Su razonamiento volvió a interrumpirse. Intentó elaborar una teoría, trató de imaginarse lo que pudo haber ocurrido ahí un poco después de las dos de la madrugada. Pero su cerebro se negaba

a funcionar. Todavía no estaba seguro de cómo ser un investigador de asesinatos capacitado. Estaba demasiado ocupado siendo el marido conmocionado y abrumado.

Rainie había desaparecido, al igual que su arma.

Y en esas frase, Quincy descubrió su verdadero y genuino miedo. El que aún no podía expresar con palabras y al que realmente no podía enfrentarse.

Rainie había desaparecido, al igual que su arma.

Quincy cerró los ojos y apoyó la frente en el volante. Y deseó, como lo había hecho muchas veces en su vida, no ser consciente de todas las cosas que un hombre como él sabía tan bien.

Jueves, tres semanas atrás, 5:45 p. m., hora del Pacífico

—Estás muy callada esta noche.

Se dio cuenta de que el sonido de su voz la había sobresaltado. Ella levantó la vista de repente, parpadeando al salir de su ensoñación. Entonces las palabras debieron calar por fin y sonrió sin ganas.

—¿No es eso lo que yo debería decir?

Él intentó devolverle la sonrisa, entrando en la gran sala, pero dejándole espacio suficiente. En otra época, no habría dudado en sentarse junto a ella en el sofá. Le habría besado la mejilla, tal vez le habría colocado un mechón rebelde de su cabello castaño oscuro detrás de la oreja o tal vez ni siquiera algo tan intrusivo. Quizá habría ocupado su lugar favorito en el sillón orejero junto a la chimenea de gas, abriendo un libro y compartiendo el silencio.

Pero no esa vez.

—¿En qué piensas? —Su voz se quebró, algo que él mismo detestaba.

—Solo en trabajo —respondió. Se echó el cabello hacia atrás y se levantó del sillón. El mes de octubre solía ser cálido y agradable en Oregón. Ese año, sin embargo, se había registrado un récord de precipitaciones, y los interminables días grises de llovizna generaban un frío que calaba hasta los huesos. Rainie ya había sacado su ropa de invierno. Llevaba un jersey extragrande de punto trenzado color crema con su par favorito de vaqueros rotos. Los vaqueros realzaban sus largas y estilizadas piernas y el jersey resaltaba los reflejos rojizos de su cabello castaño.

A Quincy le pareció que estaba preciosa.

—Debería irme —dijo Rainie.

—¿Vas a salir?

—He quedado con Dougie. Creía que te lo había dicho anoche.

—Acabas de reunirte con Dougie.

—Eso fue el martes, y hoy es jueves. Vamos, Quince, ya te dije cuando empezó esto que iba a exigirme mucho tiempo.

—Rainie… —No sabía cómo decirlo.

—¿Qué?

Al final, con las manos en las caderas y la voz impaciente, ella se acercó a su marido, que pudo verle los pies. Los llevaba desnudos, sin calcetines. Una fila de diez dedos sin pintar. Quincy pensó que estaba perdido. Incluso los dedos de los pies de su mujer le encantaban.

—No creo que debas salir.

Los ojos azules de Rainie se abrieron de par en par y lo miraron con incredulidad.

—¿No crees que deba salir? ¿Qué demonios es eso? No estarás celoso de Dougie, ¿verdad?

—En realidad, hay muchos aspectos de Dougie que no me gustan.

Ella empezó a protestar de nuevo y él levantó una mano para silenciarla.

—Sin embargo, sé que Dougie no es el verdadero problema.— Y, de repente, fue como si hubiera encendido una cerilla.

Rainie se alejó de él con movimientos bruscos y nerviosos. Encontró los calcetines y las botas de cordones junto al sofá, se sentó desafiante y empezó a ponérselos.

—Déjalo —manifestó con firmeza.

—No puedo.

—Claro que puedes, es muy fácil. Admite de una vez por todas que no puedes arreglarme.

—Te quiero, Rainie.

—¡Mentira! El amor es aceptación, Quincy. Y tú nunca me has aceptado.

—Creo que deberíamos hablar.

Terminó de subirse los calcetines y cogió una bota. Pero estaba tan enfadada, o quizá triste, él ya no lo sabía, lo cual constituía la mitad del problema, que sus dedos forcejearon con los cordones.

—No hay nada que discutir. Fuimos a la escena, vimos lo que vimos, y ahora lo abordaremos como solemos abordarlo. Solo fueron dos asesinatos más, por el amor de Dios. No es que no hayamos visto cosas peores.

No pudo ponerse la bota. Tenía los dedos demasiado rígidos y le temblaban mucho. Al final metió el pie izquierdo, dejó los cordones desatados y se calzó la bota derecha.

—Rainie, por favor, no intento fingir que entiendo cómo te sientes…

—¡Ya estamos otra vez! Otra frase sacada del manual del psicoanalista. ¿Eres mi marido o eres mi terapeuta? Acéptalo, Quincy… no eres capaz de entender la diferencia.

—Sé que necesitas hablar de lo que pasó.

—No, no lo necesito.

—Sí que lo necesitas, Rainie.

—¡Por última vez, déjalo!

Se dispuso a empujarlo para pasar, con los cordones agitándose contra la alfombra, pero él la agarró del brazo. Por un momento, los ojos de Rainie se ensombrecieron. Quincy pudo percibir que ella estaba considerando actuar con violencia. Cuando se veía acorralada, solo sabía luchar. Una parte de él se sintió reconfortado al ver que las mejillas por fin se le sonrojaban, pero la otra parte jugó la única baza que le quedaba.

—Rainie, sé que has estado bebiendo.

—Eso es mentira…

—Luke me contó lo de la multa.

—Luke es un idiota.

Quincy se quedó mirándola.

—Sí, vale, me tomé una copa.

—Eres alcohólica. No puedes tomarte ni una copa.

—Bueno, perdóname por ser humana. Tropecé, pero recuperé el equilibrio. Seguro que dos cervezas en quince años no son motivo para llamar a la policía.

—¿A dónde vas esta noche, Rainie?

—A ver a Dougie. Ya te lo he dicho.

—He hablado con él esta tarde y no sabía nada de esta noche.

—Es un chaval, estará confundido…

—Tampoco sabía lo del martes por la noche.

Se quedó paralizada. Atrapada y acorralada. La expresión de su rostro le partió el corazón a Quincy.

—Rainie —susurró—, ¿desde cuándo es tan sencillo mentir?

El fuego abandonó por fin sus mejillas. Se quedó mirándolo durante un buen rato, con tanta intensidad que él empezó a tener esperanzas. Pero entonces los ojos de Rainie se enfriaron hasta un suave gris que él conocía demasiado bien. Sus labios se relajaron y su mandíbula se tensó.

—No puedes arreglarme, Quincy —expresó en voz baja, luego se separó de su brazo y salió por la puerta.

Martes, 5:01 a. m., hora del Pacífico

Quincy estaba sentado en su coche, mirando hacia la penumbra.

—Oh, Rainie —murmuró—. ¿Qué has hecho?

4

Martes, 5:10 a. m., hora del Pacífico

A la agente especial Kimberly Quincy le gustaba empezar a buen ritmo. A las cinco de la mañana saltaba de la cama. Años de costumbre la despertaban antes de que sonara la alarma. A las cinco y cuarenta y cinco terminaba su carrera de diez kilómetros. A las seis de la mañana salía de la ducha, se ponía unos elegantes pantalones negros y un top de seda ajustado de color crema. Iba a la cocina a tomarse un zumo, tostadas y café, cogía su chaqueta y se ponía en marcha.

A las seis y media de la mañana, el tráfico matutino ya empezaba a intensificarse, fluía con lentitud pero no se atascaba. A Kimberly le gustaba aprovechar los cuarenta y cinco minutos de trayecto para componer su lista mental del día. Esa mañana tenía una investigación que quería finalizar, lo que significaba rellenar formularios para los analistas. La oficina proporcionaba a sus agentes las armas de fuego más potentes del mundo, pero que Dios te amparase si necesitabas acceder a un ordenador.

Después de rellenar el papeleo de la investigación, tenía montones de cajas que ordenar para su último caso: un montón de falsificaciones de arte de elevada calidad habían aparecido en el mercado de Atlanta. El equipo del caso de Kimberly intentaba identificar una conexión entre las piezas rastreándolas por las distintas galerías de arte y marchantes.

Kimberly, que ya tenía experiencia en dos casos de asesinos en serie, se había imaginado trabajando en el Grupo Especial de Delitos Violentos del FBI o, mejor aún, en la Unidad de Lucha Antiterrorista y de Contraespionaje. No obstante, el hecho seguía siendo que era una mujer, y los delitos de guante blanco seguían siendo el punto de partida preferido para las mujeres en el Buró.

Lo bueno era que parecía que una de las unidades especiales iba a ejecutar una orden de arresto por un delito grave esa tarde, y le habían pedido a Kimberly que los acompañara. Contar con más efectivos siempre resultaba de ayuda para esas operaciones, y como su supervisor solía decirle, era una buena experiencia para una joven agente. Así que eso añadiría un poco de chispa al día.

Dos años después de su incorporación al FBI, Kimberly sentía que por fin comenzaba a asentarse. Le gustaba Atlanta; la ciudad era más moderna y vibrante de lo que ella habría imaginado, pero conservaba su tradicional encanto sureño. Le encantaban su clima cálido y su cultura de disfrutar de actividades al aire libre como senderismo, ciclismo, *footing* o natación. Y era muy posible que estuviera enamorada con locura de Mac.

Llevaban juntos dos años. ¿Quién lo habría imaginado? Una joven y ambiciosa federal y un detective estatal algo arrogante pero muy mono. No era una relación tradicional en el sentido estricto. Kimberly ya ni siquiera era capaz de contar el número de planes de viernes por la noche cancelados o de escapadas de fin de semana frustradas. Ya fuera el móvil de él o el de ella, parecía que siempre estaban llamando a uno de los dos.

Pero a ellos les funcionaba. A los dos les encantaba lo que hacían y los dos apreciaban los pequeños momentos que podían robar entre medias. A propósito de eso, estaban planeando verse en Savannah durante el fin de semana. Lo que significaba que uno de ellos se vería envuelto en un caso importante en cualquier momento.

Eso hizo que Kimberly sintiera curiosidad por cómo transcurriría el resto de la semana.

Aparcó, entró en la oficina, se sirvió una segunda taza de café y se dirigió a su mesa. Tuvo que sortear el montón de cajas que rodeaban su silla y luego se instaló en su pedacito de paraíso, tomando ese horrible café y empuñando el arma más utilizada por los agentes del FBI… el bolígrafo.

Llegó hasta las ocho de la mañana sin que le sonara el móvil. Incluso entonces, al ver un número familiar iluminando la pantalla digital, no se preocupó.

—Hola, papá.

La conexión fallaba. Primero escuchó mucho ruido, luego un crujido, seguido de su nombre…

—Kimberly.

—Papá, no te oigo.

—Rainie… A las dos de la madrugada… Policía estatal…

—¿Papá?

—¿Kimberly?

—Tienes que cambiar de sitio, casi no te oigo.

Más crujidos y ruidos, seguidos de dos clics. La llamada se cortó. Kimberly se quedó sentada mirando el teléfono con fastidio. El teléfono volvió a sonar y ella respondió al instante.

—Hola, papá.

No se oyó ningún sonido. Nada.

Aunque no era del todo cierto, porque podía oír ruidos de fondo. Algo amortiguado y rítmico, como chasquidos y chisporroteos. Casi como un automóvil.

—¿Papá? —preguntó frunciendo el ceño.

Oyó una respiración pesada. Un gruñido y un ruido sordo.

Entonces volvió a oír la respiración, más cerca, acelerada, casi… angustiada.

—¿Hola? —volvió a intentar.

Más ruido blanco. Kimberly aguzó el oído, pero no fue capaz de identificar ningún sonido. Por fin se le ocurrió volver a comprobar el identificador de llamadas, pero esa vez, no era el número de su padre.

—¿Rainie? —preguntó sorprendida.

La llamada estaba cortándose. Oyó más estática, un punto muerto y luego la respiración agitada.

—Rainie, vas a tener que hablar más alto —pidió Kimberly, alzando la voz—. Estoy perdiéndote.

Crujidos, ruidos, nada…

—¿Rainie? ¿Rainie? ¿Estás ahí?

Kimberly miró con frustración su teléfono, pero, según la pantalla, la llamada no se había cortado. En el último momento, el difuso ruido blanco regresó. Después, un extraño chasquido metálico. Bang, bang, bang. Pausa. Bang, bang, bang. Pausa. Bang, bang, bang.

Luego la llamada se cortó del todo.

Kimberly cerró el teléfono con disgusto. Enseguida volvió a sonar. Esa vez era su padre.

—¿Dónde estáis? —preguntó a Quincy—. La señal es terrible.

—Son carreteras secundarias —explicó su padre—. A las afueras de Bakersville.

—Bueno, independientemente de lo que está sucediendo, vas a tener que empezar por el principio. No he entendido nada de lo que has dicho, y menos a Rainie.

Se produjo un largo silencio.

—¿Sabes algo de Rainie? —La voz de su padre sonaba rara y tensa.

—Me ha llamado hace unos segundos, desde su móvil…

—¡Su móvil! —intervino Quincy con aspereza—. ¿Por qué no habíamos pensado en el maldito teléfono?

Kimberly empezó a oír mucho barullo. Una puerta de coche que se abría y se cerraba de golpe, su padre llamando a voces a un tal sargento Kincaid…

—Papá, estás asustándome.

—Ha desaparecido.

—¿Quién ha desaparecido?

—Rainie. —Hablaba deprisa y de forma cortante. Era evidente que estaba moviéndose—. Han encontrado su coche a las dos de la madrugada. El motor seguía en marcha y los faros estaban encendidos. El bolso estaba en el asiento del copiloto, pero no hay rastro de su arma. Ni de su teléfono móvil, por supuesto. Ahora dime, Kimberly… Repite cada palabra que ha dicho.

Y, por fin, Kimberly lo entendió. El sonido de un coche en movimiento, la respiración agitada, los chasquidos metálicos.

—Decir no ha dicho nada, papá, pero estaba haciendo señales. Creo… creo que ha hecho una señal de SOS.

Quincy no dijo nada más. No tuvo que hacerlo. En el silencio, Kimberly pudo imaginarse los pensamientos que pasaban por la cabeza de su padre. El funeral de su hermana, el funeral de su madre… Todas las personas que había amado y que lo habían dejado demasiado pronto.

—Mac y yo vamos en el próximo vuelo —afirmó con fuerza.

—No tenéis que…

—Vamos en el próximo vuelo. —Entonces Kimberly se levantó de la silla y corrió hacia el despacho de su supervisor.

5

Martes, 6:45 a. m., hora del Pacífico

—A ver si lo entiendo: su hija ha recibido una llamada del móvil de Lorraine.

—Así es.

—Pero no era Rainie. Solo su teléfono.

—No ha llegado a oír la voz de Rainie —reiteró Quincy—, pero sí ha escuchado el sonido de alguien que respiraba con dificultad en lo que parecía ser un coche en marcha. Después oyó una clara secuencia de sonidos metálicos, que Kimberly cree que pudo haber sido un intento de hacer una señal de SOS.

El sargento Kincaid suspiró. Estaba bajo la lona blanca que cubría el Toyota de Rainie. Llevaba veinte minutos fotografiándolo. En ese momento estaba esbozando la posición del asiento y los retrovisores, y documentando cada uno de los indicadores: cuántos kilómetros marcaba el cuentakilómetros y cuánto combustible quedaba en el depósito. El cabello del sargento estaba empapado y su suave rostro negro, mojado; parecía justo lo que era, un hombre al que habían sacado de su cómoda cama en mitad de la noche, para meterlo en medio de un aguacero.

—Señor Quincy…

—Mi hija es agente del FBI. Trabaja en la oficina de Atlanta desde hace dos años. Me imagino, sargento Kincaid, que no va a desestimar los instintos de una compañera de las fuerzas del orden.

—Señor Quincy, yo «desestimaría los instintos» incluso de mi capitán si me viniera con una historia como esa. Lo único que usted sabe es que su hija ha recibido una llamada de un teléfono en concreto. No me ha dado ninguna prueba de quién podría ser el autor de la llamada.

—¡Ha sido desde el teléfono de Rainie!

—¡Es un móvil! La gente los pierde, los tira, los comparte con sus amigos. Por el amor de Dios, mi hijo de ocho meses ya ha hecho una llamada con mi móvil manteniendo pulsada una de las teclas de marcación rápida. No es muy complicado.

—Consiga los registros —pidió Quincy con obstinación.

—Como parte de mi investigación, sin duda lo haré. Y también los de su teléfono fijo, así como los extractos de su tarjeta de crédito y una reconstrucción detallada de sus últimas veinticuatro horas. ¿Sabe? ¡Tengo experiencia previa en situaciones similares!

Kincaid pareció darse cuenta de lo estridente que se había vuelto su voz. Respiró hondo y exhaló despacio.

—Señor Quincy…

—Yo también tengo experiencia previa en situaciones similares —replicó Quincy.

—Sí, sé que usted es el experto…

—Perdí a mi hija mayor por culpa de un perturbado, sargento Kincaid. Luego asesinó a mi exmujer y casi mató a mi hija menor. Puede que en su mundo este tipo de delitos no ocurran, pero en el mío, sí.

Kincaid volvió a respirar hondo. Quincy se dio cuenta de que el sargento no quería creerlo. Y a su manera, lo comprendió. Por naturaleza, el trabajo de un detective consistía en jugar con las probabilidades. Y las estadísticas decían que de los doscientos mil adultos que desaparecían cada año, solo once mil continuaban desaparecidos, y de esos, solo tres mil cuatrocientos se consideraban secuestrados contra su voluntad. Si Rainie hubiera sido una niña pequeña, o tal vez

una estudiante universitaria, las cosas podrían ser diferentes, pero era una mujer de mediana edad y miembro armado de las fuerzas del orden.

Kincaid estaba ahí por dos posibilidades: una, que la conductora desaparecida de ese vehículo, tal vez bajo los efectos del alcohol, se hubiera adentrado en el bosque y se hubiera perdido, o dos, que la conductora desaparecida de ese vehículo, tal vez bajo los efectos del alcohol, se hubiera adentrado en ese bosque y se hubiera suicidado.

Investigaría todas las opciones, por supuesto, pero, de manera intrínseca, el trabajo policial comenzaba con una teoría. Kincaid tenía su teoría, y Quincy ya tenía también la suya.

—De acuerdo —accedió Kincaid de repente, sorprendiendo a Quincy—. Solo por un momento, hagámoslo a su manera. Se llevaron a su mujer de este coche a la fuerza, eso es lo que cree.

—Me gustaría estudiar esa posibilidad.

—¿Cómo? Según usted, iba armada en todo momento. Además, está entrenada en defensa personal. Me parece que una mujer así no desaparece sin luchar. Mire a su alrededor, señor Quincy. ¿Qué lucha ve?

—Primero, no sé con certeza si llevaba su Glock. Por regla general, la portaba, pero tendríamos que realizar un registro exhaustivo del domicilio para confirmar esa suposición. Segundo, en este momento, no podemos descartar el hecho de que hubiera estado bebiendo, y es posible que eso disminuyera su capacidad para protegerse a sí misma. Tercero, mire a su alrededor, sargento Kincaid. Esto es un enorme charco de barro, ¿qué pruebas hay?

Kincaid frunció el ceño, miró el barro y luego le lanzó a Quincy una mirada especulativa. Al sargento, al menos, le estaba gustando ese juego.

—Muy bien. ¿Quién haría algo así? ¿Quién tendría un motivo para secuestrar a Lorraine Conner?

—¿Quiere decir aparte del marido del que se ha separado? —preguntó Quincy con sequedad.

—Así es.

—Rainie ha trabajado en una gran variedad de casos, primero como ayudante del sheriff de Bakersville, luego como investigadora privada y después como compañera mía. Ahí entró en contacto con cierto segmento de la población.

—¿Puede facilitarnos una lista de nombres?

—Puedo intentarlo. También contactaría con Luke Hayes, el antiguo sheriff de Bakersville…

—¿El predecesor de la sheriff Atkins? —La voz de Kincaid reflejó otra pregunta implícita.

—Luke decidió dejar el cargo por motivos personales —explicó Quincy—. Todavía no conozco a la sheriff Atkins, pero me han hablado bien de ella.

—Bien, entonces el señor Hayes debería estar dispuesto a hablar de los viejos tiempos. ¿Y los casos actuales? ¿Están trabajando en algún asunto delicado en este momento?

Quincy sacudió la cabeza.

—Hemos estado colaborando en un caso de doble homicidio en Astoria, pero nuestras actividades transcurren entre bambalinas. Si el sospechoso en cuestión se pusiera nervioso, quizá tendría al oficial al mando como blanco, pero no a nosotros.

—Espere un poco… ¿está hablándome del sonado doble homicidio de Astoria?

—No ocurren tantos por aquí.

—Sucedió a principios de agosto, ¿no? —Y entonces, el sargento Kincaid demostró ser de veras brillante—. La detención del diez de septiembre por conducir ebria —murmuró.

—La detención del diez de septiembre por conducir ebria —reconoció Quincy.

La mirada de Kincaid se desvió hacia el bosque, hacia la espesa negrura que quedaba fuera del

alcance de los potentes focos. Una vez más, Quincy sabía lo que el sargento estaba pensando, pero aun así no era capaz de considerar esa posibilidad. Por otra parte, Quincy jamás había imaginado que Rainie volvería a beber, así que tal vez el marido era, en realidad, el último en enterarse.

—No creí que hubiera ningún sospechoso en ese caso —expresó Kincaid de forma abrupta.

—Nuestro análisis reveló un sospechoso muy claro. Sin embargo, lo último que supe es que no había pruebas para demostrarlo. Los detectives siguen trabajando en ello, por supuesto. Aunque en este momento no soy muy optimista.

—Vaya mierda —murmuró Kincaid.

—Vaya mierda —coincidió Quincy en voz baja.

—¿Qué me dice de las fotos del maletero? —indagó Kincaid—. Parecía un caso tremendo. El pobre ayudante Mitchell sigue echando las entrañas.

—1985. La mayor parte del trabajo que hacemos ahora consiste en ver si podemos arrojar nueva luz sobre un delito antiguo. A veces funciona, a veces no.

—Los delitos pasados llevan a nuevas condenas —murmuró Kincaid—. Cualquier asesino que ande por ahí suelto todavía tiene motivos para que no lo atrapen.

—Cierto, pero ¿cómo iban a enterarse de nuestro trabajo? Rainie y yo somos consultores. La mayor parte del tiempo pasamos desapercibidos.

Quincy había abierto su teléfono móvil. Estaba probando a llamar al número de Rainie otra vez. Seguía sin tener suerte, aunque la señal sonaba, lo que le indicaba que estaba encendido. Así que tal vez el teléfono no tenía casi cobertura o se encontraba en un lugar hasta donde ella no podía llegar.

Quizá no estaba en condiciones de contestar.

No quería pensar en ello. Aunque Rainie nunca lo había creído, el caso Astoria también lo había afectado.

—Entonces, ¿dónde nos deja eso? —preguntó Kincaid—. Según lo que usted mismo ha reconocido, en realidad, no hay nadie que quiera atrapar a su esposa.

—Tal vez. Bueno, espere un poco. —Quincy levantó una mano, con gesto severo—. Primero, todavía no podemos descartar un crimen cometido por alguien desconocido. Pero, segundo…, hay una vía que podríamos seguir. Hace poco, Rainie comenzó un trabajo de voluntariado…

—¿Voluntariado?

—Quería convertirse en mediadora de menores que están en hogares de acogida, representándolos en los tribunales. Hay una organización a la que puedes adherirte…

Kincaid desestimó la explicación de Quincy haciendo un gesto con la mano.

—Sí, sí, he oído hablar de ello. Así que iba a ayudar a chicos. —Kincaid asintió, demostrando una vez más que sabía leer entre líneas—. Eso tendría cierto sentido.

—Ya ha tenido su primer menor a cargo. Un chiquillo, Douglas Jones. Douglas, o Dougie, en realidad, afirma que su padre de acogida le pega. Sin embargo, según la familia, Dougie está inventándoselo todo porque por fin ha encontrado la horma de su zapato en la manera de los padres de educarlo con disciplina estricta. Debo añadir que Dougie ya tiene un largo historial de robos, crueldad con animales y pequeños incendios provocados.

—¿Cuántos años tiene?

—Dougie tiene siete años.

—¡¿Siete?! —exclamó Kincaid, alzando las cejas—. ¿Quiere que sospeche de un niño de siete años?

—No, no —respondió Quincy, y luego añadió con sequedad—: Aunque no pasará mucho tiempo antes de que empiece a reconsiderar esa idea. En líneas generales, a Rainie le han asignado trabajar con Dougie para determinar si está diciendo la verdad, en cuyo caso ella será su voz ante el tribunal, o determinar de una vez por todas que está mintiendo, en cuyo caso ella intentará mediar en algún tipo de resolución entre él y su familia de acogida. El padre del caso es Stanley Carpenter, que tiene treinta y seis años, trabaja en los muelles de carga de la quesería y es bastante conocido por ser capaz de levantar medio palé de quesos él solo.

—Un tipo grande.

—Un tipo muy grande. Y lo curioso es que esa es su defensa en el caso. Que si un hombre de su tamaño pegara a un niño del tamaño de Dougie…, no haría falta preguntarse sobre el abuso. El forense lo estaría documentando en la morgue.

Kincaid se rio.

—Esa es la defensa más ridícula que he oído en mi vida. Y sin embargo…

—Tiene sentido.

—Sí, tiene sentido.

Kincaid se volvió hacia el coche, ya más pensativo. Quincy había vuelto a sacar su teléfono y presionaba de forma compulsiva la tecla de rellamada. Rainie seguía sin contestar, pero tampoco se oía ningún sonido de llamada procedente del bosque, y eso le proporcionó un mínimo de esperanza.

—¿Cree ella que lo hacía? —quiso saber Kincaid—. ¿Que el tal Stanley pegaba al chico?

—Tenía sus dudas. Y esas dudas podrían llevarla a presentar una denuncia ante la policía, lo que para Stanley…

—Supondría algo terrible.

—Sí.

—Y un tipo tan grande —completó Kincaid— seguro que podría llevarse a una mujer contra su voluntad, incluso a una persona bien entrenada. Suponiendo, por supuesto, que no llevase un arma.

—Suponiendo que no llevase su arma.

—De acuerdo —pronunció Kincaid de pronto—. Eso es todo. Como no podemos hacer una mierda aquí hasta que la lluvia se seque, nos vamos.

—¿Yo también puedo ir?

—Siempre y cuando se mantenga en mi campo visual y prometa no tocar.

—Me portaré bien —le aseguró Quincy—. ¿A dónde vamos?

—A buscar el arma, por supuesto. Con su permiso, vamos a registrar su casa.

6

Martes, 7:32 a. m., hora del Pacífico

Cuando Quincy y Kincaid se subieron en el vehículo de Kincaid, el sol luchaba por abrirse paso a través de una capa de nubes tan espesa que el día solo era una versión más pálida de la noche. Parecía como si todo el mes de noviembre hubiera sido así, un largo e interminable día de llovizna, interrumpido por periodos de aguaceros torrenciales.

Quincy todavía no se había acostumbrado por completo al clima de Oregón. Era de Nueva Inglaterra, un hombre que era capaz de soportar el frío vigorizante siempre que fuera acompañado de un brillante sol invernal. A decir verdad, no sabía cómo los habitantes de Oregón podían aguantar tanto tiempo con nubes cargadas de lluvia por encima de sus cabezas. Rainie siempre decía que los días grises le proporcionaban una sensación acogedora, ganas de acurrucarse en el refugio de su hogar. Pero a él, últimamente, en esos días le entraban ganas de darse cabezazos contra una pared de ladrillos.

—¿Y cuándo se separaron usted y Rainie? —preguntó Kincaid desde el asiento del conductor. Por lo visto, las charlas triviales no eran lo suyo.

—Me fui de casa hace una semana —respondió Quincy de manera escueta.

—¿Por iniciativa suya o de ella?

—Hablando de manera oficial, soy yo el que se ha ido.

—¿Van a solicitar el divorcio?

—Espero no llegar a eso.

—¿Están yendo a terapia? —gruñó Kincaid, ya con tono escéptico.

—En este momento, no.

—Mmm, claro. Pensión federal, ¿verdad?

—Sí, tengo una.

Quincy ya sabía en qué estaba pensando Kincaid. Como agente del FBI que había servido los veinte años requeridos, Quincy se había jubilado con el sueldo base íntegro. Ya no quedan muchos programas de pensiones como ese. Sobre todo porque la mayoría de los jubilados del FBI eran todavía lo bastante jóvenes como para seguir trabajando en el sector privado, lo que les permitiría obtener una fuente de ingresos adicional al mismo tiempo que creaban un segundo programa de jubilación. Lo llamaban doble beneficio. Y sí, a Quincy le había funcionado bien. De ahí el coche, su ropa y su casa.

—El divorcio me saldría caro —reconoció Quincy.

—Mmm, claro —volvió a decir Kincaid.

—Sigue sin hacer la pregunta correcta, sargento.

—¿Y cuál es?

—Si la quiero.

—¿Si la quiere? Pero la ha dejado.

—Por supuesto que la he dejado, sargento. Fue la única forma que se me ocurrió para que dejara de beber.

Habían llegado al camino de grava. Kincaid hizo un giro brusco a la derecha, y los neumáticos crujieron sobre las piedrecillas mientras luchaban por agarrarse. El camino de entrada era poco práctico, un auténtico suplicio los días de mal tiempo. El invierno anterior, Rainie y Quincy

juraron que harían algo al respecto en cuanto llegase la primavera. Iban a renivelarlo o pavimentarlo, pero nunca lo hicieron. Les encantaba su pequeño castillo de madera encaramado en lo alto. Y, sin llegar a expresarlo en palabras, apreciaban ese camino de entrada como su propia versión de una muralla. No cualquier vehículo podía acceder, y nadie en absoluto podía acercarse a su casa sin que lo oyeran.

Kincaid redujo la marcha y aceleró el motor. El Chevy llegó a la cima del montículo justo a tiempo para asustar a un ciervo que se alimentaba de una piedra de sal que Rainie había colocado en el jardín. El ciervo regresó al bosque y Kincaid aparcó junto a un terraplén de helechos empapados.

Se bajó, ya mirando a Quincy con gesto de sorpresa.

Quincy y Rainie habían encontrado la casa hacía apenas un año. No era grande, pero la construcción de estilo artesano hecha a medida tenía lo mejor de todo. Un imponente ventanal que ofrecía una vista panorámica de las montañas, un tejado con crestas que alternaba diferentes alturas y un amplio porche delantero, con mecedoras Adirondack a juego.

A Rainie le había encantado la planta abierta, las vigas vistas y la enorme chimenea de piedra, y a Quincy le habían atraído los grandes ventanales y la multitud de claraboyas, que aprovechaban al máximo la poca luz que podía obtenerse de unos días tan grises. La casa fue cara, tal vez más de lo que deberían haber gastado. Sin embargo, al echar el primer vistazo, vieron su futuro. A Rainie acurrucada frente a la chimenea con un libro, a Quincy recluido en el estudio escribiendo sus memorias y a un niño, de nacionalidad aún desconocida, sentado en medio de la gran sala, apilando juguetes.

Habían comprado esa casa con el corazón lleno de esperanza, pero Quincy ya no sabía qué pensaba Rainie cuando miraba su hogar.

Fue el primero en subir las escaleras y se detuvo ante la puerta. Dejó que Kincaid comprobara el pomo. La puerta estaba cerrada con llave; Rainie nunca habría dejado la casa de otra manera.

Sin decir ni una palabra, Quincy sacó su llave y Kincaid abrió el cerrojo.

La pesada puerta se deslizó hacia un vestíbulo en penumbra, con la luz filtrándose poco a poco por el suelo de piedra. La escalera de madera, con su barandilla rústica, se encontraba justo a la izquierda, y el salón se abría a la derecha. De un vistazo, ambos pudieron ver la gran sala abovedada con su enorme chimenea de piedra y, más adentro, el comedor y la cocina.

Quincy procesó muchos detalles a la vez: la manta de franela a cuadros tirada en un montón frente a la chimenea, el libro de bolsillo a medio leer, que yacía bocabajo sobre el puf. Vio un vaso de agua vacío, las zapatillas de correr de Rainie y una chaqueta de punto gris colgada sobre el respaldo del sofá verde oscuro.

La habitación estaba revuelta, pero nada que sugiriera violencia. Parecía más bien una escena interrumpida. Quincy casi esperaba ver a Rainie entrando desde la cocina con una taza de café en la mano y una expresión de perplejidad en el rostro.

—¿Qué haces aquí? —le preguntaría.

—Te echaba de menos —respondería él.

Aunque quizá, en vez de una taza de café, Rainie llevaría una cerveza en la mano.

Kincaid por fin entró en la estancia. Quincy se dejó llevar por su estela, contento de que el sargento estuviera estudiando la habitación y no registrara la cruda mirada que debía tener él.

Kincaid echó un rápido vistazo al salón. Pareció registrar el libro, el vaso y las zapatillas de correr. Después se dirigió al rincón de desayuno. La nota seguía sobre la mesa.

Kincaid la leyó, miró a Quincy y volvió a leer la nota. Sin decir nada, el investigador se limitó a

entrar en la cocina. Quincy no estaba muy seguro de si eso mejoraba o empeoraba la invasión de intimidad.

El sargento de la Policía de Oregón abrió el frigorífico. Se encontró con la mirada de Quincy, luego abrió más la puerta hasta que Quincy pudo ver el paquete de seis cervezas y asintió. Entonces el otro hombre continuó. No había mucha comida dentro, pero la cocina estaba impecable. Vieron una taza y un cuenco en el fregadero y las encimeras limpias.

Rainie nunca había sido la mejor ama de casa del mundo, pero estaba claro que mantenía todo en orden. No era la cocina de una mujer sumida por completo en el desánimo. Por otra parte, Quincy trabajó una vez en el caso de una madre de cuarenta años que había limpiado la casa de arriba abajo antes de ahorcarse en el cuarto de baño. En su nota de suicidio, había incluido instrucciones a su marido sobre cómo recalentar todas las comidas que había dejado preparadas para él y sus tres hijos. La mujer, que había dejado de tomar sus antidepresivos, no quería causar ninguna molestia a nadie. Era solo que no quería continuar viviendo.

Kincaid recorrió el pasillo trasero hasta el estudio. Era una de las pocas habitaciones con moqueta, una lana gruesa por la que a Quincy le gustaba pasear cuando intentaba dar con la expresión adecuada. Esos eran sus dominios, y al entrar en ellos una semana más tarde, percibió el leve olor de su propio *aftershave*. Se preguntó si Rainie habría entrado en esa habitación en la última semana. Si habría captado esa fragancia y habría pensado en él.

El escritorio estaba despejado y la silla de cuero negro, bien colocada. Ya se atisbaba un ligero aire de abandono en la estancia. Tal vez no fuera una habitación para el recuerdo, sino un presagio de lo que estaba por llegar.

Kincaid volvió a salir y llegó a la última habitación de la planta baja: el dormitorio principal.

Ahí ya se notaba un mayor caos. El edredón de plumas, con una funda de tonos verdes, oro y burdeos, había sido desplazado hasta el pie de la cama. Las sábanas de color crema se hallaban retorcidas en un montón y la esquina del dormitorio se perdía bajo una pila de ropa. La habitación desprendía olores rancios de sábanas usadas y sudor reciente.

Y, como Quincy conocía a Rainie mejor que a su propio ser, al mirar cada objeto de la habitación, podía ver con claridad lo que debió ocurrir en mitad de esa noche. Las sábanas revueltas tras otra pesadilla y la pantalla torcida después de haber buscado la luz a tientas.

Su recorrido hacia el baño, retirando de una patada los calcetines y los vaqueros por el camino, y el desorden alrededor del lavabo después de haber intentado despejar la pesadilla de su mente echándose agua en el rostro.

Aunque el agua no habría funcionado. Al menos no funcionaba cuando Quincy todavía vivía ahí. Ella se restregaba la cara mientras él la observaba desde la puerta abierta.

—¿Quieres hablar?

—No.

—Debe haber sido una mala pesadilla.

—Todas son malas, Quincy. Al menos lo son para nosotros, los simples mortales.

—Yo solía tener pesadillas tras la muerte de Mandy.

—¿Y ahora?

—Ahora lo llevo mejor. Ahora me despierto y me agarro a ti.

Se preguntó si fue entonces cuando ella empezó a odiarlo. Porque a él el amor de su mujer le proporcionaba consuelo, pero, al parecer, a ella el suyo no le aportaba nada.

Kincaid había terminado en el baño. Se desplazó alrededor de la cómoda, abriendo cada cajón, y luego revisó las mesillas de noche.

—Cuando Rainie estaba en casa, ¿dónde guardaba su arma?

—Tenemos una caja de seguridad para armas.

—¿Dónde está?

—En el estudio.

Quincy condujo a Kincaid de vuelta a la habitación con paneles de madera. Hizo un gesto hacia una impresión que colgaba de la pared, un retrato en blanco y negro de una niña que asomaba tras una cortina de ducha blanca. La mayoría de la gente creía que la fotografía era mero arte, adquirida, tal vez, por la cualidad juguetona de la sonrisa mellada de la pequeña, pero de hecho, era una foto de Mandy tomada cuando tenía seis años. Solía llevarla en la cartera, y años atrás, Rainie la mandó ampliar y enmarcar para él.

Y a veces, cuando un caso era muy difícil, como el caso Astoria, Quincy se sentaba ahí y se quedaba contemplando la foto de su hija. Pensaba en la boda que Mandy nunca llegó a celebrar, en los hijos que nunca llegó a concebir. Pensaba en toda la vida que nunca pudo llevar y sentía que la pena lo oprimía.

Algunas personas creían que en el cielo había un hogar especial para los niños, un lugar donde nunca sufrían enfermedad ni dolor ni hambre. Quincy no lo sabía; su mente analítica y tenaz no encajaba bien con los asuntos de fe. ¿Lograban los niños que tenían padres o abuelos cariñosos reunirse con ellos? ¿Y la recién nacida que moría de hambre mientras su madre se iba de borrachera durante una semana? ¿Y el niño de cinco años al que su padre tiraba por las escaleras? ¿Había padres adoptivos en el cielo o pasaban esos niños la eternidad solos por completo?

Quincy no tenía esas respuestas. Se limitaba a levantarse e irse a trabajar todos los días. Eso era lo que hacía.

Kincaid descolgó la foto de Mandy de la pared. La caja fuerte estaba camuflada detrás.

Quincy facilitó la combinación y el sargento giró el dial. La puerta se abrió y ambos miraron el contenido.

—Cuento tres pistolas —señaló Kincaid con un rastro de triunfo.

—No está ahí —indicó Quincy a la vez.

—Pero mire…

—Todas son armas de respaldo. Una 22, una 9 milímetros y mi viejo revólver de servicio. No veo la Glock de Rainie.

—¿Podría haberla dejado en otro sitio?

—No. La regla es que, estando en casa, el arma debe estar guardada en la caja fuerte. Queríamos asegurarnos de ir adquiriendo el hábito. Ya sabe. —Por primera vez, la voz de Quincy se quebró. La controló y siguió adelante—. Para cuando adoptáramos a nuestro hijo.

—¿Van a adoptar un niño? —Kincaid pareció sorprendido de veras.

—Íbamos. En pasado. No pudo ser.

—¿Por qué?

—La detención por conducir bajo los efectos del alcohol. Ese suceso, sumado a algunos incidentes del pasado de Rainie, la hicieron parecer emocionalmente inestable.

—No me diga —murmuró Kincaid.

—El sistema no está pensado para resultar fácil.

—Pero ¿creían que iban a adoptar? ¿Hasta septiembre?

—Durante un tiempo, sargento, incluso tuvimos una foto del niño.

—¡Maldita sea! —espetó Kincaid. Volvió la vista hacia la caja fuerte, con el cerebro

obviamente trabajando a toda máquina: una investigadora exhausta, agobiada por un matrimonio fracasado y una adopción fallida, se quita la vida. En la policía, una vez más, había que considerar todas las probabilidades.

—Bien —manifestó Kincaid con voz filosófica—, ya ha amanecido y el tiempo está mejorando. Creo que lo que hay que hacer ahora es llevar perros al bosque. ¿Tiene alguna familia?

—Viene mi hija.

—Bien, bien. Tal vez sea lo mejor.

—No abandone su búsqueda —pidió Quincy con firmeza—. Mi mujer es exmiembro de las fuerzas del orden. Se merece algo mejor que convertirse en otro caso olvidado sobre la mesa de un sargento de Delitos Graves sobrecargado de trabajo…

—Guau…

—Yo también tengo recursos, sargento. ¿Aún no se le ha pasado por la cabeza? Solo dígalo. Puedo cobrar antiguos favores. Hay gente en esta ciudad que conoce y quiere a Rainie, que cree en ella. Recorrerán esos bosques, se abrirán paso por el lodo y la lluvia…

—¡Oiga, no voy a abandonar este caso!

—¡Ya está sacando conclusiones precipitadas!

—Como observador externo y objetivo…

—¡No conocía a mi mujer!

—¡Exacto!

Kincaid respiraba con dificultad, al igual que Quincy. Durante un buen rato, los hombres permanecieron mirándose, ambos esperando a que el otro cediera.

Entonces sonó el teléfono de Quincy. Miró la pantalla y de inmediato alzó una mano para pedir silencio.

—¿Es…?

—Shhh. Es Rainie.

7

Martes, 8:04 a. m., hora del Pacífico

—¿Dígame?

Se oyeron interferencias, un pitido y después, un clic como si la llamada se hubiera cortado.

—¿Dígame? —volvió a intentarlo Quincy, con la voz más apremiante y la mano blanca de tanto apretar el teléfono.

La llamada se perdió. Soltó unos cuantos tacos, tentado de arrojar el pequeño teléfono al otro lado de la habitación, pero volvió a sonar. Lo abrió antes de que el timbre completara su primer repique musical.

—… periódico de la mañana.

—¿Rainie? ¿Dónde estás?

—No puede ponerse al teléfono en este momento. —La voz sonaba distorsionada y mecanizada.

—¿Quién es?

—Tiene que leer el periódico matutino —entonó la voz.

—Soy el investigador Pierce Quincy. Estoy buscando a Rainie Conner. ¿Puede decirme dónde está?

—Tiene que leer el periódico matutino.

—¿La tiene usted? ¿Qué es lo que quiere?

—Lo que todo el mundo desea: fama, fortuna y una exquisita tarta de manzana. Adiós.

—¿Oiga? ¿Quién es usted? ¿Dónde está?

Pero la persona había colgado. Quincy lo supo antes de que la primera sílaba saliera de su boca. Devolvió la llamada de inmediato, pero el teléfono de Rainie sonaba sin cesar al otro extremo.

—¿Quién era? ¿Qué ha dicho?

Kincaid estaba de pie frente a él, con una expresión tan agitada e impaciente como la de Quincy.

—Era un hombre, creo. Utilizaba algún tipo de mecanismo para distorsionar la voz. No cesaba de repetir que tenía que leer el periódico matutino. Palabra por palabra. «Tiene que leer el periódico matutino». ¡Rápido! Necesito un bolígrafo y papel. Tenemos que anotarlo mientras lo tenga fresco.

Quincy rebuscó en su escritorio, abriendo los cajones de un tirón y desparramando una bandeja de bolígrafos.

Kincaid estaba detrás de él, revolviendo un segundo cajón en busca de una libreta.

—¿Por qué hay que leer el periódico?

—No lo sé.

—¿Y qué periódico?

—No lo sé. «Tiene que leer el periódico matutino». Eso es lo que ha dicho. «Tiene que leer el periódico matutino».

Quincy consiguió por fin un bolígrafo. La mano le temblaba tanto que apenas podía sujetarlo entre los dedos. Tenía demasiados pensamientos rondándole en la cabeza. Se imaginó a Rainie secuestrada, a Rainie herida, a Rainie… Muchas situaciones que eran incluso mucho mucho peores.

Recordó a Bethie al otro extremo de la línea, hacía nueve años.

—*Pierce, algo le ha pasado a Mandy. Será mejor que vengas rápido.*

Kincaid había encontrado una libreta de espiral, que empujó por el escritorio, donde se deslizó hasta detenerse frente a Quincy.

Pero él no era capaz de escribir. Los dedos no conseguían sujetar el bolígrafo y la mano no trazaba ni una línea en la página. Estaba temblando. Nunca había visto su mano temblar de esa forma en todos esos años. Y entonces experimentó un momento surrealista, en el que se encontró fuera de su cuerpo, mirando hacia abajo esa misma escena, y lo que vio fue una mano, vieja, con la piel engrosada, que pronto estaría cubierta por manchas de la edad, agarrando con ineficacia un bolígrafo.

Se sentía impotente. Habían secuestrado a su mujer y, por un angustioso instante, no supo qué hacer.

Kincaid le quitó la libreta a Quincy. Los ojos del sargento mostraban más compasión de la que Quincy estaba dispuesto a aceptar.

—Hable —dijo Kincaid—. Yo escribiré.

Quincy empezó desde el principio. Después de todo, no había mucho que documentar. Una voz distorsionada había llamado desde el teléfono de Rainie, le había ordenado a Quincy que leyera el periódico matutino y había afirmado desear fama, fortuna y tarta de manzana. Cuatro frases pronunciadas, un total de treinta y dos palabras.

Empezaron con la primera instrucción: «Tiene que leer el periódico matutino».

—Local —declaró Kincaid.

—¿Qué? ¿La llamada? La señal no era buena, pero eso podría situar a la persona que llamaba en cualquier lugar de la zona costera. Y sacar los registros no servirá de nada, solo aparecerá una llamada a mi teléfono.

—No, no, la llamada no, el periódico. Si no, habría dicho «*los periódicos* matutinos», en plural. Pero ha dicho «*el periódico*». Eso es bastante específico. Supongo que se referirá al *Bakersville Daily Sun*.

—Ah, el «Oxímoron Diario» —murmuró Quincy—. No lo recibimos en casa. Pero… —Pensó un instante—. Deberíamos poder encontrar algo en Internet.

—Olvídelo, vayamos directos a la fuente.

—¿Tiene algún contacto?

—Mejor aún. Tengo a un responsable de Información Pública que puede ponerse en contacto con el propietario si hace falta. —Kincaid sacó su teléfono móvil y pulsó dos teclas. Segundos después, estaba hablando con un tal teniente Mosley, y pasados otros segundos, hacía gestos frenéticos para que Quincy le devolviera la libreta.

—¿Aparece algún remitente? ¿Qué fecha tiene el matasellos? ¡No, no, no, no quiero que la manipulen! Escuche, voy a enviar a dos científicos del laboratorio de Portland de inmediato, junto con personal de Huellas Latentes. Tienen que aislar ya a cualquiera que haya tocado esa carta. Me da igual si es el dueño del maldito periódico. Vamos de camino.

Kincaid cerró el teléfono y se dirigió enseguida hacia la puerta. El sargento ya iba a medio trote y Quincy aceleró rápido el paso.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha dicho?

—Hay un nota de rescate. La editora de artículos de opinión del *Bakersville Daily Sun* acaba de avisar a nuestro responsable de Información Pública hace veinte minutos. Encontraron una nota en el correo de esta mañana. Dice que una mujer ha sido secuestrada, y que si alguien quiere

volver a verla con vida, le costará diez mil dólares en efectivo.

—¿Quién la ha enviado?

—No está claro.

—¿Cuándo?

—Tiene matasellos de ayer.

—Pero eso no es posible. —Ya estaban junto al coche. Kincaid saltó en el lado del conductor y Quincy dio un rodeo por delante.

—Lo es y no lo es —repuso Kincaid, arrancando ya el Chevy—. No es posible que el hombre haya secuestrado a su esposa ayer por la tarde. Pero la nota de rescate no mencionaba un nombre específico ni proporcionaba una descripción.

—De desconocido a desconocido —añadió Quincy—. El tipo no sabía a quién estaba llevándose. Solo sabía que se llevaba a alguien.

—Eso es. Un crimen fortuito.

—¿Contra una agente cualificada de las fuerzas del orden?

—Tal vez tuvo suerte. O tal vez… Todavía no sabemos cómo eligió su objetivo. Quizá… —la voz de Kincaid sonó tranquila—, comenzó en un bar.

Quincy no dijo nada. El sargento bajó por el empinado camino de entrada a una velocidad de locos. Quincy se agarró al salpicadero.

—Escuche —puntualizó Kincaid—, una carta es una buena señal. El tipo está estableciendo contacto y cada contacto proporciona una oportunidad. Empezamos con la llamada telefónica que le ha hecho. Ahora tenemos un sobre, una carta y un matasellos que merece la pena analizar. Todo lo que necesitamos es un poco de saliva para sellar el sobre, y tenemos ADN. Un matasellos de los alrededores, y tenemos un lugar. Si añadimos la caligrafía, habremos atrapado a un sospechoso. Esto es algo bueno.

—Quiero que envíen la carta al laboratorio del FBI.

—No me cabree.

—Sargento, con el debido respeto…

—Nuestra Unidad de Documentoscopia es muy buena, gracias.

—La del Buró es mejor.

—Pero su laboratorio está en el otro extremo del país. Perderíamos un día solo en transporte. Mis chicos pueden ocuparse de la carta sin problemas, y pueden empezar esta tarde. Comprenderá la necesidad de actuar con rapidez.

—Siempre es cuestión de minutos —respondió Quincy con sequedad. Su mirada se había desviado por la ventana—. Siempre.

—¿Alguna vez ha trabajado con un agente local que le ha parecido inteligente?

—Solo la que se casó conmigo.

Kincaid arqueó una ceja. Seguía conduciendo demasiado rápido, tomando curvas en S y esquivando el tráfico. Para Quincy resultaba obvio que el sargento había sido una vez un gran fan de *Starsky y Hutch.*

—Deme treinta minutos —pidió Kincaid de repente—, y creo que cambiará de opinión.

—¿Puede localizar a mi mujer en media hora?

—No, pero puedo averiguar si el autor de la nota de verdad se la llevó.

—¿Cómo?

—La carta incluía un mapa. Siga las instrucciones de la yincana y encuentre la prueba de vida. El tipo está intentando comunicarse, señor Perfilador, y lo atraparemos por eso.

—Voy con usted —afirmó Quincy de inmediato.
Por fin, Kincaid le dedicó una sonrisa.
—En cierto modo, nunca lo he dudado.

8

Martes, 8:33 a. m., hora del Pacífico

El centro de Bakersville, Oregón, no era gran cosa: una calle principal de cuatro manzanas que albergaba diversos negocios familiares, la mayoría de ellos en dificultades tras la apertura de Wal-Mart a las afueras. La Orden de los Elks todavía mantenía una logia, que en realidad era una antigua bolera, pintada de azul brillante. Luego estaba la floristería de la esquina, el restaurante de comida rápida Ham ’n Eggs, tres puertas más allá, una tienda de material de oficina y un JC Penney’s demasiado pequeño. Los establecimientos existían para dar servicio a los vecinos, porque la mayoría de los veraneantes iban directos de las playas del sur a la fábrica de queso de Tillamook, en el norte.

Quincy no recordaba la última vez que había ido al centro, pero Kincaid parecía conocerlo bien. El sargento se desvió en una esquina y luego giró con brusquedad a la derecha en la siguiente. Mientras, realizaba sin parar llamadas de trabajo desde su móvil. Pidió que un detective fuera directo al *Daily Sun* para asegurar la nota, habló con su teniente, requirió más personal, solicitó al laboratorio criminalístico y a los de Huellas Latentes que moviesen el culo y se dirigieran a la costa, y luego llamó a la sheriff Atkins, que continuaba con la búsqueda.

Por último, Kincaid volvió a contactar con el responsable de Información Pública para que lo informara sobre los diversos cargos del *Daily Sun* y quién los ocupaba.

El trabajo policial consistía en gestionar, en lanzar un millón de bolas al aire y mantenerlas todas en movimiento sin salirse nunca de los límites ni desobedecer las reglas. Hacía mucho tiempo que Quincy no se encontraba en el centro de la acción, trabajando en un caso que se desarrollaba con rapidez. Podía sentir la descarga de adrenalina recorrer su espalda, el inconfundible hormigueo de la emoción, y eso le dejaba una vaga sensación de culpabilidad. Habían secuestrado a su mujer. Sin lugar a duda, no debería sentirse como en los viejos tiempos.

Kincaid cerró el teléfono de un manotazo. A su izquierda acababa de aparecer una estructura de cemento de dos plantas, un edificio de oficinas de los años setenta, con tejado plano y ángulos rectos. Kincaid entró a toda velocidad en el aparcamiento y encajó el Chevy entre dos SUV. Bienvenidos al *Daily Sun.*

—Yo hablo —informó Kincaid al salir del coche—. Usted escucha.

—¿En cuántos casos de secuestro ha trabajado antes? —quiso saber Quincy.

—¡Oh, cállese! —espetó Kincaid, y se dirigió al edificio.

En el interior, el alboroto resultó evidente de inmediato. Los reporteros, correctores de estilo y asistentes, que deberían haber estado trabajando en el sinfín de tareas que conllevaba la creación de un diario, revoloteaban en cambio de puntillas por el vestíbulo. Algunos agarraban con fuerza carpetas de cartulina contra el pecho. La mayoría, sin embargo, no se molestaban en fingir. Todos sabían que había ocurrido algo importante y esperaban ansiosos a ver qué sucedía después.

Kincaid no los decepcionó. El sargento cuadró los hombros, se acercó a la recepcionista y mostró su placa, con una expresión de pura fanfarronería televisiva.

—Soy el sargento detective Carlton Kincaid, he venido a ver a Owen Van Wie, *de inmediato.*

Van Wie era el director del diario de dudosa calidad. Se habían puesto en contacto con él a primera hora de la mañana y, para desagrado del responsable de Información Pública, ya tenía un abogado presente. Al menos hasta ese momento, Van Wie había prometido la total cooperación

del periódico, pero ya verían cuánto duraba.

La recepcionista mostró el camino, y Kincaid inclinó la cabeza a modo de saludo a las masas congregadas.

—¿Carlton? —murmuró Quincy por detrás.

—¡Oh, cállese!

El *Daily Sun* era un periódico de localidad pequeña, y eso se notaba en la oficina del director. Era un espacio reducido y sin ventanas, con una fila de archivadores metálicos grises de pura finalidad utilitaria y un escritorio desbordado por completo. Van Wie estaba sentado tras el escritorio. Frente a él tenía a otro hombre con traje y corbata. Quincy supuso que era el abogado.

Los hombres ya ocupaban los únicos asientos de la sala, dejando a Kincaid y Quincy de pie, hombro con hombro, en el angosto umbral de la puerta. Kincaid mostró su placa y se apresuró a presentarse.

Quincy estrechó la mano de Van Wie y luego conoció al abogado del director, Hank Obrest. El traje no era hecho a medida, y la corbata de una mezcla barata de poliéster. «Un abogado de pueblo para un periódico de pueblo», pensó Quincy. Seguro que habían ido juntos al instituto y seguían siendo los mejores amigos desde entonces.

—¿Tiene la nota? —pregunto Kincaid. Estaba claro que al sargento no le gustaban las conversaciones triviales.

—Aquí mismo. —Van Wie señaló con un gesto dos hojas de papel que se encontraban en el centro del escritorio. Ambos miraban la carta con recelo, como si fuera una bomba que pudiera estallar en cualquier momento.

—¿Ha guardado el sobre?

—Está justo al lado. Cynthia, nuestra editora de artículos de opinión, fue quien lo abrió. Le gusta utilizar abrecartas, así que tiene un corte limpio a lo largo del borde superior. No sé si ese tipo de cosas ayudan o no.

Kincaid sacó un pañuelo y lo utilizó para acercarse las dos páginas. Quincy intentó examinar el documento primero, pero el hombro de Kincaid se lo impidió.

—¿Quién más lo ha tocado? —quiso saber Kincaid.

—El Departamento de Correspondencia —respondió Van Wie, contando con los dedos—. Jessica, que clasifica las cartas. Tal vez Gary, el ayudante de Cynthia.

—Tendremos que tomarles las huellas para cotejarlas.

—Estoy seguro de que eso no será ningún problema —comentó el director.

—Seguro que no —coincidió Kincaid con firmeza.

Quincy se inclinó hacia la izquierda y, usando un bolígrafo con tapa que sacó del bolsillo de la pechera, acercó la nota a su campo de visión.

La carta estaba escrita a máquina, en papel blanco barato de fotocopiadora, con formato comercial estándar. No tenía encabezado ni pie de página. La única dirección que figuraba era la del periódico.

Estimado director:

Usted no me conoce. No resido aquí, pero conozco esta ciudad. Anoche, secuestré a una mujer que vive aquí. No se horrorice, no soy un pervertido.

Quiero dinero. Diez mil dólares en metálico. Devolveré a la mujer con vida. Lo digo en serio. Soy un profesional. Siga las reglas y todo irá bien. Pero, si me ignora, la mujer morirá.

He incluido un mapa que muestra dónde encontrar una prueba de vida. Si no encuentra la X antes del mediodía, la mujer morirá.

Si ignora esta carta, la mujer morirá. Recuerde, soy un hombre de palabra.

Atentamente,

El Zorro

Quincy leyó la nota tres veces. Luego, la apartó con cuidado. La segunda página, también en papel de oficina blanco y barato, revelaba un rudimentario dibujo hecho con bolígrafo negro y grueso. Como indicaba la nota, la X señalaba el lugar de forma literal.

Quincy ya había empezado a formarse impresiones en su cabeza, y al principio había creído que el mapa sería complicado. Sería algo que demostraría con claridad que el sujeto desconocido, el sudes, era quien tenía el control, y que la policía debía obedecer todas sus órdenes.

Sin embargo, el mapa era de una simplicidad casi caricaturesca. Había que salir del *Daily Sun*, dirigirse al sur por la 101, girar a la izquierda, luego a la derecha y acabar cerca del Museo del Aire de Tillamook, en un cementerio. Digno de un aficionado, de un adolescente. Y, sin embargo, brillante. Era un lugar lo bastante alejado como para que la probabilidad de que alguien se percatara de la presencia de un hombre en mitad de la noche fuera mínima. Y lo bastante claro como para que la policía no tuviera problemas en encontrar la «pista».

Quincy volvió a leer la nota. Luego, una vez más.

No le gustaba la sensación gélida que empezaba a instalarse en sus entrañas.

Kincaid estaba examinando el sobre.

—El remite —le murmuró el sargento a Quincy— tiene las iniciales W. E. H. y una dirección de Los Ángeles. ¿Está intentando demostrar que no es de por aquí?

—Tal vez.

—Pero el matasellos es de Bakersville, así que la ha enviado desde aquí.

Alguien llamó a la puerta. Había llegado un detective, Ron Spector, de la oficina del condado de Tillamook de la Policía de Oregón. Kincaid dio un paso atrás hacia el pasillo, donde él y Spector se juntaron y hablaron en voz baja.

Quincy volvió a revisar el mapa. Una parte de él quería salir corriendo por la puerta, dirigirse al Museo del Aire y correr por el cementerio en una irónica búsqueda de una prueba de vida. Pero su lado más frío y analítico comprendía que un investigador nunca debía precipitarse. La propia nota de rescate era un tesoro de información que no debía ignorarse. Podían encontrarse muchas cosas en ese breve juego de palabras. Por no hablar del tipo de papel, la elección de la tinta, las huellas dactilares de la página o la saliva del sello. Debería asignarse un detective para que rastrease la dirección del remite. El propio Quincy quería realizar una búsqueda de las iniciales

W. E. H., que ya estaban inquietándolo en los rincones de su mente.

¿Las había visto antes? ¿Era alguien a quien conocía?

El puzle tenía tantas piezas que ni siquiera habían empezado a encajar. Todavía tenían que sondear los hoteles y moteles de la zona para entrevistar a varones de entre veinte y cuarenta años que viajasen solos. Todavía tenían que volver sobre los últimos pasos de Rainie para determinar quién podía haberla visto. ¿Había estado bebiendo en algún sitio? ¿Seguía llevando su arma?

Ese último pensamiento hizo reflexionar a Quincy. Si el secuestro había sido al azar, tal vez el sudes aún no se había dado cuenta de que se había llevado a un miembro de las fuerzas del orden… En un determinado momento, Rainie había sido capaz de utilizar su móvil. ¿Y su arma?

La idea hizo que Quincy sintiera un extraño mareo. Por un lado, si Rainie se enfrentaba a su atacante, podría escapar. Pero, por otro, ¿a cuántos asesinos había entrevistado a lo largo de los años que habían afirmado que su sed de sangre se había desencadenado en un principio por la resistencia de una mujer? «Como se enfrentó a mí, la maté». Para algunos hombres, era así de sencillo.

Kincaid volvió e informó a Van Wie de que el detective Spector se ocuparía del *Daily Sun* a partir de ese momento. Entonces, volviendo a usar el pañuelo, Kincaid recogió con cuidado la nota de rescate de dos páginas. El detective Spector presentaría las páginas originales como evidencia e iniciaría el proceso de preservación de la cadena de custodia. Kincaid y Quincy, sin embargo, necesitarían una copia de la nota y del mapa para su parte de la investigación.

En el último momento, Kincaid le hizo un gesto a Quincy para que lo siguiera por el pasillo.

—¿Qué le parece? —preguntó Kincaid mientras se acercaban a la fotocopiadora.

—Es simple —respondió Quincy—, pero inteligente.

—¿Simple pero inteligente? Vamos, señor Perfilador… Seguro que le pagan tan bien por elaborar algo más que eso.

—Quiero un análisis audaz de la nota —dijo Quincy con brusquedad—, que examinen el papel en busca de marcas de presión. ¿Será capaz de hacerlo su gente de Documentoscopia?

—Tienen fama de competentes.

—¿Solicitará la prueba?

—Yo también tengo fama de competente.

—De acuerdo. —Quincy ignoró el sarcasmo del otro hombre—. Creo que el autor de la nota miente. Creo que está contándonos lo que quiere que creamos, pero no lo que es necesariamente cierto.

—Ah, así que su primer instinto le dice que se trata de una paranoia desenfrenada. Explíquese.

—Afirma que es un profesional. Afirma que lo hace por dinero. Pero ¿alguna vez ha oído hablar de un caso de rescate en el que la víctima fuera aleatoria? Por aquí, dadas las características demográficas, tendría muchas posibilidades de secuestrar a alguien que no contara con los recursos necesarios para hacer frente al rescate.

—Diez mil dólares no es tanto —protestó Kincaid.

—Eso es —respondió Quincy—. Entonces, ¿por qué diez mil dólares? No es una suma muy elevada por tener a una persona como rehén.

—Tiene que pedir una cantidad accesible. Usted mismo lo ha dicho, esta no es la parte más rica del estado. Además, no me malinterprete, pero, para algunos de nosotros, conseguir diez mil de forma rápida no es ninguna tontería.

Quincy se limitó a encogerse de hombros.

—¿Y por qué involucrar a la policía? ¿No suelen especificar la mayoría de las notas de rescate que *no* se acuda a las autoridades? Para ser alguien que intenta ganarse diez mil dólares con rapidez, como usted ha dicho, solo se ha buscado un problema mayor.

—Claro, pero mire, teniendo en cuenta el sistema de este tipo, no le queda otra opción. Si no afirmamos que se trata de una nota de rescate y verificamos la prueba de vida, la familia de la persona desaparecida no sabría tomarse en serio la carta. Y si la familia de la víctima no se toma las cosas en serio, el señor Zorro no cobra. —Kincaid había terminado de copiar las dos páginas y después colocó el sobre encima del cristal.

»Ahora permítame decirle lo que pienso. Primero… En realidad, estoy de acuerdo con usted. Creo que la nota es una gran sarta de mentiras. Pero aquí es donde diferimos. Usted piensa que si el tipo miente, debe ser astuto. Sin embargo, yo creo que el tipo miente porque es un simple aficionado.

—Ah, así que *a usted* su primer instinto le dice que se trata de mera estupidez —manifestó Quincy, extendiendo las manos—. Explíquese.

—Vale, escuche esto. Nuestro tipo…

—El sudes.

—¡Ah!, es cierto. En el mundo de los federales, hay que tener un acrónimo para todo. Bien, nuestro *sudes*, entonces, necesita ganar dinero. Ahora, yo supongo que este tipo no es tan brillante ni está tan centrado en este mundo. Para un lerdo como este, diez mil dólares pueden suponer mucha pasta. Tal vez son para saldar una deuda de juego. —Kincaid le dirigió una mirada penetrante. Había varios casinos a lo largo de la costa, y traían consigo los problemas propios de estos negocios, como ludopatía, préstamos ilegales y alcoholismo—. O tal vez solo necesita pagar su nuevo todoterreno. No lo sé. La cuestión es que para este tipo diez mil dólares es suficiente, sobre todo por un único día de trabajo.

—¿Un día de trabajo?

—Sí, lo que me lleva al segundo punto. Nuestro sudes no es lo bastante sofisticado como para tramar una compleja operación, y necesita algo rápido y fácil. Así que, en lugar de, por ejemplo, identificar un objetivo, espiarla durante días y luego tratar de averiguar cómo secuestrarla en su casa o en el trabajo, actúa con un crimen fortuito. Algo fácil. Digamos, por ejemplo, una mujer que puede haber estado bebiendo y ha parado su vehículo en mitad de la noche.

»Por supuesto, al no saber quién es esa mujer ni nada sobre sus antecedentes, ¿cómo puede establecer contacto? Es sencillo: utilizando el periódico local. Y quizá, como en este caso no íbamos lo bastante rápido, no lo sé, decidió establecer también contacto directo. Seguimos hablando de algo poco complicado. Tiene el móvil de la víctima, usa un distorsionador de voz que cualquier idiota puede comprar en Internet y, ¡pum!, hecho.

»Ahora bien, si ha visto alguna película, sabe que lo primero que se exige en estos casos es una prueba de vida. Bueno, está inventándoselo todo sobre la marcha, así que, de nuevo, ¿cómo comunicarlo? Ah, ya sé, enterrándola en medio de un cementerio. Así cumple con la tarea y, además, podrá reírse imaginándose a un estupendo y guapo detective estatal intentando con desesperación no desenterrar ningún hueso. Dios sabe que voy a tener que tomármelo con humor.

»Después el sudes fija algunos plazos, porque este paleto no puede permitirse que las cosas se alarguen. Envía la nota antes de las cinco de la tarde del día anterior para asegurarse de que nos llaman a primera hora de la mañana. Nos da un tiempo límite para encontrar la prueba de vida, para cerciorarse de que nos movemos. Le apuesto que ahora llegamos al cementerio y

encontramos la información sobre la entrega del dinero, junto con otro plazo que será dentro de, lo más seguro, una o dos horas. Es muy posible que incluya otro mapa. Tendremos que colocar el dinero bajo la lápida A y buscar un mapa que nos llevará al árbol B, en el que encontraremos a la chica.

»Rápido, limpio, y no es una mala manera de ganar diez mil dólares. —Kincaid retiró el sobre del cristal, recogió las copias y cerró la fotocopiadora—. Ahora permítame que *le* pregunte una cosa: ¿tiene diez mil dólares?

—Sí.

—¿Los pagaría para rescatar a una mujer de la que se ha separado?

—Sí —respondió Quincy sin inmutarse.

—Perfecto. Va a ser un buen día. Vamos a cazar un zorro.

—No creo que sea una cuestión de dinero —insistió Quincy en voz baja.

—¿Más paranoia desenfrenada?

—Tal vez. Pero yo sé algo que usted no sabe.

—¿Y qué es, señor Perfilador?

—Sé quién es el Zorro.

9

Martes, 9:45 a. m., hora del Pacífico

Dougie estaba en el bosque. Dougie siempre estaba en el bosque. No le importaban la lluvia, el viento ni el frío. Fuera estaba a gusto. Fuera había árboles, agujas de pino y un musgo verde que resultaba agradable al tacto, pero que no siempre sabía muy bien. Esa mañana, probó tres tonos diferentes de musgo. Uno sabía a tierra; otro, a corteza de árbol; y el tercero le había provocado un curioso cosquilleo en la boca.

No comió más del tercero.

En ese momento, Dougie estaba excavando los restos de un árbol muerto. Seguro que el grueso tronco llevaba años caído, por lo menos, desde antes de que Dougie naciera. Ya era un enorme tronco podrido, del que brotaban interesantes hongos y que albergaba montones de bichos. Dougie tenía un palo. Cavaba y cavaba sin parar. Cuanto más escarbaba, más bichos interesantes salían.

Dougie tenía siete años, o al menos eso le decía la gente. No recordaba la fecha de su cumpleaños. Quizá era algún día de febrero. Su primera «segunda familia» le inventó una fecha, el «día de llegada al hogar». Eso fue en febrero, y le dieron tarta y helado.

Su primera segunda familia no le disgustaba. Por lo menos, no recordaba nada malo. Pero un día llegó la señora del traje morado y le dijo que hiciera la maleta. Le contó que iba a ir a una nueva segunda familia, pero que no se preocupara, porque ellos también lo querrían mucho.

—Dougie —le dijo en voz baja la señora del traje morado mientras salían por la puerta principal—, no puedes jugar así con las cerillas. A la gente la pone nerviosa. Prométeme que no habrá más cerillas.

Dougie se encogió de hombros. Dougie lo prometió. Mientras, detrás de ellos, el garaje de la casa de su primera segunda familia yacía en escombros ardiendo.

La «segunda familia segunda» no celebraba cumpleaños ni «días de llegada al hogar». No celebraban casi nada. Su nueva madre tenía un rostro delgado y serio.

—La ociosidad es la madre de todos los vicios —le decía, justo antes de ordenarle que fregara el suelo o lavara los platos.

A Dougie no le gustaba hacer tareas domésticas. Eso implicaba estar dentro de casa y a Dougie no le gustaba estar en interiores. Quería estar fuera. Rodeado de árboles, donde pudiera oler la tierra y las hojas, donde no hubiera nadie que lo mirase de forma extraña o cuchicheara acerca de él a sus espaldas.

Llevaba tres semanas con su segunda familia segunda. Entonces se limitaba a esperar a que se durmieran, salía a la chimenea y se divertía un montón con unas estupendas cerillas largas y grandes. Esas cabronas sí que ardían bien.

Todavía recordaba la expresión atónita de su nueva madre cuando salió corriendo de su dormitorio.

—¿Huelo a humo? ¡Dios mío!, ¿es un incendio? *¡Dougie! ¡¿Qué has hecho, engendro del diablo?!*

Su segunda madre dormía desnuda, al igual que su segundo padre. Los bomberos se rieron de eso cuando llegaron al lugar. Entonces lo vieron a él, sentado en las ramas del roble gigante, escuchando cómo la casa crujía, crepitaba y restallaba. Se detuvieron, señalaron y se quedaron

mirando.

Después de aquello, lo enviaron a un reformatorio. Le dijeron que era un centro para «chicos conflictivos». Pero la señora del traje morado volvió a aparecer.

—Dougie es demasiado pequeño para estar en un centro así —la oyó decir—. Dougie aún tiene una oportunidad.

Dougie no sabía lo que eso significaba. Se limitó a hacer la maleta y a irse trotando hacia su siguiente hogar. Esa casa estaba cerca del pueblo. No había bosque ni parque, ni siquiera un patio decente. Dougie solo descubrió una ventaja en aquella diminuta casa, invadida por todo tipo de nuevos hermanos y hermanas, que no eran hermanos ni hermanas en absoluto, sino solo otros niños que se odiaban entre sí: la casa estaba a solo una manzana de la tienda de conveniencia.

Dougie aprendió a robar. Si iban a mantener todos las cerillas fuera de su alcance, robar era lo segundo mejor. Empezó con cosas pequeñas: pastelitos rellenos de rema, dónuts, golosinas al peso que se almacenaban en estanterías bajas… El tipo de cosas de las que nadie se daba cuenta. La primera vez, llevó su botín a casa y una de sus «hermanas» se lo quitó. Cuando él protestó, ella le dio un puñetazo en el ojo. Luego se sentó ahí mismo y se comió todas sus golosinas mientras a él se le hinchaba el ojo.

Dougie aprendió la lección. Encontró un ladrillo suelto en la parte de atrás de la gasolinera y allí escondía su botín. Era conveniente tener una reserva propia de alimentos, ¿verdad? A veces, solo con mirar todas esas cosas, sentía que le rugían las tripas. Unos tenían hambre y otros HAMBRE, y Dougie ya se había dado cuenta de que tenía más hambre que la mayoría.

El propietario de la tienda lo pilló un día con los bolsillos repletos de bizcochitos de chocolate y pasteles de manzana, y le retorció la oreja. Dougie se puso a llorar y entregó la mercancía.

—No volveré a hacerlo —prometió, limpiándose la nariz con el dorso de la mano. De la manga de su abrigo cayeron más caramelos.

Y ese fue el final de su hogar número tres.

La señora del traje morado decidió que Dougie necesitaba más atención. Un hogar con tantos niños no había sido el adecuado para Dougie, porque él necesitaba un enfoque práctico. Tal vez una figura masculina positiva.

Dougie se trasladó al hogar número cuatro, donde le presentaron emocionados a su «hermano mayor» de diez años, Derek. Derek estaba en los Boy Scouts, Derek jugaba al fútbol americano en la organización juvenil Pop Warner, Derek era un «gran chico» y sería una buena influencia para Dougie.

Derek esperó a que se apagaran las luces y luego llevó a Dougie por toda la casa.

—¿Ves esa silla, pequeño? Esa es mi silla. —Derek le asestó un golpe en el estómago.

—¿Ves esa pelota, pequeño? Esa es mi pelota. —Le clavó tres dedos en el riñón.

—¿Ves esa Xbox? Esa es mi Xbox. —Le propinó un golpe de kárate en el cuello.

Dougie duró más en esa casa. Sobre todo porque tenía miedo de levantarse de su cama por la noche. Pero un día, Derek fue a pasar un fin de semana a casa de su abuela. Dougie se levantó a la una en punto de la madrugada. Empezó por el dormitorio, donde quitó las sábanas de la cama de Derek, sacó la ropa de los cajones de Derek, sacó los juguetes del armario de Derek. Cogió la silla, la pelota y la Xbox.

Levantó una pila impresionante en el patio delantero. Y entonces, como ya tenía más experiencia, encontró el bidón de gasolina y empezó a rociar. Una llamita y *¡zas!*

Dougie perdió las dos cejas y la mayor parte del flequillo. La señora del traje morado, que

estaba pasándolo mal por gritarle a un niño que mostraba una constante expresión de asombro, con todo el vello del rostro chamuscado, también lo sacó del lugar sin demora.

Dougie se había metido en un LÍO ENORME.

Eso constaría en su EXPEDIENTE. Ya nadie querría ni tocarlo. ¿Es que no quería una FAMILIA? ¿No quería una OPORTUNIDAD? ¿Cómo ERA CAPAZ?

Era capaz porque lo hizo y volvería a hacerlo. Él lo sabía. La señora de morado lo sabía. A Dougie le gustaba el fuego, le gustaba la chispa ardiente de una cerilla, le gustaba cómo la llama engullía el palito de papel y luego le lamía las yemas de los dedos. Le dolía. Se había abrasado las yemas de los dedos innumerables veces, incluso se había hecho ampollas en la palma de la mano. El fuego dolía, pero no era un dolor malo, era real, era auténtico… Era fuego y a Dougie le gustaba.

Y ahí estaba de nuevo, viviendo con los Carpenter. La señora del traje morado le había dicho que eran buena gente. Eran honestos y trabajadores. Habían pedido, de forma expresa, un niño problemático —«Que el cielo los ayude», murmuró la mujer del traje morado—, así que tal vez sabrían qué hacer con él. Se comentaba que su padre tenía muy buena mano con los chicos. Era ayudante de entrenador de fútbol americano en el instituto y había crecido con cuatro hermanos.

Puede que él fuera quien por fin disciplinaría a Dougie.

En el nuevo dormitorio del pequeño en su quinta segunda residencia solo había un colchón. Le dijeron que, si quería sábanas, tenía que ganárselas. Si quería mantas, tenía que ganárselas. Si quería juguetes, lo mismo.

En la pared de la cocina había un elaborado gráfico. Cuando realizaba una tarea, ganaba un punto. Cuando pedía algo con educación, ganaba un punto. Cuando obedecía, ganaba un punto.

Si decía palabrotas, perdía un punto. Si contestaba mal, perdía un punto. Si infringía una regla, perdía un punto. Y así sucesivamente.

Sus nuevos padres tampoco querían arriesgarse. No había cerillas, gasolina ni gas para mecheros por ningún rincón de la propiedad. Al menos, no que Dougie hubiera podido encontrar. Claro que su tiempo de búsqueda era limitado. Todas las tardes, a las siete, lo escoltaban a su habitación y lo encerraban.

La primera noche, se levantó a las tres de la madrugada y orinó en el armario. Por la mañana, Stanley se limitó a darle una esponja y acompañarlo a su habitación.

—Puedes usar la esponja o puedes utilizar la lengua, pero vas a limpiar eso, Dougie. Ahora ponte a trabajar.

Stanley permaneció ahí todo el tiempo, con sus grandes y musculosos brazos cruzados sobre un pecho también grande y musculoso. Dougie lo limpió. Por lo menos, la noche siguiente le dejaron un cubo.

Dougie esperó hasta medianoche, le dio la vuelta al cubo y lo utilizó para encaramarse a la ventana. Su nueva «figura paterna a seguir» ya la había sellado con clavos.

Stanley era un pensador, Pero Dougie también.

Dougie invirtió tres días enteros en su siguiente proyecto. Sí, señora, lavaré los platos. Sí, señora, comeré zanahorias. Sí, señora, me lavaré los dientes. A cambio, obtuvo una sábana y el pequeño kit de dibujo que había solicitado de manera explícita.

La quinta noche, se puso de pie sobre su cubo y utilizó un capuchón de bolígrafo del kit de dibujo para sacar de forma lenta y metódica cada clavo. Le llevó hasta las cuatro de la mañana, pero lo consiguió. Y luego, durante dos semanas enteras, pudo ir y venir a su antojo. Encerraban a Dougie en su habitación y, en un abrir y cerrar de ojos, volvía a marcharse al bosque o a la

ciudad en busca de cerillas. La tercera semana, sin embargo, Stanley lo pilló.

Resultó que su nuevo segundo padre sabía mucho más sobre castigos que Dougie.

La señora del traje morado los visitó poco después.

—Dougie —cuestionó—, ¿no te das cuenta de que esta es tu última oportunidad?

Daba la impresión de que la señora iba romper a llorar. Se le habían humedecido los ojos y había empezado a temblarle el labio inferior. A Dougie le trajo un recuerdo borroso. De un tiempo y un lugar que, en realidad, no recordaba. Era solo una sensación que le vino a la mente, como un olor o el tacto del viento en el rostro.

Le entraron deseos de acercarse a la señora. De acurrucarse contra ella y apretar el rostro contra su cuello, como había visto hacer a otros niños. Deseó que lo abrazara, que le dijera que todo iría bien. Deseó que ella lo quisiera.

Y eso le hizo quedarse mirando el traje morado y preguntarse cómo ardería.

—Stanley me pega —afirmó Dougie.

Y eso lo cambió todo.

La señora del traje morado le trajo a otra señora, que llevaba vaqueros. Se llamaba Rainie y era su mediadora, lo cual significaba que trabajaba para él, le dijo. Su trabajo consistía en evaluar lo que estaba ocurriendo, determinar si de verdad había problemas en el hogar. De ser así, lo ayudaría a defender sus derechos. De lo contrario, debía intervenir para mediar una solución entre él y sus nuevos padres de acogida, que, según ella, no estaban dispuestos a abandonarlo todavía, aunque Dougie necesitaba, en palabras de Stanley, un «enorme cambio de actitud».

Al menos, Rainie no estaba mal. A ella también le gustaba estar al aire libre y no le hacía hablar mucho, sobre todo de sus sentimientos, lo cual estaba bien. Dougie no tenía muchos sentimientos que no tuvieran que ver con el fuego, y en el fondo, incluso él comprendía que eso lo convertía en un bicho raro.

En ese momento arrancó más corteza. Un escarabajo grande y peludo salió corriendo y Dougie lo persiguió con su palo. Era rápido, pero el chico lo fue más.

—¡Dougie! —llamó una voz detrás de él.

Dougie se giró. Su segunda madre estaba de pie a una distancia prudencial. Llevaba una sudadera gris descolorida, con los brazos cruzados para combatir el frío. Parecía cansada e infeliz. Siempre parecía cansada e infeliz.

—Entra a desayunar, Dougie.

—Ya he desayunado. —Abrió la boca, revelando un festín de tres escarabajos.

—¡Dougie…!

Ella se quedó mirándolo y él hizo lo mismo. Las patas de un escarabajo se movieron entre sus labios. Con su dedo índice, el niño lo empujó para dentro de nuevo.

—¿Has visto hoy a Rainie? —preguntó de repente su segunda madre.

—¿Qué?

La voz de la mujer empezó a mostrar impaciencia. Ya estaba alejándose de él y de sus mejillas llenas de escarabajos, revolviéndose.

—¿Has visto a tu mediadora, Rainie Conner, hoy? ¿Ha pasado por aquí o te ha llamado?

—No.

—Muy bien. Es todo lo que necesitaba saber.

—¿Están buscándola?

Su segunda madre se detuvo.

—¿Qué quieres decir, Dougie?

—¿Están buscándola? ¿Ha desaparecido?

—¿Sabes algo, Dougie? ¿Hay algo que quieras decirme?

—Espero que esté muerta —se limitó a decir, se volvió hacia el tronco y sacó otro escarabajo de sus podridas profundidades—. Me mintió. Y los mentirosos reciben su merecido.

10

Martes, 10:42 a. m., hora del Pacífico

Por fin amainaba la lluvia. Al circular por la autopista 101, Quincy observó cómo las nubes brumosas iban liberando su dominio sobre la cordillera costera, permitiendo que picos de un verde oscuro aparecieran aquí y allá entre la penumbra.

A Rainie le encantaban esas montañas. Había crecido ahí, a la sombra de los imponentes abetos Douglas, a un suspiro de la costa rocosa. Ella creía que la naturaleza debía inspirar admiración, una presencia lo bastante grandiosa como para hacer temblar a los simples mortales. Cuando Rainie estaba contenta, salía al aire libre. Cuando estaba nerviosa, salía al aire libre. Cuando estaba emocionada, asustada, estresada o contenta, siempre salía al aire libre.

Y, como Quincy había aprendido a la fuerza, cuando Rainie estaba deprimida, se quedaba acurrucada en su dormitorio a oscuras.

Kincaid encendió el intermitente derecho. El detective conducía ya a una velocidad inferior a la de la luz, perdido en sus propios pensamientos.

Con la llegada de la nota, el caso había tomado forma por fin y Kincaid parecía estar asentándose. Tenía un adversario. Tenía la denuncia de un crimen. También tenía una nota, que había generado un montón de pistas tangibles y tareas lógicas. Kincaid ya podía utilizar su teléfono como un general que comienza a organizar sus tropas para la guerra.

En cambio, Quincy sentía cómo empezaba a desintegrarse poco a poco. Era un investigador con gran experiencia en el ámbito criminal. También era un hombre que sabía, mejor que muchos, que podían sucederte desgracias. No obstante, hasta ese momento, la noche había tenido un aire surrealista. Rainie era dura. Rainie era capaz. Le preocupaba que bebiera y le preocupaba su estado de ánimo. Pero, a decir verdad, nunca le había preocupado que un desconocido pudiera causarle daño físico.

Era uno de esos momentos en los que Quincy deseaba no haberse convertido nunca en perfilador criminal. Deseaba haber sido ingeniero, profesor de matemáticas de instituto o incluso granjero. Porque entonces podría ser solo un hombre, un marido preocupado. Y podría consolarse con el hecho de que contaba con diez mil dólares y que pagaría con gusto diez veces esa cantidad para tener a Rainie a salvo en sus brazos.

Podría decirse a sí mismo que todo iba a salir bien. Podría asegurarse a sí mismo que solo se trataba de un pequeño y extraño interludio, y que en cuestión de horas volvería a ver a su mujer.

No tendría que ser consciente de tantas estadísticas, como que la mayoría de los casos de rescate acaban con que se encontraba muerta a la víctima secuestrada.

Después de que Kincaid girase, el Museo del Aire de Tillamook por fin se vislumbró frente a ellos.

En condiciones normales, sería difícil que el museo pasara inadvertido. Ubicado en un antiguo hangar de dirigibles de la Segunda Guerra Mundial, tenía la distinción de ser la mayor estructura de madera de todo el mundo. Tenía la altura de un edificio de más de quince pisos y ocupaba la friolera de casi tres hectáreas. La colección del museo, compuesta por treinta aviones de guerra diferentes, apenas hacía mella en el oscuro y cavernoso espacio.

Rainie y él lo habían recorrido una vez.

—¿Sabes?, este sería un lugar estupendo para esconder un cadáver —había comentado Rainie,

girándose y dirigiéndole una mirada pensativa.

El hangar de dirigibles formaba parte de una estación aeronaval. Aunque la estación aeronaval de Tillamook fue desmantelada en el 48, seguía mostrando el aspecto y el ambiente de un espacio de la Marina. Tenía edificios bajos y extensos para dar alojamiento a los oficiales y al personal militar, vastas extensiones de terreno para diversos ejercicios de entrenamiento y un entramado de carreteras que rodeaban y atravesaban el complejo.

Además del Museo del Aire, se había instalado una empresa de alquiler de aviones. Luego estaba la prisión colindante, con sus muros coronados por torres de vigilancia y rollos de alambre de espino.

Era una zona concurrida, pero no demasiado. Dada la afluencia de turistas al museo, un extraño no llamaría la atención. Incluso fuera de horario, Quincy apostaría a que cualquier hombre podía recorrer los terrenos sin ser cuestionado, siempre que pareciera que sabía lo que hacía. En otras palabras, era el lugar perfecto para un encuentro ilícito.

Siguiendo el mapa, giraron con brusquedad a la derecha antes de llegar al museo. Eso los llevó directos a un pequeño cementerio, enclavado en medio de un terreno de pastizales.

—Es el cementerio católico —comentó Kincaid mientras aparcaba el coche y ambos bajaban —. Tal vez su sudes tiene problemas de conciencia.

—¿Acaso no los tenemos todos? —murmuró Quincy, y rodeó el coche para estudiar el mapa.

Les llevó un rato situarse en el espacio con ese croquis tan básico. En la parte izquierda del mapa había un camino dibujado y, al fondo, un pequeño arbusto. Era un sistema rudimentario. Nada parecía a escala y, dada la falta de árboles o arbustos en el terreno, ninguno de los puntos de referencia parecía especialmente destacado.

—Bueno, puedo decirle una cosa —declaró Kincaid después de un momento—. Es evidente que al sudes lo suspendían en dibujo.

—Creo que el truco está en no esforzarse demasiado. Considere los puntos de referencia como puntos de una brújula. Queremos que los arbustos estén al sur y los árboles a la izquierda. Si nos situamos ahí…

—La X no señala el lugar —completó Kincaid—, pero una cruz sí.

—¡Vamos!

La cruz de granito gris de metro y medio estaba salpicada de marcas del paso del tiempo y teñida de verde por décadas de lluvia. Había crecido musgo por los bordes y de la base habían brotado helechos. Sin embargo, la lápida conservaba cierta dignidad atemporal. Era el último centinela de toda una familia que se había mantenido vigilante durante cuatro generaciones.

«Polvo eres y en polvo te convertirás», pensó Quincy.

—No veo nada —reveló Kincaid—. ¿Y usted?

Quincy negó con la cabeza, todavía dando vueltas. La parcela familiar era antigua y parecía intacta. Ni flores frescas ni tierra removida. Frunció el ceño, retrocedió y volvió a fruncirlo.

El cementerio estaba activo. Los montículos oscuros de tierra recién removida indicaban nuevas adiciones. Banderas de colores brillantes, sin duda restos del Día de los Veteranos, adornaban muchos monumentos. Aquí y allá, los jarrones presumían de ramos frescos de claveles, margaritas y rosas. Le cogió el mapa a Kincaid, lo estudió y decidió que odiaba todo ese juego.

—¿Cómo vamos de tiempo? —preguntó Kincaid.

—Son las diez y cincuenta y ocho.

—Así que nos queda una hora hasta que acabe el plazo. —El sargento echó un vistazo al

cementerio—. Si tenemos una hora entera, ¿qué dificultad puede tener esto?

—Permítame que le pregunte algo —articuló Quincy de pronto—. Este plazo… ¿cómo sabrá si *no* lo cumplimos?

Kincaid tuvo la sensatez de no girarse de golpe. Su cuerpo se quedó quieto del todo.

—¿Cree que está vigilando? —susurró.

—O tiene un vigía. O… ¿vigilancia electrónica?

—No sería muy fácil aquí fuera.

—Si ha colocado un sistema de vigilancia inalámbrica, creo que habría que catalogarlo un peldaño por encima de «lerdo inútil» —convino Quincy.

—¡Mierda! Lo que nos faltaba, un criminal a lo MacGyver.

—Creo que no me importa mucho.

Quincy amplió su recorrido, moviéndose con más cuidado y tratando de tener una mejor percepción de su entorno. Los edificios vecinos podían ocultar a alguien con bastante facilidad. La hierba alta de alrededor también. Y en cuanto a cámaras… detrás de una bandera, asomando desde una cesta de flores, entre los helechos… Las posibilidades eran infinitas. Necesitarían un equipo entero de investigadores formados para cubrir una zona tan amplia. Era imposible que dos hombres lo consiguieran en una hora.

—Quizá debería hablarme de ese tal Fox —sugirió Kincaid con firmeza, mirando fijamente los edificios circundantes, los caminos cubiertos de maleza y cualquier lápida de más de metro y medio de altura.

—Secuestró a la hija de doce años de un importante banquero de Los Ángeles —explicó Quincy, empezando a avanzar hacia el arbusto solitario, todavía actuando de forma despreocupada. Se dio cuenta de que Kincaid tenía la mano dentro de la chaqueta, cerca de donde un agente podía llevar un arma—. Su padre recibió una serie de notas de rescate, todas exigiendo mil quinientos dólares en efectivo y firmadas con el nombre de «El Zorro».

—Mil quinientos dólares no es mucho dinero.

—Fue en 1927.

—¡¿Cómo dice?!

—Perry Parker, el padre, reunió el dinero. Siguiendo las instrucciones, entregó la bolsa a un joven que lo esperaba en un coche. En el asiento del copiloto del vehículo pudo ver a su hija. Sin embargo, en cuanto Perry le entregó el dinero, el sospechoso se marchó con Marion Parker aún en el coche. Al final de la calle, arrojó su cadáver a la acera.

Quincy ya había llegado al rododendro. Estaba a punto de dar otro paso cuando el arbusto tembló de repente.

—¡Agáchese! —rugió Kincaid.

Quincy se agachó, un cuervo negro levantó el vuelo y Kincaid casi le voló la cabeza de un disparo.

—Santa madre de…

—¡Es un pájaro, es un pájaro! Alto el fuego, por el amor de Dios.

Kincaid se detuvo en seco, con el cuerpo aún temblando, los ojos muy abiertos y expresión de asombro en su sombrío rostro. Quitó el dedo del gatillo, pero permaneció en posición de tirador, con todos los músculos tensos, al igual que Quincy.

Su mirada iba de un lado a otro, intentando verlo todo, sin centrarse en nada. Estaba perdiendo los estribos, Kincaid estaba perdiendo los estribos. Empezaron como profesionales y se habían vuelto dos colegiales a los que les daba miedo el cementerio local.

—No veo nada —declaró Kincaid con brusquedad.

—Yo tampoco.

—Pero estoy bastante seguro de que, si estuviera cerca, sabría que hemos seguido su estúpido mapa.

—Parece una apuesta segura.

Kincaid inhaló y exhaló. Por fin se relajó, y la Glock del 40 volvió a desaparecer dentro de su chaqueta. Dio unos pasos y luego sacudió los brazos.

—Voy a tener que informar de que he disparado mi arma gracias a ese maldito pájaro —murmuró, sonando todavía muy cabreado, pero al menos de una forma más cuerda.

—El pájaro que se escapó —observó Quincy.

—¡Ah!, mierda. Debería haberme hecho contable. ¿Lo ha pensado alguna vez? Mi padre es auditor. Quizá no sea el trabajo más emocionante del mundo, pero tiene libre la mayor parte del verano y, lo que es mejor, no creo que haya tenido que correr por un cementerio a la caza de enmascarados. Se sienta ante un escritorio y suma números. Eso podría hacerlo yo.

—Yo siempre he querido ser profesor. Aunque seguiría implicando pasar grandes periodos de tiempo con delincuentes violentos, al menos sería al principio de sus carreras, y no más tarde, cuando ya hubieran matado a media docena de personas.

Kincaid se quedó mirándolo.

—Tiene una forma muy interesante de ver las cosas, señor Perfilador.

—Soy la sensación en las fiestas de cóctel —le aseguró Quincy.

Kincaid suspiró y volvió a inspeccionar el terreno en busca de alguna X.

—Entonces, ¿qué estaba contándome? ¿Sobre ese tal Zorro?

—¡Oh! El señor Parker pagó el rescate y, a cambio, el Zorro se deshizo del cadáver de su hija de doce años. A Marion le habían cortado las piernas, le habían extraído las vísceras y le habían abierto los ojos con alambre para que pareciera que estaba viva. Más tarde, la policía encontró sus órganos internos esparcidos por diversas zonas de Los Ángeles.

—¡Jesús! ¿Esto ocurrió de verdad? —preguntó Kincaid, con aspecto de estar algo mareado.

—Fue un caso bastante sonado por su crudeza.

—¿En 1927? Bueno, de eso no puede culparse a los videojuegos violentos, ¿no? Pero no lo entiendo. Está hablando de hace casi ochenta años. Dudo que sea el mismo personaje al que nos enfrentamos ahora.

—Ah, seguro que es otro «personaje». El Zorro está muerto. El señor Parker lo reconoció de inmediato como antiguo empleado, la policía lo detuvo y fue ahorcado en el 28.

—Así que, en otras palabras, no tiene nada que ver con nosotros —expresó Kincaid con gesto de extrañeza—. Un tipo firmaba sus notas como el Zorro y otro ha firmado la suya con el mismo seudónimo. Es probable que le haya parecido que sonaba bien.

—En la vida real —explicó Quincy en voz baja—, el nombre del Zorro era William Edward Hickman.

Kincaid se detuvo, y volvió a tener aspecto de no sentirse bien.

—W. E. H.

—Con remite de Los Ángeles.

—¡Ay, cielos! ¿Es que un criminal ya no puede ser *normal*? De verdad, es que hasta los delincuentes han visto demasiada televisión.

—El seudónimo, el mapa, el cementerio… —Quincy señaló el espacio gris—. Sea lo que sea a lo que nos enfrentamos aquí, dudo que se trate solo de dinero. Para serle franco, si los

delincuentes quisieran dinero, podrían asaltar un 7-Eleven. Estos casos, los de rescate, siempre son por algo más.

—Muy bien —accedió Kincaid, entrecerrando los ojos—. Morderé el anzuelo: ¿en cuántos de estos casos *ha* trabajado?

—En seis.

—¿Y el porcentaje de éxito con reunión familiar feliz?

—Treinta y tres por ciento. Dos de los seis secuestrados volvieron a casa con vida.

—¿Pagaron las otras cuatro familias?

—Sí, pero no importó. En los otros cuatro casos, las víctimas fueron asesinadas una hora después del secuestro. Nunca hubo intención de devolverlas con vida. Tener un rehén es complicado, ya sabe. Primero, si te han visto la cara, te identificarán más tarde. Después está la logística de alojarlos, alimentarlos y ocuparse de ellos. Resulta mucho más limpio matarlos desde el principio.

»Tres de ellos eran niños —añadió Quincy—. Una era una niña que solo tenía dos años. Atrapamos al hombre más tarde. Era un antiguo socio de los padres, que consideraba que le debían más dinero del que le dieron al adquirir su parte. Así que mató a su hija para sacarles cincuenta mil dólares. Este tipo de depredadores… Nunca es solo una cuestión de dinero, sargento Kincaid. Casi siempre tiene un matiz personal.

—No me gustan esos conocimientos suyos.

—La mayoría de las veces, a mí tampoco.

—Disponemos de cuarenta minutos —señaló Kincaid, después de echar un vistazo al reloj.

—Creo que solo vamos a necesitar otros diez. Suponiendo, claro, que haya traído una pala —manifestó Quincy, señalando al suelo.

Kincaid formó una pequeña O con la boca y se dirigió al maletero de su coche.

11

Martes, 11:19 a. m., hora del Pacífico

Quincy no se había dado cuenta al principio. Y tampoco Kincaid. Sin embargo, tras una inspección más minuciosa, no todos los helechos que rodeaban la base del monumento en forma de cruz eran iguales. Cuatro de ellos eran helechos comunes de bosque, cortos, algo amarillentos por el exceso de sol y con manchas en los bordes. Pero había un quinto, más verde, más rico y sin manchas. Al inspeccionarlo más de cerca, Quincy apreció que se trataba de un helecho de interior. Tal vez comprado en cualquier floristería o vivero y colocado junto a la lápida para cubrir los signos de una excavación reciente.

Exploró los bordes con los dedos, pero no encontró ninguna señal de una maceta de plástico. La tierra era más suelta y arcillosa, una mezcla comercial de tierra para macetas.

Quincy utilizó las manos para empezar a cavar. El helecho, con sus raíces aún moldeadas en forma de maceta, salió con facilidad. Pero, tal y como temía, la tierra suelta y embarrada volvió a caer en el agujero, ocultando su profundidad.

Kincaid retornó con una pala mediana, como la que podría tener un niño pequeño. Vio la mirada interrogante de Quincy y se encogió de hombros.

—A veces toca cavar por estas tierras, y este tamaño cabe bien en el maletero.

—Vamos a necesitar una lámina de plástico —le notificó Quincy—. Bueno, dos. ¿Lleva un kit para recogida de pruebas en el maletero?

—¡Eh!, soy poli estatal, llevo de todo en mi maletero.

Kincaid volvió a desaparecer y Quincy aprovechó la oportunidad para volver a meter los dedos en el agujero. Palpó con rapidez, de manera furtiva, sintiéndose algo culpable. Aún no estaba seguro de lo que buscaban y, como detective principal del caso, Kincaid era el dueño de las pruebas. Pero Quincy las necesitaba más. Era su único vínculo con Rainie.

Sus dedos tocaron por fin algo, sólido, duro como una roca, y recorrieron los bordes hasta que la forma se hizo inconfundible.

Luego se apoyó sobre los talones y se dejó caer sobre la hierba mojada. Tenía barro en las manos y manchas de musgo en los pantalones. Por primera vez, pudo sentirlo de verdad: su ropa húmeda, el pelo mojado, el sinfín de noches en vela.

Sintió un escozor en los ojos. Intentó frotárselos, intentó recomponerse antes de que Kincaid regresara, pero solo consiguió mancharse más la cara de tierra.

Kincaid volvió armado con una caja y se quedó mirándolo con una expresión difícil de leer. Se aclaró la garganta. Aún le ardían los ojos y su voz sonó ronca y áspera.

—¿Ha desenterrado pruebas con anterioridad?

—Sí.

—La clave es sacar todo el lateral del agujero, palada tras palada. A continuación, echar la tierra sobre el plástico, de manera que la del agujero quede hacia arriba. Lo cubriremos con otra lámina de plástico, y eso lo preservará para que los técnicos de pruebas lo procesen. Nunca se sabe lo que el sudes puede haber transferido a la escena. Muestras de tierra de su propia pala, cabello, fibra de alfombra del maletero de su coche…

—Lo sé

—Es importante hacerlo bien —susurró Quincy.

—Ya lo sé, hombre. Ya lo sé.

Kincaid se hizo cargo y Quincy se sentó ahí como un bulto. Debía levantarse, pero era incapaz de reunir fuerzas. En vez de eso, se quedó escuchando el rítmico raspar de la pala contra la tierra mientras veía cómo se acumulaban las nubes de lluvia por el norte. Podía ver la furiosa línea gris que se formaba en el horizonte, el muro de lluvia que parecía una densa niebla a punto de barrer el valle. Un día lluvioso tras una noche lluviosa.

Sintió la humedad en la cara y se dijo a sí mismo que solo eran las nubes las que lloraban.

—Lo tengo —anunció Kincaid.

Quincy se giró. El sargento estaba de pie ante un arco de láminas de plástico con montones de tierra. Delante de él yacían dos objetos. Uno era un recipiente de plástico y el otro, una pistola.

Kincaid estaba poniéndose un par de guantes de látex. Primero señaló la pistola.

—¿Es la de ella?

—Sí.

—¿Está seguro?

—Para estar seguro tendría que comprobar el número de serie, pero es una Glock del 40, un modelo algo más antiguo…

—Sí, vale. —Kincaid manipuló el recipiente—. De marca GladWare —informó—. Hermético pero desechable y barato. Qué tipo más considerado.

Quincy se limitó a asentir. Hasta este momento, no se había dado cuenta de cuánto confiaba en que Rainie todavía tuviera su arma. Si hubiera sido un secuestro fortuito, si el secuestrador de verdad hubiera sido un aficionado cualquiera, sin saber a quién había raptado…

«Quizá estuviera algo bebida —pensó Quincy en lo profundo de su mente—, pero, una vez que entendió lo que estaba pasando, recobrase la lucidez…».

Se había aferrado al recuerdo de su esposa la luchadora, su esposa la superviviente. Claro que, desde el caso Astoria, ya no estaba seguro de que esa mujer siguiera existiendo.

—Es otra nota —informó Kincaid—. Menuda mierda.

Quincy se levantó. Se sacudió las gotas de lluvia del abrigo y se obligó a acercarse a Kincaid.

—¿Qué dice?

—Otro encuentro, a las cuatro de la tarde. Continúa con las instrucciones para la entrega del rescate.

—Así se asegura de que nos hemos tomado en serio su primera nota —conjeturó Quincy en voz baja—. Sin ella, no sabríamos dónde ir a depositar el dinero.

—Cumple su propósito.

—También está convirtiéndose en un gran esfuerzo por diez mil dólares.

—Pero eso nos favorece. —Kincaid levantó la nota, triunfante—. Mire… Esta está escrita a mano. Acabamos de obtener más pruebas.

Quincy, sin embargo, ya estaba sacudiendo la cabeza.

—No se moleste. Ya puedo decirle quién ha escrito esa nota. Es su prueba de vida después de todo, porque la letra es de Rainie.

12

Martes, 11:58 a. m., hora del Pacífico

Está soñando. Sube los escalones, atraviesa la puerta y se adentra en la penumbra. El agua gotea de su capucha y cae sobre la raída alfombra.

—¡Deténgase ahí mismo! —les indica un agente uniformado de rostro joven—. Las órdenes son: nada de zapatos, nada de cabello. —La ayudante del sheriff señala una esquina del pequeño pasillo. Hay una estantería baja y alargada que, sin duda, almacena las botas y sandalias del propietario de la casa y todos esos objetos sucios que se usan en el exterior, y que están cubiertos con una lona. Encima de la lona hay un montón de batas para la escena del crimen, cubrezapatos desechables y redecillas para el pelo.

Quincy y Rainie intercambian miradas. Por lo general, el equipo de protección para materiales peligrosos solo se utiliza cuando existe un alto riesgo de contaminación cruzada de fluidos corporales. Es su primera pista de que esta escena va a ser espantosa.

Sin mediar palabra, cierran el paraguas, se quitan el chubasquero y los zapatos, y se ponen las batas, los cubrezapatos y las redecillas. Quincy termina primero, pero a Rainie le cuesta lograr que toda la mata de su largo y abundante pelo quede contenida bajo la red.

Fuera sigue diluviando. Son las once de la mañana, pero la tormenta de verano ha dejado el interior del viejo dúplex casi a oscuras.

Quincy sujeta la puerta para que Rainie pase. Es un hábito tan arraigado que nunca piensa en no hacerlo en la escena de un crimen. Ella lo encuentra encantador y algo desgarrador al mismo tiempo. La amabilidad no parece pertenecer a un lugar como ese.

Entra por la puerta y lo primero que percibe es el olor. El aroma a óxido de la sangre, acompañado del desagradable hedor de los intestinos expuestos y las heces sueltas. Rainie ha visitado tantas escenas del crimen que su nariz puede decirle casi tanto como sus ojos. Así que comprende de inmediato, con un pie todavía fuera, que se trata de un carnicero. Cuchillo de hoja grande y mutilación post mortem extensa.

«Los cubrezapatos», deduce. El sudes provocó un enorme desastre y luego lo pisó, dejando tras de sí huellas ensangrentadas. Es el tipo de pruebas que incluso los locales saben que no hay que joder.

Acceden a un espacio amplio, con cocina abierta a la derecha y sala de estar a la izquierda. Todavía no hay rastro del cuerpo, pero ya hay sangre por todas partes. Estrías oscuras, que casi parecen pintura, han salpicado las paredes y goteado en el suelo. Se ven manchas en el sofá y huellas de manos en la silla.

Rainie solo ha presenciado otra escena tan terrible con anterioridad, y el recuerdo de esa vez la hace retroceder y apretar la mano cubierta de látex de Quincy, que se siente serena y firme dentro de la de ella. Él lo lleva bien.

Se vuelven hacia la cocina, donde pueden ver a dos detectives apiñados frente a los fogones.

—Empieza aquí —le decía uno al otro—. Se estira para sacar algo del frigorífico, y ¡pam!

—Pero ¿cómo entró?

—Forzaron el cerrojo. Es un modelo bastante barato, así que no resultaría muy complicado.

—Fuerza la entrada y ataca a la mujer.

—Fuerza la entrada y espera —corrige el primer detective—. Es imposible que no haya oído a

alguien forzar ese cerrojo. Mi suposición es que lo hizo horas antes. La pregunta del millón es, por supuesto, cuándo. Pero el tipo vio que el lugar estaba vacío y se decidió a actuar. Tal vez ella llegó mientras él se encontraba todavía en la casa, y eso lo obligó a ocultarse, o tal vez la emboscada era su plan desde el principio. Todavía no lo sé, el caso es que forzó la entrada y se ocultó. Solo así se explica que se tomara la molestia de arropar a la niña.

¿Una niña? Rainie se queda inmóvil sin siquiera darse cuenta. En ese momento siente los dedos de Quincy agarrar los suyos.

—Vale, así que se esconde, espera a que la pequeña se acueste y entonces…

—La encuentra en la cocina.

—Le estrella la cabeza contra el frigorífico.

—Y comienza la carnicería.

—Es muy probable que nunca lo viera venir —supone el primer detective.

—Es más de lo que puede decirse de la niña —añade el segundo detective.

Martes, 12:08 p. m., hora del Pacífico

Una sacudida. Un dolor duro y punzante en la cadera. Los ojos de Rainie se abrieron de golpe, solo vio oscuridad y pensó: «Por fin estoy muerta».

Otra sacudida. Esa vez, más fuerte. Podía sentir cómo el vehículo se tambaleaba bajo ella, con los neumáticos buscando agarre. Después percibió más sensaciones, un cúmulo de impresiones para sus ojos sin visión. Metal, algo duro que le golpeaba la mejilla. Gasolina, que le penetraba astringente en las fosas nasales. Algodón, que llevaba embutido dentro de la boca.

Intentó mover las manos, pero no pudo. Estaban atadas de forma muy apretada. Los dedos le hormigueaban con la última agonía de sensación antes de que las manos se le entumecieran por completo. Comprobó los pies y encontró los mismos resultados.

El vehículo volvió a pegar una sacudida, lanzando su cuerpo atado hacia el techo. La cabeza bajó primero, golpeando contra algo aún más duro y menos flexible. Un gato, un kit de herramientas… Las posibilidades eran infinitas. Ya ni siquiera gimió. Se limitó a cerrar con fuerza los ojos por el dolor.

Estaba confundida, más confundida de lo que tendría que estar. La parte más despierta de su cerebro sospechaba que la habían drogado, pero incluso esa idea era difícil de sostener. Estaba en su coche. Vio una luz blanca y luego todo negro. Sintió movimiento. Después un deseo de patalear, de luchar. «La pistola —pensó—. La pistola». Pero las manos le pesaban demasiado. No podía levantar los brazos.

Luego, durante un rato, no pensó en nada en absoluto.

Después, con la mente esforzándose por recobrar la conciencia y los ojos desesperados por ver, la oscuridad absoluta la aterrorizó. Podía sentir la puerta cerrada del maletero a escasos centímetros de su rostro y oír el golpeteo de la lluvia sobre la tapa. Se encontraba en un vehículo y la llevaban a Dios sabía dónde, atada, amordazada e indefensa.

Intentó mover las manos de nuevo. Intentó mover los pies. Y entonces, de repente, se volvió un poco loca.

Golpeó su tumba de acero, dándose en la cabeza y aplastándose la nariz. Aun así, se retorció de forma salvaje. Los ladrones de coches no ataban a la gente como si fueran pavos para la cena de Navidad. Y un mero carterista no se molestarían en drogar a una mujer hasta dejarla inconsciente. Pero conocía al tipo de gente que lo hacía. Se trataba de violadores, asesinos,

hombres que se alimentaban del terror y la agonía de una mujer.

Demasiados pensamientos se agolparon en su cabeza. Pensó en fotos de mujeres con miembros amputados, cintas de audio de pobres chicas que habían aceptado el viaje con el hombre equivocado, y luego suplicaban clemencia mientras él hacía cosas indecibles con unos alicates.

Necesitaba su pistola. Necesitaba sus manos. No quería morir sintiéndose tan indefensa.

Volvió a agitarse, se dio la vuelta y atacó con los pies. Sus ideas fluyeron más deprisa y con mayor claridad: «Encuentra las luces traseras y desactívalas, tal vez llame la atención de algún agente de patrulla cercana. O encuentra la cerradura del maletero, fuérzala y ábrela, eso seguro que sorprende al conductor de atrás». Había opciones, siempre había opciones, solo tenía que encontrarlas.

Pudo percibir algo húmedo que le goteaba por la barbilla. Era sangre de su nariz destrozada. Los vapores del gas le producían náuseas y la oscuridad volvía a invadir su mente.

Si tan solo pudiera encontrar la cerradura, mover los dedos…

Oyó que algo vibraba por la cintura. Era su móvil. ¡Tenía el teléfono!

Dio un giro brusco y el móvil se soltó. Se retorció para alcanzarlo, explorando con los dedos el diminuto espacio. Al momento pudo sentir que la velocidad disminuía y oyó el chirrido de los frenos cuando el vehículo realizó un giro brusco a la izquierda.

Sus dedos encontraron un botón. Lo mantuvo pulsado y, por fin, después de lo que le pareció una eternidad, fue recompensada con una voz, la de Kimberly.

—¡Socorro! —intentó pronunciar—. ¡Socorro! —intentó gritar.

Pero de su garganta no salió ni un solo sonido.

Incluso cuando ganaba, perdía. La conexión se cortó. El coche se detuvo y Rainie volvió a caer en el abismo.

Sábado, cuatro meses atrás, 9:58 a. m., hora del Pacífico

Se encontraban en el funeral, intentando pasar desapercibidos entre el resto de los asistentes mientras sus ojos escudriñaban a la multitud. Era una apuesta arriesgada, pero cualquier investigador experimentado debía intentarlo. Algunos asesinos se daban a la fuga, pero a otros les gustaba volver a la escena del crimen. Así que desplegaron detectives y establecieron un sistema de vigilancia para la noche.

En un caso tan conocido e impactante, todas las peticiones de presupuesto recibían aprobación.

Una mujer de edad avanzada estaba llorando en la primera fila. Era la abuela, que había llegado desde Idaho. Su marido se encontraba junto a ella, con los brazos cruzados y el rostro impasible. Mostraba fortaleza por su esposa. O tal vez seguía asombrado después de darse cuenta de que se fabricaban ataúdes de un tamaño tan reducido.

Se suponía que Rainie debía vigilar a la multitud. Examinar el mar de cientos de rostros, los de toda una comunidad, que se encontraba en un cementerio, unida por la conmoción y helada hasta los huesos.

Seguía oyendo los lamentos de la anciana. No dejaba de ver aquellas braguitas de flores rosas, tiradas en el suelo.

—Orina —le había dicho Quincy en voz baja, al inspeccionarlas. Porque eso era lo que ocurría cuando una niña de cuatro años se despertaba por la noche y veía a un hombre extraño en la puerta de su dormitorio. Eso era lo que ocurría cuando una niña de cuatro años veía a un

hombre entrar en su habitación.

—¡Mami! —¿habría gritado? ¿O tal vez no llegó a decir nada?

Los abuelos habían elegido una lápida con un ángel bebé tallado en la parte superior, acurrucado en un sueño eterno. Rainie permaneció junto al monumento mucho después de que terminara el acto y se marcharan los asistentes.

—¿Crees en el Cielo? —le preguntó a Quincy con voz suave.

—Algunas veces.

—Seguro que piensas en eso, ¿no? Has enterrado a la mitad de tu familia, Quincy. Si no existe el cielo, ¿qué te espera después?

—Siento que sufras —expresó él en voz baja. Era lo único que podía decir.

—Dios es una mierda. Es impredecible, es despiadado. Ni que algún niño mereciera algo así…

—Rainie…

—Los abuelos dijeron que asistía a la iglesia. ¿No debería algo así servir de ayuda? No se trataba de alguien sin fe. Era una niña de cuatro años que amaba a su mamá y creía en Cristo. ¿Cómo es posible que eso no ayude?

—Rainie…

—Lo digo en serio, Quincy. El cielo es solo nuestro vano intento de fingir que somos mejores que los animales. Pero no lo somos. Venimos a este mundo igual que los animales y morimos como los animales. Algunos tardamos mucho en llegar y a otros nos masacran mientras dormimos. Es una estupidez y carece de sentido, y esta pobre niña, Quincy… Su madre luchó tanto por ella y sin embargo... ¡Oh, Dios!, Quincy. ¡Oh, Dios…!

—Encontraremos a quien hizo esto. Nos aseguraremos de que no vuelva a ocurrir…

—¡Era una niña de cuatro años, Quincy! No quería justicia, quería salir corriendo.

Él intentó cogerle la mano, pero Rainie se apartó.

Martes, 12:17 p. m., hora del Pacífico

Una puerta se abrió y se cerró de golpe. El ruido la despertó, arrancándola de un lugar oscuro y arrojándola a otro. Un segundo crujido de metal, y el maletero debió abrirse, porque, de repente, sintió la lluvia sobre su rostro cubierto.

«Lucha —pensó confusa, esforzándose por recuperar su lucidez anterior—. Da patadas, golpea con los puños».

No era capaz de recomponerse. Los vapores del gas le habían nublado el cerebro, dejándola en una densa bruma en la que lo único que quería hacer era vomitar.

Yacía acurrucada en el coche, era un peso muerto pasivo.

—Voy a aflojarte las ataduras —informó con calma una voz masculina—. Si haces lo que te digo, todo irá bien, pero si te resistes, te mataré. ¿Entendido?

Su asentimiento era implícito; con la mordaza en la boca, ambos sabían que no podía responder.

Sintió que unas manos se movían delante de ella. Los dedos del hombre eran toscos y no muy ágiles, y tuvo que batallar con los nudos que él mismo había hecho.

«Dale una patada», pensó de nuevo. Pero su cuerpo seguía sin responder a su cerebro.

El hombre le dio una palmada en las manos. Un dolor agudo le subió por los antebrazos, con las terminaciones nerviosas hambrientas de sangre protestando por su brusco retorno a la vida. El tipo le sacudió los dedos, que se esforzaron por obedecer. Ya controlaba más de su cuerpo que

ella misma.

—Esto es un bolígrafo. Cógelo. —Dobló los dedos de su mano derecha alrededor del frío cilindro metálico—. Esto es un bloc de papel. Cógelo. —Le puso el papel en la mano izquierda y, de nuevo, sus dedos cobraron vida con sus órdenes—. Ahora, escribe exactamente lo que voy a decirte. Palabra por palabra. Si obedeces, podrás beber un poco de agua. Si desobedeces, te mataré. ¿Entendido?

Por fin consiguió asentir. El movimiento la complació en cierta forma; fue el primero que logró por sí misma.

Él dictó y ella escribió. Al final no fueron muchas palabras. La fecha, la hora, dónde dirigirse, qué instrucciones recibir…

La habían secuestrado y él quería un rescate. Por alguna razón, eso la hizo soltar una risita, y eso enfureció al hombre.

—¿Qué tiene tanta gracia? —preguntó—. ¿Qué te pasa? —Cuando se enfadaba, su voz se volvía más aguda y sonaba más joven—. ¿Estás burlándote de mí?

Y eso la hizo reír todavía más. Reír mientras le brotaban lágrimas de los ojos y empapaban la venda. Lo que le hizo darse cuenta de algunas cosas más, como que seguía lloviendo y que, si aguzaba el oído, podía oír el sonido del océano rompiendo contra la orilla.

Le quitó el bolígrafo y el papel. Le juntó las muñecas a la altura de la cintura, y esa vez las ató con una brida.

—Tengo tu vida en mis manos, puta estúpida. Como te burles de mí, te tiro del coche ahora mismo y dejo que tu cuerpo ruede por el acantilado. ¿Qué te parece?

Ella pensó que no le importaba. Había conseguido secuestrar a la única mujer del mundo a la que le daba lo mismo vivir que morir. ¿Qué iba a hacer él entonces? ¿Rescatarla para que volviera con la única familia que tenía, un marido que la había abandonado? Desde luego que, cuando la fortuna llamó a su puerta, ese hombre estaba a su bola.

—Pobre cabrón estúpido —murmuró a través del trozo de algodón que tenía en la boca.

La actitud del hombre cambió de repente. Se inclinó, acercando su rostro a escasos centímetros del suyo. Ella casi pudo sentir su sonrisa junto a la oreja.

—Oh, no te preocupes por mí, Rainie Conner. ¿Crees que soy joven, que soy estúpido? ¿Crees que no tengo ni idea de a quién tengo en mis manos? Esto es solo el principio de nuestra relación. Vas a hacer todo lo que te pida. De lo contrario, alguien muy cercano a ti morirá.

Volvió a meterla en el maletero. La puerta metálica se cerró con estrépito y el olor a gasolina inundó sus fosas nasales.

Rainie yacía en la oscuridad. Ya no pensaba en Astoria. No pensaba en su situación. Ni siquiera pensaba en Quincy. Solo deseaba tomarse una cerveza.

13

Martes, 1:43 p. m., hora del Pacífico

En cuanto las ruedas del avión tocaron tierra en el aeropuerto internacional de Portland, Kimberly se puso a buscar su móvil. La azafata captó el movimiento, dio un paso adelante en señal de desaprobación y, al ver la expresión de Kimberly, dio media vuelta. Mac se rio entre dientes. Kimberly marcó el número de su padre, que respondió a la primera señal.

—Estamos en el aeropuerto de Portland —informó Kimberly—. ¿Y tú?

—En la Comisión de Pesca y Vida Silvestre de Oregón.

—¿Te vas de pesca?

—Estamos instalando el centro de mando en su sala de juntas. Al parecer, tienen más espacio.

Kimberly asimiló la noticia: la situación había llegado al punto de tener que establecer un cuartel general para una unidad especial. Después, preguntó más tranquila:

—¿Y Rainie?

—Parece tratarse de un secuestro para pedir rescate, puede que sea un crimen fortuito. —La voz de su padre sonaba tan tranquila que resultaba inquietante—. El periódico local recibió una nota esta mañana. Siguiendo sus pautas, descubrimos una prueba de vida, así como otras instrucciones para entregar el dinero.

—¿Una prueba de vida?

Kimberly no estaba segura de querer saberlo. El avión acababa de llegar a la puerta de embarque. Mac se levantó de un salto y cogió las maletas de los compartimentos superiores. Se abrió camino a la fuerza por el pasillo, con Kimberly pisándole los talones.

—Su arma —informó Quincy al otro extremo de la línea telefónica.

—Bien. —No había dedos ni otras extremidades, que era lo que Kimberly temía. Seguro que su padre había pensado lo mismo—. ¿Y tú cómo estás?

—Ocupado.

—¿Y quién es el oficial al mando?

—Es el sargento detective Carlton Kincaid, de la Policía Estatal de Oregón. Parece competente.

—¡Guau! —Kimberly se volvió hacia Mac—. Mi padre acaba de considerar competente a un miembro de la policía estatal.

—Debe ser la pena la que habla —opinó Mac—. O que el detective es un verdadero lumbreras.

La puerta del avión se abrió por fin y Kimberly y Mac salieron a la pasarela.

—¿Y dónde está la Comisión de Pesca y Vida Silvestre de Oregón? —preguntó Kimberly.

—En la calle Tercera, junto al recinto ferial.

—Estaremos allí en una hora.

—Bien. El próximo contacto es dentro de dos horas y veinte.

Martes, 1:52 p. m., hora del Pacífico

La Comisión de Pesca y Vida Silvestre de Oregón de Bakersville parecía un edificio bastante nuevo. Muy de estilo campestre. Tenía un amplio vestíbulo abierto con enormes vigas expuestas y un ventanal que cubría toda una pared, con vistas a los verdes pastos, enmarcados por la cordillera costera. El primer pensamiento de Quincy fue que a Rainie le gustaría aquel lugar. El segundo fue que trabajaría mucho mejor si no tuviera una cabeza de alce gigante vigilando todos

sus movimientos. Luego estaba la nutria. Disecada, montada en un tronco, mirándolo a través de unos marmóreos ojos oscuros.

—Murió atropellada —proclamó con orgullo uno de los agentes de la comisión—. Un espécimen muy bonito. Fue increíble encontrar a la nutria en tan buen estado.

Eso solo hizo que Quincy se preguntara qué más tendría el hombre en su congelador, y dada la profesión de Quincy, ese pensamiento no era muy reconfortante.

Las puertas principales del edificio se abrieron de par en par. Entró una mujer mayor, de complexión robusta, con el uniforme color canela de la oficina del sheriff de Bakersville. Llevaba un sombrero de ala ancha que le cubría los ojos y un cinturón táctico negro alrededor de la cintura. Se acercó a Quincy sin vacilar y le estrechó la mano con un apretón sorprendentemente firme.

—Soy la sheriff Shelly Atkins. Encantada de conocerlo. Siento las circunstancias.

Shelly Atkins tenía unos profundos ojos marrones enmarcados en un rostro severo. Quincy calculó que tendría una edad similar a la suya, y las patas de gallo lo demostraban. Nadie la consideraría una belleza, pero sus rasgos eran atractivos. Parecía fuerte, franca y directa. Era el tipo de mujer a la que un hombre invitaría a una cerveza con toda confianza.

—Pierce —murmuró Quincy, devolviéndole el apretón de manos. Una vez finalizadas las presentaciones, la sheriff le soltó la mano y se dirigió a la mesa de reuniones de madera de roble. Quincy continuó observándola. Todavía se preguntaba por qué había dicho Pierce, cuando siempre utilizaba Quincy.

—¿Dónde estamos? —preguntó la sheriff.

En la cabecera de la mesa, Kincaid levantó por fin la vista de la pila de papeles que estaba ordenando. En la sala ya se encontraban un buen número de agentes estatales y locales, pero, al llegar la sheriff Atkins, pareció que la fiesta podía comenzar. Kincaid cogió el primer montón de papeles y empezó a repartirlos.

—Muy bien, todo el mundo —la voz de Kincaid retumbó en la sala—, tomemos asiento.

Como nadie había dicho lo contrario, Quincy ocupó la silla libre más cercana a Kincaid e hizo todo lo posible por mimetizarse.

La documentación incluía copias de las dos primeras notas del sudes, así como una transcripción mecanografiada de la conversación que la persona que llamó había mantenido con Quincy. Además, Kincaid había elaborado una cronología aproximada de los acontecimientos y una lista lamentablemente corta de lo que sabían hasta el momento sobre el «sudes W. E. H.».

Nada del contenido era nuevo para Quincy. Revisó por encima las cuatro páginas y volvió a centrar su atención en la unidad especial.

Con el operativo en marcha, Kincaid había estado ocupado reuniendo a sus hombres. Además de él, había llegado el detective Ron Spector, de la delegación de Portland de la Policía Estatal de Oregón, junto con una joven, Alane Grove, que operaba desde el condado de Tillamook. A los ojos de Quincy, la detective Grove no aparentaba más de dieciocho años, pero seguro que, a los de ella, él parecería casi más viejo que el polvo, así que supuso que el prejuicio era mutuo.

El responsable de Información Pública, el teniente Allen Mosley, también se encontraba en la mesa. De más edad, complexión robusta y con el cabello rubio canoso cortado al ras, el teniente vestía el uniforme de la Policía Estatal de Oregón y actuaría como portavoz oficial de la investigación. Quincy ya había comprendido que los secuestros eran lo bastante infrecuentes y atractivos como para despertar un apetito de cobertura por parte del público. Dado que en ese secuestro estaba implicada la mujer de un antiguo perfilador del FBI, el caso sería poco menos

que sensacionalista. Quincy debía olvidarse de la investigación y contratar un agente que empezase a negociar contratos para libros y películas.

Deseaba no sentirse tan enfadado. No quería estar sentado ahí, discutiendo detalles triviales de una investigación que hasta el momento había sido insuficiente. Sobre todo, deseaba plantar ambas manos sobre la mesa de madera y gritarle a Kincaid: «¡Joder, déjese de estupideces y *encuentre a mi mujer*!».

Reordenó los papeles y se esforzó por respirar hondo.

Kincaid se colocó delante de una pizarra. Iba llegando más personal uniformado, agentes de la Policía de Oregón, policías del condado, ayudantes de la sheriff de Bakersville, y el sargento parecía entusiasmado de veras.

—Bien, esto es lo que tenemos —empezó a explicar—. Alrededor de las dos de esta madrugada…

¿Había ido Rainie a un bar? Eso era lo que Quincy no entendía. Con la tormenta y las condiciones meteorológicas que había… ¿Tan desesperada estaba por beber? Tenía la esperanza de que su ausencia le hiciera recuperar la sobriedad. En realidad, no había contemplado que eso pudiera solo hacer que perdiera el control.

Tal vez no fue una emboscada. Cabía la posibilidad de que no hubiera tenido que luchar. Quizá fue un mero caso de una mujer solitaria, sentada en un bar desierto, que se había topado con el tipo de hombre adecuado o inadecuado.

Quincy se pellizcó el puente de la nariz con el índice y el pulgar. No quería pensar en eso, no quería tener esas imágenes en la cabeza.

—Así que, al encontrar una prueba de vida —entonaba Kincaid—, también descubrimos una segunda nota encerrada en un recipiente de plástico. Esta segunda nota incluye instrucciones para realizar una próxima entrega de dinero. Por favor, tómense un momento para leer.

Quincy colocó obediente la prueba B encima del montón. La nota decía:

Estimada policía:

Si han llegado hasta aquí, es que saben seguir instrucciones. ¡Bien! Continúen siguiéndolas, y encontrarán a la mujer con vida. No soy un monstruo. Si hacen lo que digo, todo irá bien.

El contacto debe ser una mujer, que llevará diez mil dólares al recinto ferial. En efectivo. Ningún billete mayor de veinte.

Deberá llevar consigo el móvil de Pierce Quincy. Yo estableceré contacto. En cuanto consiga el dinero, les devolveré a la rehén. A las cuatro de la tarde. No se retrasen. Si no cumplen las órdenes, el resultado será fatal.

Recuerden, soy un hombre de palabra.

Atentamente,

Bruno Richard Hauptmann

La detective Grove fue la primera en terminar de leer la nota. Levantó la vista con gesto de extrañeza.

—¿Ha firmado con su nombre?

Quincy estaba a punto de abrir la boca, pero la sheriff Atkins lo sorprendió adelantándose.

—No, a menos que creas en la reencarnación. Hauptmann fue ejecutado en el 36, después de ser declarado culpable de secuestrar y matar al hijo de Charles Lindbergh.

—¿Hauptmann fue el que se llevó al bebé de Lindbergh? —preguntó entonces el teniente Mosley, sonando igual de sorprendido.

La sheriff Atkins asintió, volvió a mirar la primera nota y clavó la mirada en Quincy.

—En esta primera nota, el Zorro… ¿Era también el sobrenombre de alguien?

—Sí, William E. Hickman. También era un secuestrador bastante conocido.

—¿De los años treinta? —preguntó la detective Grove.

—De los veinte. Durante los años veinte y treinta se produjeron una serie de casos de secuestro con rescate de gran repercusión. Todos relacionados con familias adineradas, y todos acabaron en tragedia.

Todo el mundo asimiló esa noticia.

—Quizá piense que utilizando otros nombres nos despistará —especuló la joven detective Grove con tono dubitativo—. Perderemos el tiempo persiguiendo fantasmas.

—Quizá esté obsesionado con el pasado —opinó Mosley—. O echa de menos los viejos tiempos.

—Es una artimaña —puntualizó Quincy de repente. Era consciente de que la sheriff Atkins continuaba mirándolo con franqueza—. Está burlándose de nosotros, tratando de demostrar lo que sabe. Por un lado, hace cosas que lo hacen parecer un aficionado: notas escritas a mano, mapas rudimentarios. Por otro, quiere que sepamos que ha hecho los deberes.

—Sabe su nombre —añadió la sheriff.

—Yo se lo di. La primera vez que llamó, me presenté.

Quincy vaciló, dándose cuenta demasiado tarde de cuánta información había proporcionado al secuestrador sin necesidad. Era un error de principiante; estaba avergonzado.

—¿Nuestro hombre tiene experiencia? —cuestionó la sheriff Atkins con firmeza.

—No lo sé.

—Dejar una nota escrita a mano no es muy inteligente. Nos da una pista para rastrear.

—No es su letra. Es la de la víctima. —La voz de Quincy se quebró al pronunciar la palabra, y expresó con más suavidad—: Es de Rainie.

Al frente de la sala, Kincaid se aclaró la garganta. La atención de todos volvió a centrarse en él, y Quincy agradeció la distracción. Kincaid hojeó hasta la última página del material, la prueba D, y la levantó para que todos la vieran.

—Ya hemos empezado a recopilar información sobre el autor. Como pueden deducir, no sabemos mucho. Hablamos de un varón, tal vez de entre veinte y treinta años. Dice no ser de por aquí, pero el matasellos es local, así que no creo que podamos hacer ninguna suposición todavía. Dada la rudeza de su planteamiento, diría que su formación académica es limitada; sin duda, no ha pasado de la secundaria. Y, teniendo en cuenta que exige un rescate bastante bajo, especularía que es alguien que vive con ingresos inferiores a la media. En cuanto a comunicados, necesitamos que la gente esté atenta a un varón solo, sobre todo un desconocido, que conduzca

una camioneta de modelo antiguo… —Hizo una pausa y miró a Quincy.

—Una furgoneta de carga —expuso Quincy—. Un sujeto como este necesita un medio de transporte asequible que además tenga espacio para trasladar a una víctima, y que pueda servir como alojamiento cuando el sudes ande a la caza. En estos casos, vemos muchas furgonetas de carga de segunda mano. Nada pretencioso. Digamos un vehículo que alguien podría adquirir por uno o dos mil dólares. —Su mirada se desvió hacia la sheriff Atkins—. Yo pediría a su gente que inspeccionara las zonas de camping. En esta época del año, son lugares bastante baratos y podría gozar de una relativa discreción.

—Podemos hacerlo —respondió la sheriff—, aunque, por supuesto, está pasando por alto lo obvio.

Kincaid arqueó una ceja.

—¿A qué se refiere?

Atkins se encogió de hombros.

—Una redada de los sospechosos habituales. Los tipos que ya conocemos son estafadores avariciosos que no se lo pensarían dos veces si tuvieran que vender a su propia madre, y mucho menos, secuestrar a una mujer de la calle. Usted mismo ha dicho que no podemos estar seguros de que este chico no sea de por aquí. Me parece que deberíamos sacudir algunos árboles de la zona, a ver qué cae.

—¿Y qué piensa hacer? —cuestionó Kincaid con sequedad—. ¿Ir de puerta en puerta y preguntar a esos de siempre si han secuestrado a alguien en los últimos días?

La sheriff Atkins ni pestañeó.

—Por mi parte, creo que daría una vueltecita por sus propiedades, a ver si veo por casualidad alguna camioneta nueva o algún todoterreno que pudiera dejar a alguien con una deuda de diez mil dólares. Después, tal vez me daría a conocer y les pediría que me enseñasen la casa. Así echaría un vistazo a las habitaciones y estructuras anexas, y vería si puedo hacerlos sudar. Quién sabe, puede que incluso descubra algunos laboratorios más de metanfetamina para que ustedes, queridos colegas, los procesen.

El último comentario fue una indirecta a las medidas actuales, o a la falta de ellas, que la policía estatal estaba llevando a cabo para contener el creciente problema de la metanfetamina en el condado. Kincaid aceptó la puya con el espíritu con el que iba dirigida.

—Me parece un buen plan —respondió el sargento con firmeza—. No obstante, recomendaría que su gente viajara en parejas y tuviera la debida precaución en sus visitas. Si sorprende a alguien con un rehén, las cosas pueden ponerse muy feas, muy rápido.

—Bueno, gracias, sargento. Intentaremos recordar cómo hacer nuestro trabajo.

—Bien. —Kincaid volvió a aclararse la garganta y sacudió sus papeles—. Eso nos lleva a inspeccionar los hoteles y moteles locales, además de rastrear los últimos movimientos de la víctima. Quiero un perfil detallado de todas las personas con las que Lorraine Conner se haya visto en las últimas veinticuatro horas y de todos los lugares en los que haya estado. Detective Grove, ¿por qué no se encarga de eso? Calcule cuántos agentes necesita, y me ocuparé de que los tenga.

—Sí, señor —accedió Alane Grove, enderezándose con rapidez. Cuando se le asignaba una tarea significativa, estaba radiante.

—Eso significa que el detective Spector se encargará de coordinar a los científicos. Tanto los del equipo de Huellas Latentes como los dos peritos principales del laboratorio de Portland, que deberían llegar en cualquier momento. Todavía tenemos que inspeccionar el coche, por no hablar

de dos notas, un sobre, un recipiente de plástico y la pistola. Deberíamos obtener mucha información de todo eso. Lo que nos lleva a la última tarea inmediata: gestionar el *Daily Sun*. Lo bueno es que el propietario, Owen Van Wie, nos ha prometido absoluta cooperación. También ha asignado a su mejor reportero, Adam Danicic, para que trabaje con nosotros en la cobertura del caso.

—Tendremos que celebrar una rueda de prensa lo antes posible —propuso el teniente Mosley después de asentir, cogiendo su bolígrafo—. Es mejor que los medios se enteren de los detalles por nosotros que por rumores sin fundamento. Y, por supuesto, la primera pregunta será si vamos a involucrar al FBI.

Kincaid no perdió el ritmo.

—No. No existen indicios de que la víctima haya cruzado las fronteras estatales, y aquí tampoco hay nada de lo que nuestro propio laboratorio criminalístico no pueda ocuparse. Aunque agradecemos la ayuda de los investigadores locales y del condado en nuestra labor.

—¡Oh, vaya! —exclamó la sheriff Atkins.

Kincaid le dedicó una sonrisa igual de amable.

Quincy, sin embargo, ya había tenido suficiente.

—¿La última tarea inmediata? —cuestionó incrédulo—. ¿Qué me dice de asegurar el recinto ferial? ¿Qué hay de conseguir el dinero del rescate? ¿Y de equipar a una agente femenina con un micrófono oculto? Llevará días realizar las tareas que acaba de exponer, y nosotros tenemos dos horas.

Kincaid no lo miró, ni Mosley tampoco. La sala se sumió en un repentino silencio expectante. Y, durante ese silencio, Quincy comprendió por fin y dio un puñetazo en la mesa.

—Voy a pagar el dinero —manifestó con dureza—. ¡Maldita sea! No pueden impedir que pague ese dinero.

—Señor Quincy…

—¡Es mi mujer! Es una compañera de las fuerzas del orden, ¿cómo se atreven…?

—Vamos a hacer todo lo posible para encontrar a su esposa.

—¡Excepto seguir las instrucciones del tipo!

—Tampoco vamos a hacer caso omiso de ellas. El teniente Mosley y yo hemos estado discutiéndolo antes; creo que es muy apropiado establecer un diálogo bidireccional…

—¡No! Es un riesgo demasiado elevado. No sabemos lo suficiente, no lo permitiré.

Kincaid volvió a guardar silencio, al igual que el teniente Mosley.

Y entonces Quincy se dio cuenta del resto. Se había alegrado mucho de que Kincaid lo hubiera dejado participar en la investigación, pero en ningún momento se había parado a preguntarse por los motivos del sargento. Por ejemplo, ¿valoraba de verdad la ayuda de Quincy o solo quería mantener ocupado al exinvestigador?

—¿Cuándo? —volvió a hablar Quincy. Su voz ya no sonaba irritada, sino que estaba engañosamente calmada.

—Lo más probable es que la edición especial del *Daily Sun* esté saliendo de la imprenta mientras hablamos —señaló Kincaid, después de echar un vistazo al reloj.

—¿Quién ha redactado el mensaje?

Kincaid no se inmutó.

—Yo.

—Usted no está cualificado. Llame al FBI. Consiga un perfilador criminal. Haga las cosas bien.

—Nunca pondría en peligro la vida de la rehén de forma despreocupada —replicó Kincaid con

firmeza—. Nuestro mensaje es claro y sencillo. Pagaremos el rescate, pero necesitamos más tiempo. Eso nos beneficia a todos, señor Quincy, incluso a Rainie.

—Todavía no lo entiende. No es una cuestión de dinero, sargento detective Kincaid. Se trata de poder: su deseo de tenerlo y ejercerlo sobre nosotros…

—Gracias, señor Quincy.

—Si usted dice una palabra equivocada, él la matará por despecho.

—Gracias, señor Quincy.

—Tiene que traer a un experto…

—Ya está *hecho,* señor Quincy. Ya está hecho.

En el silencio que reinó a continuación, Quincy sintió aquellas palabras como un golpe en el pecho. Se le entrecortó la respiración en los pulmones. Podía sentir cómo se le aceleraban el corazón, la adrenalina, la rabia y la angustia. Treinta años. Treinta años construyendo una base de conocimientos, perfeccionando un instinto, ganándose la reputación de ser el mejor de los mejores, y en ese momento, cuando más importaba, cuando Rainie estaba ahí fuera, indefensa, vulnerable, necesitándolo…

Recogió sus cosas y salió por la puerta principal justo cuando el cielo se abría y empezaba a llover de nuevo.

14

Martes, 2:38 p. m., hora del Pacífico

Shelly Atkins lo alcanzó en el aparcamiento. Se acercó corriendo por detrás de él. Quincy se giró en el último momento, con los hombros encorvados y los labios apretados. No estaba de humor y no creyó necesario disimularlo.

La sheriff se detuvo unos metros más atrás. No habló de inmediato. La lluvia arreciaba entre ellos, cayendo en riachuelos por el sombrero de Shelly y formando charcos a los pies de ambos.

—Una larga noche —declaró ella al fin.

Quincy se encogió de hombros. Llevaban todos despiertos desde primera hora de la mañana, y no le parecía que mereciera la pena discutirlo.

—A los estatales les gusta gestionar las cosas a su manera —intentó de nuevo la sheriff.

—Como siempre.

—He hablado con Luke Hayes esta mañana. Solo ha tenido buenas palabras para su mujer, como persona y como investigadora. Le ha sorprendido mucho saber que ha desaparecido. Ha mencionado que se encargará de hacer algunas averiguaciones por su cuenta.

—Se lo agradezco.

—También me ha contado que usted trabajaba en el FBI y que era bastante bueno en todo esto.

Quincy se limitó a volver a encogerse de hombros.

—¿Cree que es de por aquí? —preguntó Atkins de repente. No hacía falta especificar a quién se refería.

—En mi opinión, el sudes conoce esta zona —afirmó Quincy, cauteloso—. Creo que, o bien ha vivido aquí en el pasado, o al menos la ha frecuentado lo suficiente como para estar muy familiarizado con el terreno. Los secuestros conllevan una logística complicada; un sudes quiere estar en un lugar en el que se siente seguro.

—He leído en alguna parte que la mayoría de los casos de secuestro tienen una conexión personal —comentó Shelly—. Un socio, un pariente o, caray, hasta un prestamista que quiere recuperar algo que se le debe.

—Rainie no juega, yo soy su socio y la única deuda que tenemos es la hipoteca. Aunque con los bancos de hoy en día… quizá no debería dar nada por sentado.

La lluvia se intensificaba y empezaba a caer a cántaros, aunque la sheriff no parecía darse cuenta. Quincy ya había pasado gran parte del día mojado y cansado, y tampoco le importaba mucho. Se descubrió pensando que tal vez nunca debieron mudarse a Oregón. Quizá, si hubiera exigido que se quedaran en Nueva York, Rainie estaría a salvo.

—Kincaid no es tan malo —añadió Shelly al final.

—Tiene sus momentos.

—Y todos nosotros, y vamos a trabajar muy duro en esto.

—Se lo agradezco.

—Desde luego que, si yo fuera usted, no me fiaría de lo que dijese cualquiera.

Quincy ladeó la cabeza y por fin miró a la sheriff con interés.

—Yo querría investigar por mi cuenta —añadió Shelly—. Querría tener algunas ideas sobre por dónde empezar.

—Sí —coincidió él en voz baja—. Sería bueno.

—Esta mañana le he pedido a uno de mis ayudantes que realizara algunas llamadas, comprobaciones rutinarias de lugares que se sabe que Rainie frecuentaba. Ya sabe, por si apareciera por arte de magia. Una de esas llamadas ha sido a la madre de acogida de Dougie Jones, Laura Carpenter. Según ella, en cuanto le mencionó el nombre de Rainie, Dougie le preguntó si había desaparecido. El niño parecía pensar que Rainie era una mentirosa, y que los mentirosos tenían lo que se merecían.

—¿Qué más dijo Dougie?

—La señora Carpenter no tuvo nada más que comentar. Aunque la declaración de Dougie parece justificar que se realice algún tipo de seguimiento. Por otra parte, a Dougie no le gustan mucho los uniformes. Ni, para ser sinceros, los hombres.

—Entonces, qué bien que mi hija venga hacia aquí —afirmó Quincy.

—Claro que sí.

Shelly Atkins por fin esbozó una sonrisa. Le quitó diez años de encima e hizo que él se fijara de nuevo en sus ojos. Tenía unos suaves ojos castaños. Era difícil imaginar que una mujer con unos ojos así pudiera mentir.

—¿Qué la ha traído a Bakersville, sheriff Atkins? —se oyó a sí mismo preguntar.

—La profesión. Antes trabajaba en La Grande. En comparación, esto es un gran ascenso.

—¿Ya echa de menos los viejos tiempos?

Ella le sonrió.

—Ni en un millón de años.

Shelly volvió trotando hacia el edificio de Pesca y Vida Silvestre justo cuando un coche entraba en el aparcamiento. Quincy vislumbró a Kimberly al volante y a Mac en el asiento del copiloto.

Quincy tenía un plan y ya tenía a su propio equipo. Además, tenía un último objeto que Kincaid olvidó requisar cuando Quincy salió corriendo de la sala…: su teléfono móvil. El secuestrador ya había llamado una vez. Quincy estaba dispuesto a apostar a que volvería a ponerse en contacto pronto.

Martes, 3:01 p. m., hora del Pacífico

—Bueno, hay que admitir que la declaración de la Policía Estatal de Oregón no está nada mal —admitió Kimberly, quince minutos después. Estaban sentados en el restaurante de carretera Martha’s Diner, a las afueras de la ciudad. Siempre había sido uno de los lugares favoritos de Rainie. Era adicta a la tarta casera de arándanos de Martha. Quincy había pedido una porción, que seguía sobre la mesa, intacta, como un monumento conmemorativo.

Kimberly deslizó el *Daily Sun* por la mesa hacia Quincy. El secuestro de Rainie era noticia de primera plana, aunque en ningún momento se revelaba su nombre ni su ocupación. Quincy podía identificar señales de la influencia de la policía estatal por todas partes. Se habían ocultado datos clave para no informar al secuestrador de cosas que tal vez aún no supiera. De forma deliberada, en un intento de obtener información del público, se habían incluido otras declaraciones capciosas, como que la víctima pudo haber sido vista por última vez en un bar.

El artículo concluía con una declaración formal del responsable de Información Pública.

—Estamos deseosos de colaborar con el secuestrador en este asunto —afirmaba el teniente Mosley—, para hacer todo lo que esté a nuestro alcance a fin de garantizar el retorno de la víctima, sana y salva. Por desgracia, los nuevos requisitos bancarios federales no nos permiten satisfacer las presentes exigencias del secuestrador en el plazo previsto. Animamos al

secuestrador a que nos llame de inmediato, a un número habilitado para su uso exclusivo, para poder tratar este asunto con él y elaborar un plan de pago aceptable. De nuevo, entendemos las demandas del secuestrador y queremos servir de ayuda, solo necesitamos un poco más de tiempo.

El número aparecía al final del artículo y correspondía a una línea directa que, sin duda, conducía al centro de operaciones, donde toda una unidad especial y una grabadora estaban a la espera. A Quincy le pareció demasiado obvio. Tenía su propia opinión sobre a qué número llamaría el sudes, y no era ninguna línea directa controlada por la policía.

—Así que el secuestrador llama —puntualizó Kimberly—, y tienen a un experto listo para negociar.

—Creo que tienen a Kincaid listo para negociar. Todavía no sé si lo definiría como un experto.

—Pero no crees que sea bobo.

—Le reconoceré un nivel de inteligencia ligeramente superior al de un bobo.

—Parece que la rosa ha perdido su frescura —murmuró Mac, que estaba comiéndose un enorme trozo de filete de pollo empanado con evidente satisfacción.

Lo contrario a Kimberly, que había heredado la falta de apetito de su padre. Su ensalada de atún seguía casi intacta. Lo mismo que su taza de sopa.

—¿Y la estrategia de la Policía Estatal de Oregón? —preguntó Kimberly a su padre.

—Kincaid no ha considerado necesario compartir los detalles conmigo, pero supongo que van a emplear el método tradicional: ganar tiempo para permitir que la policía avance en su investigación y pueda tener todo bajo control. Si todo va según lo planeado, encontrarán a Rainie antes de que se realice el pago del rescate.

—Nuevos requisitos bancarios federales. —Mac terminó el último bocado de filete y apartó el plato—. Es un buen detalle, aunque solo si el tipo no ha hecho sus deberes.

—La suposición de Kincaid por el momento es que el secuestrador tiene un nivel educativo limitado. Un paleto de pueblo, por así decirlo.

Mac sonrió al oírlo.

—¿Y tú qué opinas?

—El método de comunicación ha sido sencillo pero inteligente. Las notas, aunque cortas, están escritas con corrección y bien articuladas. Algunos aspectos del comportamiento han sido burdos, pero también muy eficaces.

—Que sea sencillo no significa que tenga que ser tonto —murmuró Kimberly.

—Así es.

—Bueno, el tipo debía tener algo a su favor para secuestrar a una mujer como Rainie. No me la imagino cayendo en cualquier artimaña ni rindiéndose sin luchar.

Quincy no dijo nada. El silencio se hizo largo, y en él escuchó meses de peleas, discusiones y preocupaciones. Nunca le había dicho nada a Kimberly al respecto. No quería violar la privacidad de Rainie. O tal vez era solo que no había querido admitir ante nadie, ni siquiera ante su hija, que su segundo matrimonio estaba fracasando.

Kimberly y Mac intercambiaron una mirada. Quincy lo vio, pero no se atrevió a hablar.

—¿Estaba de verdad en un bar? —quiso saber Kimberly al final, con voz suave.

—No lo sé. Aún tenemos que volver sobre sus últimos pasos.

—Papá, tú deberías saber cuáles fueron sus últimos pasos.

—Asumes que sigo viviendo en la casa.

—¡Oh, papá!

Kimberly se estiró por encima de la mesa y le apretó la mano. Ella y Mac intercambiaron otra mirada.

—Creo que iré al baño —informó Mac de repente.

—No, no. —Quincy retiró la mano, desestimando la preocupación de su hija y la evidente estratagema de Mac. Se obligó a sonar firme y práctico. Para un hombre que había pasado la mayor parte de su vida disimulando, no resultaba muy complicado, después de todo—. No es un secreto, desde luego nada que la Policía Estatal de Oregón no sepa ya. Rainie y yo nos hemos separado. Ocurrió la semana pasada. Yo tenía la esperanza de que fuera temporal. Creí que si me iba, podría asustarla para que dejara de beber.

—¡Oh, papá!

Kimberly volvió a sonar consternada. En cambio, Mac fue al grano.

—¿Cuándo?

—Empezó hace varios meses. O al menos eso es lo más que puedo decir. Nos llamaron por un doble homicidio en agosto. En la escena hallaron a una madre y a su hija pequeña. Desde entonces, a Rainie todo ha estado costándole mucho.

—Pero los dos habéis presenciado escenas horribles con anterioridad —agregó Mac.

—Define horrible —desafió Quincy, encogiéndose de hombros—. Como profesional, puedo darte teorías. Que la carga acumulada de tantos casos terminó atrapándola y supuso el punto de inflexión, por así decirlo. Que el hecho de estar preparándose de manera activa para adoptar a un niño la hizo más vulnerable en este caso en particular, como una falta de compartimentación, si quieres. Pero nada de eso importa de veras. Al fin y al cabo, parece que todos y cada uno de los miembros de las fuerzas del orden tenemos un caso así, que nos toca demasiado de cerca. Tú mismo tuviste tu caso hace varios años, Mac. En agosto, Rainie se topó con el suyo.

Mac desvió la mirada. No iba a hacer comentarios al respecto, y ellos lo sabían.

—¿Y qué ocurrió con la futura adopción? —preguntó Kimberly—. Eso debía haberle proporcionado a Rainie alguna ilusión.

—No pudo ser.

—¡Oh, papá! —murmuró Kimberly una vez más.

—Por supuesto, nuestra separación me coloca en una perspectiva algo distinta a los ojos de la Policía de Oregón —añadió Quincy con voz enérgica—. El sargento Kincaid ha optado por compartir conmigo algunos detalles de la investigación, pero, sin lugar a duda, se ha guardado muchos más.

—Qué bien —farfulló Mac—. Como si no tuvieras suficientes cosas de las que preocuparte.

—La buena noticia —prosiguió Quincy— es que parece que he encontrado una aliada en la sheriff Shelly Atkins, la sucesora de Luke Hayes. Me ha dado una pista. Al parecer, el chico con el que Rainie ha estado trabajando, Dougie Jones, comentó a primera hora de la mañana que Rainie podía haber desaparecido. La llamó mentirosa y dijo que los mentirosos tenían lo que se merecían.

—¿Crees que lo hizo un niño? —preguntó Kimberly, frunciendo el ceño.

—Dougie tiene siete años, lo que hace que sea dudoso, pero bueno... —Quincy se encogió de hombros—. Es un chico problemático y desorientado que ha llevado una vida problemática y desorientada. Es muy posible que sepa algo de lo que pasó.

—Entonces, ¿cuándo vamos a hablar con él? —se pronunció Mac, alejándose de la mesa y pidiendo la cuenta con un gesto.

—Estaba pensando que Kimberly podría entrevistarlo, lo antes posible.

—¿Yo? —cuestionó ella, mirando alrededor de la mesa.

—A Dougie no le gustan los policías ni los hombres.

Kimberly entrecerró los ojos.

—Y, mientras hago un seguimiento a ese pequeño encantador, ¿qué vais a hacer vosotros dos?

—Ir al recinto ferial, por supuesto. Kincaid ha dedicado mucho tiempo y energía a preparar el artículo del periódico, pero también ha supuesto algo muy importante: que el sudes lo leería antes de las cuatro de la tarde.

—¡Oooh!, muy divertido —murmuró Mac, ya leyendo entre líneas.

—Eso mismo pienso yo —añadió Quincy.

15

Martes, 3:09 p .m., hora del Pacífico

—¿Crees en el amor verdadero?

La voz venía de lejos, acompañada por un traqueteo de ollas y sartenes. Rainie pensó que estaba soñando otra vez. Soñando con un vacío oscuro, inundado de una voz atronadora. Tal vez estaba en el cielo.

El cielo olía a tocino, se percató sin rastro de ironía. Entonces la voz volvió a retumbar.

—Mi madre creía en el amor verdadero. Creía en él cuando se acostaba con mi padre. Creía en él cuando le lavaba la ropa, le compraba su whisky y cuando iba llenándose de moretones causados por sus puñetazos. Sí, mi madre era una verdadera romántica. Es posible que amase a mi padre hasta el momento en que la mató a golpes. Mi madre lo llamaba amor, mi padre lo llamaba obediencia. A decir verdad, creo que los dos eran unos gilipollas.

Una mano le tocó el hombro. Rainie se sobresaltó, descubrió que estaba apoyada de forma peligrosa en el borde de una dura silla de madera y estuvo a punto de caerse.

—Relájate —ordenó la voz con impaciencia—. Ya es hora de que te recompongas. Tienes trabajo que hacer.

Oyó más ruido. La persona, un varón solo, tal vez de entre veintitantos y treinta y tantos, a juzgar por la voz, se movía por la habitación. La puerta de un frigorífico se abrió de golpe y se cerró de golpe. Un crujido, un chisporroteo y luego un nuevo olor inundaron el ambiente. Eran huevos friéndose, huevos con beicon. El desayuno.

«Debe ser por la mañana», pensó, pero esa estimación no le parecía del todo correcta. Todavía con los ojos vendados y las manos atadas, le costaba orientarse. La habían drogado, y su consciencia iba y venía. Podía recordar una luz blanca, movimiento, y haber escrito una nota. Seguro que esas cosas llevaban su tiempo. Pero ¿cuánto tiempo?

Debía enderezarse y despejar la cabeza. Era más fácil permanecer en su oscuro capullo, atada y encorvada en medio de Dios sabía dónde. Los cautivos no tenían que pensar. Los cautivos no tenían que sentir.

De forma vaga, advirtió que la mordaza había desaparecido, aunque tenía la boca tan seca que no era más capaz de articular palabras sin ella que con ella. Un instante después, se percató de que podía mover los pies. Así que le había quitado la mordaza y desatado los pies. ¿Por qué? ¿Porque tenía trabajo que hacer?

Se dio cuenta de que no podía ser por la mañana. Había salido de su casa poco después de la una de la madrugada, y tenía la sensación de que habían transcurrido al menos doce horas. Su secuestrador debía haber vuelto a la cama. Eso tenía sentido. Tras haber estado danzando en mitad de la noche, se había vuelto a acostar y en ese momento estaba tomando un desayunando tardío o un almuerzo temprano. Era mediodía. Eso le encajaba mejor.

El hombre estaba raspando una sartén. El aire de la estancia tenía un regusto a humo impregnado de grasa. En su cabeza tenía la imagen de una habitación pequeña, aunque no sabía muy bien por qué. Una cocina diminuta en una casa cerrada. Bajo la grasa, le pareció percibir un olor a sábanas enmohecidas y a aire rancio, no renovado.

Oyó el chirrido de algo… una silla al ser arrastrada por el linóleo. El hombre se sentó con pesadez y Rainie sintió de pronto que le presionaba contra los labios un tenedor con huevo.

—Come, pero despacio. Las drogas pueden provocar náuseas. Como vomites, te dejo sola. De ninguna manera pienso encargarme de un desastre así.

Ya solo el olor de los huevos le revolvía el estómago. Rainie se lamió los labios e intentó formar una palabra, pero tuvo que volver a intentarlo.

—Agua —graznó. Luego, un poco más alto—: Agua.

Su voz le sonaba extraña. Dura, gutural y cruda. La voz de una víctima.

La silla volvió a chirriar. El hombre estaba de pie, moviéndose. Rainie pudo percibir su impaciencia en el golpe seco de un vaso de plástico contra la encimera y el tirón de un grifo al abrirse.

Un instante después, le clavó el vaso contra los labios.

—Cuatro sorbos, luego un poco de huevo y después bebe más agua. Vamos, empieza a beber. No tengo todo el día.

Ella obedeció. En cierto modo, eso la sorprendió. Aunque quizá no. ¿Cuánto tiempo llevaba sintiéndose indefensa? Había empezado mucho antes de que el secuestrador A la descubriera en el punto B. Llevaba sintiéndose agobiada e impotente desde la primera vez que cruzó el umbral de aquella casa de Astoria, desde que contempló aquel pequeño cuerpo inerte. Desde que percibió el terror que aún impregnaba aquella habitación, desde que se dio cuenta de lo que aquella pequeña se había visto obligada a saber. Que ya no había nadie que la ayudara. Nadie que la salvara. Y ese hombre le habría parecido tan grande y poderoso mientras le arrancaba el pijama, mientras se preparaba para hacer lo que iba a hacer.

Ahí no hubo final feliz. El hombre hizo lo que quiso, luego colocó una almohada sobre el rostro de Aurora Johnson, de cuatro años, y la asfixió hasta matarla. ¿Dónde quedaba la justicia en todo eso? ¿Dónde estaba Dios?

Y, desde entonces, Rainie sentía que iba desvaneciéndose. Pasaba tiempo en Internet, buscando historias que sabía que no debía leer. La de un niño de doce años que había violado y asesinado a una pequeña de tres. La de una avalancha de barro que mató a una madre y a sus tres hijos pequeños después de que el marido se fuera a comprar helado para todos. Luego estaba el tsunami, que dejó más de doscientas mil personas desaparecidas en un abrir y cerrar de ojos, un tercio de ellas niños que nunca tuvieron ninguna oportunidad. Y los supervivientes tampoco corrieron mucha mejor suerte. Según las noticias, los traficantes de esclavos no tardaron en aprovechar el caos para llevarse a los huérfanos y convertirlos en esclavos sexuales.

Todos aquellos niños llegaron al mundo solo para llevar una vida de terror, miseria y sufrimiento.

¿Qué podía hacer una sola persona? Por cada asesinato en cuya investigación colaboraba Rainie, se producían millones más. Y los autores ya no eran duros criminales de dientes amarillentos y torcidos y ojos pequeños y brillantes. Eran maridos encantadores de barrios residenciales. Eran madres entregadas. Eran incluso los mismos niños, de diez, once o doce años.

La cabeza de Rainie estaba repleta de demasiadas cosas que no quería saber. Imágenes que la atormentaban, preguntas que la atormentaban… ¿Había muerto la pequeña Aurora sabiendo cuánto la había querido su madre, cuánto había luchado su madre hasta el amargo final? ¿O había muerto odiando a su propia madre por fallarle de esa manera?

—Un bocado más —le exigió su secuestrador.

Ella abrió la boca, tragó obediente y, para sorpresa de ambos, vomitó sobre la mesa.

—¡Oh, Dios santo! —El hombre dio un salto hacia atrás y su silla cayó al suelo—. ¡Qué asco, joder!

El hombre parecía no estar seguro de qué hacer. Rainie permaneció sentada, como un bulto impasible, dejando que él lo resolviera. Notaba el regusto de la bilis en la boca. Le sentaría bien un poco de agua o quizá zumo de naranja. Cualquier cosa que le aliviase la garganta.

Y entonces pensó en su marido. Lo vio, de pie frente a ella, con tanta claridad que intentó extender sus manos atadas. Ella estaba en el estudio. Era muy entrada la noche, y Quincy estaba en la puerta, con su albornoz verde oscuro atado por la cintura.

—Ven a la cama —le dijo.

Pero Rainie no podía. Estaba leyendo otra historia horrible y no era capaz de apartar los ojos. Era como una esponja, absorbiendo las penas del mundo y sintiendo que lo poco que quedaba de sí misma iba erosionándose en silencio.

—Rainie, ¿qué buscas? —le preguntó él en voz baja.

Ella no pudo darle una respuesta y, cuando volvió a levantar la vista, ya no estaba. Así que metió la mano en el archivador y sacó su cerveza.

—¡Mierda, mierda, mierda! —refunfuñaba su captor—. Lo digo en serio. ¡Por Dios!

Se oyó agua correr en el fregadero y el sonido de una esponja al ser estrujada. Así que, después de todo, estaba limpiándolo. Su única opción era desatarle las manos y no podía hacerlo.

La idea le hizo gracia. Así que su secuestrador también estaba indefenso, víctima de sus propios actos. Rainie comenzó a esbozar una sonrisa.

Al instante siguiente, el hombre le dio una bofetada y ella cayó de golpe al suelo.

—Borra esa maldita sonrisa de la cara —bramó—. ¡No me sonrías!

Podía sentirlo alzándose sobre ella, su rabia era una presencia física que de repente llenó la estancia. En su cabeza, Rainie podía imaginarse al hombre con claridad. Con los puños bien cerrados y la mandíbula apretada. Quería hacerlo: machacarla y abofetearla una y otra vez. Pegarle igual que su padre había pegado a su madre. Igual que a su propia madre le habían pegado un sinfín de novios sin rostro.

Se cosechaba lo que se sembraba. Los niños que sufrían en el presente serían los monstruos que infligirían sufrimiento en el futuro.

Y entonces, incluso con los ojos vendados, Rainie supo sin dudar quién era su secuestrador. Lo había conocido casi toda su vida. Era un pedazo de sí misma, era su pasado que volvía a por ella. En el momento en que abrió aquella primera cerveza tres meses atrás, se precipitó al abismo, y él era simplemente el diablo que había estado esperando toda su vida para encontrarla.

El hombre la agarró del cuello de la camisa. La levantó de un tirón, arrastrando su hombro por el vómito y embadurnando su ropa con el insoportable hedor. Ella se tambaleó, desequilibrada. Volvió a empujarla y la parte posterior de sus piernas chocó con algo bajo y duro. Una mesa de café, una silla… No importaba. No había dónde ir. No había espacio para la retirada. Rainie se quedó allí, respirando con dificultad y sintiendo el avance del hombre.

—Tu marido te ha dejado, Lorraine —se burló el tipo.

Ella no dijo nada, no entendía muy bien. ¿Cómo podía saberlo?

—¿Qué has hecho? ¿Andar de puta por ahí? ¿Acostarte con su mejor amigo?

—N… no —susurró por fin. El corazón le latía con fuerza. Era curioso cómo el avance físico del hombre apenas la intimidaba, pero sus preguntas la dejaban aterrorizada.

—¿Eres una puta, Lorraine?

Ella levantó la barbilla. No respondió.

—Sí, puedo verlo. Seguro que has estado follando por toda la ciudad. No le has dejado otra opción a su marido que salir corriendo con el rabo entre las piernas.

Rainie se sorprendió a sí misma. Juntó la poca saliva que pudo encontrar en la boca y escupió hacia el hombre.

En respuesta, su secuestrador la agarró del pelo y le tiró de la cabeza hacia atrás. Ella no pudo contener el grito que escapó de su garganta.

—¿Te odia?

—N… no. —Al menos no creía que Quincy la odiara. Todavía no.

—Tú escribiste la nota, sabes lo que quiero. ¿Pagará, Lorraine? ¿Soltará tu marido diez mil dólares por su detestable y promiscua esposa?

—Sí. —Pronunció la palabra con más confianza. Quincy pagaría. Pagaría diez veces esa cantidad, cien veces esa cantidad. Y no solo porque fuera un hombre responsable o un exagente del FBI, sino porque la quería, siempre la había querido. Esas fueron las palabras que plasmó en su nota. Ni «adiós» ni «deja de pensar con el culo» ni «deja de beber, puta estúpida». Su marido, hombre de pocas palabras, escribió: «Te quiero». Y eso fue todo.

—Espero por tu bien que estés diciendo la verdad —soltó entonces su captor—. Espero por tu bien que tu viejo suelte la pasta. Porque no estoy buscando una compañera de piso, Lorraine. En el transcurso de una hora, como no reciba el dinero, tú terminas en la tumba antes de tiempo. Así que no juegues. Ni se te ocurra engañarme.

La mano del hombre seguía enredada en su pelo. Utilizó su melena como una cuerda, y tiró de ella hacia la puerta.

—El amor verdadero no existe —repitió el hombre—. No hay nada como la belleza del dinero contante y sonante. Y ahora, ha llegado el momento de que Quincy pague.

16

Martes, 3:32 p. m., hora del Pacífico

Kimberly aparcó el coche, miró a su alrededor y soltó un profundo suspiro. La lluvia había amainado hasta convertirse en una ligera niebla, pero no había forma de evitarlo, estaba a punto de echar a perder sus zapatos favoritos.

Los pantalones negros ajustados y el top de seda entallado que llevaba eran perfectos para una temperatura de veinte grados de un día en Atlanta, Georgia. Lo malo de haber tenido que ir al aeropuerto a todo correr fue que no le dio tiempo a pasar por su casa. Así que tuvo que coger su bolsa de emergencia del maletero del coche. Contenía un cortavientos azul marino del FBI, una muda de ropa interior, cepillo y pasta de dientes, cepillo para el pelo y desodorante. Eso era todo.

En otras palabras, no llevaba botas apropiadas para cruzar un tramo de quince metros de barro. No llevaba ropa informal que resultase más adecuada para acercarse a un niño pequeño. Ni un jersey que protegiera sus brazos del frío. Podría probar con el cortavientos, pero, dada la aversión que le habían dicho que tenía el pequeño a las fuerzas del orden, seguro que aparecer con una chaqueta con las siglas *FBI* no sería lo mejor.

No, iba demasiado arreglada con unos pantalones de vestir, una bonita camisa y unos tacones de infarto. Iba a tocarle sufrir. ¡Dios!, como no te encantase ese trabajo…

Abrió la puerta del coche de alquiler y salió al embarrado camino de acceso. De inmediato, su tacón se le hundió cinco centímetros. Lo sacó, y el barro produjo un fuerte sonido de succión.

Intentó dar un segundo paso, obstinada en su empeño, y casi se le sale el corazón del susto cuando una voz habló de repente desde el bosque.

—Qué bonitos son esos zapatos.

Kimberly se volvió hacia el sonido, en precario equilibrio, con un pie hundido hacia delante y otro hacia atrás. Vio a un niño que la observaba desde debajo de un imponente abeto. Tenía unos grandes ojos castaños, casi demasiado grandes para su rostro. El resto de su figura era delgada y escuálida, y su sudadera azul y sus vaqueros salpicados de barro casi le colgaban del cuerpo.

Ante la mirada de Kimberly, metió las manos en los bolsillos y encorvó los hombros. Se notaba que llevaba fuera un buen rato. Su sudadera parecía empapada y el cabello mojado formaba oscuros mechones puntiagudos por delante de la frente. Tenía una mancha de barro en una mejilla y agujas de pino pegadas a la ropa. Aunque él no parecía darse cuenta y se limitaba a seguir mirándola.

—Estos zapatos —coincidió por fin Kimberly— están bastante bien… Bien destrozados. —Hizo una mueca, levantó el pie delantero por segunda vez y se ganó una nueva ronda de protestas del barro. ¡A la mierda! Se quitó los dos zapatos y, balanceándolos en la mano, se dirigió hacia el chico descalza. El barro le rezumaba entre los dedos de los pies, recordándole aquella vez en Virginia… Prefería no pensar en ello.

Avanzó y el niño empezó a reírse.

—¡No me digas que nunca has caminado descalzo por el barro! —dijo Kimberly—. ¿Y has chapoteado en los charcos? ¡Oh!, no has vivido la vida hasta que has marchado descalzo bajo la lluvia.

Supuso que era Dougie Jones, que acababa de caer en la trampa. Se arrodilló y empezó a desatarse los cordones de sus sucias deportivas con impaciencia. Aunque sus dedos eran finos y

rápidos, tenía que luchar con los nudos empapados por la lluvia, dando tiempo a Kimberly a acercarse.

—¿Quieres que te ayude? —le preguntó.

Sin decir palabra, Dougie adelantó un pie.

Con su atuendo ya más que deteriorado, Kimberly se puso en cuclillas en la tierra y se dispuso a desatarle los cordones al pequeño.

—El otro pie…

El niño obedeció. Ella le quitó los dos zapatos y Dougie se quitó los calcetines. Eran unos calcetines blancos de deporte baratos, de los que tienen franjas de colores en la parte superior. Los talones estaban raídos y las punteras, manchadas del color de la nicotina. Algo en su deplorable estado entristeció a Kimberly. Comprarle a un niño un par de calcetines nuevos no era mucho pedir.

—Eres Dougie Jones, ¿verdad?

El chico asintió distraído.

—Hola —añadió ella con suavidad—, me llamo Kimberly.

A Dougie no pareció importarle. Plantó los pies en el fango. Movió los deditos de los pies, observando cómo la suciedad rezumaba alrededor de cada uno.

—Me gustan los escarabajos —comentó Dougie—. ¿Quieres ver uno?

Se metió la mano en el bolsillo. Como agente entrenada del FBI que era, Kimberly se las arregló para no gritar cuando el crío sacó un bicho negro gigante de sus pantalones y se lo puso a ella en el brazo. El bicho era enorme. Y rápido. Le subió por el hombro hasta su mojado y alborotado cabello.

—Qué bicho más bonito —manifestó Kimberly con voz débil, manteniéndose del todo quieta.

Dougie se quedó mirándola, observando, esperando y poniéndola a prueba.

El escarabajo le llegó al cuello. Antes de ceder al impulso y abrir fuego contra el insecto, Kimberly lo agarró con la mano izquierda. Sus pegajosas patas se agitaban de forma frenética contra su puño y ella devolvió el escarabajo al suelo.

—Es un escarabajo precioso —elogió Kimberly—, pero no debe estar en tu bolsillo. Los escarabajos deben estar fuera, en el bosque. En cautividad morirá.

Dougie la miró a los ojos. Luego levantó el pie descalzo y aplastó a su mascota contra el barro. Permaneció largo rato pisando al escarabajo, mirando a Kimberly con ojos grandes, carentes de emoción.

Kimberly tuvo una repentina idea de por qué Rainie podría haber empezado a beber.

—¿Por qué estás pisando al escarabajo, Dougie? —preguntó Kimberly en voz baja.

—Porque quiero.

—El escarabajo podría morir.

El chico se encogió de hombros.

—Si tú no te preocupas por ese escarabajo, Dougie, ¿quién lo hará?

Dougie arrugó la frente, como si la pregunta lo hubiera pillado desprevenido. Levantó el pie, casi con curiosidad. El escarabajo se revolvió en la huella vacía, buscando todavía alguna forma de escapar.

Dougie observó al escarabajo durante un largo rato. Kimberly permaneció en cuclillas junto al niño, hombro con hombro, en el barro.

—Te envía la agencia —declaró Dougie.

—No.

El chiquillo frunció el ceño.

—Te envía la agencia —repitió, ya con más firmeza—. ¿Has venido a llevarme? Porque no me importa. Podemos irnos. Irnos sin más. ¿Dónde está la señora del traje morado?

—Dougie, soy una amiga de Rainie. He venido a buscarla.

Dougie arrugó el entrecejo. Con los hombros encorvados, se apartó de Kimberly.

—Ya no quiero hablar contigo.

—Lamento escuchar eso.

—Ella bebe, ¿sabes?

—¿Rainie bebe?

—Sí.

—¿La has visto bebiendo?

—No —expresó con naturalidad—. Pero lo sé. Dice que quiere ayudarme, dice que es mi amiga, pero es una borracha. Sé de estas cosas.

—Entiendo. ¿Sabías, Dougie, que Rainie ha desaparecido?

Él se encogió de hombros.

—Me da mucha pena. Soy amiga de Rainie y me gustaría encontrarla.

Dougie la miró.

—¡Eres una estúpida!

La vehemencia de sus palabras la cogió por sorpresa. Kimberly se inclinó hacia atrás, casi perdió el equilibrio y tuvo que sujetarse con una mano en el barro.

—¿Por qué dices eso?

Pero Dougie no le contestó. Su labio inferior empezó a sobresalir, tembloroso. Volvió a coger el escarabajo y esa vez se lo metió en la boca. Su mejilla derecha se abultó, luego la izquierda, mientras el escarabajo continuaba su frenética lucha por la vida.

Kimberly ya no sabía qué hacer. Los instructores de interrogatorios de la Academia nunca se habían topado con alguien como Dougie Jones.

Kimberly cogió un palo y empezó a trazar dibujos en el barro. Le pareció mejor que quedarse mirando las mejillas abultadas de Dougie, que estaban en plena agitación.

—Cuando era pequeña —le explicó en voz baja—, mayor que tú, pero aún demasiado joven, mi hermana mayor murió. Un año después, mi madre murió también. En realidad, fue asesinada, en su propia casa, por el mismo hombre que mató a mi hermana. Persiguió a mi madre de habitación en habitación con un cuchillo. Busqué la historia en las noticias y vi fotos de la escena del crimen.

Kimberly hizo otro dibujo. No tenía muchas dotes artísticas. Empezó con un cuadrado y luego lo convirtió en una casa rudimentaria. La puerta principal era demasiado pequeña y las ventanas, demasiado grandes. Intentó dibujar un árbol delante, pero enseguida eclipsó la casita, aportándole al dibujo un aire siniestro. Sabía que los niños que habían sido víctimas solían hacer dibujos oscuros y aterradores. Era su pasado. Quizá también el de Dougie.

—Ese mismo hombre, ese asesino, intentó atraparme a mí después. Me largué. Cogí un vuelo desde Nueva York a Portland, Oregón, con la esperanza de escapar, pero el hombre me persiguió, Dougie. Me encontró y me puso una pistola en la cabeza. Me describió al detalle cómo iba a matarme, y en mi cabeza, yo ya me veía muerta.

Kimberly levantó por fin la vista. Dougie estaba mirándola embelesado.

—Es duro perder a tu madre —susurró ella—. Hace que te quedes solo en el mundo, y estar solo da miedo. Estar solo es no saber qué va a pasar después. Estar solo es no tener a nadie que te

ayude. ¿Sabes por qué sigo viva, Dougie? ¿Sabes por qué ese hombre no me mató?

Despacio, Dougie negó con la cabeza.

—Rainie —se limitó a pronunciar Kimberly—. Ella intervino, hizo que continuara hablando y lo distrajo. Y eso nos dio tiempo. Al final, fue a él a quien dispararon, no a mí. Rainie me salvó la vida, Dougie. Por eso es mi amiga.

Dougie le quitó el palo y borró el rudimentario dibujo, removiendo hasta que no quedó más que tierra encharcada. Luego abrió la boca y se sacó el escarabajo, sujetándolo entre el índice y el pulgar. Las patas del escarabajo aún pataleaban. Dougie observó cómo se retorcía.

—Los amigos no son perfectos —agregó Kimberly—. Los amigos cometen errores. Apuesto a que conoces a mucha gente que ha cometido errores, Dougie. Seguro que conoces a muchas personas que te han decepcionado. Ojalá pudiera decirte que no volverá a ocurrir, pero los errores forman parte de la vida.

—Stanley me pega —soltó Dougie de repente.

—¿Y Stanley es…?

—Mi padre de acogida. Me pega. Se lo dije a la señora de morado y ella se lo dijo a Rainie. Se suponía que Rainie debía hacer que Stanley parase, pero no lo hizo.

—Siento escuchar eso, Dougie. ¿Te ha pegado Stanley recientemente?

—Sí.

—¿Tienes algún moretón?

Dougie negó con la cabeza.

—Puedes hacer daño a niños pequeños sin dejarles moretones. Stanley lo sabe.

A pesar de sí misma, Kimberly sintió un escalofrío. Miró hacia la casa, situada treinta metros más atrás. El porche cubierto daba sombra a las ventanas. Los gigantescos abetos sumían toda la estructura en una penumbra más intensa. La casa era pequeña y oscura, de estilo gótico americano. Kimberly, desde luego, no querría vivir allí.

—Dougie, ¿ha mencionado Stanley el nombre de Rainie? ¿Te ha dicho que ha desaparecido?

—No me hablo con Stanley.

—¿Alguna vez lo has visto pelear con Rainie?

Él apretó los labios. Al final liberó al escarabajo, que corrió enloquecido hacia la roca más cercana.

—¿Es posible que se hayan peleado en los últimos días? —presionó Kimberly—. ¿Alguna vez Stanley amenazó con pegar a Rainie?

—Rainie tenía que venir a verme el jueves —explicó Dougie—, pero no vino. Se fue a un bar.

—¿Quién te ha contado eso, Dougie? ¿Cómo sabes que Rainie se fue a un bar?

El muchacho, con los labios apretados y la barbilla desafiante, se negó a responder de nuevo. Pero Kimberly creyó saber la respuesta esa vez. El niño tenía razón, Stanley sabía cómo hacer daño sin dejar una sola marca.

—Dougie —dijo Kimberly en voz baja—, una última vez, ¿hay algo que quieras contarme?

—Espero que Rainie muera —soltó Dougie, y luego se dirigió hacia una pequeña roca, recogió el escarabajo y volvió corriendo al bosque.

17

Martes, 3:53 p. m., hora del Pacífico

Quincy y Mac aparcaron a una manzana del recinto ferial, en la antigua casa de subastas rosa donde antes se vendía ganado lechero todos los martes por la mañana y que llevaba ya años abandonada. Desde el interior de su coche, Quincy observó el horizonte. En teoría, quedaban varias horas de luz. Sin embargo, las densas y negras nubes de lluvia ocultaban el sol, tiñendo la tarde de los profundos tonos grises del crepúsculo.

Abrió la puerta de golpe, salió a una bruma constante y se dirigió al maletero de su sedán. Mac lo siguió.

Quincy había pasado la mayor parte de su vida preparado para acudir a llamadas urgentes, y los viejos hábitos eran difíciles de romper. El maletero de su lujoso sedán aún contenía las herramientas básicas de cualquier perfilador experimentado: una bolsa de lona con una muda de repuesto; un viejo par de botas de montaña para acceder a barrancos profundos, lugares que muchos asesinos escogían como vertederos; dos cámaras; una caja de guantes de látex; un fino traje blanco para materiales peligrosos; bengalas de emergencia; linternas; un botiquín de primeros auxilios; y, por supuesto, una caja metálica con armas de fuego: una escopeta, un rifle y un arma de repuesto del calibre 22, con media docena de cajas de munición.

Sin pronunciar palabra, los dos hombres se prepararon. Quincy cogió el rifle y Mac, la escopeta. Cada uno se llevó una linterna. De su propia bolsa, Mac sacó un cortavientos con el logotipo del GBI, el Buró de Investigación de Georgia, y una gorra del uniforme oficial. Quincy, sin embargo, con su gabardina color canela, sin ningún tipo de distintivo, seguía pareciendo un modelo de portada de la marca de ropa Brooks Brothers.

—Yo que tú llevaría la identificación en algún lugar bien visible —le aconsejó Quincy a Mac.

—¿Para que no me disparen como sospechoso de secuestro?

—Kimberly me despellejaría.

—Oye, algún día deberíais intentar tener una reunión familiar normal y corriente. Ir de excursión, hacer un pícnic, pasar el rato… Veros por alguna razón que no sea que alguien intenta mataros a uno de los dos.

—Nunca funcionaría. Por si no te has dado cuenta, ninguno de nosotros tiene el don de la palabra.

Quincy terminó de abrocharse la gabardina alrededor del rifle. Accesible pero no demasiado visible. La munición adicional fue a parar a sus bolsillos y se quedó con la linterna en la mano.

Estaba claro que Mac no estaba satisfecho con la vestimenta sin distintivo que Quincy llevaba.

—¿No tienes nada que diga FBI? ¿Ni siquiera una mísera sudadera?

—El Buró lo consideraría publicidad engañosa. Además, la mayoría de estos oficiales me han visto antes. No me confundirán con un secuestrador cualquiera. Es mucho más probable que me disparen porque consideren que mi presencia demuestra que, al final, fue el marido separado el que lo hizo.

—¡Vaya!, tú sí que sabes cómo hacer que un tío se divierta.

La lluvia comenzó a arreciar, golpeando el rostro de Quincy, que sonrió en medio del aguacero.

—Eso es lo que dicen todos.

El recinto ferial del condado de Bakersville era sencillamente enorme. Quincy lo sabía, había

estado ahí antes, durante los calurosos días de agosto, para disfrutar de la magnífica feria rural, con norias, carreras de caballos, exhibiciones de ganado y un puesto tras otro de deliciosos helados refrescantes. En ese instante, refugiado junto a una enorme escultura que representaba un queso Tillamook, contempló el extenso recinto y enseguida se sintió abrumado.

En primer lugar, estaban los campos: interminables hectáreas de terreno llano y descubierto, destinadas a las atracciones de feria, los productos de los vendedores y los puestos de algodón de azúcar. Luego estaban los edificios, el principal de dos plantas con su cúpula, flanqueado a ambos lados por dos enormes construcciones, cada una de ellas dividida en dos zonas distintas, auditorio y centro de convenciones a la izquierda y, a la derecha, una zona para el cuidado de ganado lechero para jóvenes y otra abierta. Y eso era solo en la entrada principal. Tras esas estructuras abovedadas se erguían las tribunas, la pista de carreras y los paddocks, y los establos de la asociación juvenil 4-H para ganado y para caballos.

En esa época del año, la zona para el cuidado de ganado lechero para jóvenes hacía las veces de pista de tenis cubierta, lo que no estaba mal una vez que uno se acostumbraba al insoportable hedor a estiércol. Otro edificio se había convertido en una pista de patinaje, mientras que varias organizaciones alquilaban el auditorio para banquetes.

Pero los esfuerzos por dar una segunda vida al recinto ferial fuera de temporada siempre habían sido débiles, y los resultados quedaban a la vista. Eran las cuatro de la tarde de un martes y no había un solo coche en el aparcamiento.

El recinto ferial seguía siendo un vasto espacio vacío y resonante. Se necesitaría todo un equipo de geos para asegurar las instalaciones. Tal vez dos o tres. El secuestrador había elegido bien y, por primera vez, Quincy sintió que flaqueaba.

¿Eran los años los que envejecían a un hombre? ¿O solo que cada vez era más consciente de todo lo que escapaba a su control? De que identificar a un depredador no siempre conducía a la justicia. Incluso cuando los tribunales por fin dictaban un veredicto de culpabilidad, eso no resucitaba a una niña asesinada ni ayudaba a sus padres a dormir mejor por la noche.

Todo lo que Quincy quería era recuperar a su mujer. Deseaba estar en el salón de su casa, frente a un fuego crepitante, con Rainie leyendo un libro, acurrucada contra su pecho. Él, acariciándole el brazo, observando cómo las llamas se reflejaban en su larga melena castaña. Ambos se sentirían a gusto, sin necesidad de palabras, como solía ser hacía solo seis meses.

Parecía tan poco lo que deseaba de la vida y, sin embargo, a decir verdad, no sabía si volvería a tenerlo. En el mundo de Quincy, la felicidad siempre había sido un lujo y nunca una garantía.

Mac lo observaba, esperando instrucciones, un plan de ataque.

—No veo señales de otros agentes —comentó Mac al fin.

—Eso solo quiere decir que están haciendo su trabajo.

—¿Estás seguro de que el tal Kincaid está aquí?

—Sería una negligencia no enviar al menos unos pocos efectivos. Kincaid podrá ser agresivo en su manera de llevar el caso, pero no es tonto.

—Entonces, ¿entramos sin más?

—No. Si no nos dispara el secuestrador, es muy probable que lo hagan los oficiales de Kincaid. Están haciendo su trabajo, no lo estropeemos ahora. —Quincy respiró hondo, considerando una vez más el vasto espacio—. El edificio de la entrada principal está demasiado expuesto —murmuró—. El loft del nivel superior ofrece una vista de pájaro de la planta inferior, lo que lo hace inútil. Los establos también son grandes espacios abiertos sin puntos donde esconderse, al igual que el auditorio y el centro de convenciones. Estos lugares están pensados para permitir el

máximo espacio de exposición, no para ocultar a un secuestrador. Entonces, ¿a dónde se dirigiría? Ha elegido estas instalaciones. ¿Por qué? ¿Qué es lo que le aporta que él necesita?

—El recinto es extenso, difícil de cubrir.

—Pero resulta igual en ambos sentidos. Cuanto más amplio sea, más tiempo tardará en entrar y salir.

Mac asintió al comprender lo que Quincy estaba pensando.

—Como nosotros, querrá ocultar su vehículo. Eso implica entrar caminando, pero además tiene un rehén. Tal vez ella pueda caminar sola, guiada por él, o tal vez… —Mac dudó, no quería pronunciar las palabras delante de Quincy, así que Quincy las dijo por él.

—Tal vez cargue un cadáver.

—Sí —declaró Mac en voz baja—, quizá. Así que querrá estar cerca de un punto de entrada, en algún lugar de fácil acceso, pero que ofrezca protección.

—Esta es la entrada principal, pero no servirá.

—Es demasiado visible —coincidió Mac—, porque está justo al lado de la calle Tercera.

—Tras estos edificios, más cerca de las pistas de carreras, hay campos que funcionan como aparcamientos adicionales.

—Las pistas de carreras —musitó Mac, y Quincy se dio cuenta de que el detective del GBI lo había captado en el mismo instante que él.

—Las tribunas —anunció Mac—. Ahí tiene muchos lugares para esconderse…

—Pero siguen proporcionando un punto de observación del recinto…

—Y de cualquier unidad policial que se aproxime.

—Y justo al lado de la salida trasera —concluyó Mac.

Y, de repente, Quincy comprendió el resto.

—No va a salir caminando del recinto —señaló emocionado—. Incluso si entrase cerca de las tribunas, aún tendría que recorrer cientos de metros de campo abierto. No hay forma de que alguien no lo viera yendo o viniendo. La única manera de hacerlo es en coche, pero mira el terreno que nos rodea. Tiene muchas posibilidades de quedarse atascado en el barro, y Dios sabe que es justo lo que le ocurrirá a la policía en cuanto intenten atraparlo.

—Un todoterreno —añadió Mac, abriendo los ojos de par en par.

—Aparcado en los paddocks, donde nadie puede verlo. Le resultará fácil entrar y fácil salir.

—Con un casco…

—Y lo único que cualquiera de nosotros podrá describir es la figura de un hombre lleno de barro, alejándose en su vehículo.

—Olvidémonos de las tribunas —declaró Mac—. Vamos directamente a los paddocks. Encontramos ese todoterreno, y los sueños de diez mil dólares del «señor sudes» serán historia.

—Tú sí que sabes cómo hacer que un tío se divierta —aplaudió Quincy.

—¡Ah! —Fue el turno de Mac de expresar modestia—. Eso es lo que dicen todos.

Martes, 3:58 p. m., hora del Pacífico

Volvían a estar en movimiento. Como esa vez no iba drogada, sino sentada en el asiento trasero en lugar de metida dentro de un maletero, Rainie intentaba prestar más atención.

Las carreteras se encontraban en mal estado. Mientras el vehículo se agitaba y avanzaba a lo largo de los kilómetros, adivinó que se trataba de caminos de tierra, en parte arrasados por la lluvia. El estómago se le revolvía con el movimiento. Aún podía sentir el sabor de la bilis en el

fondo de la garganta y tenía unas desesperadas ganas de vomitar.

No era una buena idea, porque su raptor había sustituido la mordaza de algodón por cinta adhesiva. Si vomitaba, corría el riesgo de aspirar el contenido hasta los pulmones, lo que le provocaría asfixia. En resumen, moriría ahogada en su propio vómito. No era un pensamiento reconfortante.

El propio vehículo en sí tenía un ligero olor a ambientador de pino. Había supuesto que olería a tabaco, porque en su cabeza, su secuestrador fumaba. Sin embargo, al pensarlo mejor, no recordaba que la ropa del hombre o su aliento olieran a nicotina. El hábito de fumar era difícil de esconder. Lo mismo que el de beber. Como si ella no lo supiera.

La vez anterior supuso que viajaba en el maletero de un coche, pero, pensándolo bien, tenía la sensación de ir más alta de lo que se iría en un coche, además de que le costaba creer que ningún sedán pudiera circular por ese tipo de carreteras. Así que quizá el sudes conducía una camioneta o un SUV después de todo. Tal vez la había dejado encerrada en una especie de compartimento para equipos en la parte trasera. Los había visto en muchas camionetas por la localidad. Los tíos necesitaban tener espacio para sus juguetes.

El camión pasó por un bache, se elevó, cayó de golpe, y su estómago se revolvió de manera peligrosa.

«No pienses en la comida, no pienses en el olor. Vamos, Rainie. —Y luego—: Campos de flores amarillas. Arroyos de corrientes tranquilas». Aquel mantra de décadas atrás regresó con tanta facilidad que parecía como si nunca se hubiese ido. Volvía a tener dieciséis años, indiferente e indefensa mientras el novio de su madre se afanaba sobre su cuerpo. Tenía veinticinco años, estaba borracha y se dejaba manosear por un tipo en la trastienda de un bar. Tenía treinta años, Quincy la tocaba por primera vez y se daba cuenta de lo mucho que la asustaba la promesa de amor.

«Campos de flores amarillas. Arroyos de corrientes tranquilas. Campos de flores amarillas. Arroyos de corrientes tranquilas».

El vehículo dio un giro brusco a la izquierda, y Rainie cayó de lado, incapaz de enderezarse con las manos atadas por las muñecas. Sintió un pum, pum, pum rítmico y rápido. Era tal vez un camino de grava o de asfalto desgastado.

La camioneta frenó de golpe, y a Rainie se le deslizaron los pies del asiento, recibiendo el impacto de su peso contra el suelo. Intentó arrastrarse de nuevo a su posición, levantando primero las caderas y luego los pies. Oyó la puerta del conductor abrirse y luego cerrarse. El hombre se dirigiría a la parte de atrás para recoger su premio.

«Dale una patada», pensó ella de pronto. Tumbada de lado, con los pies delante de la puerta del copiloto, lo único que tendría que hacer sería doblar las rodillas para hacer palanca y luego propinarle un fuerte golpe en el estómago. Él se derrumbaría y ella podría… ¿qué? ¿Saltar del coche como un conejo, con los tobillos atados, las muñecas amarradas y la boca tapada con cinta adhesiva? Lo más probable es que se cayera de bruces en el barro y se ahogara en un charco de agua poco profunda.

Aun así, quería hacerlo. Quería sentir la satisfacción de sus pies hundiéndose en el vientre blando del hombre y oír su sorprendido «¡Ay!» El tipo la hacía sentir pequeña e indefensa, y lo odiaba por eso.

La puerta se abrió, y Rainie lanzó un golpe, aunque demasiado tarde.

Él le agarró los pies con las manos y le apartó las piernas.

—¡Oh, por el amor de Dios!, no tengo tiempo para estas tonterías. Levántate y muévete.

Utilizó la cuerda que tenía alrededor de los tobillos para sacarla a rastras de la parte trasera, como si fuera un trozo de carne. La cabeza de Rainie chocó con el estribo y el hombro se le incrustó en el suelo embarrado, obligándola a exhalar de golpe. Enseguida, sus fosas nasales se expandieron y la espalda se le arqueó. Luchaba con desesperación por oxigenarse, con los labios tensos contra la cinta adhesiva. No podía respirar, iba a morir.

Se agitó en el suelo, aterrorizada y presa del pánico. Su raptor le asestó una patada, clavándole la punta del zapato en la espalda.

—He dicho que te levantes. ¡Muévete!

Manchas oscuras empezaron a flotar ante los ojos de Rainie. En el último momento, el secuestrador pareció darse cuenta de su penosa situación. Se agachó, la levantó de un tirón y le arrancó la cinta adhesiva de la boca.

—Como grites, te mato.

No gritó, no podría haberlo hecho aunque hubiera querido. Inhaló grandes y hermosas bocanadas de aire húmedo y lluvioso y las absorbió en el cuerpo. Saboreó el aroma de la brisa costera, de los abetos y del estiércol de vaca. De la hierba del campo y la tierra. Y en ese instante, sintió un patético agradecimiento por estar viva.

Oyó un sonido de roce. Sonó como si sacaran un cuchillo de una funda de cuero.

Se volvió hacia el ruido, todavía algo aturdida y un poco confusa.

—Lorraine —pronunció su captor en un tono de voz que ella no había oído antes—. Me temo que tengo malas noticias.

Rainie intentó huir, pero ya era demasiado tarde.

18

Martes, 4:03 p. m., hora del Pacífico

Aproximarse a los paddocks del recinto ferial era más fácil de decir que de hacer. Mac y Quincy avanzaron con las espaldas presionadas contra el exterior de los establos y los ojos clavados en los campos grises envueltos en bruma, buscando señales de movimiento. La lluvia tamborileaba con fuerza sobre los tejados metálicos que tenían sobre sus cabezas, empapándolos de vez en cuando con cortinas de agua, a la vez que los ensordecía de manera implacable con su sonido.

Quincy se deslizó, aunque Mac consiguió agarrarlo. Avanzaron un metro más y luego Mac se precipitó hacia delante en el barro que les llegaba hasta los tobillos y los anegó a los dos. Se levantaron con precaución, jadeando y empapados hasta los huesos.

—Tienes todo el costado izquierdo cubierto de barro —informó Mac.

—Estás asumiendo que es barro —respondió Quincy.

Mac captó la insinuación, después de todo, estaban junto a un establo, e hizo una mueca.

Llegaron al final del segundo establo, y la vida se complicó. No había forma de llegar a los paddocks de los caballos sin cruzar cincuenta metros de terreno abierto. La mirada de Quincy se dirigió a lo alto de las tribunas, buscando indicios de algún francotirador. Los tejados parecían despejados.

Se lanzaron a correr, atravesaron a toda velocidad el espacio abierto, rodearon una valla de alambre y zigzaguearon entre una serie de gradas metálicas hasta que por fin llegaron a los paddocks. Quincy se presionó contra el edificio de madera, seguido por Mac con rapidez.

El voladizo del tejado les ofrecía un respiro temporal. Mac podía ver cómo el agua resbalaba por la cara de Quincy y desaparecía bajo el cuello de su camisa. El hombre de más edad estaba salpicado de manchas de barro, y las canas de su cabello se veían más pronunciadas ahora que estaba mojado. Por un momento, Mac sintió una punzada de preocupación. Quincy tenía cincuenta años y el trabajo de campo era cosa de jóvenes. Pero entonces Quincy sonrió y Mac pudo ver que, bajo el estrés y el miedo, el tipo estaba entusiasmado. Podía sacarse al hombre de las fuerzas del orden, pero no podía sacarse a las fuerzas del orden de aquel hombre.

—¿Preparado? —susurró Quincy.

—¡Vamos!

Entraron rápido y agachados, Mac a la cabeza con la escopeta, seguido de Quincy, que llevaba el rifle encajado en el pliegue del antebrazo. El cambio de entorno fue inmediato y distorsionador: de un pantano resbaladizo a un barro endurecido, de un cielo algo nublado a una profunda y penetrante penumbra, del olor a pino mojado y hierba cortada al penetrante aroma de virutas de madera, heno y estiércol viejo de caballo.

Mac dedicó una fracción de segundo a echar un vistazo al largo pasillo central y luego se metió en el primer compartimento, con la adrenalina palpitándole en las venas y las manos temblorosas sobre la escopeta. Resultaba difícil verlo todo en un espacio tan alargado y oscuro. Y aún más difícil de oír, dado que la lluvia golpeaba el techo con un estruendo ensordecedor.

Levantó la mano izquierda hacia Quincy y contó en silencio: uno, dos, tres…

Asomó la cabeza, echó un segundo vistazo al interior y luego desapareció tras la pared del establo.

Le comunicó sus hallazgos a Quincy con un simple movimiento de cabeza: nada. No había

nadie en el pasillo ni apareció por arte de magia ningún todoterreno aparcado en medio de la caballeriza. Entonces, su búsqueda tendría que ser más metódica, pie a pie, establo a establo.

Una vez más, Mac tomó la delantera, arrastrándose hacia el pasillo central. Prosiguió con la espalda encorvada para pasar desapercibido, con pasos pequeños y ágiles. Sus manos se mantuvieron firmes en la escopeta. Se concentró en realizar pequeñas respiraciones uniformes y sintió que se deslizaba en ese estado, buscando a la izquierda, buscando a la derecha, centímetro a centímetro, fila a fila, y luego…

Un movimiento. Mac lo captó primero por el rabillo del ojo. Una persona salió a toda prisa del establo del fondo y corrió hacia la puerta trasera.

—¡Alto! ¡Policía! —rugió Mac, que se desplegó en toda su estatura, apuntando con la escopeta, con el dedo moviéndose hacia el gatillo, en el instante en que otra voz se escuchó en la penumbra detrás de él.

—Un movimiento y su amigo está muerto.

Mac se dio la vuelta y se encontró con un hombre negro elegantemente vestido que apuntaba con una 9 milímetros a la cabeza de Quincy. Mac, agitado, seguía considerando sus opciones cuando Quincy declaró cansado:

—Kincaid.

—¡Ahh, mierda! —respondió el hombre de color, igual de abatido.

Martes, 4:38 p. m., hora del Pacífico

—Creo que está algo enfadado —opinó Mac quince minutos después. A él y a Quincy los habían conducido a la pista de patinaje situada en la parte delantera del recinto ferial. El espacio era vasto, frío y lleno de eco.

—Me da la impresión de que está más bien molesto.

A medio camino de la sala, Kincaid levantó la vista de su charla con el detective Ron Spector, de la Policía Estatal de Oregón, y les dirigió una mirada fulminante. No era nada que Quincy y Mac no hubieran visto antes.

Mac tenía frío. Le castañeteaban los dientes mientras estaba sentado en una dura silla plegable de metal, con la ropa empapada y la cara salpicada de barro. Quincy se encontraba en las mismas condiciones. Nadie les había ofrecido una toalla, y mucho menos, una taza de café caliente. A Mac no le sorprendió. Ya había cruzado límites jurisdiccionales una vez, investigando un caso en Virginia, y, como dato interesante, la Policía Estatal de Virginia tampoco se lo tomó muy bien.

La puerta principal se abrió de pronto. Apareció un joven con uniforme de policía color canela, arrastrando a su paso a un tipo desaliñado. Mac y Quincy ya estaban de pie cuando el ayudante de la sheriff empujó al hombre a la pista de patinaje.

El tipo, vestido con una gabardina color caqui que Mac reconoció de los paddocks, estaba cubierto de barro. De hecho, parecía encontrarse en el mismo estado que Mac y Quincy, lo que significaba que era obvio que había estado moviéndose por el recinto durante un buen rato. Entonces avanzó a trompicones y parpadeó varias veces con rapidez.

—¡P… p… prensa! —graznó luego, con las dos manos en alto.

—¡Ahh, mierda! —volvió a soltar Kincaid.

Se acercó al intruso y lo miró con desprecio.

—¿Quién es usted?

—Adam Danicic, del *Bakersville Daily Sun*.

—Credenciales —pronunció Kincaid, estirando la mano.

Danicic, muy nervioso, metió la mano en su gabardina húmeda y sacó con cuidado una cartera. Se la tendió a Kincaid, que la abrió de golpe.

—Bien, Adam *Da-ni-chic* —Kincaid enfatizó el apellido del reportero—, ¿qué coño hacía en los establos?

El periodista se atrevió a sonreír.

—¿Consiguiendo una primicia?

—¡Ah, Dios santo! ¿Hay algún secuestrador en este edificio? ¿Hay alguno? ¿Eh, hay alguno? Porque hay un montón de personas que no pertenecen a la Policía Estatal de Oregón en esta sala, ¡teniendo en cuenta que es un caso de la policía estatal!

No fue lo más acertado que pudo decir, y Kincaid pareció darse cuenta en el instante en que las palabras salieron de su boca. El ayudante de la sheriff de Bakersville miró al sargento de la estatal con cara de «gracias por nada» mientras Kincaid suspiraba hondo, se alejaba más de un metro y volvía a suspirar. Al final, se volvió hacia el periodista.

—Entiendo que su papel es trabajar en cooperación con nosotros. Sobre todo, porque me imagino que no querrá que otro periódico se entere por «fuentes confidenciales» de la Policía Estatal de Oregón de cómo el inexperto, egocéntrico y agresivo reportero del *Daily Sun* puso en peligro la vida de una mujer de manera imprudente.

Danicic no dijo nada. Al menos tuvo la sensatez de callarse y aguantar la reprimenda como un hombre.

—Ahora bien, yo pensaba que, para trabajar en cooperación con nuestra oficina, tendrían que notificarnos sus actividades —continuó Kincaid.

—Investigo por mi cuenta y escribo por mi cuenta —puntualizó Danicic con naturalidad—. Eso es lo que hace un periodista. Lo que mi editor decida publicar es cosa suya.

—¿Lo dice en serio?

—Sí, señor.

Kincaid volvió a mirar al joven reportero, que llevaba las mejillas bien afeitadas, el oscuro cabello corto y una gabardina clásica.

—Desde luego, no parece un liberal de izquierdas.

—Canal de noticias de Fox —añadió el periodista con soltura—. Mi objetivo es que me contraten antes de cumplir los treinta. Seamos realistas, a los equipos de noticias les vendrían bien jóvenes ambiciosos como yo.

—Tiene que estar de broma. Trabaja en un periódico de paletos…

—Por algún sitio hay que empezar.

—Acaba de joder una importante investigación policial.

—En realidad, no. Seamos sinceros, todos sabemos que solo está aquí por precaución, y como, por lo que parece, el secuestrador no ha aparecido, no hay problema. Ahora, lo que de veras me gustaría entender es la presencia de esos dos hombres de ahí. ¿Por qué lleva una chaqueta que dice «GBI»? ¿Acaso no son las siglas del Buró de Investigación de Georgia? ¿Y significa eso que este caso involucra ahora a múltiples agencias policiales que trabajan juntas en una unidad especial interjurisdiccional…?

—¡Fuera! —ordenó Kincaid con fuerza.

—¿Puedo citar eso?

—*¡Fuera!*

El ayudante de la sheriff de Bakersville, que había estado rondando cerca de la puerta,

disfrutando de manera evidente del disgusto de Kincaid, por fin se puso en marcha. Sin embargo, la venganza es un plato que se sirve frío, y el ayudante se tomó su tiempo para sacar al periodista de la sala.

—Seguiré preguntando por ahí —lanzó Danicic por encima del hombro—. Siempre hay alguien que quiere hablar con la prensa. ¡Eh!, tal vez pueda conseguir una exclusiva con el mismísimo secuestrador. ¿Ha pensado alguna vez en eso?

—¡Ah, por Dios bendito! —Las puertas dobles por fin se cerraron con un estruendo. Kincaid se giró hacia Mac y Quincy. No había mucho que un sargento pudiera hacer frente a un miembro agresivo del cuarto poder. Pero en cambio con ellos…

—Usted. —Kincaid empezó con Mac—. ¿Quién es y qué demonios hace aquí?

—Mac McCormack, detective, Buró de Investigación de Georgia.

—¿Buró de Investigación de Georgia? ¿Qué pasa, es que se levantó de la cama esta mañana y se equivocó de camino?

—Vengo con él —explicó Mac con naturalidad, señalando a Quincy con la cabeza—. Técnicamente hablando, estoy saliendo con su hija.

—La agente del FBI —completó Kincaid.

—La misma.

Kincaid entrecerró los ojos con desconfianza.

—¿Y dónde se encuentra *ella* ahora mismo?

—No hago demasiadas preguntas —respondió Mac, encogiéndose de hombros—. Es muy buena manejando un arma.

Kincaid parecía estar a un paso de estrangular a alguien. Mac ya estaba acostumbrado. Tenía la impresión de que, cada vez que se juntaba con Kimberly y su padre, alguien intentaba asesinarlo.

—Tiene usted un aspecto de mierda —le comentó Kincaid a Quincy.

—Es que también llevo mucha encima.

—No sé qué cree que está haciendo, pero no sirve de nada.

—Cierto. En realidad, pegarle un tiro al reportero habría resultado mucho más gratificante.

—Sé que se considera un experto en estos asuntos, señor Quincy, pero también es *de la familia.* Seguro que un hombre de su inteligencia puede darse cuenta de que es imposible que usted sea imparcial y objetivo en esta investigación.

—Para usted, Rainie es un número —replicó Quincy con voz suave—, una estadística que pasa sin más por su escritorio. Si lo resuelve, su vida sigue, y si no lo resuelve, su vida sigue. No hay diferencia.

Kincaid se inclinó y, aunque Mac esperaba que el sargento de la Policía de Oregón soltara otra perorata, habló con voz solemne de veras.

—Todos los casos en los que usted ha trabajado también eran estadísticas. ¿Significaba eso que se levantaba tarde, tenía los fines de semana libres y volvía a casa a cenar con su familia todas las noches? Sí, ya me lo imaginaba. Tengo esposa, señor Quincy. Tengo un bebé precioso y no hay nada que desee más en este momento que concluir este caso e irme a casa con ellos. Oiga, entreguemos ese dineral, recuperemos a su mujer y demos por finalizado el día. Así puedo darme una ducha caliente, ponerme ropa seca y descansar con los pies en alto en mi sillón reclinable favorito con mi hijo sobre el pecho. A mí me suena genial. ¡Vamos!

—Es usted el que se negaba a pagar —precisó Quincy con firmeza—. Es el que pone las cosas difíciles.

—¡Porque intento hacerlo bien, maldita sea! Porque lo he escuchado a usted, el experto, y he

prestado atención a sus palabras. ¿Cuál fue su opinión como profesional, señor Quincy, la qué me contó mientras lo pasábamos en grande excavando en un cementerio? —Kincaid no esperó respuesta, sino que enumeró los puntos con los dedos de la mano derecha—. Uno, este tipo de casos son casi siempre personales. Dos, la mayoría terminan con el descubrimiento de que la víctima ha sido asesinada. ¿Sabe por qué estoy alargando esto, señor Quincy? ¿Sabe por qué estoy rompiéndome el lomo escribiendo mensajes en clave a un secuestrador cuando incluso yo sé que la situación me supera? Porque me temo que, en cuanto aceptemos pagar el rescate, Lorraine morirá. No estoy tratando de irme a casa cuanto antes para estar con mi mujer, señor Quincy. Estoy intentando salvar a la suya.

Quincy no contestó. Sus labios, sin embargo, formaron una delgada y obstinada línea.

—Si alargamos las cosas —agregó Kincaid con más calma—, el secuestrador tendrá que mantenerla viva para proporcionarnos una prueba de vida. Y tal vez, solo tal vez, podamos por fin establecer el vínculo que hay entre ella y él. Tengo a los científicos trabajando en el vehículo y las notas. Cuento con personal capacitado que está rastreando los últimos pasos de su esposa. Tenemos a la sheriff Atkins investigando a fondo a los delincuentes locales. Este caso todavía está en pañales, y vamos a conseguir algunas pistas más.

—¿Se ha recibido alguna llamada en la línea directa?

—No

—Pero, teniendo en cuenta que no ha aparecido por aquí, asume que el tipo ha leído el periódico.

—Es posible que necesite algo de tiempo para darle una vuelta a todo. Hay que pasar al plan B.

—¿Tiene un plan B?

—Sí, señor. Va a llamar, y vamos a ser tan complacientes y cordiales como podamos. Es su juego, lo único que queremos es seguir las instrucciones. Nos encantaría entregarle el dinero, pero necesitamos un poco de tiempo. Y luego —Kincaid respiró hondo— vamos a sugerir una muestra de buena fe. Él nos proporciona otra prueba de vida y nosotros respondemos con un anticipo. No toda la cantidad del rescate, porque el banco necesita más tiempo, pero sí los primeros dos mil, para que sepa que estamos cooperando.

Mac cerró los ojos. Se dio cuenta de inmediato de la declaración apenas encubierta, al igual que Quincy. El experfilador ya se había puesto de pie.

—*¿No* va a pagarle la suma del rescate?

—Es un anticipo…

—Está *engañándolo*. Si nosotros lo vemos, él lo verá.

—No si se gestiona bien…

—¿Quién va a hacerlo? ¿Un detective estatal sobrecargado de trabajo que no ha negociado nada en absoluto en su vida?

Kincaid se sonrojó, pero no se echó atrás.

—De hecho, he coordinado la incorporación de una negociadora profesional de nuestra unidad táctica. Candi, terminado en i latina. Me han dicho que es brillante.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Quincy. Tenía las manos en las sienes, y no parecía capaz de asimilar la noticia.

—Este tipo de estrategia ya se ha llevado a cabo antes con bastante éxito, en un caso en Gran Bretaña…

—¡Dios mío! —repitió Quincy.

Kincaid continuó como si no lo hubiera oído.

—Tenían a un delincuente que amenazaba con envenenar los alimentos para mascotas si ciertos fabricantes no le abonaban cantidades considerables. En lugar de pagar todo de una vez, la unidad especial le siguió el juego al delincuente, realizando una serie de pequeños depósitos en efectivo. Como era de esperar, eso incremento la interacción del extorsionador con las empresas, así como el número de veces que tuvo que salir de su escondite para recibir el pago. Atraparlo fue siempre una mera cuestión de tiempo.

—Esto no es un plan de extorsión dirigido a víctimas anónimas, sin rostro.

—Lo que hace que la situación sea aún mejor. Cuanto más tenga que hablar con nosotros, más información nos proporcionará. No voy a alargar esto de forma indefinida. El plan de juego es efectuar un pago inicial de buena fe de un par de miles, suponiendo que pueda mostrarnos una prueba de vida. Incluso lo consideraremos una bonificación, teniendo en cuenta lo paciente que está siendo. Lo organizamos para esta noche y preparamos los diez mil completos para mañana por la tarde. Lo que significa que puede irse con doce mil en lugar de los diez originales.

—Va a jugar con su codicia —comentó Mac.

Kincaid le dirigió una mirada.

—Así es.

Mac miró a Quincy. El perfilador tenía un aspecto demacrado. Se dejó caer fatigado en la silla de metal y Mac se preguntó una vez más por el desgaste físico que eso debía estar suponiéndole.

—Todo depende de la presentación —agregó Kincaid con firmeza—. Hacemos que parezca que él tiene el control de la situación al tiempo que le recompensamos por sus esfuerzos. Lo mantenemos centrado en el beneficio futuro, no en el cambio de planes.

—Solo hay un problema —intervino Quincy.

—¿Cuál? —preguntó Kincaid con recelo.

Un débil sonido de carillón emanó de repente del bolsillo de Quincy.

—Dudo que el sudes sea tan estúpido como para llamar a su línea directa.

Quincy sacó su teléfono, comprobó el número y luego les mostró la pantalla a ambos. El nombre de Rainie parpadeaba en ella.

—¿Por qué llamarlo a usted, sargento Kincaid, cuando es mucho más fácil llamarme a mí?

—¡Ah, mierda! —Kincaid gesticuló con enfado hacia el otro detective mientras Quincy abría su teléfono y se preparaba para hablar.

19

Martes, 5:05 p. m., hora del Pacífico

La sheriff Shelly Atkins estaba cansada. Quería una taza humeante de chocolate caliente, una ducha reconfortante y meterse en su cama, aunque no tenía que ser en ese orden. Ya había trabajado durante toda la noche muchas veces. Sus padres tenían una granja de ganado en el este de Oregón. No se dirigía una finca ganadera sin pasar unas cuantas noches sin dormir. Pero las últimas dieciséis horas le habían pasado factura. Tenía las botas empapadas, al igual que los calcetines, su primera camisa y la de repuesto. Cada vez que encendía la calefacción del coche, se empañaban las ventanillas a causa de toda la humedad que se evaporaba de su cuerpo.

Y ya estaban empezando a dolerle las manos, con esas punzadas profundas que afectaban a las viejas articulaciones desgastadas. Intentaba no frotarse demasiado los nudillos. No porque creyera que su ayudante, Dan Mitchell, se daría cuenta. Dan llevaba de servicio desde las nueve de la noche anterior. Sentado en el asiento del copiloto, ya estaba desplomado con los ojos a medio cerrar. Si la sheriff continuara conduciendo mucho más tiempo, él chico se quedaría dormido del todo.

El sueldo de un ayudante de sheriff no daba para mucho por esos lares. Como algunos otros miembros del personal de Shelly Atkins, Dan también trabajaba a tiempo parcial en una lechería de la localidad. Se encargaba del ordeño vespertino antes de presentarse al turno de noche. A veces ella se preguntaba cómo lograba mantenerse despierto noche tras noche, siguiendo ese ritmo, pero no quería preguntar. Lo cierto era que Bakersville solía ser un lugar tranquilo. Si sus ayudantes se quedaban dormidos de vez en cuando a primera hora de la mañana, nadie se había dado cuenta ni se había quejado.

Tenía que empezar a pensar en el personal. Hasta el momento, había tenido a todos en marcha trabajando desde las tres de la madrugada, lo que no era inusual en un incidente crítico en el que podía haber una vida en juego. Sin embargo, parecía que el caso iba ralentizándose, asentándose. Kincaid había retrasado la entrega del rescate a las cuatro, y la sheriff tenía la sensación de que, cuando cayera la tarde, él volvería a retrasarlo. Si la situación se prolongaba un segundo día, o incluso un tercero, no podría seguir teniendo a todos sus hombres trabajando veinticuatro horas al día los siete días de la semana. La falta de sueño acumulada los transformaría en un montón de zombis armados.

Decidió dividirlos en dos turnos de doce horas. Enviaría a Dan, Marshall, y probablemente a ella misma a casa primero, ya que ambos llevaban despiertos más tiempo. A decir verdad, le costaba imaginarse a sí misma sin hacer nada durante doce horas, pero tres o cuatro no le irían mal. Dormiría lo necesario para recargar la materia gris y luego se levantaría para volver a la acción.

Ahogó otro bostezo y giró a la izquierda por una carretera larga y sinuosa. A los lugareños les gustaba decir que el condado de Tillamook existía gracias a tres cosas: el queso, los árboles y la brisa marina. La fábrica de queso ayudaba a que las granjas lecheras prosperasen, los bosques vecinos mantenían ocupados a los leñadores y las hermosas playas hacían que los turistas volvieran una y otra vez. La gente cuidaba de la tierra, y la tierra cuidaba de la gente, como diría su padre.

Pero, al igual que cualquier comunidad, incluso una famosa por sus pintorescos y ondulados

pastos verdes, el condado tenía su lado sórdido. Shelly y Dan habían dejado atrás las modernas lecherías bien organizadas, con sus graneros recién pintados, sus brillantes tractores verdes y sus carteles de «Granja Lechera de Excelencia». En ese momento circulaban por angostas carreteras secundarias, pasando por áreas de casas móviles, cabañas en ruinas y otro tipo de granjas lecheras, pequeñas y mal equipadas, con graneros que tenían aspecto de no poder soportar el siguiente vendaval sin desintegrarse.

Shelly sabía qué tipo de gente vivía ahí. Hombres de rostros larguiruchos con barba incipiente, con las mejillas delgadas y esa barriga blanda que les daba el tomarse una lata de cerveza en la mayor parte de sus comidas. Las mujeres eran igual de flacas y encorvadas, con el cabello greñudo y propensas a los moretones. Los niños se desplazaban en manadas, por lo general, acompañados por uno o dos perros sarnosos. Ninguno de ellos confiaba en extraños, y todos podían explicarte por qué no era culpa suya que su granja fracasara. El precio de la leche bajaba y el precio del ganado lechero descendía; demasiados créditos concedidos con demasiada facilidad por bancos codiciosos que buscaban exprimir al pobre; el Gobierno no hacía lo suficiente para ayudarlos y la comunidad quería hacer como si no existieran…

Shelly lo sabía todo. Había oído las mismas historias mientras crecía en La Grande. Como a su padre le gustaba señalar, los granjeros prósperos trabajaban más y hablaban menos, mientras que algunos de aquellos agricultores nunca parecían tener mucho que hacer, pero siempre tenían mucho que decir.

Visitas como esas seguían siendo la parte más dura del trabajo de Shelly. Entrar en cocinas desgastadas con el suelo de linóleo desconchado y techos con manchas de humedad; tratar de explicar por segunda o tercera vez a una chica de veintidós años que aparentaba cuarenta, con su tercer bebé en brazos, que sí tenía opciones y que no tenía que quedarse.

Sabiendo que volvería, como seguro que había hecho por la madre de esa chica el sheriff que la precedió, muchos años antes. La vida estaba llena de ciclos, y cuanto más envejecía Shelly, menos creía tener todas las respuestas. Desde luego, sus padres nunca fueron ricos, y Dios sabía que, durante largos períodos, su cena diaria consistió en más patatas y menos carne, pero nunca se vio obligada a ver a su padre doblegado y destrozado. Nunca vio a su madre maquillarse para cubrir un moretón. Nunca escuchó a sus padres culpar a nadie de sus dificultades.

—Solo tenemos que esforzarnos un poco más —decía su padre, y eso fue lo que Shelly y sus hermanos aprendieron a hacer.

Giró hacia un camino de tierra. Al pasar por un bache, la rueda derecha giró con brusquedad en el barro y, por un segundo, creyó que se había quedado atascada. Entonces el todoterreno dio un bandazo y Dan despertó de su letargo.

—Pero ¿qué co…?

Volvió en sí justo a tiempo para darse cuenta de que estaba sentado junto a su jefa, y se calló el resto de la frase. Shelly le sonrió.

—¿Buena siesta?

—Lo siento.

—No te preocupes. Uno de los dos tiene que estar descansado. Ya hemos llegado.

Se detuvo frente a una pequeña granja con un agujero en el porche del tamaño de una roca. En la propiedad había cuatro camionetas, tres Chevys oxidados y lo que parecía haber sido una cosechadora. Para no quedarse atrás, varios electrodomésticos también competían por un trozo de terreno: cocinas viejas, hornos y congeladores que esperaban a que llegase el verano para tragarse a algún pobre niño desprevenido.

Hal Jenkins era el dueño de la propiedad. Había sido una granja en tiempos de su padre, y según había oído Shelly, una muy decente. Pequeña, pero bien gestionada y equipada a conciencia. Hal no quiso ser granjero y decidió que su vocación era la reparación de automóviles, de ahí los coches. No se le había dado mal. No, lo que hizo tropezar a Hal fue el robo de piezas de automóviles de propietarios desprevenidos y su posterior reciclaje en vehículos de terceros, cobrándoles el precio íntegro de la pieza, por supuesto. Lo descubrieron un par de chicos del campo a los que los motores no se les daban nada mal.

Llamar a la policía no estaba muy bien visto por aquellos lares, así que en vez de eso le dieron una paliza a Hal y luego llevaron un bate de béisbol a su casa. La mayoría de las ventanas del primer piso todavía no habían sido sustituidas, de ahí los tableros de fibra de madera clavados sobre el exterior.

Tras pasar cuatro meses en el hospital, Hal decidió que quizá la industria del automóvil no era lo suyo y centró su atención en la reparación de hornos. Pero los electrodomésticos no daban mucho dinero. En la actualidad, la gente compraba nuevos en lugar de reparar los viejos.

La forma exacta en que Hal seguía ganándose la vida era objeto de mucho debate. Lo que Shelly suponía era que Hal había descubierto por fin el verdadero valor de una pequeña granja en el campo, con muchas construcciones auxiliares y pocos vecinos: un laboratorio de metanfetamina. El helicóptero estatal había pasado varias veces, pero aún no había detectado la señal térmica que necesitaban para conseguir una orden judicial. Y, por el momento, Hal no era muy partidario de dejar que Shelly o sus ayudantes se pasearan por la propiedad. Hal nunca sería ingeniero espacial, pero era inteligente a su manera.

Shelly salió primero. Sus botas se hundieron hasta el fondo en el lodo. ¡Mierda!, tendrían suerte si lograban sacar el vehículo. Dan salió un poco más despacio, mirando su reloj. Eso la irritó y le dirigió una mirada penetrante.

—Ayudante, no es momento de preocuparse por el ordeño vespertino.

—Lo siento. —Se avergonzó de inmediato.

Oyeron una voz que provenía de dentro de la casa. Era el saludo oficial de Hal Jenkins. No abrió la puerta. Ni siquiera echó un vistazo por una de las ventanas rotas.

—¡¿Qué?! —rugió desde algún lugar del interior.

—¡Eh, Hal! Somos la sheriff Atkins y el ayudante Mitchell. Nos preguntábamos si podrías dedicarnos un minuto de tu tiempo.

—No.

—Por el amor de Dios, Hal. Llueve a cántaros y estamos cubiertos de barro. Lo menos que podrías hacer es ofrecernos una taza de café.

—No

—Bueno, entonces, tengo malas noticias. Nuestra camioneta se ha quedado atascada… —Dan la miró sorprendido, y ella le hizo una señal para que se mantuviera callado—. Parece que vamos a tener que rebuscar en ese montón de electrodomésticos y piezas de coche de ahí para encontrar algo que nos saque. No tardaremos más que un minuto.

La puerta se abrió de golpe. Hal apareció por fin, luciendo barba de tres días, una camisa de franela verde oscuro y el par de vaqueros más lamentable que Shelly había visto nunca.

—Ni se les ocurra tocar na.

—Bueno, Hal, no tenemos ganas de quedarnos aquí todo el día. Venimos por un asunto oficial de la policía.

Hal la miró con el ceño fruncido. Resultaba irónico, pero todavía era un hombre joven, y no

sería tan feo si alguna vez se arreglara. Era alto, con el pelo oscuro ondulado y la complexión atlética de un hombre de campo. Tenía fama de ser un buen tirador, un cazador que desollaba y transportaba él mismo sus ciervos muertos, a menudo arrastrándolos durante kilómetros por el bosque. Y aunque los chicos de la zona le dieron una buena paliza, por lo que se comentaba, opuso una resistencia tremenda. Detuvieron a los tres agresores en urgencias; a dos tuvieron que darles puntos y el tercero tuvo dos huesos rotos.

Shelly no creía que Hal tuviera problemas con una mujer de menos de metro setenta. Y de nuevo, cuando estaba sobrio y muy motivado, podía ser astuto.

Shelly subió los escalones del porche. Intentaba mirar en la penumbra de forma discreta. Quería ver si el bueno de Hal tenía la edición más reciente del *Daily Sun*, pero no conseguía verlo. La iluminación era demasiado escasa y Hal no era precisamente un ama de casa. Resultaba difícil distinguir algo entre los altísimos montones de basura.

—¿Tienen una orden? —quiso saber Hal.

—¿Tienes algo que esconder? —contestó Shelly.

—Sí, la mejor comida china del mundo, pero no quiero que se corra la voz. Así que, si no le importa, sheriff, creo que volveré a mi cena.

—Y yo que pensaba que tenías más pinta de que te gustase la pizza.

Shelly se apoyó en el marco de la puerta, ocupando el espacio de Hal y haciéndolo retroceder un paso. Un minuto más, y tendría el pie al otro lado de la puerta. Mejor aún, bloquearía por completo la vista de Hal, dándole a Dan más libertad para recorrer la propiedad.

Hal tosió tres veces, sin molestarse en taparse la boca. Era su propia estratagema para ganar terreno. Shelly no se movió, aunque después tendría que plantearse en serio quemar su ropa.

—¿Necesitas jarabe para la tos? —preguntó con tono distraído—. Apuesto a que tienes alguno en casa.

—Apuesto a que sí. Con tanta lluvia, uno se resfría.

—¿Por eso lo compras por cajas?

Hal se limitó a sonreír. Algunos jarabes para la tos que se vendían sin receta contenían el compuesto químico pseudoefedrina, necesario para fabricar metanfetamina. La primera señal del incremento en la fabricación de metanfetamina en una zona era la repentina escasez de jarabe para la tos en las farmacias locales, lo que convertía a las parafarmacias en un nuevo e interesante escenario en la guerra contra las drogas. En primer lugar, se pedía a los establecimientos que informaran de los pedidos al por mayor. Los químicos ilegales novatos se limitaban a empezar «seleccionando» sus mercados locales, comprando un frasco por aquí, otro por allí…

A instancias de las fuerzas del orden, las tiendas dejaron entonces de vender esos medicamentos libres de receta, bueno…, de venderlos sin receta. Si querías Respibién infantil en Oregón, tenías que pedírselo en persona a un farmacéutico. Sin embargo, ni siquiera ese método era infalible, por lo que, como última estrategia, los gigantes farmacéuticos habían prometido fabricar jarabes para la tos sin pseudoefedrina solo para esos mercados. Seguirían tratando el resfriado común, sin poner en peligro a la mitad de la población adolescente.

Por supuesto, seguían quedando las farmacias por Internet, viajes a Canadá para comprar los medicamentos, etcétera. Los delincuentes eran tontos, pero nunca tanto como a las fuerzas del orden les gustaría que fueran.

—He oído que debes dinero —comentó Shelly, tratando de poner todo en marcha con un pequeño anzuelo.

—¿Yo? ¡No puede ser! Nunca seas prestatario ni prestamista.

—Vaya, Hal, estás citando a Shakespeare. —Shelly le hizo una caída de párpados y Hal sonrió. No tenía buen aspecto, teniendo en cuenta lo que tantos años mascando tabaco habían causado en sus dientes.

—¡¿Shakespeare?! ¡Caray!, mi viejo me dijo que él mismo había escrito esas palabras. Qué hijo de puta; debería haberme dado cuenta de que mentía.

—Más bien, plagio. Y qué…, ¿vas a arreglar este lugar alguna vez?

—¿Por qué? Un tipo como yo siempre conoce a unas cuantas personas que creen que les he causado algún mal. Unas ventanas nuevas solo se convertirían en nuevos objetivos.

—¿Y les has causado algún mal?

—Ah, sheriff, yo solo quiero terminarme mi comida china y reparar otra cocina. ¿Es que un hombre no puede ganarse el pan?

Shelly asintió, mordiéndose el interior del labio. Hal estaba bloqueándole la vista de la casa, además de entorpecer la conversación. Sin lugar a duda, era un tipo con algo que ocultar, pero, después de todo, por eso estaban ahí. Hal siempre tendría algo que ocultar, y hacía bien en no molestarse en cambiar las ventanas.

—¿Y qué me dices de algunos tíos que puedan haberte causado algún mal a ti?

Era una táctica nueva. Hal frunció el ceño, enarcó una ceja e intentó comprenderlo.

—¿Ha oído algo?

—He oído que algunos tíos están buscando ganar dinero fácil, y están haciendo todo tipo de locuras. Ese tipo de actividades que atraen a la policía estatal a la ciudad, y en breve, al FBI. Ese tipo de cosas joden a todo el mundo, ¿no crees?

Hal por fin sumó dos más dos y demostró que había leído la edición más reciente del *Daily Sun.*

—El secuestro —murmuró.

—Sí, señor.

Para variar, la respuesta de Hal fue instantánea y franca.

—Ah, de ninguna manera. Yo no voy por ahí, secuestrando a una mujer y exigiendo rescates. ¿Y todo por unos míseros diez mil dólares? Eso es una locura. Casi no soporto estar cerca de una charlatana el tiempo suficiente para acostarme con ella, así que ni de coña encierro a una en mi casa.

—Bueno, tienes un granero.

—¡Por Dios!

—Déjanos dar una vuelta rápida. Así podremos eliminarte de la lista de sospechosos y ahorrarte una visita del FBI para lo mismo.

—Mientras el FBI traiga una orden de registro igual que la suya, no tengo nada de qué preocuparme. Es mi hora de cenar…

Hal se movió para dar un portazo, pero Shelly metió el pie en medio.

—Esto va en serio —le advirtió con voz queda—. No es la misma mierda de siempre, Hal. Una palabra, un susurro de que ella está cerca de aquí, y un juez nos dará permiso para destrozar tu casa tabla por tabla. Olvídate de las ventanas, no tendrás casa cuando acabemos contigo.

—Yo no trafico con personas.

—¿Sabes quién podría hacerlo?

Hal se quedó mirándola.

—Todo lo que necesito es un susurro… —añadió Shelly, devolviéndole la mirada.

—De acuerdo —replicó con brusquedad—. ¿Tiene papel? Le escribiré una maldita lista.

Diez minutos después, Shelly y Dan volvieron a subir al SUV del departamento. El vehículo se había hundido y los neumáticos se habían atascado. Hal les lanzó unos cuantos improperios a ambos cuando volvió a salir de la casa. Cogió un martillo, arrancó unos tableros de fibra de madera de las ventanas y los utilizó como enormes planchas detrás de cada rueda.

Consiguieron tracción y Hal se cubrió de barro. Lo último que Shelly alcanzó a ver fue a un hombre alto y malhumorado recogiendo madera del suelo, dispuesto a clavarlas de nuevo en sus ventanas.

—¿Qué te parece? —preguntó a Dan.

—Se ve que han hecho mucha obra reciente en el tercer granero de atrás.

—¿Sería un buen lugar para esconder a Rainie Conner?

—Podría, pero, dado el tamaño y la ubicación, ganaría mucho más dinero con un laboratorio.

—Lo mismo opino yo. Está claro que es un criminal, pero no el que buscamos.

Dan volvió a mirar el reloj.

—Con las horas extras ganas más que ordeñando, Dan.

—Sí, pero, en días como este, echo de menos a las vacas.

20

Martes, 5:08 p. m., hora del Pacífico

La voz del otro extremo de la línea telefónica volvía a ser monótona, mecanizada de forma inquietante.

—No me gustan las multitudes.

—Yo también prefiero la reuniones más íntimas —manifestó Quincy. Su mente iba a toda velocidad. Le habría gustado tener notas delante, un análisis más exhaustivo del caso. Se suponía que era un consultor externo, que había llegado en avión para esas situaciones. Le entregaban una carpeta con nombres y fotos de personas que no significaban nada para él, y luego podría analizar con frialdad los hechos y esbozar los puntos clave del mensaje, antes de retirarse a una habitación trasera para ver cómo otros ponían en práctica su estrategia.

Un perfilador estaba acostumbrado a trabajar a posteriori, cuando el daño ya estaba hecho. Leía las notas de los demás y definía las acciones de los demás. Él no se involucraba. Por ejemplo, no hablaba por teléfono con un sudes que había secuestrado a su mujer.

Quincy se sentó en el borde de la silla de metal, su voz manifestaba un temblor que no podía permitirse.

—No ha seguido mis instrucciones —entonó la voz.

—Quiero entregarle el dinero —afirmó Quincy, tajante. «Tranquilízalo, no desafíes. Apacigua, luego coacciona»—. Estoy esforzándome mucho por hacer lo que ha ordenado, pero el banco no podía darme tanto dinero de golpe. Hay leyes bancarias…

—¡Miente!

—He ido al banco…

—*¡Miente!* —La voz mecanizada se volvió estridente.

Quincy interrumpió su siguiente frase, respirando ya con dificultad. Se había equivocado. El secuestrador sabía algo, tenía acceso a más información de la que habían previsto.

—No ha ido al banco —acusó el secuestrador.

Kincaid empezó a hacer gestos furiosos con las manos, simulando llevarse un teléfono al oído. ¿Quería que Quincy dijera que había llamado al banco? Quincy sacudió la cabeza. Demasiadas incógnitas. Tal vez el secuestrador había estado vigilando el banco de Quincy. O tal vez tenía una conexión interna, o peor, incluso trabajaba allí. No habían hecho los deberes y ahora estaban pagándolo.

—Tengo dinero en efectivo —informó Quincy de pronto—. En mi casa. De… actividades que no quisiera mencionar.

Su insinuación funcionó. La voz soltó una carcajada metálica.

—Pensé que tenía suficiente —continuó Quincy enseguida—. Podría pagarle, y nadie se daría cuenta. Pero, cuando conté el dinero, no era suficiente. Y temía que, si aparecía con la mitad del dinero, se enfadaría. No quiero hacerlo enfadar.

—Ha involucrado a la policía.

—No he involucrado a la policía. El *Bakersville Daily Sun* implicó a la policía tras recibir su nota. Fue entonces cuando ellos se pusieron en contacto conmigo. Estoy intentando trabajar con usted. Estoy dispuesto a hacer lo que me pida.

—¿Por qué?

La pregunta sobresaltó a Quincy e interrumpió su concentración.

—Es mi mujer —se oyó a sí mismo decir.

—Pero la dejó.

Fue incapaz de responder. ¿Cómo lo sabía el sudes? ¿Se lo había dicho Rainie, había intentado ofrecérselo como moneda de cambio? «*No te conviene secuestrarme; mi única familia es un marido que me ha dejado y seguro que no pagará para que regrese*».

O tal vez el secuestrador no era un extraño, después de todo. Tal vez era alguien que ambos conocían, un socio o incluso un amigo. Quincy sintió entonces una incómoda sospecha, una que no le gustaba nada albergar.

—¿Ama a su mujer? —cuestionó la voz mecanizada.

Quincy cerró los ojos. No era una buena pregunta. Podía sentir la amenaza que había detrás, la promesa de dolor futuro.

—Rainie siempre ha sido una esposa maravillosa —señaló con calma—. Estábamos deseando adoptar un niño juntos. Es muy activa en la comunidad. De hecho, ha estado trabajando en un monumento conmemorativo para una niña de Astoria que fue asesinada este verano. ¿Quizá haya oído hablar de ello?

El sudes no mordió el anzuelo.

—A ella le importa todo eso —se burló la voz—. Es compasiva, un orgullo para los suyos.

—Dice que no es usted un monstruo. Creo que estas cosas le importan. ¿Puedo hablar con Rainie? Póngamela al teléfono. Demuestre que también actúa de buena fe.

—No ha pagado.

—Tengo dinero…

—No es suficiente.

—Conseguiré los diez mil íntegros...

—No es suficiente. Ha desobedecido y será castigado. Soy un hombre de palabra.

La persona que llamaba estaba a punto de colgar.

—Espere —pidió Quincy con frenesí—. Ponga a Rainie al teléfono. Permítame hablar con ella. Si sé que está bien, puedo conseguirle más dinero. Tengo activos que puedo canjear, dinero en el banco. Quiero a mi mujer. Estoy dispuesto a pagar.

—El amor no existe —entonó la voz—. Adiós.

Y entonces la voz desapareció. Fin del juego.

—¡JODER!

Quincy lanzó el teléfono hasta el otro extremo de la habitación, pero no le bastó. Cogió la silla plegable de metal y la empujó por encima de su cabeza. Mac lo agarró por el brazo izquierdo, Kincaid por el derecho, y él luchó contra ambos. Se encontraba cansado, tenía frío y estaba manchado de barro y mierda de vaca. Podía oír esa horrible voz repicando en su oído. Sentía que las lágrimas le corrían por la cara.

Había fracasado. No había formulado suficientes preguntas, no había hecho suficientes deberes. Tenía que haber retirado el dinero, o aunque fuera parte del dinero, si esa era la historia que iban a contar. Era una simple precaución, por si acaso alguien prestaba atención, pero había estado demasiado ocupado discutiendo con Kincaid, demasiado ocupado promocionando su propia pericia, demasiado ocupado diciéndose a sí mismo que seguía siendo brillante, como para dar unos pasos básicos.

Era un insensato, y Rainie sufriría por ello. Y ella sabría que le había fallado. Ella, más que nadie, entendería lo que eso significaba cuando su secuestrador se acercase a ella con un

cuchillo.

Lo tenían en el suelo. Sintió con vaguedad la fría madera presionada contra su mejilla y el peso de dos hombres que intentaban mantenerlo bajo control.

—Llamad al número de emergencias —gritaba Kincaid—. ¡Que venga un médico, rápido!

«Cretino estúpido», pensó Quincy. Rainie era la que necesitaba ayuda.

Y entonces, curiosamente, el mundo se volvió negro.

Martes, 5:43 p. m., hora del Pacífico

Kimberly se dirigía al centro de mando del edificio de Pesca y Vida Silvestre cuando vio salir la ambulancia del aparcamiento de recinto ferial. Frenó en seco, realizó un giro brusco hacia la entrada circular y ya tenía medio cuerpo fuera del coche antes incluso de que se hubiera detenido. Una multitud de agentes uniformados merodeaban frente a las grandes puertas metálicas que había a la izquierda. Se abrió paso, buscando nerviosa señales de Mac, su padre o Rainie.

—¿Qué ha ocurrido, qué ha ocurrido?

Mac la vio primero y avanzó rápido, rodeándole la cintura con los brazos antes de pronunciar una palabra.

—¿Papá? ¿Papá? ¡¿Papá?!

—Eh, eh, eh. Respira hondo. Tienes que mantener la calma. Tranquila.

No podía mantener la calma, su padre estaba en el suelo. Estaba cubierto de mantas, tenía el rostro pálido como un fantasma y los dedos de los pies apuntando hacia arriba, mientras un hombre mayor con un oscuro traje de funeral y un estetoscopio lo observaba. No podía pasar. ¡Dios santo!, solo lo había dejado un momento.

—¿Qué demonios ha pasado? —Su voz estridente retumbó por todo el espacio vacío. Mac le tapó la boca con la mano, apretándola con fuerza contra su pecho, como si su mera presencia pudiera hacer desaparecer semejante escena.

—Nena, nena, nena, no es tan grave como parece. Tu padre ha sufrido un ataque. Kincaid llamó a los técnicos de emergencias y luego la sheriff Atkins llamó a un médico. El doctor está con él ahora.

—Pero la ambulancia acaba de irse. Si ha tenido un «ataque», ¿no debería estar en la ambulancia? ¿No debería ir a un hospital? ¿No es eso lo que significa un «ataque»?

—Se ha negado a ir.

—Hijo de… Voy a matarlo.

—Tranquila.

Mac le frotó los brazos con una mano mientras la otra seguía rodeándole la cintura. Entonces Kimberly se dio cuenta de que estaba temblando, sacudiéndose como un flan. Si Mac no la hubiera sujetado, se habría caído.

—Recibió una llamada —murmuró Mac entre dientes, de modo que solo lo oyera ella—, del secuestrador. No salió muy bien. El sudes dio a entender que, como no se habían cumplido las exigencias del rescate, iba a castigar a Rainie.

—¡Oh, no!

—Tu padre se… exaltó. Cuando tratamos de calmarlo, le pasó algo. En serio, fue como si se le hubiera fundido un fusible.

—¿Ha sido el corazón? —preguntó asustada.

—No lo sé, nena. No soy médico. Pero, físicamente, a tu padre le vendría bien descansar.

Kimberly asintió contra su pecho y lo abrazó tan fuerte como él a ella; seguía sin poder superar la imagen de su padre yaciendo muy quieto en el suelo.

—Nunca lo había visto tan viejo —susurró ella.

—Lo sé

—Él y Rainie iban a tomarse las cosas con más calma, a adoptar un niño. Siempre pensé que a mi padre le quedaba otra vida por vivir.

—Lo sé, nena.

—¡Oh, Mac! —suspiró—. Pobre papá. —Y poco después—: Pobre Rainie.

Martes, 6:04 p. m., hora del Pacífico

El médico terminó por fin. A petición suya, Mac acercó el vehículo de Quincy. Él y Kincaid ayudaron a Quincy a salir hacia el coche y lo acomodaron en el asiento trasero, donde podría descansar con más comodidad. Kimberly intentó echarle un vistazo un par de veces, y las dos veces, Mac la apartó.

—No antes de hablar con el médico —le indicó.

—Solo tienes miedo de que le grite.

—*Sé* que vas a gritarle. No antes de hablar con el médico.

El médico estuvo por fin disponible para hablar y Kimberly ya tenía ganas de gritar.

—¿Ha sido un infarto? —quiso saber.

—Su presión arterial es elevada; su pulso, arrítmico; y no tiene buen color —informó el médico —. Eso me lleva a preocuparme por la posibilidad de un episodio cardíaco. Sin embargo, necesitaría realizar algunas pruebas antes de tomar cualquier determinación.

—Entonces, haga las pruebas.

—Su padre debería ingresar en el hospital.

Kimberly entrecerró los ojos.

—¿Sigue negándose a ir?

—Su padre cree que fue un simple ataque de ansiedad, lo cual, que conste, también es una posibilidad.

—¿Así que mi padre es ahora médico?

—Su padre es un hombre de opiniones muy fuertes.

—¿Le ha quitado alguien el arma? Porque si él no lleva su arma, entonces eso me convierte en el único miembro de la familia que está armado, en cuyo caso creo que debería salirme con la mía.

El médico dio un discreto paso atrás.

—Una cosa que habría que tener en cuenta serían los antecedentes familiares. ¿Sabe si alguno de sus abuelos sufría del corazón?

—La madre de mi padre murió joven. De cáncer, creo. Y mi abuelo… —Kimberly vaciló—. De alzhéimer —dijo al fin. Se aproximaba bastante.

—¿Y los padres de ellos, sus bisabuelos?

—No lo sé.

El médico se quedó pensando.

—En mi opinión profesional, lo más seguro sería trasladarlo de inmediato al hospital para realizar una serie de pruebas. Sin embargo, si el paciente no está dispuesto en absoluto —el

médico puso los ojos en blanco—, yo recomendaría al menos mucho reposo, una ducha caliente, ropa seca y ningún esfuerzo indebido durante las próximas cuarenta y ocho horas.

—Sí, claro… —Kimberly miró a su alrededor y suspiró hondo—. ¿Sabe por qué están aquí todos estos los policías?

—Entiendo que es un momento muy complicado.

—Mientras su mujer continúe desaparecida, no podré lograr que se relaje en casa de ninguna manera.

—Entonces, al menos consiga que esté más cómodo. Ropa seca, sopa caliente y unas horas de descanso. Si se queja de indigestión, llame al número de emergencias de inmediato. Y señorita Quincy…, yo que usted no lo perdería de vista.

El médico recogió sus cosas y Kimberly se acercó al coche. Su padre tenía los ojos cerrados, pero ella no creyó ni por un momento que estuviera durmiendo. Se deslizó en el asiento trasero, puso los pies de Quincy sobre su regazo y le frotó los tobillos. Estudió su rostro, aliviada de ver al menos un atisbo de rosa bajo ese tono color ceniza.

—Vamos a seguir intentándolo —manifestó en voz baja, y luego—: Rainie sabe que la quieres, papá.

Quincy abrió por fin los ojos.

—No, cariño, ese siempre ha sido el problema. Nunca me ha creído en absoluto.

Kimberly se inclinó y abrazó a su padre. Por una vez en su vida, él no se apartó.

Martes, 7:04 p. m., hora del Pacífico

La nota llegó una hora más tarde. Adam Danicic, reportero del *Daily Sun*, afirmó que había recorrido los ochocientos metros que había hasta su coche aparcado para descubrir la bolsa de plástico sellada en el parabrisas.

Con ánimo de cooperar, le aseguró a Kincaid por teléfono que le llevaría el paquete enseguida. Kincaid supuso que quedaba implícito que antes fotocopiaría la nota.

Una vez entregado, el paquete parecía tener dos partes: una delgada, una nota envuelta en film transparente, y una mayor, una bolsa con cierre hermético para congelar, llena de algo oscuro y siniestro que tenía tendencia a moverse. Ambos objetos estaban cubiertos de gotas de agua, lo que dificultaba la visión del interior.

—Primero, abriremos la nota —informó Kincaid al final. Se encontraba de pie en la cabecera de la mesa de juntas del centro de operaciones, con la sheriff Atkins a su lado y Quincy, Kimberly y Mac en la esquina. Desde su «ataque», Quincy había estado muy callado. Kincaid sabía que eso le facilitaba el trabajo, pero aun así aquel tipo le daba pena. No vendían tarjetas de felicitación para esas situaciones, pero Kincaid estaba empezando a cogerle cariño al antiguo agente del FBI. Y, joder, claro que le preocupaba lo que pudiera pasarle a la mujer del hombre.

Kincaid se puso un par de guantes de látex y retiró con cuidado el envoltorio de plástico de la nota. Habían doblado el papel del interior dos veces para que quedara un cuadrado. Estaba húmedo y la tinta se había corrido a pesar de la funda protectora. Kincaid tuvo que manipular el papel con cuidado para no romperlo.

Una vez desdoblado, Kincaid hizo los honores y leyó en voz alta:

Estimados miembro de la prensa y agentes diversos de la unidad especial:

Les proporcioné instrucciones sencillas. Prometí que, si hacían lo que pedía, nadie saldría herido.

Han optado por incumplir mis órdenes. Han optado por desafiar mi autoridad. Han optado por desatar al monstruo, y las consecuencias recaerán sobre sus cabezas.

Ahora, el rescate es de veinte mil dólares, en efectivo. Pronto entenderán el motivo. Mañana, a las diez de la mañana. El agente deberá ser una mujer. Denle el teléfono de Quincy, y a partir de ahí la llamaré para proporcionarle instrucciones.

Si vuelven a desobedecerme, las cosas empeorarán.

Como pueden ver, soy un hombre de palabra.

Atentamente,

Nathan Leopold

—¿Leopold? —cuestionó Kincaid.

La sheriff sacudió la cabeza, al igual que Quincy.

—Puedo buscar el nombre en Internet —intervino Kimberly, pero no tocó el ordenador. Se había quedado mirando el segundo objeto, la bolsa con cierre hermético. Rodaba de un lado a otro, moviéndose con vida propia.

Kincaid alzó la mirada de repente hacia el reportero, que seguía merodeando por la sala.

—¿Ha tocado esto? —Señaló la bolsa, que seguía moviéndose.

—No —respondió Danicic.

—No bromeo. ¿La ha abierto o ha intentado siquiera echar un vistazo?

Danicic se sonrojó. Tenía la barbilla en alto y parecía dolido por el ataque. Luego lo estropeó diciendo:

—Bueno, lo pensé. Pero la bolsa, eh…, como que se retorció en mi mano…

—¿Se retorció?

—Sí, se retorció. Se lo juro. Después de eso, decidí que era mejor dejar el asunto a los profesionales.

Kincaid arqueó una ceja. Por primera vez, se fijó en la postura de Danicic, la más cercana a la puerta. Sin duda, el reportero principal de investigación del *Daily Sun* no quería correr ningún riesgo.

Kincaid suspiró hondo y cogió la bolsa. Detrás de él se oyó un chasquido cuando la sheriff Atkins se desabrochó la pistolera. Kincaid hizo una pausa.

—¿Sabe qué es lo que se mueve ahí dentro? —preguntó la mujer.

—No, pero me gustaría poder seguir utilizando mis dos pulgares.

—Bien, evitaré volarle los pulgares, pero, los meñiques en cambio…

Después de coger la bolsa salpicada de lluvia, Kincaid la hizo rodar varias veces entre sus dedos. La sustancia del interior era espesa y estaba enrollada. No le agradó la sensación.

—Si en algún momento sisea —le murmuró a Shelly—, no se preocupe por mis pulgares, vuélele la maldita cabeza. Dispárele y punto.

—Recibido.

—Debería haberme hecho contable.

Kincaid abrió la bolsa y volcó su contenido sobre la mesa. Una gruesa cuerda húmeda aterrizó sobre ella con un pequeño ruido sordo, recogida por un extremo y suelta por el otro. Kincaid esperó casi frenético a que ocurriera algo. Un silbido, un mordisco, un chasquido… No pasó nada. La oscura bobina se limitó a permanecer allí.

—Es pelo —declaró la sheriff Atkins, mirando por encima del hombro del agente—. Cabello humano.

Quincy ya se había levantado de su silla y estaba acercándose. Con una sola mirada al intenso color castaño, Kincaid vio su suposición confirmada en el rostro del hombre de más edad.

—Es cabello de Rainie —afirmó Quincy en voz baja—. Se lo ha cortado. Miren los extremos. Lo ha hecho con un cuchillo.

Quincy empujó con el dedo el extremo atado del alargado mechón húmedo, justo cuando algo salió disparado desde debajo.

Kincaid pegó un salto hacia atrás y la sheriff soltó un grito. El pequeño bicho negro corrió por la mesa y se enterró bajo un montón de papeles.

—¿Qué demonios es eso? —exigió saber Kincaid.

—¡Oh, Dougie! —gimió Kimberly con suavidad en un rincón de la estancia.

21

Martes, 7:32 p. m., hora del Pacífico

El sonido del agua goteando despertó a Rainie. La cabeza se le fue hacia atrás, se sobresaltó como si saliera de un sueño profundo y se golpeó contra una viga de madera. Hizo una mueca, y el dolor de su larga lista de heridas la asaltó de golpe.

Estaba en un lugar nuevo. Era el mismo vacío negro infinito, por supuesto, pero con un diferente olor acre, a tierra húmeda, moho y podredumbre. No era el olor de un final feliz.

Aún tenía las manos atadas delante de ella, los tobillos amarrados y la venda bien apretada sobre los ojos. Lo bueno era que la boca seguía sin mordaza ni cinta adhesiva. Podía tragar y mover la lengua, unos pequeños lujos que la gente que nunca había estado secuestrada no sabía apreciar. Por un momento, estuvo tentada de levantar la cabeza y gritar, pero no creyó tener fuerzas. Y entonces le asaltó otro pensamiento: ¿por qué no había vuelto a amordazarla? Tal vez porque ya no importaba si gritaba. Quizá estaba así de sola.

El suelo sobre el que se encontraba estaba húmedo. Empezó a temblar y se dio cuenta por primera vez del frío que tenía. La humedad le había atravesado la ropa y le había penetrado en la piel. Estaba acurrucada, en un intento inconsciente de conservar el calor, pero no era suficiente. Le castañeteaban los dientes, lo que le incrementaba el punzante dolor de cabeza, y le temblaban los brazos, lo que le provocaba escozor en los diversos cortes y magulladuras.

«Es un sótano», pensó. Era algún lugar frío y húmedo, donde la lluvia de meses aún se filtraba por las paredes y se acumulaba en el suelo. Algún lugar con olor a plantas en descomposición y tejidos mohosos. Algún lugar frío y olvidado, en el que grandes arañas tejían enormes obras maestras de encaje pegajoso y pequeños animales iban a morir.

Intentó incorporarse, pero fracasó. Bajo la venda, estaba bastante segura de que el ojo izquierdo se le había hinchado. Un inventario más detallado reveló un labio partido, la cabeza llena de moretones y una serie de cortes en cascada que comenzaban en el cuello e iban descendiendo, algunos superficiales y otros muy profundos, pero todos demasiado numerosos para contarlos. Estaba mareada por la pérdida de sangre o por la falta de comida; en realidad, no importaba. Era oficial, estaba magullada y maltrecha, con una caja torácica que palpitaba de forma peligrosa cada vez que intentaba respirar hondo.

Y estaba quedándose congelada, de modo literal. No soportaba la sensación de su propia piel, fría y húmeda al tacto, como un cadáver sacado del frigorífico de la morgue. Necesitaba encontrar un lugar seco. Necesitaba ropa limpia, un montón de mantas y un cálido fuego crepitante. Así se calentaría las manos cerca de las llamas, y se recostaría, recordando los días en que aún podía acurrucarse contra el pecho de Quincy y sentir sus manos acariciándole el pelo.

Fue el recuerdo de su propio cabello lo que hizo que estallara. Empezó a sollozar en grandes y quebradas olas de tristeza que hicieron que le aumentaran el dolor de las costillas y el vacío del estómago. Lloró y la conclusión inevitable le vino a la cabeza: no estaba yéndole bien. De hecho, si algo no cambiaba pronto, era muy probable que muriese.

Era curioso cómo, a veces, hacía falta fijarse en los pequeños detalles para comprender la imagen completa. Era curioso que hubiera sido necesario que le cortasen su propio cabello para sentir por fin miedo.

Al principio no se había dado cuenta de lo que iba a hacer su captor. Oyó el roce del cuchillo y

sintió que la mano del hombre se enredaba en la trenza de su cabello. Le tiró de la cabeza hacia atrás y lo primero que Rainie pensó fue en protegerse la garganta. Sus manos inmovilizadas se lanzaron de forma frenética hacia la clavícula y su mente se inundó de visiones de fotos de escenas del crimen en las que aparecían macabras sonrisas esculpidas en cuellos blancos.

Él empezó a rasgarle el pelo y ocurrió algo extraño: Rainie enloqueció.

Podía soportar las manos atadas. Podía aguantar los pies inmovilizados, la venda que le oscurecía la vista y la mordaza que le absorbía toda la humedad de la boca, pero no podía soportar la idea de quedarse sin su cabello. Era su única vanidad, su único atributo de belleza. ¿Cómo podría Quincy volver a amarla si no tenía pelo?

Lanzó un codazo. El secuestrador no se lo esperaba, así que Rainie tuvo suerte y le dio con fuerza en las costillas. Emitió un sonido extraño y sordo, el de un hombre al ahogarse con su propio aliento. Entonces, con brutalidad, le arrancó el cabello que le quedaba en la cabeza.

—¿Qué coño estás haciendo, Rainie? —vociferó—. ¡Por el amor de Dios! Tengo un cuchillo de caza en la mano. ¡Estate quieta!

Rainie no se quedó quieta y arremetió con todas sus fuerzas, alcanzando a su secuestrador justo en el centro del cuerpo. El tipo cayó al suelo, al igual que ella. Luego se revolcaron en el fango: ella, retorciéndose como un gusano con los miembros atados y él, revolcándose como un rinoceronte derribado. De forma vaga, Rainie fue consciente de oír gritos, algún chillido profundo y primitivo de rabia, dolor y odio. Sin embargo, de su garganta no salió ningún sonido. Incluso sin la cinta adhesiva sellándole los labios, su rabia permaneció encerrada en el fondo del pecho.

El hombre no había mentido sobre el cuchillo. Puede que la primera vez que le cortó el brazo hubiera sido un accidente, pero ambos sabían que la segunda había sido intencional, y aun así ella no era capaz de parar.

Lo odiaba. Lo odiaba con una fuerza doce veces superior a la suya, con una furia que llevaba décadas grabada en los huesos. Lo odiaba por el padre que nunca conoció. Lo odiaba por cada vez que uno de los novios de su madre le abrió la mejilla. Lo odiaba por Lucas, que abusó de ella cuando era demasiado joven para defenderse y demasiado chusma blanca para que alguien la creyera. Lo odiaba por Aurora Johnson, porque los niños no debían tener que experimentar tanto terror y dolor.

Y lo odiaba por Quincy, sobre todo por Quincy, porque se suponía que Quincy debía salvarla. En el fondo de su corazón, siempre había creído que, de algún modo, Quincy la salvaría a pesar de todo. Así funcionaban las cosas. Ella era intensa, colérica y autodestructiva, pero Quincy era su roca. Se mantenía a la espera, marcaba el rumbo. La amaba. Incluso en sus peores momentos, incluso cuando apenas podía soportarse a sí misma, él la quería.

Él era lo único bueno que le había pasado en la vida.

De alguna forma, se había posicionado encima del cuerpo de su captor, que había quedado tendido de espaldas, incapaz de liberarse en el barro resbaladizo. Si pudiera mantenerlo en el suelo, mantenerlo tan hundido e inmovilizado como se sentía ella…

Él le hizo otro corte en el antebrazo. Rainie siguió a ciegas la dirección del dolor, golpeándolo en balde con sus puños atados, y entonces sus dedos encontraron la muñeca del tipo. Ella le clavó los pulgares en el blando conjunto de nervios y tendones de la base de la palma de su mano y fue de inmediato recompensada por un leve siseo.

—¡Voy a matarte, joder! —rugió el hombre.

—¡Entonces hazlo! —le gritó ella.

Él sacudió las caderas, tirándola al barro, pero ella se agarró a su muñeca, con los pulgares apretados como un pitbull.

—¡Puta!

Rainie podía sentir que su secuestrador intentaba ponerse en pie. Le golpeó en el tobillo y él cayó al suelo.

El hombre comenzó a golpearla con la mano izquierda, aporreándole la cabeza y los hombros con el puño, pero a ella no le importó. Estaban demasiado cerca, dentro de la zona de ataque, así que él no podía imprimir fuerza a los golpes. Ella continuó apretándole la muñeca, visualizando sus dedos abriéndose, el cuchillo cayendo…

El puño del hombre la alcanzó en las costillas y ella ahogó un grito. Él pareció darse cuenta de su ventaja y utilizó dos dedos para clavárselos en el riñón. Un nuevo dolor se extendió por la zona lumbar de Rainie, acompañado de una sensación de calor en la entrepierna. Se había orinado encima. El tipo la había reducido al estado de un animal, orinándose en las patas en su pánico por escapar.

¡A la mierda! Rainie le soltó la muñeca y le apretó con fuerza el antebrazo con los dientes.

—¡Aaargh! —se quejó su captor. Ella sacudía la cabeza de un lado a otro, imaginándose a todos los perros salvajes que había visto. Quería morder el hueso, quería probar la sangre. Le mordisqueó el antebrazo, apretando más los dientes.

—¡Hija de…! —Todavía no podía usar el cuchillo con la mano derecha y no podía golpearla lo bastante fuerte como para desasirse de su mordisco con la izquierda.

Rainie pensó que estaba ganando, y en su estado de delirio, se vio a sí misma arrancándole el brazo a mordiscos y escupiendo su mano. Cuando le preguntasen cómo se las arregló para escapar de su captor armado, estando atada y con los ojos vendados, respondería:

—Me limité a imaginármelo como un tierno y jugoso filete.

Él volvió a golpearla en el riñón, intentando darle en el bazo. Había conseguido rodearla con las piernas, subiendo y tratando de inmovilizarla en el fango. Ella se valió de sus manos para apartarlo y conservar su valiosa postura, medio encima del cuerpo del hombre, con los dientes incrustados en su antebrazo, luchando con odio y rabia.

Su captor, por otro lado, por fin se espabiló. Le tapó la nariz con un pellizco y, así de rápido, se acabó. Si continuaba mordiendo, se ahogaría, y si dejaba de morder, la apuñalaría.

Era curioso; hasta ese momento, la propia Rainie no se había dado cuenta de lo mucho que quería vivir.

Volvió a pensar en Aurora Johnson. Pensó en todas las niñas que nunca tuvieron una oportunidad. Y pensó, por primera vez en mucho tiempo, en Mandy, la hija de Quincy.

«Lo siento», pensó Rainie. Excepto que ya no estaba pidiéndoles perdón a las víctimas: estaba pidiéndole perdón a Quincy. Porque él ya había perdido mucho, y a ella le habría gustado ahorrarle ese dolor.

Soltó al tipo. El brazo de su captor se desgarró y él lanzó un gemido, en una mezcla de alivio e improperio. Luego le dio un puñetazo a Rainie en el ojo.

La fuerza del golpe la sacudió hacia atrás, provocando que cayera al suelo y rodara por el barro. La cuenca del ojo le explotó, y tras la venda, vio un espectáculo milagroso de luces blancas y brillantes.

Entonces lo oyó levantarse bajo la lluvia y salir del fango. Caminó hacia ella pisando con fuerza. Rainie se imaginó una enorme bestia corpulenta, tal vez como la criatura de La mujer y el monstruo.

«Te quiero, Quincy», pensó.

Entonces su captor levantó el cuchillo y le dio un golpe en la cabeza con el mango.

Luego, Rainie se forzó a levantarse del suelo mojado y se puso de pie. Sus magullados músculos se contrajeron en señal de protesta. No era capaz de mantenerse erguida, le dolían demasiado las costillas. Se encorvó, moviéndose como una anciana mientras se arrastraba con los pies atados por aquel espacio.

Sus dedos tocaron la pared y ella retrocedió. Estaba fría y babosa; sin lugar a duda, era cemento húmedo. Eligió otra dirección y, arrastrando los pies con pasos cortos, trazó un mapa de sus dominios. Una vez chocó con una dura estructura de madera y el dolor le subió como un cohete por las espinillas. Una inspección más detallada reveló un banco de trabajo, desprovisto de herramientas en ese momento. Entonces se enredó en una tela de araña para luego toparse con una segunda al retroceder. Algo grande y peludo le rozó la mejilla, pero ella hizo lo posible por no gritar.

Al otro lado de la habitación encontró unas escaleras de madera. Con las manos, contó más de diez escalones antes de que se elevaran fuera de su alcance. Lo más seguro era que condujesen a una puerta. Sin embargo, no confiaba en sí misma para subirlas en su estado actual, y no dudó ni por un minuto que la única salida estuviera cerrada con llave y tuviera barrotes. Volvió al banco de trabajo. La superficie de madera polvorienta resultaba cálida en comparación con el suelo. Levantó los pies, se hizo un ovillo y se dijo a sí misma que estaba en unas vacaciones de lujo.

Le dolía la garganta. Tosió y eso hizo que le dolieran las costillas. Se preguntó qué estaría haciendo Quincy en ese instante. Tal vez estaría volviendo loco al detective del caso, decidió, lo que al menos la hizo sonreír.

Sus manos se movieron sobre el banco de trabajo. Con un dedo, trazó las únicas palabras que él necesitaba saber:

—Yo también te quiero.

Entonces se oyó un ruido que provenía de arriba. Una puerta se abrió y escuchó pasos en las escaleras.

Se puso rígida y trató de bajarse del banco, intentando prepararse para defenderse.

Se oyó un golpe suave, seguido de un gemido inmediato.

—Te he traído algo —indicó el hombre, y luego sus pasos retrocedieron escaleras arriba. La puerta se cerró de golpe y Rainie oyó el clic de una cerradura. Luego, silencio.

—¿Hola? —intentó Rainie.

Con paso lento avanzó hacia las escaleras y tanteó delante de ella con las manos, con los dedos palpando en la oscuridad. Encontró el cuerpo en el último escalón, acurrucado contra el suelo como había estado ella no hacía mucho. Era más pequeño de lo que esperaba y estaba enfundado en unos vaqueros mojados y una sudadera aún más mojada.

Sus dedos fueron tanteando, encontraron un bulto en la parte trasera de la cabeza y luego descubrieron el rostro.

—¡Oh, no! ¡Oh, no!

Bamboleó al niño hasta ponerlo en su regazo. Acunó contra sí la pequeña forma inmóvil, acariciándole la mejilla helada e imprimiéndole algo de calor de su propio cuerpo frío.

—Todo irá bien, todo irá bien —murmuraba una y otra vez. Pero ya no sabía a quién intentaba convencer, si a sí misma o a Dougie Jones.

22

Martes, 8:20 p. m., hora del Pacífico

Quincy se sentó solo en un rincón del centro de mando. Tenía una manta en el regazo y una taza de café solo en las manos. Delante de él, los agentes zumbaban alrededor de la mesa de reuniones con el paso rápido de quienes tienen mucho trabajo por hacer y poco tiempo para ello. Kincaid y la sheriff Atkins estaban en medio de un acalorado debate, ambos parecían cansados y tensos. Mac estaba hablando por el móvil y miraba de vez en cuando a Quincy como la niñera diligente que había prometido ser. A petición personal de Quincy, enviaron a Kimberly a hacer un recado. Su hija no se fue hasta que le arrancó a Mac un juramento de sangre de que no perdería de vista a Quincy.

Cuando Mac lo miró por tercera vez, Quincy no pudo resistirse a levantar una mano en señal de reconocimiento. «*Aún no la he palmado. Por favor, continúa*».

Y pensó que así se sentiría algún día cuando su hija adicta al trabajo lo metiera en una residencia de ancianos. Tomó otro largo sorbo de café y fingió que no le temblaba la mano.

En contraste con la opinión de su hija, no creía que fuera a estirar la pata todavía. No sentía opresión en el pecho, hormigueo en las extremidades ni calambres en el estómago. Solo estaba cansado, exhausto hasta la médula, alcanzando un estado que superaba oficialmente el estrés.

Ya no solo echaba de menos a Rainie. No solo se preocupaba, se angustiaba y sufría. Podía sentir que estaba dejándola marchar, de manera lenta pero inexorable. Dejando de lado pequeños detalles como el color gris franela de sus ojos o la forma rápida y ágil con la que cruzaba la habitación esa mujer que, sin esforzarse en absoluto por ser sexi, lograba cautivar la atención de todos los hombres que la rodeaban.

La primera vez que vio a Rainie fue en un entorno profesional. Era ayudante del sheriff en Bakersville y actuaba como agente principal en su primer gran caso: un tiroteo en el colegio de preescolar a secundaria de Bakersville. El sospechoso número uno era el hijo del sheriff, lo que, por supuesto, puso a todo el departamento bajo enorme presión.

Como agente federal y experto en asesinos en masa que realizaba un proyecto especial de investigación sobre tiroteos en escuelas, Quincy llegó con confianza y seguridad, esperando ser recibido con los brazos abiertos. Puede que mostrase un ego considerable, e incluso que fuera bastante engreído.

Rainie se burló de su título, se mofó de sus credenciales y luego pronunció adjetivos muy poco halagadores acerca de su corbata. Y ese fue el fin para el agente especial de supervisión Quincy. Otros se enamoraban en cenas a la luz de las velas o paseando por la playa, pero Quincy se enamoró mientras estaba sentado frente a una ayudante del sheriff de pueblo a la que le gustaba partir lápices del número dos cuando se enfadaba.

Él seguía regalándole una caja de lápices cada San Valentín y ella se reía y los esparcía sobre la mesa como una niña feliz.

—Ya no tengo que romper lápices —comentaba burlándose de él—, estoy casada con el hombre perfecto.

Los lápices acababan encima del escritorio de Rainie y, tarde o temprano, Quincy los encontraba hechos añicos por todo el suelo. Porque eso era el matrimonio, un cúmulo de todos esos pequeños detalles que los de fuera nunca entenderían. Lápices del número dos para ella,

corbatas republicanas para él. Rainie aún sentía debilidad por Bon Jovi, pero Quincy prefería el jazz.

Tenían su propio sistema. No era para todos, pero hasta hacía poco siempre les había funcionado.

¿Lo odiaría ella cuando llegara el final? ¿Lo culparía por haber fracasado en su último caso? ¿O lo entendería? Todo el mundo tenía que perder alguna vez, incluso el que había sido el mejor de los mejores de Quantico.

«No es el pasado lo que acaba contigo —pensó Quincy—. Es el futuro desolado, una sucesión infinita de días sin las personas que de verdad te importan».

Mac se acercó. Se agachó frente a Quincy, con las manos entrelazadas sobre las rodillas.

—Háblame de Astoria —demandó Mac.

Y, para su sorpresa, Quincy lo hizo.

Martes, 8:41 p. m., hora del Pacífico

La negociadora de rehenes llegó veinte minutos después. Las puertas de la sala de juntas se abrieron de golpe y una mujer de una belleza impactante entró con determinación. Kincaid levantó la vista. Mac se giró, al igual que la mayoría de los hombres de la sala.

Candi con i latina resultó ser una mujer hispana de un metro ochenta con una salvaje melena de rizado cabello negro azabache que añadía otros cinco centímetros a su estatura. Llevaba unos vaqueros ajustados, una camisa roja ceñida y una cazadora corta de cuero negro. Más que realizando trabajo policial, parecía sacada de una pasarela de París.

—Candi Rodríguez —anunció a modo de presentación. Luego, sin esperar respuesta—: ¿Es este el teléfono? ¿Han verificado el sistema? Porque déjenme decirles que estos grabadores nunca funcionan tan bien como prometen. Voy a necesitar un esquema de todo lo que sabemos sobre el sujeto hasta el momento. Edad, ocupación, intereses, etnia… Si lo sabemos, o lo sospechamos, lo quiero ante mí en forma de lista de puntos. También voy a necesitar mucha agua y espacio suficiente para moverme. Me gusta pasear mientras hablo, me ayuda a pensar.

Ya caminaba de un lado a otro. El resto de la sala se quedó mirando con la boca abierta.

Quincy tomó otro sorbo de café. Se preguntó qué haría Kimberly si estuviera ahí en ese momento. ¿Disparar primero y preguntar después? ¿O se limitaría a abalanzarse sobre la hembra alfa más grande y exótica y tirarla al suelo? Los hombres siempre podían organizar un partido rápido de baloncesto o quizá desafiarse para ver quién bebía más en el bar del barrio. Con las mujeres, todo era siempre mucho más complicado.

—¿Qué pasa? —instó Candi con i latina, con clara exasperación—. Me dijeron que me diera prisa, que el tiempo vuela, y blablablá. ¿Por qué demonios creen que acabo de atravesar las montañas a más de ciento cuarenta kilómetros por hora? Ya estoy aquí. ¡En marcha!

Por fin, Kincaid se aclaró la garganta.

—Sargento Detective Kincaid —se presentó—. Ha habido novedades.

—¿Tienen una copia?

—No hemos tenido tiempo de redactar un informe.

—Pues entonces, será mejor que empiece a hablar, sargento Kincaid, porque desde luego que no puedo leerle la mente.

Quincy tomó otro sorbo de café, más que nada para ocultar su sonrisa.

Kincaid hizo un resumen. El intento fallido de retrasar la entrega del rescate a través de un

artículo en el periódico. La nota posterior dejada por el secuestrador en el parabrisas del coche de un reportero local.

Los agentes se habían puesto de inmediato en contacto con Laura y Stanley Carpenter, los padres de acogida de Dougie Jones. Laura había visto al chico por última vez a las cuatro y media, cuando entró pidiendo un refresco, pero nadie había visto a Dougie desde entonces. La policía local ya estaba peinando el bosque. Era su segunda operación de búsqueda en quince horas, y estaban bastante seguros de que los resultados serían los mismos.

—¿Así que ahora tiene en su poder a una mujer y un niño? —sintetizó Candi.

—Esa es nuestra suposición actual.

—¿Y qué relación tienen Lorraine Conner y Douglas Jones?

—Rainie —intervino Quincy—. Rainie y Dougie. Si utiliza sus nombres completos, el hombre sabrá que es usted de fuera.

Candi le lanzó una mirada.

—¿Y usted es…?

—El marido separado.

Fue el turno de Kincaid de recibir un gesto de extrañeza.

—¿Y le permite estar en el centro de mando? —cuestionó la negociadora.

—Joder, si hasta le dejo llevar el caso la mitad de las veces. Es un perfilador retirado del FBI.

—Caray, esto sí que es una fiesta. ¿Hay algo más que todavía no sepa?

—Rainie estaba prestando servicio como mediadora de Dougie —comentó Quincy—. Lleva dos meses trabajando con el chico, visitándolo al menos una o dos veces por semana.

—¿Y quién lo sabía? —Candi con i latina no era ninguna tonta.

—Todos los implicados en la situación: funcionarios de los tribunales locales, servicios sociales, amigos y familiares de los Carpenter… Por otra parte, teniendo en cuenta cuánto le gusta hablar a la gente, es muy posible que eso signifique la mayor parte de la localidad.

—¿Así que el hombre es de por aquí?

Kincaid abrió la boca, ya con el ceño fruncido, pero en el último momento pareció cambiar de opinión. Seguía sin estar de acuerdo con Quincy en ese punto, pero tal vez empezaba a recapacitar.

—Sí —respondió Quincy con firmeza—. Creo que es de aquí.

—Entonces, ¿es un asunto personal?

—El secuestrador tiene una relación con Rainie, con Dougie o con ambos —contestó Quincy —. Aunque sigue existiendo la posibilidad de que la relación sea unilateral.

—¿Un acosador? —cuestionó Candi con el ceño fruncido.

—Esa es mi suposición. Rainie es muy reservada. Su círculo de amigos es reducido y leal. Dudo que alguno de ellos se volviera contra ella. Es muy posible, sin embargo, que alguien de la periferia, un rostro que para ella solo forma parte del paisaje visual de su día a día, se haya interesado más.

Kincaid produjo un sonido en el fondo de la garganta. El sargento se mostraba más reticente a abandonar por completo la teoría de un crimen entre desconocidos. Quincy, sin embargo, no tenía ninguna duda. El sujeto había cogido el arma de su mujer, luego le había cortado el pelo y, por último, había secuestrado a Dougie Jones. Un completo extraño nunca habría tenido conocimiento de tres formas tan perfectas de hacerle daño a Rainie.

Miró su reloj de forma discreta. Kimberly ya debía haber llegado a su destino. ¡Bien!

—Así que estamos hablando de alguien de la zona que conoce a las víctimas —añadió Candi

—. Eso nos deja con… ¿cuántos?, ¿tres, cuatro mil sospechosos?

—Eh, puedo ofrecerle algo mejor que eso —intervino Shelly Atkins por fin—. Tengo una lista.

—¿En serio?

—Elaborada por un aspirante a delincuente para delatar a los demás —admitió la sheriff—. Pero creo que podemos utilizarla.

—Desde luego. Necesito saber algo específico sobre cada nombre de esa lista. Algo personal, algo que no sea del dominio público. En términos de negociación oficiales, lo llamamos cebo.

—Si la persona que llama reacciona…

—Entonces, su lista podría ser mejor de lo que piensa, sheriff.

Shelly parecía impresionada de veras. Emitió un pequeño gruñido de reconocimiento. Después de todo, tal vez Candi con i latina era algo más que una gran melena.

—Da por hecho que va a poder hablar con el sujeto —añadió Quincy con voz suave—. No está previsto que llame hasta mañana a las diez de la mañana, y entonces llegará el momento de luces, cámara y ¡acción! Llamará a este teléfono y guiará a una agente, mujer, al punto de entrega del rescate. No creo que sea el momento de renegociar el acuerdo.

—¿No cree que yo pueda hacer la entrega del rescate?

—Creo que mi hija va a realizar la entrega del rescate.

—¿Su hija? —cuestionó, lanzando una nueva mirada a Kincaid.

El sargento se encogió de hombros.

—Es agente del FBI.

—¿Es negociadora?

—Es ágil y rápida —replicó Quincy.

—Pero ¿es negociadora?

—Ha recibido formación.

Candi con i latina puso los ojos en blanco.

—Le diré algo, orgulloso papá. Su hija podrá actuar, pero yo seguiré siendo la que toma las decisiones. Han tenido todo el día para hacerlo a su manera, y permítanme ser la primera en decir: «¡Madre mía, qué cagada!».

Kincaid empezó a protestar, al igual que Quincy. Candi se limitó a levantar la mano y los silenció a ambos.

—En menos de veinticuatro horas, no solo no han negociado la liberación del primer rehén, sino que han provocado el secuestro de un segundo. Bien, tal vez ustedes no fueron a la misma academia de policía que yo, pero a eso lo llamamos un día pésimo. Aunque, oigan, al menos han acertado en una cosa.

—¿Al llamarla a usted? —cuestionó Kincaid con sequedad.

Ella le dirigió una impresionante sonrisa.

—Precisamente, sargento. Ahora, si me disculpan, voy a buscar un poco de agua.

Candi con i latina salió de la estancia con paso tranquilo, dejando un rastro de silencio perplejo a su alrededor. Mac fue el primero en recuperarse.

—Veinte dólares a que Kimberly le da una patada en el culo mañana a las cinco de la tarde.

Los oficiales se agruparon. Nadie podía dejar pasar una oportunidad como esa.

23

Martes, 7:53 p. m., hora del Pacífico

Ya estaba en el porche cubierto cuando ella se detuvo; tal vez había oído su coche de alquiler quejándose con furia mientras subía por el camino de acceso. La lluvia caía a cántaros sobre el tejado inclinado del soportal, abriendo una profunda zanja en el suelo empapado. Luke Hayes no parecía darse cuenta. Estaba en lo alto de la escalinata con un polo de manga corta, los brazos cruzados sobre un pecho igual de tonificado y, al parecer, resistente a las inclemencias del tiempo. Kimberly pensó que, después de todos esos años, el antiguo sheriff de Bakersville todavía sabía cómo causar impresión.

La chica no tuvo prisa en bajarse del coche. Ya estaba helada, empapada y llena de barro. Arrastrarse por metro y medio más de camino inundado ya no importaba. Sin embargo, lo que no sabía era cómo manejar esa conversación, y abrirse paso con cuidado por el lodo le proporcionaba unos preciosos minutos para serenarse.

Sin duda alguna, sus tacones estaban ya destrozados, y lo más probable era que sus pantalones también. Después de eso, tendría que ir a Wal-Mart a comprarse ropa nueva. Teniendo en cuenta su gusto por la elegancia de la marca Ann Taylor, Mac se moriría de risa, pero a ella no le importaba. Llegados a ese punto, abrigarse y secarse eran sus únicos requisitos en cuanto a vestimenta. Ojalá encontrase algo cálido y seco.

—¿Qué tal? —dijo Luke a modo de saludo.

—¿Qué tal tú?

Kimberly conocía a Luke desde hacía casi una década. Era un viejo amigo de Rainie y una vez ayudó a salvar la vida de Quincy. Dentro de la categoría de cosas que jamás le confesaría a su padre estaba que durante un tiempo sintió un profundo amor platónico por aquel hombre. ¡Ah!, cuántas noches se había ido a dormir soñando con esos serenos ojos azules, ese cuerpo musculoso y firme, esas manos ásperas y callosas… No había duda, Luke Hayes tenía un don con las mujeres.

No tenía ninguna gana de mantener esa conversación.

Luke se apartó de la barandilla.

—Entra, cielo. Acabo de poner una cafetera al fuego.

—¿De verdad no te importa? Estoy calada hasta los huesos y llena de barro…

—Y yo que pensaba que aprovecharías la oportunidad para inspeccionar mi casa. —Luke mantuvo la puerta abierta, con expresión sombría—. Entra, Kimberly. Tómate un café.

La chica se ruborizó y siguió a Luke al interior de su casa. Era pequeña, una planta de dos dormitorios, con una gran sala de estar y una cocina diminuta. Era una vivienda perfecta para un soltero. Estaba sorprendentemente limpia, pero también llena de los signos de un recién divorciado. Se veían muebles desvencijados recogidos del garaje de algún amigo, y la cocina estaba equipada sobre todo con productos desechables. De las paredes no colgaban cuadros ni se percibía ningún estilo personal en las estancias.

No era más que una estación de paso, un lugar para que un tipo recobrara el aliento y se preguntara qué hacer a continuación.

Luke le sirvió café. El vaso de papel estaba demasiado caliente, por lo que lo colocó dentro de otro antes de decidir que sería suficiente.

—¿Quieres leche o azúcar, o eres igual que tu viejo?

—Lo prefiero solo —admitió con una sonrisa.

Luke le devolvió la sonrisa. A punto de cumplir los cuarenta, seguía siendo un tío atractivo. Tenía unos ojos de un sorprendente azul brillante rodeados de líneas de expresión, un físico atlético y definido, y un rostro bien esculpido y firme.

En una ocasión, Rainie lo describió como el ancla de la oficina del sheriff de Bakersville. Ella podía mostrarse intensa y temperamental, con tendencia a sufrir pequeños arranques de ira. Luke, sin embargo, podía enfrentarse al mismísimo diablo. Tenía algo en su forma de moverse, algo en la tranquila serenidad de su mirada. Siempre daba la impresión de tener el control, incluso cuando no lo tenía, como todos se percataron después.

—Bonito lugar —elogió al fin Kimberly.

—Yo lo odio.

—Bueno, desde luego que una lata de pintura no estaría de más.

—Soy más bien de cabañas de madera. Pasé cuatro años construyendo nuestra casa. Ella siempre me decía que había quedado demasiado varonil. Por supuesto, después del divorcio, se la quedó.

Con «ella» se refería a Deanna Winters, una antigua empleada del centro de llamadas de la oficina del sheriff. Ella y Luke se habían casado hacía dos años, poniendo fin al reinado de Luke como el soltero más codiciado de la localidad. Diez meses atrás, Luke pilló a Deanna en flagrante delito con uno de sus ayudantes. Echó a ambos de la casa, de forma literal. Los sacó por la puerta principal desnudos por completo. A partir de ahí, el espectáculo no hizo más que empeorar.

Luke pidió el divorcio. Deanna presentó acusaciones de maltrato conyugal en su contra. Él afirmó que ella le había sido infiel desde el principio. Ella contraargumentó que su marido, con conocimiento y premeditación, había ocultado el hecho de que era estéril, privándola de manera intencional de tener hijos.

Dada la cantidad de atención pública recibida, Luke renunció a su cargo de sheriff. Deanna no tardó en ir a llorar a un juez diciendo que él intentaba reducir sus ingresos para estafarla y quitarle la pensión alimenticia que le correspondía.

Kimberly no conocía todos los detalles, pero, en una batalla de resentimiento y determinación, Luke pareció rendirse primero. Él consiguió el divorcio y Deanna se quedó con todas las posesiones de su exmarido.

—Al menos, no había hijos de por medio —le gustaba murmurar a la gente a sus espaldas.

—Podríamos ir a la sala de estar —ofreció entonces Luke—, pero debo advertirte de antemano: el sofá no tiene muelles y el sillón reclinable incapacita a los hombres adultos.

—¿Y qué, te sientas en el suelo?

—Paseo. He descubierto que, mientras me mantengo en movimiento, tengo menos probabilidad de romper cosas.

Kimberly arqueó una ceja. Luke se encogió de hombros, cogió su café y entró en la sala de estar.

—Estás aquí por Rainie —comentó de espaldas a ella.

—Sí.

—Y Quincy quiere saber si estoy implicado.

—Se preguntaba si habías oído algo…

—¡Mentira! Quincy es un maldito desconfiado. Siempre lo ha sido y siempre lo será. Teniendo

en cuenta su profesión, no puedo culparlo del todo. —Luke tomó asiento en el borde de la mesita de centro—. Pero se equivoca respecto a Rainie y a mí.

—¿Por qué se equivoca, Luke?

—Nunca hubo nada entre nosotros, ni siquiera pensamos en ello jamás. Claro que tenemos una relación estrecha, pero no de ese tipo. Ella se parece más a la hermana que nunca tuve.

—El divorcio ha sido duro —murmuró Kimberly.

—Y que lo digas.

—Deanna te aniquiló.

—Veo que los chismosos están tan activos como siempre. ¿Qué pasa? ¿Que como he pasado por un leve apuro financiero, he decidido secuestrar a un compañera policía? Dile a tu padre que eso es un pensamiento paranoico incluso viniendo de él. Me casé con la mujer equivocada, pero eso no significa que sea un mal hombre.

Kimberly por fin se acercó a él. Se puso en cuclillas para poder estudiar a Luke cara a cara. De cerca, pudo ver las arrugas recientes de su rostro y la palidez malsana de demasiadas noches en vela. Era un hombre que sufría, pero tenía la cabeza erguida y los hombros rectos.

—Lo siento mucho —manifestó ella en voz baja.

Él se encogió de hombros.

—¿Acaso no lo sentimos todos?

—Luke, ¿sabías que Rainie había estado bebiendo?

—Sí, sí, lo sabía. —Luke suspiró y le dio un sorbo al café—. Llamé a Quincy para contarle lo de la detención por conducir bajo los efectos del alcohol. Lo que no le dije es que era la segunda. Enterré la primera, con la esperanza de que enderezase su conducta. Y luego, cuando ella me demostró que estaba equivocado… hice lo que siempre supe que debía haber hecho la primera vez. No me ha hablado desde entonces.

—¡Oh, Luke!

—Rainie es fuerte. Encontrará el camino de vuelta. Al menos, eso es lo que me gusta decirme a mí mismo.

—¿Tienes idea de lo que pudo pasar anoche? ¿Quién podría haberla raptado?

—He estado pensando en ello desde que Shelly Atkins me llamó —respondió, después de negar con la cabeza—. Claro que tenemos algunos chicos por aquí a los que no les desagrada ganar dinero de formas poco éticas. Pero secuestro y rescate… Eso es un delito grave. Implica planificación, logística, tiempo cara a cara con la víctima. Para serte sincero, la mayoría de nuestros chicos son demasiado vagos. Prefieren plantar unas cuantas «hierbas medicinales» en el bosque o montar un laboratorio en una granja. Y en cuanto a los violentos, odio decirlo, pero por eso tienen esposas. —Hizo una mueca, y Kimberly pudo leer sus pensamientos. El mundo estaba lleno de hijos de puta, y ahí estaba él, básicamente un buen hombre, y al final su mujer lo había abandonado—. ¿Sabes dónde la vieron por última vez? —quiso saber.

—Todavía no. Estamos trabajando en ello, por supuesto.

—Si fue en un bar…

—Sería imposible saber con quién podía haberse mezclado. Incluso con alguien de fuera de la ciudad —completó Kimberly por él.

—Eso es. Claro que a Rainie le gustaba conducir, sobre todo cuando estaba enfadada. Quizá no fue a ningún sitio. En cuyo caso…

—Volvemos a que podría ser cualquiera. —Kimberly se levantó y estiró las piernas—. Seré sincera, Luke, no creemos que haya sido un crimen entre desconocidos.

Luke mostró un gesto de extrañeza, levantándose de la mesita y mirándola con curiosidad.

—Pero yo creía que…, cuando Shelly llamó… dijo que la nota había sido enviada antes del secuestro en sí, que el hombre en principio se había centrado en llevarse a cualquier mujer, incluso antes de raptar a Rainie.

—Así parecían las cosas al principio. Pero desde entonces hemos tenido novedades. El sudes se ha llevado a una segunda persona…

—¿A quién?

—Dougie Jones.

—*¡¿Dougie Jones?!*

—¿Cuántas personas de fuera podrían hacer esa conexión? Y, además, entregó una muestra muy personal con la noticia.

Kimberly vio que Luke se ponía rígido, con los músculos del estómago tensos y la mandíbula apretada, como si se preparara para un golpe. Si estaba actuando, entonces era muy muy bueno.

—El sudes le cortó el pelo a Rainie —informó ella.

—¡No!

—Si este tipo ha visto demasiadas películas —añadió Kimberly, asintiendo pensativa—, uno pensaría que le cortaría un dedo, o tal vez una oreja. El pelo es casi demasiado inocuo. Salvo que…

—Rainie tiene un pelo precioso —completó Luke en voz baja.

—Es su única vanidad. Parece algo bien íntimo.

—¡Ay, Dios! —Luke volvió a sentarse, con fuerza, en el extremo de la mesa. El café salpicó por el borde de su taza y le manchó los vaqueros. No pareció notarlo—. Así que estáis buscando a un hombre, lo más seguro que de por aquí. Alguien que busca hacer dinero rápido…

—No necesariamente. Quincy cree que el rescate puede ser un motivo secundario. El objetivo del sudes no es el final, recibir dinero, sino el proceso en sí mismo y la sensación de control que le da sobre Rainie y la unidad especial.

Él cerró los ojos. Suspiró hondo y, cuando volvió a abrirlos, a Kimberly le pareció que había envejecido años.

—Entonces, Quincy está pasando por alto lo obvio.

—¿Lo obvio?

—Estáis buscando a un hombre que conoce a Rainie. Alguien con una razón personal para hacerle daño a ella y a la oficina del sheriff de Bakersville.

—¿A la oficina del sheriff?

—¡Oh, sí!, sin duda. Habéis observado cambios recientes en la vida de Rainie, el más obvio es que ha vuelto a beber. Y eso ha desviado vuestra atención, os ha hecho concentraros en bares de mala muerte y en desconocidos borrachos. Pero ¿cuál es el otro gran cambio? Rainie y Quincy regresaron a Bakersville. Rainie volvió a casa y ahora está en problemas.

—Sigo sin entenderlo —declaró Kimberly, sacudiendo la cabeza.

—¿Nunca te contó que mató a un hombre? —El tono de Luke era sereno.

—¡Oh, no…!

—Lucas Bensen figuraba como desaparecido desde hacía casi quince años. Solo hace ocho años que Rainie confesó que cuando tenía dieciséis lo mató y enterró su cadáver. El caso fue oficialmente a juicio, y Rainie fue declarada inocente debido a las circunstancias atenuantes: Lucas había violado a Rainie y luego disparó a su madre cuando ella intentó intervenir. Por supuesto, la siguiente vez que Rainie vio a Lucas asomarse a su puerta, disparó primero y

preguntó después.

—He escuchado la historia. Todavía sigue costándole hablar de ello.

—La cuestión es que Rainie confesó, desenterró el cuerpo y luego dejó la ciudad.

—¿Crees que, ahora que ella ha vuelto, Lucas se ha levantado de su tumba?

Él la miró con curiosidad.

—Lucas no, claro. Pero ¿Rainie nunca te lo dijo? Ese hombre tenía un hijo.

24

Martes, 8:26 p. m., hora del Pacífico

Shelly Atkins odiaba el café. Eso no era algo que se admitiera en las fuerzas del orden. En las guardias, las largas noches y las madrugadas, el café amargo y asqueroso era siempre la bebida preferida. Francamente, no parecía lo mismo si sacabas tu caja de infusiones.

Shelly no podía permitirse parecer diferente. Era una mujer que mandaba en un mundo dominado por hombres. Dentro de lo malo, al menos no era guapa. Tenía hombros anchos, brazos musculosos y piernas fornidas. Era capaz de arar un campo, batir un tonel de mantequilla y cargar con un ternero. Por aquellos lares, los hombres respetaban ese tipo de cosas.

No obstante, seguía sin tener madera de esposa. O tal vez no había conocido al hombre adecuado. ¿Quién sabía? Pero Shelly había dedicado su juventud a la ganadería, y lo que hacía de adulta se lo guardaba para sí misma.

Abandonó el centro de mando de la sala de juntas y salió al vestíbulo principal. A esa hora de la noche, el edificio se encontraba desierto, las puertas estaban cerradas al público y los funcionarios de Pesca y Vida Silvestre habían terminado su jornada. Se trasladó a un rincón dominado por un pedazo de tronco de árbol y una cornamenta colgada de forma elegante. Allí, buscó su bolsita de manzanilla en el bolsillo de la pechera y la echó en la taza de agua caliente. Volvió a poner la tapa, arrancó la etiqueta que colgaba de la infusión y nadie se dio cuenta.

«Todo el mundo tiene sus secretitos», pensó Shelly con ironía, y luego se entristeció un poco al ver que ese era el único que ella guardaba. Tenía casi cincuenta años, por el amor de Dios. Pronto tendría que escaparse a París y acostarse con un pintor para no aburrirse en su vejez. Tal vez en París la consideraran exótica. Las parisinas eran tan pálidas como espectros. Seguro que había un pintor en algún lugar de la orilla izquierda del Sena que disfrutaría con el reto de pintar al último espécimen de una raza en extinción: la quintaesencia de la granjera estadounidense. Se ataría un arado a la espalda y posaría desnuda.

Le daría algo que recordar durante todas las noches de insomnio venideras. Yo, Shelly Atkins, una vez saboreé la esencia de la vida. Yo, Shelly Atkins, al menos por un momento, me sentí hermosa.

—¿En qué piensa?

La voz de Quincy salió de la nada.

—¡Dios mío! —exclamó Shelly. Apartó de un tirón la taza de té caliente del cuerpo, de modo que al menos solo lo derramó en el suelo. El corazón le retumbó en el pecho. Tuvo que respirar hondo varias veces para que las manos dejaran de temblarle.

—Lo siento —se disculpó Quincy, arrepentido. Al verlo, ella se dio cuenta de que la había seguido desde la sala de juntas. Quincy ya tenía mejor aspecto que hacía una hora. Se había recuperado, tenía algo de color en las mejillas y la postura erguida. ¡Mierda!, se veía bien atractivo, lo cual no era un pensamiento que Shelly quisiera tener en ese instante.

Shelly sabía más de Quincy de lo que él querría que supiera. Era algo adicta a los crímenes reales y, cuando se enteró de que había un auténtico criminólogo jubilado en su comunidad, por supuesto que investigó todo lo que pudo sobre él. Sobre casos espantosos e historias fascinantes. Había pasado las últimas semanas intentando reunir el valor para acercarse a él. Le encantaría saber más acerca de su trabajo y preguntarle sobre casos importantes, pero no sabía cómo

presentarse sin parecer una admiradora obsesiva del FBI. Algo que tal vez era.

La verdad era que Shelly no tenía muchas ganas de viajar a París. Sin embargo, vendería su alma por asistir a la Academia Nacional de Quantico para agentes de policía. Ojalá la oficina del sheriff de Bakersville tuviera ese tipo de recursos…

Suspiró hondo. No tenía remedio y, después de todo, no tendría buenas historias para contar cuando llegase a la residencia de ancianos.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó ella de repente.

Quincy ya estaba a su lado. Alto, esbelto, distinguido, con esas vetas plateadas sobre su cabello oscuro. Olía a lluvia, barro y abetos, era un anuncio ambulante de la vida al aire libre. Ojalá pudiera ella dejar de percibir esas cosas.

—Al parecer, no lo bastante bien como para que la gente deje de hacerme esa pregunta —respondió Quincy con sequedad.

—Nos ha dado un buen susto. Nunca he visto a un hombre derrumbarse así.

—¿En qué punto llegó?

—Justo cuando cogió la silla plegable de metal y al mismo tiempo intentaba despedazar a Kincaid miembro a miembro.

—Fue sublimación. He estado planeando en secreto mutilar al sargento Kincaid desde que ha decidido no cumplir la primera petición de rescate. Enloquecer por mi mujer desaparecida solo me ha dado la oportunidad.

—Ese joven se mueve rápido.

—¿Mac? Es un buen hombre.

—¿Cuánto tiempo lleva con su hija?

—Un par de años.

—¿Cree que van en serio?

—No lo sé. Kimberly rara vez habla de asuntos del corazón —replicó Quincy, asintiendo pensativo—. Pero no me opondría. Para cualquier padre, ningún hombre es lo bastante bueno para su hija, pero en este caso…

—Parece que él puede manejarla —completó Shelly por él.

—Más o menos.

—Es muy guapa —añadió Shelly—. Debe estar muy orgulloso.

—Es guapa, inteligente y testaruda hasta decir basta. Estoy muy, pero que muy orgulloso. ¿Y usted?

—Nunca lo he intentado. No tengo marido ni hijos. —Shelly señaló con la cabeza hacia la sala de juntas—. Tengo que mantener a raya a todos esos paletos. Ya es suficiente maternidad para mí.

—Bien dicho.

Shelly dio un sorbo a su infusión. El vapor se dispersó y Quincy inhaló el aroma.

—Manzanilla —comentó.

—Le pagaré cincuenta pavos si no lo cuenta.

—¿Tienen sus ayudantes alguna objeción moral a las infusiones?

—Hombres. Ya sabe cómo son —respondió ella, haciendo una mueca.

Él esbozó una sonrisa, que le iluminó el rostro, enmarcándole los ojos. La sheriff notó el gesto alegre de Quincy en su interior, lo que solo la hizo sentirse veinte veces más tonta.

—Desde luego que sí —contestó él.

Shelly se dio media vuelta y comenzó a estudiar la cornamenta, el tocón del árbol, el polvo que

se acumulaba en los bordes de los expositores… Joder, no se le daban bien esas cosas, nunca se le habían dado bien. Esa era la verdadera razón por la que Shelly seguía soltera. Para ser sincera, lo único de lo que sabía hablar era de trabajo.

—He buscado información sobre Nathan Leopold.

—¿Y…?

—Lo mismo que los otros. Un famoso caso de secuestro de los años veinte. Leopold era un chico rico que se veía a sí mismo como una especie de mente criminal. Convenció a su amigo Richard Loeb, también rico y mimado, para secuestrar y asesinar a un joven de catorce años, por «vivir la experiencia». Los dos redactaron una nota de rescate, pero, como en los otros casos, nunca habían pensado devolver al chico con vida. Después de que la policía descubriera el cadáver, Leopold se implicó en la investigación. Sin embargo, los polis no tardaron en darse cuenta. Para empezar, al listo de Nathan se le cayeron las gafas cerca del cuerpo. Resultó que solo se habían fabricado tres monturas como esa en todo Estados Unidos. ¡Ah!, qué tiempos aquellos, antes de que todo se fabricara en serie en esas cadenas de ópticas.

—Un crimen en complicidad —musitó Quincy en voz baja—, con elementos de un asesinato cometido por diversión.

—Sí, pero Leopold era el claro instigador, el cómplice alfa, sin lugar a duda. Las similitudes que veo entre los nombres proporcionados por nuestro tipo son que todos proceden de casos infames y que ninguno de los secuestradores pensó nunca devolver vivo al rehén. —En el último momento, Shelly se dio cuenta de lo directa que había sonado—. Lo siento —murmuró incómoda, y se apresuró a dar otro sorbo a su infusión.

—No tiene que disculparse.

—Es que… es su mujer. No puedo ni imaginar lo duro que debe estar resultando.

—Dudo que alguna vez sea fácil.

—Podría irse a casa, ya sabe, a dormir un rato. Podemos ocuparnos nosotros.

—Si usted se fuera a su casa, sheriff Atkins…

—Shelly, llámeme Shelly.

—Shelly, si se fuera a su casa, ¿sería capaz de dormir?

—Lo más seguro es que no.

—Me resulta más fácil estar aquí. Y es aún más fácil discutir teorías sobre qué clase de psicópata se ha llevado a mi mujer. Al menos, eso implica hacer algo. Y quizá, si me mantengo ocupado ahora, no me vuelva loco pensando en todo lo que debería haber hecho antes. Todas esas señales que ignoré, las conversaciones que no mantuve, los síntomas que no reconocí… Ya sabe, todas esas maneras en las que es muy posible que le haya fallado a mi esposa.

—Si hubiera hecho esto, lo otro o lo de más allá… —murmuró Shelly.

—Rainie es alcohólica —dijo Quincy de pronto—. No obstante, desde que la conozco, nunca ha asistido a una sesión de Alcohólicos Anónimos. Si se le preguntaba al respecto, respondía: «Fui alcohólica». Suena muy directo y sincero, y sin embargo…

—Habla en pasado.

—Como si se hubiera curado por arte de magia, como si ya no le afectara en su vida. Lo que, por supuesto…

—Es una negación en sí misma.

—Yo nunca la presionaba. Nunca le preguntaba nada al respecto. Rainie siempre me acusaba de querer arreglarla. Yo no estaba de acuerdo, por supuesto, pero quizá era mi propia versión de la negación. Porque, si no, ¿cómo podría aceptar su declaración con tanta facilidad, como si

hubiera estado rota, pero ya se hubiera reparado? La psique humana no es tan sencilla. Las adicciones no funcionan así.

Shelly no sabía qué decir. Volvió a dar un sorbo a su manzanilla.

—Lo siento —se disculpó Quincy de pronto.

—¿Por qué? —Shelly miró a su alrededor, confusa de veras.

—Por hablar tanto. No era mi intención venir aquí a hablar por los codos. Perdóneme. Sabe… sabe escuchar bien.

Shelly se encogió de hombros y dio otro sorbo a su infusión. Sí, eso era lo que le había tocado en la vida, saber escuchar.

—Se supone que debo informarle de que el sargento Kincaid va a celebrar una reunión informativa a las nueve de la noche —comunicó Quincy—. Por favor, esté preparada.

—¿Qué información va a proporcionar? —cuestionó Shelly con un bufido—. ¿Que mis ayudantes aún no han encontrado a Dougie Jones? ¿Que aún no sabemos quién ha secuestrado a su mujer? Joder, ojalá *tuviera* algo que preparar.

—No creo que el sargento esté pensando servirse de la reunión para recapitular lo que no hemos hecho.

—Bueno, bendito sea Dios.

—Me figuro que va a aprovechar la reunión para hablar sobre los próximos pasos.

—¿Y cuáles serán?

—La entrega del rescate a las diez de la mañana. Y basta de tonterías. Ya hemos intentado las cosas a la manera de Kincaid. Ahora dejaremos que el sudes tome las decisiones.

—¡Ah, coño! —expresó Shelly con voz cansada.

—Es la cita del día.

Aunque tarde, Shelly se controló, intentando recordar que hablaba con el marido de la víctima y que él merecía algo más de la sheriff local que un taco.

—Estamos trabajando duro —añadió ella—. Vamos a encontrarla. Todo saldrá bien.

Quincy se limitó a sonreír de nuevo.

—Primera regla de oro en esta profesión, Shelly —murmuró con voz tranquila—: no haga promesas que no pueda cumplir.

25

Martes, 8:33 p. m., hora del Pacífico

Kimberly tenía que hacer una última parada antes de retornar al centro de mando. Luke tuvo la amabilidad de averiguar el nombre y la dirección, y ella se encargó a partir de ahí.

Bakersville no tenía muchas urbanizaciones, y las que había no se encontraban en el mejor estado de conservación. Ese edificio en concreto parecía hundirse sobre sus cimientos, y el segundo piso se inclinaba de forma peligrosa sobre el primero. El establecimiento parecía haber sido un motel barato: un aparcamiento con el asfalto agrietado, el desolador intento de patio de recreo en el que aún quedaba la estructura de unos columpios, aunque sin columpios, y una piscina que se había llenado de tierra a toda prisa. Cuando Kimberly se detuvo, sus faros captaron la pintura blanca desconchada y las persianas rojas. En aquellas viviendas había muy poco que pudiera considerarse hogar.

Comprobó los números de las puertas hasta que encontró el dieciséis. Llamó a la puerta con suavidad. La cortina que cubría la ventana junto a la puerta se descorrió y una mujer joven se asomó.

Kimberly mostró sus credenciales.

—Me llamo Kimberly Quincy, FBI. Tengo algunas preguntas sobre Dougie Jones.

Eso funcionó. La cortina volvió a su sitio y la puerta se abrió de golpe.

Peggy Ann Boyd parecía tener la edad de Kimberly y llevaba el cabello largo y oscuro recogido en una coleta. A esa hora de la noche, el rostro no tenía una gota de maquillaje. Había cambiado su traje por un pantalón de chándal gris y una sudadera negra y naranja que proclamaba con orgullo: «*¡Hala, Castores!*». Eso significaba que había estudiado en la Universidad Estatal de Oregón o que era seguidora de su equipo de fútbol. Sin un equipo profesional al que llamar suyo, la mayoría de los habitantes de Oregón se tomaban el fútbol universitario muy en serio.

—Siento molestarla a estas horas —se disculpó Kimberly al entrar en el apartamento. El estudio de una sola habitación confirmó su suposición anterior de que se trataba de un motel reconvertido en viviendas de alquiler. La misma alfombra marrón triste y las cortinas con estampado floral dorado y una pared trasera que albergaba una cocina americana con una única encimera, junto al cuarto de baño. Kimberly no pudo evitar pensar que, si alguien podía beneficiarse de diez mil dólares, esa era Peggy Ann Boyd.

—¿Qué ha hecho Dougie esta vez? —preguntó cansada la trabajadora social.

—No es lo que ha hecho, es dónde puede estar.

—¿Se ha escapado?

—Ha desaparecido.

Peggy Ann se dejó caer con pesadez en el borde de la cama de matrimonio. Eso dejaba un asiento libre en la habitación. La joven señaló hacia el viejo sillón orejero y Kimberly se sentó.

—Al menos, esta vez no ha incendiado nada —manifestó Peggy Ann con ironía—. A su manera, eso es progreso.

—¿Hasta qué punto conoce a Dougie?

Peggy Ann esbozó una sonrisa, pero la tensión de su rostro no disminuyó.

—Dudo que nadie conozca de veras a Dougie. Yo lo he intentado. Otros lo han intentado. Pero si alguna vez ha habido una persona difícil… Ay, ese pobre niño. Para serle sincera, no sé qué voy a hacer con él.

—Tengo entendido que ya ha pasado por cuatro hogares diferentes y que incluso estuvo en un

reformatorio. Confieso que, dado su historial de robos e incendios provocados, me sorprende que haya podido reubicarlo. Me sorprende que lo intentara.

Peggy Ann no contestó de inmediato. Se retorcía las manos en el regazo, de un lado a otro, como si estuviera probándose sus propios dedos.

—Como agente federal, debe trabajar en muchos casos —comentó de pronto.

—Sí.

—Seguro que algunos son mero trabajo. Hace lo que se supone que debe hacer, seguir el ritmo.

—Claro.

—Dougie no era solo trabajo para mí. No era un mero expediente. Yo quería… *Sigo* queriendo que este caso salga bien. Sí, tiene problemas. Sí, tiene cuestiones por resolver. Pero… Pero tenía que haber visto a Dougie Jones hace cuatro años. Hace cuatro años, Dougie Jones era un niño de verdad fantástico y muy querido.

Kimberly frunció el ceño, algo confusa. No había visto el expediente oficial del caso del pequeño. Tendría que esperar hasta la mañana siguiente para solicitar esos documentos por vía judicial. Pero, según lo que había podido averiguar, Dougie no había entrado en el sistema hasta hacía tres años.

—¿Cómo conoció a Dougie? —preguntó con cautela.

—Lo conozco desde el día en que nació.

Los ojos de Kimberly se abrieron de par en par.

—No será… Eso no sería apropiado…

Peggy Ann se echó a reír.

—No soy su madre, ni siquiera soy familia suya. Soy su vecina. Dougie nació en esta misma urbanización, en el número veintidós. Ahí es donde comenzó su vida.

—¿Conocía a sus padres?

—Sí y no. —Peggy Ann se encogió de hombros—. Me cruzaba con su madre de vez en cuando. Las dos íbamos a recoger el correo, o tal vez yo aparcaba mientras ella descargaba la compra, ese tipo de cosas. Primero sonríes, luego saludas y, a la tercera o cuarta vez, ya no resulta tan extraño mantener una conversación o dos.

»Era joven, la típica madre soltera. Se había enamorado como loca del padre de Dougie. Por desgracia, él no se había enamorado de ella con tanta pasión. La historia de siempre. Hasta donde yo sabía, no tenía familia en la zona. El estado le proporcionaba recursos y ella se había inscrito en una iniciativa local que tenemos para ayudar a las madres solteras a obtener el título de Educación Secundaria para adultos. Lo gestiona la Iglesia episcopal. Las mujeres cuidan a los niños y dan clases particulares a las madres. El estado aporta una pequeña subvención por cada día que asisten las chicas. No es mucho, pero el programa ha tenido éxito. Gaby, la madre de Dougie, parecía que podía convertirse en una de las historias más positivas.

—¿Ni drogas ni alcohol ni más hombres?

—No, no; por lo que pude ver, llevaba una vida muy tranquila. Me pasaba por su casa de vez en cuando, nunca como parte de mi trabajo, sino como vecina. Crecí con una madre soltera, sé lo duro que es. A veces incluso cuidaba a Dougie durante una o dos horas mientras Gaby iba al supermercado, ese tipo de cosas. Era un pequeño muy precoz. Vivir en un piso no es fácil para un niño, sobre todo en apartamentos tan pequeños. No le voy a decir que fuera un angelito mientras su madre vivía. Desde los dos años fue un maestro del escapismo. Creo que todos lo pescamos fuera de la vivienda en alguna ocasión y lo llevamos de vuelta a casa.

»Pero era un niño querido y bien cuidado. Iba limpio y estaba bien alimentado. Ella le

compraba todo tipo de juguetes en los mercadillos de segunda mano. Incluso le encontró un triciclo para cuando cumpliera tres años. Gaby se desvivía de veras por su hijo. Quería conseguir una vida mejor para ambos.

—¿Y qué pasó?

—Murió. La atropellaron y se dieron a la fuga una noche cuando volvía de la tienda del barrio. Dougie se había ido a la cama y ella había salido a comprar leche. No apareció ningún familiar que lo reclamase. Pasó a estar bajo tutela del estado y me dieron a mí su expediente.

—¿Alguna vez pensó en adoptarlo?

—¿Yo? —Peggy Ann enarcó una ceja—. Estoy soltera y tengo un empleo público que apenas me permite pagar el alquiler y que, con toda seguridad, hará que me queme antes de los treinta y cinco. ¿Qué podría ofrecerle a Dougie Jones? Se merecía una familia. Así que eso fue lo que le encontré.

—Los primeros padres de acogida.

—Los Donaldson son buena gente. En el lenguaje de los servicios sociales, los consideramos el Mercedes-Benz de los padres de acogida. Un buen matrimonio, una bonita casa y un cómodo estilo de vida de clase media. Les conté la historia de Dougie, y a la señora Donaldson le faltó tiempo para realizar los trámites para recibirlo en su casa. El niño tuvo un buen comienzo. Recibía cariño, creó lazos afectivos y tenía más potencial que el noventa por ciento de los niños que pasan por mi mesa. Y aquellas personas estaban dispuestas a continuar donde lo dejó su madre. El caso debería haber tenido un final feliz, señorita…

—Kimberly, tutéame por favor.

—Bueno, debería haber tenido un final feliz, y a día de hoy, no puedo decir por qué no lo tuvo.

—Incendió su garaje.

—Después de romper la mayoría de sus muebles, destrozar su ropa de cama y hacer agujeros del tamaño de pelotas de baloncesto en su habitación. El garaje fue la gota que colmó el vaso. Sentían que ya no podían con él. La señora Donaldson me comentó que estaba asustada de veras.

—¿De Dougie?

—De Dougie.

—Pero le encontraste otro hogar.

Peggy Ann sonrió con desgana.

—Acoger a niños da dinero, Kimberly. Mientras haya dinero, siempre podré encontrarles otro hogar.

—¡Oh!

—Sí. No es la mejor situación, así que los resultados son de esperar. Que conste que moví algunos hilos para conseguir recursos de salud mental para Dougie después de que incendiara su segundo hogar. El estado concedió el dinero y yo conseguí un psicólogo local especializado en niños. Por desgracia, la tercera madre de acogida de Dougie nunca lo llevó a las citas. Tenía que ocuparse de cinco niños, y llevarlo a tres citas a la semana suponía demasiado trabajo. Y sí, Dougie explotó, y sí, ella lo echó, y sí, empezamos el ciclo de nuevo. Una y otra vez.

»Dougie es un pequeño lleno de ira. Ojalá pudiera decirte por qué. Ojalá pudiera decirte cómo arreglarlo. Todo lo que sé con certeza es que Dougie está muy muy enfadado. Con el mundo, con el sistema de familias de acogida e incluso conmigo. Y ahora mismo, según los expertos, prefiere estar enfadado a ser querido.

—Lo he conocido esta tarde —comentó Kimberly.

—Bueno, al menos parece que estás de una pieza —manifestó Peggy Ann, arqueando una ceja.

—Estaba jugando con un escarabajo, bajo la lluvia, disfrutando del barro. Pensé que podría hablar con él sobre Rainie Conner, pero, en cuanto mencioné su nombre, se puso furioso.

—¿En serio? Hasta donde yo sé, era una de las únicas personas que toleraba.

Kimberly ladeó la cabeza.

—¿No te has enterado?

—¿De qué?

—Han secuestrado a Rainie.

—¡Oh, no!

—Nos preocupa que Dougie pueda saber algo al respecto.

—¿De un *secuestro*? Solo tiene siete años. Si hubiera incendiado su casa, lo entendería. Pero ¿un secuestro?

—Según Laura Carpenter, él sabía que Rainie había desaparecido antes de que nadie se lo contara.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Por eso he ido a verlo.

—¿Y te ha dado una explicación?

—No, pero he tenido la impresión… La forma en que ha comentado algunas cosas no es la propia de un niño de siete años. Ha sonado como un niño repitiendo algo que le ha dicho un adulto.

Entonces le tocó a Peggy Ann mostrar desconcierto.

—¿Crees que tal vez conoce a la persona que ha secuestrado a Rainie?

—Todavía no estoy segura, pero creo que sabe algo. ¿Se te ocurren otros amigos cercanos que pueda tener? ¿Alguna persona con la que él se abriría?

—No me involucro en el día a día. Tendrías que preguntárselo a Laura…

—No es nada personal, pero no creo que Laura Carpenter tenga una relación muy buena con Dougie.

—¿Tal vez Stanley?

—Aún no lo conozco. —Kimberly permaneció callada un instante—. ¿Qué puedes contarme de las acusaciones de maltrato que hizo Dougie?

Peggy Ann suspiró.

—De manera extraoficial.

—De manera extraoficial.

—Si creyera que Dougie está en verdadero peligro, lo sacaría de esa casa en un santiamén. No tengo dónde llevarlo, claro, pero ya se me ocurriría algo. He llevado a cabo un seguimiento tanto de Stanley como de Laura Carpenter, pero no he encontrado a nadie que tenga una palabra desagradable que decir sobre ellos, y sí me he topado con media docena de chicos del equipo de fútbol del instituto que han jurado que el señor Carpenter los ha ayudado a dar un giro a sus vidas. Y he visitado a Dougie varias veces, pero nunca he visto ningún signo de hematoma en él, nada que sugiera violencia. Teniendo en cuenta su problemático pasado…

—Crees que está mintiendo.

—Creo que el método de Stanley Carpenter de educar con disciplina estricta, para Dougie, es como estar en guerra. Pero también puede ser la única esperanza que le queda al pequeño.

—¿Sabes si Rainie había sacado alguna conclusión?

—No he visto ningún informe.

—¿Qué hay de rumores?

Peggy Ann frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Tampoco he oído rumores. Lo último que supe es que seguía investigando.

Kimberly asintió y se reclinó. Quincy había insinuado que Rainie estaba empezando a pensar que el caso de Dougie era digno de ser investigado. Sin embargo, cuando habló con Laura Carpenter, ella no pareció saber nada del tema, y tampoco Peggy Ann. La verdadera duda en la mente de Kimberly no era lo que Rainie había resuelto, sino lo que otros *pensaban* que había resuelto. Sin embargo, Rainie se había guardado las cosas muy bien.

Entonces Kimberly suspiró, frunciendo el ceño, tratando de pensar qué hacer a continuación.

—¿Iba Dougie a la escuela?

—A primero.

—¿Puedes facilitarme el nombre de su profesor o profesora? Tal vez sepa algo.

Peggy Ann se levantó y se acercó a la mesa, que Kimberly pudo ver que también hacía las veces de escritorio.

—Se llama Karen Gibbons. Seguro que no le importará que la llames. Que conste, sin embargo, que Dougie no es precisamente el alumno preferido de la profesora.

—Eso es lo que me imaginaba. ¿Tiene algún psicólogo? Ahora que vive con los Carpenter, ¿acude a las citas?

—No que yo sepa, pero, como te he dicho, Laura podría darte más información.

Kimberly había hablado un rato con Laura después de su encuentro con Dougie. Por lo que pudo ver, Laura no sabía nada. De verdad, con franqueza, no sabía nada, lo que a Kimberly le había parecido un rasgo interesante en una madre de acogida. Era como si Stanley hubiera querido acoger a un niño, Stanley hubiera diseñado un programa para un niño de acogida y Stanley hubiera recibido después al pequeño. Laura solo estaba de paso.

Kimberly no había visto ningún signo externo de magulladuras, pero, en su opinión, Laura encajaba en el perfil de una esposa maltratada. Se preguntó si Rainie habría pensado lo mismo.

Peggy Ann terminó de anotar un nombre y un número de teléfono en una hoja de cuaderno y se lo entregó a Kimberly.

—¿Sigue lloviendo? —preguntó Peggy Ann.

—Sí, lloviznando.

—¿Viste si…? Quizá se llevó un abrigo, o paraguas, gorro y guantes. —El tono de la mujer era melancólico. Volvía a preocuparse por Dougie, y Kimberly comprendió que Peggy Ann no pegaría ojo esa noche.

—Fue visto por última vez en sudadera y vaqueros —respondió en voz baja—. Tenemos a la oficina del sheriff buscándolo ahora.

—Comprendo —manifestó Peggy Ann, pero aun así puso cara de extrañeza—. Espera un poco. Si la oficina del sheriff está buscándolo… ¿No has dicho que eras del FBI?

—En realidad, no creemos que esté perdido —admitió Kimberly con la mayor gentileza posible —. Creemos que pueden haberlo secuestrado.

Peggy Ann se llevó la mano a la boca.

—¡Oh, no!

—Si se te ocurre alguien más con quien pueda hablar… —agregó Kimberly, levantándose de la silla.

—Te lo haré saber de inmediato.

—Y si por alguna razón tuvieras noticias de Dougie…

—Te lo haré saber de inmediato.

Kimberly ya estaba en la puerta y Peggy Ann permaneció de pie en medio de la habitación. En ese momento tenía un aspecto desolado, con los hombros caídos en su holgada sudadera y algunos mechones de pelo oscuro enredados alrededor de su pálido rostro.

—Peggy Ann, si contactamos con Dougie —quiso saber Kimberly de pronto—, ¿se te ocurre algo que podamos decirle, algo o alguien que pueda llamar su atención? ¿Tiene algún juguete favorito o un amigo invisible? ¿Quizá un recuerdo de su madre?

Peggy Ann le dedicó una sonrisa triste.

—¿Qué crees que usó para iniciar el fuego en el garaje de los Donaldson? Reunió todos sus objetos personales, su ropa, sus juguetes, las fotos de su madre, y les prendió fuego. Hasta el último objeto. No queda ni un retrato de su madre.

Sinceramente, Kimberly no sabía qué decir.

Peggy Ann sonrió con desconsuelo.

—Espero por su propio bien que Dougie tenga una caja de cerillas esta noche.

—¿Por qué?

—¿Has visto el termómetro? Está descendiendo a casi cuatro grados. Y si ya está helado y calado…

El resto no hacía falta decirlo.

—Estamos haciendo todo lo que podemos —reiteró Kimberly.

Peggy Ann no se dejó engañar.

—Y, sin embargo, cuando se trata de Dougie Jones, todo lo que podemos hacer nunca es suficiente.

26

Martes, 9:01 p. m., hora del Pacífico

Kincaid dio comienzo a la sesión informativa de la unidad especial pidiendo a Shelly Atkins que hablara primero. Fue una indirecta sutil pero eficaz a la oficina de la sheriff de Bakersville, ya que Shelly ya había admitido que no tenía nada sobre qué informar.

—Daremos la palabra a cada uno —anunció Kincaid a las nueve en punto de la noche—. Pondremos al corriente a todos sobre el estado de nuestros esfuerzos individuales, y luego discutiremos el protocolo para el intercambio de mañana. Shelly, ¿qué tiene?

Shelly, sentada frente a Kincaid, parpadeó sorprendida. Miró fijamente al detective Spector, sentado a la derecha de Kincaid, y luego a la negociadora de rehenes, Candi Rodríguez, sentada a la izquierda del sargento. Al final, suspiró, reconociendo que era una emboscada, y continuó con ello.

Kimberly entró en la sala de juntas justo cuando Shelly se ponía en pie para presentar su informe. Con rapidez, se deslizó en la silla que Quincy había guardado entre él y Mac, usando la mano para limpiarse las gotas de lluvia del rostro. Solo quedaba otro asiento libre, para la detective de la Policía Estatal de Oregón, Alane Grove. Al parecer, Kincaid no estaba de humor para esperar ni siquiera a su propia gente. Hizo un gesto con la mano y Shelly empezó a hablar.

Con toda la discreción que pudo, Kimberly le dio un codazo a su padre y esbozó una rápida actualización en el bloc de notas amarillo que él tenía delante. Escribió: «Luke Hayes descartado. ¿El hijo de Lucas Bensen?».

Quincy se quedó mirando la anotación durante un buen rato.

—Así que, según se acordó en la última reunión —comentaba Shelly a grandes rasgos—, la oficina del sheriff se ha encargado de dos tareas principales. Primero, hemos estado verificando las coartadas de los delincuentes de la localidad, así como presionando a unos cuantos tipos. Segundo, hemos estado participando en la búsqueda de Douglas Jones, de siete años. En cuanto a nuestra primera misión, hemos elaborado una lista de veintisiete «personas de interés». Hasta el momento, hemos visitado en persona a doce de estos individuos. Ocho han sido descartados del todo por tener coartadas. A tres los hemos pasado a la categoría de «improbables». Uno de ellos sigue siendo «persona de interés», al igual que los otros quince, a los que esperamos visitar en breve.

»Ahora bien, durante una de estas visitas, el individuo en cuestión ofreció una lista de nombres que pensaba que podrían estar dispuestos a secuestrar a una mujer para pedir rescate. Varios de estos nombres ya estaban en nuestra lista, pero surgieron tres más que he añadido a la columna de «personas de interés», con lo que el total asciende a diecinueve varones de los alrededores. —Miró a Kincaid por encima de la mesa y se aclaró la garganta.

»Seré sincera. Teniendo en cuenta la hora que es ya, y todas las demás responsabilidades que tiene mi equipo, dudo mucho que podamos limpiar diecinueve nombres para las diez de la mañana. Seguiremos así hasta medianoche, después empezaré a enviar a mis agentes a casa en turnos de cinco horas, para que todos puedan dormir al menos un poco antes de volver a empezar por la mañana. Los nombres que no tengamos claros y que imagino que serán alrededor de una docena, los presentaré como miniperfiles a la señora Candi. Y sí, utilizaré listas de puntos.

Shelly lanzó una mirada burlona a la negociadora de rehenes y Candi respondió con su propia

sonrisa empalagosa.

—Ahora, con respecto a Dougie. Tengo a tres ayudantes coordinando los esfuerzos con el equipo local de búsqueda y rescate, así como con los bomberos y unas dos docenas de voluntarios. Seguirán con ello unas horas más, pero los bosques de alrededor de la residencia de los Carpenter han sido registrados muy a conciencia. O Dougie se esconde y no quiere que lo encuentren, o el chico ha desaparecido, secuestrado como sospechamos.

—¿Ha hablado con los padres de acogida? —quiso saber Kincaid.

—Yo no, pero uno de mis ayudantes sí.

—¿Y…?

Shelly se encogió de hombros.

—¿Y qué? A título personal, Stanley Carpenter cree que Dougie ha huido. Según él, Dougie sigue siendo un demonio, dispuesto a hacer cualquier cosa para evitar asumir la responsabilidad de sus actos. Por supuesto, lo último que supimos es que Dougie alegaba que Stanley era un maltratador. La persona encargada de solucionar todo este asunto es Rainie Conner, que es nuestra primera víctima de secuestro, y no es que podamos localizarla para que nos transmita su opinión. ¿Creo que Stanley dice la verdad? No tengo ni idea. ¿Creo que Dougie ha sido secuestrado o se ha escapado de forma voluntaria? No tengo ni idea. Solo he dormido cuatro horas en las últimas cuarenta, así que me alegra poder mantenerme en pie.

Kincaid parpadeó sorprendido.

—Me parece bien —manifestó el sargento—. ¿Entró en la casa?

—No, el ayudante Mitchell realizó la visita. Los Carpenter están cooperando. Las coartadas de Stanley de haber estado trabajando todo el día y en el entrenamiento de fútbol por la noche se han confirmado. Laura pasó el día sola en casa, así que es un poco más difícil dar cuenta de su tiempo. Permitieron al ayudante Mitchell pasear por la casa y ver la habitación del niño. Estaba bastante desnuda, solo con un colchón y una sábana. La ventana estaba sellada con clavos y la puerta se cerraba con llave desde fuera, lo que incomodó a Mitchell. Pero de nuevo, según Stanley, Dougie tiene antecedentes de fugarse de casas de acogida y cometer incendios provocados, lo que concuerda con lo que hemos oído.

—Me gustaría enviar allí al laboratorio criminalístico, a ver qué pueden encontrar.

Shelly se encogió de hombros.

—Podemos intentarlo. Creo que Mitchell le diría que no hay mucho que buscar en la habitación de Dougie. Ni escritorio, ni libros, ni cómoda, ni baúl de juguetes. En su somera inspección, ni siquiera pudo descubrir una papelera. No lo sé. Quizá convertir la habitación de un niño en una celda sea la única opción. Por eso me dedico a los caballos.

—¿Habló el ayudante Mitchell con Laura Carpenter? —Kimberly tomó la palabra.

Shelly se volvió hacia ella.

—Estaba presente cuando él entró en la casa, pero parecía que Stanley hablaba más.

—¿Y eso le resultó extraño al ayudante Mitchell?

—¿Está preguntándome si Stanley gobierna la casa con puño de hierro?

—Esta tarde he conocido a Laura Carpenter. Me ha… preocupado su aparente falta de interés o implicación con su hijo de acogida.

Shelly lo pensó un instante.

—Mitchell no ha comentado nada, pero podría preguntarle.

—¿Tiene algún ayudante al que considere experto en casos de maltrato doméstico? ¿O tal vez un agente al que considere que se le da mejor hablar con mujeres maltratadas?

—Sí, tengo uno.

—Yo enviaría a esa persona a realizar una visita de seguimiento, a ver si puede quedarse a solas con Laura. Stanley nunca le dirá nada, pero tal vez, si llegamos a Laura…

—Tiene sentido —respondió Shelly asintiendo—. Considérelo hecho.

Kincaid se aclaró la garganta y revolvió los papeles que tenía delante. Al fin y al cabo, era su reunión.

—Bien, Kimberly. Parece que ha tenido una tarde ajetreada. ¿Tiene algo que desee compartir con la unidad especial?

—Me he limitado a hacer un seguimiento de Dougie Jones —comentó Kimberly con tono despreocupado. No tenía intención de mencionar su visita a Luke Hayes, y sabía que su padre tampoco querría que lo hiciera—. He ido a visitar a su trabajadora social, Peggy Ann Boyd, que en realidad era vecina de Dougie cuando nació. Según ella, Dougie siempre ha sido muy precoz, pero al menos durante los cuatro primeros años de su vida fue muy querido. Por desgracia, su madre murió al ser atropellada por un conductor que se dio a la fuga. Al no reclamarlo ningún familiar, el pequeño quedó bajo la tutela del estado y comenzaron sus aventuras con sus diversas familias de acogida. Ella insiste en que, en el fondo, sigue siendo un buen chico, pero que ahora está muy enfadado y, según sus propias palabras, necesita más esa rabia que ser querido.

—En otras palabras, nada que no supiéramos ya.

—Pregunté si había alguna buena manera de llegar a Dougie, algún recuerdo especial que pudiera tener, un peluche, una manta, lo que fuera. Según ella, destruyó todas sus pertenencias personales durante el primer incendio que provocó en el garaje de sus padres de acogida, incluidas todas y cada una de las fotografías de su madre.

—¡Ah, cielos! —murmuró Shelly desde su extremo de la mesa, mientras los demás agentes se removían incómodos.

—Creo que Dougie todavía quiere mucho a su madre —añadió Kimberly en voz baja—. Creo que, si alguien explotara esa información de la forma adecuada, podría manipular incluso a un chico duro y desconfiado como él. Por ejemplo, podría atraerlo más cerca de su vehículo, o incluso convencerlo de dar un paseo.

—O sea, que usted cree que lo han secuestrado —afirmó Kincaid sin rodeos.

—Antes, incluso teniendo la nota de rescate y el escarabajo… Puede que Dougie solo tenga siete años, pero por lo que cuentan es rápido, fuerte y desconfía en gran manera de los desconocidos, no es el tipo de niño que se iría con alguien sin oponer resistencia. Entonces, ¿cómo hizo nuestro tipo para agarrar al pequeño sin que nadie se diera cuenta? Al principio, la idea me inquietaba, pero ahora… ya veo cómo ha podido llevarse a cabo.

—¿Cree que Dougie es una segunda víctima de secuestro? —preguntó Kincaid con firmeza—, ¿o ha considerado que podría ser cómplice?

—Con siete años, es un poco joven para poder considerarlo un cómplice.

—Ya sabe a qué me refiero.

Kimberly vaciló un instante. Sabía a qué se refería y no era un pensamiento agradable, pero había que considerarlo.

—Es posible que Dougie esté ayudando a quien se llevó a Rainie —agregó después de un momento—. Está enfadado, aislado, es todavía pequeño… Sin lugar a duda, eso lo convertiría en objetivo de coacción.

—Me gustaría que todos mantuviéramos la mente abierta en lo que respecta a Dougie Jones —manifestó Kincaid con tono enérgico—. Hay dos piezas de este rompecabezas que siguen

preocupándome. La primera es que Dougie Jones parecía saber que Rainie había desaparecido antes que nadie. Puede que fuera pura coincidencia, puede que le preguntara si había desaparecido porque quería que desapareciera. Como la sheriff Atkins ha expresado con tanta elocuencia, cuando se trata de niños, quién demonios entiende nada. Sin embargo, esto me lleva al segundo punto. Cada vez parece más evidente que Rainie fue una víctima intencionada. Además, quien se la llevó sabía mucho de ella y de su vida. Ahora, según el señor Quincy, Rainie era una persona reservada que tenía un círculo de amistades muy reducido. ¿Quién ha podido llegar a saber tanto de ella sin entrar en su radar? Empiezo a preguntarme si estas dos piezas no encajan. Alguien sabía todo sobre Rainie, porque Dougie Jones se lo contó. Y Dougie Jones sabía que Rainie había desaparecido porque…

—Ayudó a tenderle una trampa —completó Quincy en voz baja.

Kincaid asintió.

—De momento, es solo una teoría, por supuesto, pero que no podemos descartar. De ahí mi deseo de registrar la habitación de Dougie.

—Su habitación no —manifestó Kimberly de pronto, con los ojos entrecerrados—. En el mundo de Dougie, esa casa está bajo el claro dominio de Stanley, es territorio enemigo. Al aire libre, en el bosque, es donde Dougie se siente más cómodo. Si hubiera querido un lugar donde guardar sus tesoros, por ejemplo, una roca especial, su colección de escarabajos o, quién sabe, las notas de un nuevo «amigo», es allí donde lo escondería. En una lata clavada en un árbol o enterrada bajo una roca. Ya saben, algún lugar secreto, pero accesible para un niño de siete años.

—Más tiempo de calidad al aire libre —declaró Shelly con ironía.

—Tal vez sus ayudantes, ya que están allí, registrando los terrenos… —sugirió Kincaid.

—Empapándose hasta los huesos —Shelly puso los ojos en blanco—. Me ocuparé de la orden judicial. Lo más probable es que algo así no esté a la vista.

Suspiró, anotó algo en el bloc que tenía delante y la reunión continuó.

El detective Ron Spector, de la Policía Estatal de Oregón, tenía información actualizada de los dos peritos principales que habían llegado del Laboratorio Criminalístico de Portland, que, curiosamente, estaba situado en Clackamas.

—Son buenas y malas noticias —informó Spector—. Están remolcando el coche al laboratorio para examinarlo durante la noche. Antes de abandonar la escena, han llevado a cabo una inspección superficial del interior con luces de alta intensidad. La buena noticia es que no han encontrado señales de sangre, y además descubrieron una huella de suela de zapato en el pedal del freno, así como una variedad de fibras, rastros, etcétera. Así que tienen muchas pruebas que procesar, aunque está por ver si alguna de ellas es útil. La mala noticia es que esta lluvia está matándonos. No hay nada concluyente hasta que el coche se seque, pero los científicos no se muestran optimistas sobre la posibilidad de recuperar algo del exterior del vehículo. Ni que decir tiene que la recolección de pruebas de rastreo de alrededor del vehículo también se considera inútil.

»El equipo de Huellas Latentes también piensa analizar el vehículo de forma más exhaustiva esta noche. Con el fin de acelerar al proceso, tomaron huellas del espejo retrovisor, la manilla interior de la puerta y la palanca de cambios, que son los lugares más probables para obtener resultados. El espejo proporcionó una huella completa del pulgar. Ahora están cotejándola con las de la víctima y su familia. —El detective lanzó un mirada a Quincy, se aclaró la garganta y continuó.

»La primera nota ya ha llegado al laboratorio. Está haciendo un recorrido rápido por las

unidades de Huellas Latentes y ADN, antes de que la UD, la Unidad de Documentoscopia, se ponga con ella. La mala noticia es que el ADN en particular va a llevar algún tiempo, y además resulta que tenemos una gran carga interna en este momento. Nos llevará semanas, si no meses, tener el informe terminado; no estará listo mañana a las diez.

Spector miró a Kincaid. El detective encargado se encogió de hombros. Ni siquiera valía la pena argumentar que era un caso de máxima prioridad. Todos los casos eran de máxima prioridad.

—Por último, también se han levantado huellas del arma de la víctima y se ha enviado la pistola al laboratorio. Uno de los peritos principales, Beth, ya está de camino. La analizará en busca de pruebas residuales esta noche, y luego la llevará a Balística. Tienen un informe que van a necesitar que rellene —Spector señaló con la cabeza a Quincy— sobre los hábitos de su mujer con el arma. Si la limpia siempre después de disparar, y ese tipo de cosas. Los ayudará a determinar si el arma ha sido disparada recientemente.

—Siempre la limpia —respondió Quincy—. Y no ha sido disparada recientemente. Nos habríamos dado cuenta por el olor.

Spector se encogió de hombros. El laboratorio tenía que hacer lo que tenía que hacer y al detective no le correspondía discutir.

—En conclusión, hay mucho que procesar. Por desgracia, gran parte de las pruebas son periféricas. La escena principal del crimen, el arcén donde es muy posible que fuera secuestrada la víctima, ha sido destruido por las inclemencias del tiempo. Y claro que podemos enviar a los científicos al bosque donde vive Dougie Jones, pero creo que les dirán lo mismo. Las pruebas residuales no pueden sobrevivir a estas condiciones. Es una realidad.

Kincaid asintió cabizbajo, el informe del detective no les decía nada que no supieran ya. En un caso como ese, sin un sospechoso y con un margen de trece horas antes del siguiente contacto, asumieron que cualquier informe de pruebas llegaría demasiado tarde como para resultarles útil. Aunque la información la aprovecharía más tarde el fiscal que elaborase el caso para llevarlo a juicio. Lo que a Kincaid y a la unidad especial les quedaba por determinar era qué tipo de juicio sería, ¿por secuestro o por asesinato?

Kincaid se aclaraba la garganta, volviéndose hacia Mac para que lo pusiera al día sobre la obtención del dinero del rescate, cuando la puerta de la sala de juntas se abrió de golpe. Alane Grove entró en la sala, todavía sacudiendo el paraguas y con aspecto de estar muy nerviosa.

—Siento llegar tarde —anunció sin aliento—, pero tengo noticias.

Kincaid arqueó una ceja mirando a su joven detective.

—Bueno, adelante, por favor.

Apenas esperó la invitación, dejó caer su paraguas mojado y lidió nerviosa con su gabardina.

—He estado reconstruyendo las últimas veinticuatro horas de Lorraine Conner. No estuvo en ningún bar, hasta donde yo sé, lo que me figuro que es bueno, pero he descubierto otra cosa. Ayer tenía cita con el médico a las tres de la tarde.

Dirigió una mirada a Quincy, al igual que Kimberly. Él negó despacio con la cabeza. Estaba claro que no tenía ni idea de a dónde llevaba todo eso.

—Era una cita de control. Como es lógico, el médico no quiso hablar de ello… por la confidencialidad médico-paciente y todo eso. Pero en cuanto le conté que había desaparecido, se preocupó mucho. Al parecer, había empezado a recetarle un medicamento a Rainie hace tres meses. La cita de hoy era para ajustar la dosis. Es un ansiolítico…

—¡Oh, no! —susurró Quincy.

—Paxil —añadió la detective Grove con viveza—. ¿Ha oído hablar de él?

—¡Oh, no!

—Eso es. Según el médico, no es un fármaco que pueda dejarse de repente, sino que hay que retirarlo de manera progresiva. Hasta ayer, la dosis de Rainie era de sesenta y dos miligramos diarios, que es la más elevada. De acuerdo con el médico, tiene que seguir tomándolo o los síntomas de abstinencia serán bastante duros: confusión, dolor de cabeza, náuseas, hipomanía, alteraciones sensoriales. Algunas personas han declarado no poder mantenerse en pie y sentir constantes descargas eléctricas en el cerebro. No pinta nada bien.

Kimberly volvía a mirar a su padre, que seguía negando con la cabeza, desconcertado y aturdido. Después de todo, Rainie había encontrado una nueva forma de hacer daño a su marido. Había buscado ayuda, pero no había recurrido a él.

—Tengo el listado del contenido del bolso de la víctima hallado en su vehículo —comenzó a decir la detective Grove—. No se informa de ningún medicamento recetado. Pero entonces me puse a pensar. ¿Y si la víctima no quería que nadie supiera que tomaba un antidepresivo? La gente es muy susceptible con estas cosas, ya saben. Así que pensé, ¿en qué lugar lógico escondería unas pastillas donde siempre las tuviera a mano, pero nadie sospechase nada? Y las encontré. Estaban dentro del bote de comprimidos para el dolor menstrual. —El tono de la detective era triunfal.

»Las conté todas. El número se corresponde con las que le recetó el médico. Así que lo más que puedo decir es que la víctima tomó su dosis ayer por la mañana, pero no ha ingerido ninguna desde entonces. Lo que quiere decir que…

—Tenemos que encontrarla —declaró Quincy con fuerza.

—Sí. O, al parecer, perderá la cabeza.

27

Martes, 9:38 p. m., hora del Pacífico

No podía quedarse dormida. No debía dormirse. De ninguna manera, en ningún caso debía quedarse dormida.

Rainie se obligó a permanecer alerta, hiperconsciente. Se concentró en el sonido del agua, que goteaba por las paredes del sótano, en la sensación del pequeño cuerpo de Dougie, apretado contra su costado, en el olor a moho que inundaba sus fosas nasales. Estaba helada, temblando con espasmos periódicos que le desgarraban el cuerpo dolorido y le hacían castañetear los dientes. Aprovechaba el malestar para mantenerse alerta. Le daba algo que sentir, perdida en un mundo negro carente de visión.

Quería levantar a Dougie del suelo húmedo. Sin embargo, con las manos y los pies atados, le resultaba imposible colocar el cuerpo inconsciente del pequeño sobre la mesa seca. En lugar de eso, hizo todo lo posible por arrastrarlos a ambos hasta los primeros escalones. El duro borde de madera de la escalera se le clavó en las costillas magulladas, cortando la circulación a varias partes de su cuerpo. Desarrolló una rutina, desplazándose primero a la izquierda, luego a la derecha y después pisando fuerte con los pies atados. El movimiento le produjo calor, el calor trajo esperanza. Así que continuó avanzando.

Rainie había participado una vez en un caso en el que una joven había sido abandonada en una cueva subterránea. Sabía por aquella experiencia que una persona podía morir si estaba expuesta a una temperatura de unos diez grados. Solo hacía falta ropa mojada y un frío constante.

Ella y Dougie estaban calados hasta los huesos.

Rainie tenía la sensación de que en el sótano hacía bastante menos de diez grados.

Era curioso, cuántas largas noches había pasado los últimos cuatro meses, con la mente desbocada por pensamientos que no sabía cómo controlar. Se quedaba dormida para sufrir horribles pesadillas y se despertaba con una ansiedad desplazada que a menudo le parecía mucho peor que sus sueños.

Se había visto a sí misma erosionarse desde el exterior. De ser una mujer que gozaba de una relativa felicidad en su matrimonio y de un trabajo estimulante, pasó a ser un manojo de nervios, sobresaltada y encorvada, que no podía concentrarse, conciliar el sueño ni albergar esperanzas. Desarrolló un mal genio que la asustaba incluso a ella misma.

Cada vez que pensaba en Astoria, en los últimos momentos de terror de Aurora Johnson, se volvía casi loca de rabia y sentía que la ira le desgarraba el cerebro como una bestia salvaje, desesperada por escapar. Incluso cuando terminaron de elaborar el perfil criminal, incluso cuando el detective principal del caso lo leyó y dijo: «¡Eh!, yo conozco a este tipo», nada cambió. El encargado de mantenimiento contaba con una coartada a medida: claro que había huellas suyas por todo el apartamento, él se ocupaba de su mantenimiento. Claro que había sangre en sus zapatos, él encontró los cadáveres.

Quincy ideó una estrategia para el interrogatorio. Aquel veinteañero de cabello lacio que había dejado el instituto a medias estuvo encogiéndose de hombros durante cuatro horas consecutivas, afirmando:

—Yo de eso no sé na.

Y así fue. Trabajaron, se esforzaron y hurgaron con frenesí en busca de detalles. Y los gritos de

auxilio de Aurora Johnson volvieron a quedar sin respuesta.

Se suponía que los profesionales eran capaces de lidiar con ese tipo de situaciones. Se suponía que debían olvidarlo todo y enterrarlo en lo más hondo de su ser, como Quincy parecía capaz de hacer. «No puede vencerse siempre. El sujeto meterá la pata tarde o temprano». Lo que implicaba otra madre masacrada y, por supuesto, otra niña aterrorizada.

Rainie no fue capaz de encontrar ese nivel de aceptación en su interior. Soñaba con aquel apartamento ensangrentado, noche tras noche. A veces, incluso fantaseaba con visitar ella misma al encargado de mantenimiento. Sabía cómo funcionaba la ciencia forense. Como cualquier agente de las fuerzas del orden, había pasado bastante tiempo contemplando el crimen perfecto. Ella se ocuparía de los asuntos de cerca y en persona. Se aseguraría de que lo que le ocurrió a la pequeña Aurora Johnson no volviera a suceder.

Salvo que, por supuesto, el encargado de mantenimiento fue solo la punta del iceberg. De manera obsesiva, Rainie comenzó a seguir otros casos nuevos: niños secuestrados, casos de abusos, historias de la guerra de Irak… Esperaba a que Quincy se encontrara fuera de casa y entonces se deslizaba hasta el ordenador como una ladrona. Primera búsqueda en Google: tres niños mueren de inanición. Segunda búsqueda en Google: la casa de los horrores. Tercera búsqueda en Google: bebé violado.

Era increíble la cantidad de horrores que aparecían en su pantalla. Se sentaba allí, horas enteras, leyendo, leyendo y leyendo, mientras las lágrimas le resbalaban por el rostro. ¡Cuánto dolor y sufrimiento! ¡Cuánta injusticia! El mundo era un lugar miserable y cruel, y no había nada que una mujer pudiera hacer para cambiar las cosas. ¿Cómo era posible que tantos niños gritaran y nadie respondiera a sus súplicas?

Luego oía el crujido de los neumáticos de Quincy en el camino de acceso, y con suma rapidez, cerraba las ventanas de su pantalla y se frotaba las mejillas.

—Solo estaba consultando el correo electrónico —le explicaba a su marido cuando aparecía en el pasillo, con aquel aroma a lluvia y abetos. Y él la saludaba con un gesto de cabeza, y seguía hasta su dormitorio, mientras ella permanecía allí sentada, con las manos cruzadas y la cabeza gacha, preguntándose cómo podía mentir a alguien a quien quería de verdad.

Y ella notaba que la oscuridad crecía en su interior, como una bestia viviente, que la aislaba del resto de la civilización y que la aislaba de su propio marido. Continuaba con su horrible investigación y no le contaba nada a Quincy. No lo entendería. Nadie lo entendería.

Le supuso un alivio tomarse por fin aquella primera copa.

Era una idiota, lo sabía. Su destino en la vida era vivir tanto dentro como fuera de su cuerpo. Se movía, funcionaba y sentía. También tenía su lado objetivo y se apresuraba a criticar sus propias acciones.

Aurora Johnson estaba muerta. ¿Cómo afectaba eso al hecho de que Rainie bebiera, Rainie mintiera o Rainie se autodestruyera? En sus mejores días, cuando la niebla se disipaba de su mente, cuando sus manos temblaban menos y sus pensamientos se volvían más claros, comprendía que estaba haciéndolo todo mal. Uno de esos días, cuando Quincy estaba encerrado en su despacho trabajando en sus memorias, ella incluso llamó y concertó una cita con el médico.

Para su sorpresa, acudió a la cita dos semanas más tarde, aunque la noche anterior había conseguido dormir y desayunar unos huevos, así que quizá lo peor ya había pasado y empezaba a estar cuerda después de todo. Esas cosas iban y venían, ¿verdad? Había sido fuerte una vez, volvería a serlo. ¡Eh!, ella era Rainie. Nada lograba derrumbarla.

Fue al médico, un amable anciano que parecía salido de una serie de televisión. Le dijo que

tenía un trastorno de ansiedad y le extendió una receta. Llevó la receta en el bolso durante dos semanas más, hasta que al final fue a adquirir el medicamento. Luego entró en el servicio de señoras y, por razones que ni ella misma logró entender, echó las pastillas en un bote de comprimidos para el dolor menstrual, guardándose una en la palma de la mano. Se quedó mirándola durante un buen rato.

Probablemente debería haberle dicho al médico el número de cervezas que consumía al día. Era muy posible que todo el tema de la bebida marcara la diferencia.

Se tomó la pastilla. Esperaba dormir como un bebé. Y, cuando se despertó como un rayo a las tres de la madrugada, con la cabeza llena del grito insonoro de Aurora Johnson, se fue directa a la ducha para que Quincy no la viera hacerse un ovillo y llorar de pura frustración.

Tomó más pastillas. Bebió más cerveza. Dejó que la oscuridad se agolpara en su interior, entregándose a ella, resignada y aceptándola.

Mientras su mejor amigo la detenía por conducir bajo los efectos del alcohol. Mientras su marido le preguntaba una y otra vez si estaba bien. Mientras su joven pupilo se daba cuenta de que le había mentido y huía de ella para esconderse en el bosque.

Era increíble lo que podías hacerte a ti mismo. Lo mucho que podías mentirte a ti mismo. Cuánto daño podías causarte. Cómo podías tener todo lo que siempre habías deseado, un marido cariñoso, un buen trabajo, una casa bonita, y que aún no te pareciera suficiente.

Rainie se torturaba a sí misma. Y luego se alejaba y se veía a sí misma desde fuera, cayendo.

Hasta que acabó ahí, atada y amordazada en un sótano, con el pelo cortado y un niño de siete años inconsciente a sus pies. Su demonio interior debería estar rugiendo de aprobación. «Ya ves, el mundo es un lugar terrible de veras y no hay nada que puedas hacer».

En cambio, por primera vez en meses, su mente se sintió tranquila.

Sí, tenía náuseas, la cabeza le palpitaba con fuerza y tenía una extraña sensación de hormigueo que le subía y le bajaba por la pierna izquierda. Pero, en general, se sentía centrada y decidida. Ahí arriba, en algún lugar, en la oscuridad, había un hombre. La había secuestrado y había herido a Dougie, y por eso, Rainie iba a hacérselo pagar.

En la oscuridad, los labios de Rainie se curvaron en una sonrisa. La antigua Rainie había vuelto, y por fin, con pesar, lo comprendió. Quincy solo le había dado alguien a quien amar. Al parecer, lo que más necesitaba era alguien a quien odiar.

Martes, 10:15 p. m., hora del Pacífico

—Estás tocándome.

La voz de Dougie sacó a Rainie de su ensueño. Juró que no se había quedado dormida. Bueno, tal vez solo por un segundo.

—Eres una pervertida. Voy a chivarme.

Rainie se enderezó en la oscuridad. Un dolor frío y punzante le subió por la cadera izquierda, como una descarga eléctrica. Hizo una mueca de dolor, se separó del cuerpo de Dougie y trató de estirar las piernas.

—¿Cómo te sientes? ¿Te duele la cabeza? —preguntó.

—¿Dónde estamos? No veo nada. No me gusta este juego.

—No es un juego, Dougie. Alguien me ha secuestrado, y esa misma persona te ha secuestrado a ti también.

—Eres una mentirosa —replicó Dougie, enfadado—. Mentira, mentira, mentira. ¡Voy a

contárselo a la señorita Boyd! No eres más que una borracha. ¡Quiero irme a casa!

—Sí, Dougie. Yo también.

Con la conciencia, llegó el escalofrío. Rainie levantó la mano de forma instintiva para frotarse los brazos, pero sus manos atadas se lo impidieron. Deseaba poder ver. Deseaba poder sentir los dedos. Se percató de que la voz de Dougie sonaba normal, sin impedimentos, lo que significaba que no estaba amordazado. Se atrevió a ser optimista.

—Dougie, tengo una venda en los ojos. ¿Tú tienes también una?

—Sí. —Seguía sonando hosco.

—¿Y las muñecas y los tobillos? ¿Estás atado?

—S…sí. —Eso sonó más como un hipo. Dougie empezaba a ser más consciente de lo que lo rodeaba, y con esa conciencia llegó el miedo.

Rainie forzó su voz para que sonara tranquila.

—Dougie, ¿has visto a la persona que te ha raptado? ¿Sabes quién ha sido?

El chico se quedó callado un instante.

—Una luz blanca —dijo al fin.

—Yo también la vi. Creo que está usando algún tipo de destello cegador, seguido de una droga, tal vez cloroformo. Puede que sientas el estómago revuelto. No pasa nada si necesitas vomitar. Solo dímelo y te aparto de las escaleras.

—Me caes mal —declaró Dougie.

Rainie ya no se molestaba en responder a esa afirmación. Dougie llevaba semanas diciéndolo, desde que quedó con él un miércoles por la noche y, en vez de verlo, acabó en un bar. Le había costado meses ganarse la confianza del pequeño y la había perdido por completo en menos de cuatro horas. «Esta es tu vida —pensó Rainie, no por primera vez—, y esta es tu vida bajo los efectos del alcohol».

—Dougie —pronunció después con cautela—, voy a extender la mano hacia delante para ver si puedo desatarte las muñecas. Yo tampoco veo nada, así que quédate quieto un segundo mientras averiguo cómo.

El chico no contestó ni se apartó. Rainie supuso que al menos había progresado. Inclinada sobre él, pudo sentir cómo se estremecía y luego tensaba su cuerpo para resistir los temblores. La sudadera seguía húmeda, lo que le robaba el valioso calor del cuerpo. Rainie juró que, si lograba salir de este sótano, no volvería a exponerse a la lluvia jamás.

Sus dedos por fin encontraron los brazos atados de Dougie. Le exploró las muñecas y luego maldijo en voz baja. El hombre había utilizado bridas de plástico duro. La única forma de quitárselas sería con algo afilado, como unas tijeras. Hijo de puta.

—No puedo hacerlo —admitió al fin—. Lo siento, Dougie. Necesitamos una herramienta especial.

Dougie se limitó a resoplar.

—Déjame ver la venda. Quizá pueda con ella.

Dougie giró la cabeza y Rainie encontró el nudo. La venda tenía más posibilidades. Era una simple tira de tela de algodón. Sin embargo, el nudo estaba apretado y los dedos de Rainie, rígidos. Tuvo que manipularlo una y otra vez, tirando de vez en cuando del pelo de Dougie y haciéndolo chillar.

Al final, no llegó a dominar el nudo, pero sus constantes tirones estiraron la desgastada tela. Dougie sorprendió a ambos quitándose la venda de los ojos.

—¡Sigue estando oscuro! —se lamentó sorprendido.

—Creo que estamos en un sótano. ¿Puedes ver alguna ventana?

El chico guardó silencio un momento.

—Arriba —mencionó al final—. Hay dos, pero no soy tan alto.

Rainie creyó saber a qué se refería. Dos ventanas altas, probablemente ubicadas por encima de los cimientos. Al menos, eso permitía algo de luz natural. Cualquier cosa tenía que ser mejor que la oscuridad sin fin.

—Dougie, ¿crees que podrías tratar de quitarme la venda ahora?

El chiquillo no contestó de inmediato. ¿Estaba resentido o enfadado? ¿Seguía pensando en todas las formas en que Rainie le había fallado? No podía volver atrás en el tiempo. Eso lo tenía claro.

Al final, sintió los dedos del pequeño. Subieron por su brazo hasta el cuello, y entonces Dougie se detuvo.

—¿Dónde está tu pelo?

Rainie no quiso asustar a un niño pequeño, pero, al mismo tiempo, lo necesitaba como aliado, lo que significaba que necesitaba que su odio hacia su secuestrador fuera mayor que su ira hacia ella.

Respondió con sinceridad.

—Él me lo ha cortado. En realidad, me lo ha rasgado, con un cuchillo.

El chiquillo vaciló. Ella se preguntó si estaría procesando el resto de la información que sus dedos debían haberle proporcionado. La sensación pegajosa de su piel, donde los cortes entrecruzados aún sangraban y supuraban. La zona hinchada y caliente de alrededor del codo, donde algo se había torcido de forma horrible.

—Intenta quitarme la venda, Dougie —ordenó en voz baja—. Empezaremos por recuperar la vista y luego veremos qué podemos hacer con los pies.

Él se puso a maniobrar en la venda. Sus dedos eran más pequeños, más ágiles. Incluso con las muñecas atadas, le quitó la venda en un santiamén. Con diligencia, ambos se revisaron los tobillos. Por fortuna, no estaban sujetos por bridas, sino por tiras de algodón desfasadas. Como Dougie ya había demostrado ser más hábil, fue el primero.

En cuanto se soltaron las ataduras y Rainie separó las piernas, sintió una explosión de impulsos eléctricos que le subían y le bajaban por ellas. Le temblaban los dedos de los pies y la pierna izquierda le hormigueaba. Durante treinta segundos, apretó los dientes en señal de agonía mientras una terminación nerviosa tras otra se inundaba de sangre y cobraba vida. Le entraron ganas de gritar y dar golpetazos con la mano en señal de frustración. Sobre todo, quería matar al hijo de puta que andaba por ahí arriba.

Luego pasó lo peor, dejándola temblorosa y con las piernas de goma, como si acabara de escalar el Everest en lugar de sufrir una ronda de espasmos musculares.

Intentó respirar hondo y tranquilizarse, dándose cuenta por primera vez de lo mucho que le dolía la cabeza del zumbido tenue que le llenaba los oídos. Se había saltado al menos una dosis de medicación. No se hacía ilusiones sobre lo que ocurriría a continuación.

Se puso a manipular las ataduras de Dougie tras descender al escalón inferior. Sus ojos aún estaban adaptándose a la penumbra. Las dos ventanas altas dejaban entrar un resplandor lejano, probablemente de alguna luz del patio superior. Fue suficiente para que el paisaje de su prisión se transformara de negro intenso a tonos grises. Los zapatos de Dougie se convirtieron en una silueta más oscura sobre un fondo más claro. Rainie tanteó con sus torpes dedos hasta que encontró el nudo y tiró de él.

—No se te da muy bien esto —se quejó Dougie.

—Lo sé

—Tengo hambre.

—¿Has traído algo de comer? —le preguntó Rainie.

Pudo sentir cómo el pequeño fruncía el ceño en la oscuridad.

—No

—Entonces, no tenemos para comer.

—Me ha quitado mi escarabajo —se lamentó Dougie, sonando enfadado por primera vez—. ¡Me ha robado mi mascota!

—Dougie, sabes que los adultos siempre te dicen que no pegues, ¿verdad? Que no muerdas, que no arañes, que tienes que portarte bien…

—Sí.

—Este hombre es la excepción. Si tienes la oportunidad, ve a por él con todas tus fuerzas.

El nudo por fin se aflojó. La tela cayó y Dougie dio unas patadas al aire en señal de triunfo. Ya podían utilizar los pies, los ojos y la boca. No estaba mal para tan poco rato.

Rainie recogió las tiras de tela sueltas. Aún no sabía cómo iba a utilizarlas, pero más valía que sobrase a que faltase.

Luego, en la oscuridad, pudo ver cómo Dougie se llevaba las muñecas a la boca y empezaba a morder las bridas. En teoría, debería ser difícil morder la resistente tira de plástico, pero ella no quería aguarle la fiesta. Rainie se puso de pie sola, tratando de quitarse de encima las extrañas sensaciones que seguían recorriéndole el costado.

Sintió alivio al poder dar un paso firme. Se sintió fuerte, casi humana, a pesar del dolor de cabeza, de las costillas y los brazos. Entonces volvieron a castañetearle los dientes, recordándole el frío adormecedor.

Subió las escaleras con la mirada y pudo ver un resplandor de luz bajo la puerta. Así que seguía despierto, moviéndose, haciendo lo que fuera que hicieran los secuestradores.

—Oye, colega —le dijo a Dougie—, tengo un plan.

28

Martes, 10:03 p. m., hora del Pacífico

Poco después de las diez, la unidad especial se dispersó. Shelly Atkins se reunió por separado con sus ayudantes para coordinar los turnos de sueño. Los detectives de la Policía Estatal de Oregón fueron en busca de habitaciones de hotel para ellos. La gente estaba cansada y nerviosa, agotada pero alerta. Todo el mundo intentaría dormir al menos un rato. Quizá la mitad lo conseguirían.

Quincy se sintió casi mareado, en ese extraño estado de euforia que precede al colapso físico total de un cuerpo. La buena noticia era que no sentía opresión en el pecho ni agitación en el estómago.

La mala, sin embargo, era que su mente iba a mil por hora, con los pensamientos rebotando entre la problemática infancia de Dougie Jones, las sospechas de Luke Hayes y la conveniencia de involucrar a su propia hija en la entrega del rescate. Pensó en Astoria, y en la forma en que toda la unidad especial estuvo trabajando con tanta prudencia y seriedad, y sin embargo nunca veían nada que diera resultados. Recordó la vez que entró en su casa el mes anterior, vio a Rainie leyendo frente a la chimenea y se detuvo a admirar la curva de su cuello mientras se inclinaba sobre su novela.

Había momentos en los que Quincy deseaba poder detener el tiempo. Le gustaría extender la mano como un gran director de orquesta cósmico y decir: «¡Alto! Que perdure este momento. Por favor, solo un ratito, que este momento perviva».

Le gustaría alargar las primeras hora de la mañana, cuando podía ver a Rainie dormir, con el cabello desparramado por la almohada y la huella de sus pestañas sobre las mejillas. Una vez despierta, Rainie era todo ángulos marcados, pasos rápidos y movimientos bruscos. Se movía mientras hablaba, se movía mientras comía, solo se movía y se movía sin parar. Por supuesto, admiraba su energía, su actitud y su gracia ágil y felina. Pero la prefería por la mañana, y le gustaba saber que era la única persona que veía a esa Rainie, suave, tranquila y vulnerable.

En ese instante se sintió avergonzado. Como si todo el tiempo hubiera estado acostándose con una mujer, pero no la hubiera visto de verdad. Lo mucho que sufría, la desesperación con la que lo necesitaba, de qué terrible manera la estaba erosionando poco a poco su trabajo, hasta llegar a necesitar una pastilla para pasar el día y una copa para pasar la noche.

Bajo su vergüenza, sin embargo, crecía un sentimiento de furia. Porque ella estaba rota, y él no podía arreglarla, y eso le hacía sentir una impotencia y una debilidad tan terribles que hacían que se enfadara con Rainie una y otra vez. Quincy, el profesional cualificado, se encontró pensando por qué no podía ella ser más fuerte. ¿Por qué demonios no podía salir adelante por sí misma?

Él también había estado presente en la escena del crimen. Había tenido que mirar el cuerpo de aquella niña. Y había visto a Amanda y a Kimberly y había sentido lo que siente cualquier padre cuando se da cuenta de que llega demasiado tarde, de que ya no puede proteger a su pequeña, de que ningún padre es tan omnipotente como su hija cree.

El mundo estaba lleno de mierda. Y la única forma en que Quincy sabía cómo lidiar con ello era continuar trabajando. Era lo que él hacía, y en otra época, era lo que Rainie había hecho también. Habían sido un equipo. Se suponía que debían haberse dado fuerza el uno al otro.

Pero su fuerza no era suficiente para ella. Su amor no era suficiente para ella. Él la había

abrazado todas las noches, y ella se había roto igual.

Quincy sintió una presión insoportable en la cabeza. Y, solo por un instante, quiso abrir la boca y gritar.

En cambio, captó la mirada de Kincaid desde el otro lado de la mesa. Quincy sacó sus apuntes, se alisó la corbata y se preparó para lo que tenían que hacer a continuación.

Martes, 10:32 p. m., hora del Pacífico

—Permítanme ser el primero en decir que sé que esto es muy inusual —empezó Kincaid—. Sin embargo, dadas las limitaciones de tiempo, el señor Quincy y yo acordamos que lo más conveniente era que actuara como perfilador en este caso. Como es lógico, cualquier buen abogado defensor tendrá problemas con los documentos generados por el marido de la víctima, pero eso no cambia el hecho de que necesitamos un psicólogo experto para diseñar la estrategia de la charla de mañana por la mañana. Dada su experiencia anterior en casos de rescate, el señor Quincy está cualificado para ese papel y, lo que es mejor, está disponible.

Kincaid señaló a Quincy, que agradeció la decepcionante presentación del detective de la Policía Estatal de Oregón con un leve movimiento de cabeza.

—Me deja conmovido.

—Debería estarlo. En cualquier momento, el fiscal del condado de Tillamook se enterará de esta reunión y vendrá a arrancarme la cabeza. Disfrutemos de la luna de miel mientras dure.

Quincy volvió a asentir y cogió su bloc de notas amarillo. Sentados frente a él estaban Kincaid, Candi y Kimberly. Mac se había trasladado al vestíbulo, donde estaba utilizando el portátil de Kimberly para investigar sobre la familia de Lucas Bensen, aunque Quincy aún no tenía ganas de proporcionar esa información.

Por lo demás, no había detectives de la Policía Estatal de Oregón presentes, ni miembros de la oficina del sheriff de Bakersville. La reunión era solo para aquellos que necesitaban todos los detalles: Kincaid como cabeza de la unidad especial, Quincy como experto en psicología, Candi Rodríguez como negociadora, y Kimberly como la agente que llevaría a cabo la entrega del rescate. Kimberly y Kincaid mostraban un adecuado interés. Candi, en cambio, parecía que iba a bostezar en cualquier momento.

—La elaboración de perfiles en situaciones de rescate es una cuestión algo diferente —indicó Quincy a modo de introducción—. En un caso de asesinato tradicional, gran parte de la información psicológica se deriva del asesinato en sí: los datos clave incluyen cómo fue asesinada la víctima, el estado del cuerpo, la colocación del cuerpo, el método probable de secuestro, el perfil de la víctima, etcétera. Y, por lo general, cuando se recurre a alguien como yo, ya existen varias escenas del crimen que analizar, lo que significa que tenemos muchos datos para examinar. En este caso, en cambio, la información es limitada. Hemos identificado a la víctima, pero no el método de abducción. Tenemos una localización geográfica del secuestro, pero ni idea de dónde está retenida la víctima, ni del estado en que podría encontrarse. Ni siquiera tenemos pruebas forenses que nos ayuden a comprender los medios del secuestro, dadas las extremas condiciones meteorológicas. Lo que sí tenemos son cinco comunicaciones separadas del sujeto, y eso es lo que he utilizado como base de mi análisis.

Quincy sacó fotocopias de las tres notas de rescate con las transcripciones de las dos llamadas telefónicas y esparció las cinco hojas delante de él. Estaban etiquetadas como Comunicación 1 a 5 y presentadas en el mismo orden en que se produjeron. Todos esos años después, Quincy

seguía siendo burócrata hasta la médula.

—Hay que tener en cuenta varios aspectos importantes al analizar estos tipos de comunicaciones. En primer lugar, el método. En este caso, el sujeto utiliza tanto la correspondencia escrita como las llamadas telefónicas para iniciar el contacto. El hecho de que tienda la mano indica, sin lugar a duda, que quiere que lo escuchen. En efecto, en las dos ocasiones en que no respondimos a sus cartas con suficiente rapidez, realizó un seguimiento por teléfono. El diálogo es de suma importancia para esta persona. Quiere sentirse vinculado a la investigación. Es más, quiere sentir que controla la investigación. El control es la principal motivación del sujeto, como veremos una y otra vez.

—La segunda consideración clave al analizar estas comunicaciones es que el sujeto inició el contacto a través de la prensa. Su primera carta está dirigida a «Estimado director» y la tercera, entregada de forma directa a un reportero jefe, está dirigida a «miembro de la prensa y agentes diversos de la unidad especial». Está claro que el sujeto quiere llamar la atención. En su primera conversación conmigo, llegó a señalar la fama como uno de sus objetivos.

—Fama, fortuna y una exquisita tarta de manzana —murmuró Kincaid.

—Eso es. Creo que la tarta de manzana es una referencia al sueño americano, y la frase en su conjunto, «Lo que todo el mundo desea: fama, fortuna y una exquisita tarta de manzana», es una observación bastante irónica sobre la obsesión de Estados Unidos por la celebridad. Así que ahora sabemos dos cosas sobre este individuo: quiere sentir que tiene el control y ansía el reconocimiento.

»Ambos rasgos de carácter se corroboran aún más cuando examinamos el contenido de las cartas. En numerosas ocasiones hace referencia a normas. Nosotros, la policía, debemos seguir sus reglas. Si hacemos lo que dice, la víctima estará a salvo. Si lo ignoramos, la víctima será castigada. De manera obvia, al desviarnos de las órdenes de su segunda carta, ha tomado represalias secuestrando a una segunda víctima y aumentando la petición de rescate. Es importante señalar que «ha castigado» a la unidad especial cobrándose una segunda víctima, no matando a la primera. ¿Por qué? Porque matar a la primera víctima dejaría al sujeto fuera de control. Sin un rehén para presionarnos de manea constante, se queda sin ninguna baza de negociación. No digo que el sujeto no vaya a matar; de hecho, creo que hay muchas probabilidades de que se vuelva violento, como pronto comentaremos. A corto plazo, sin embargo, su deseo de manipular a la policía pesa más que su sed de sangre. Pero, si empieza a sentirse fuera de control —la mirada de Quincy se dirigió con dureza a Candi—, esa ecuación podría cambiar al instante.

»El elemento de control —prosiguió Quincy— se pone aún más de manifiesto por su exigencia de que sea una mujer la que entregue el dinero, y es que la mayoría de los hombres consideran que las mujeres son menos amenazadoras. Y, por último, por su elección de las propias víctimas. Nuestro sujeto no ha secuestrado al alcalde ni a un empresario clave, objetivos lógicos si su principal objetivo fuese el dinero. Ha secuestrado a una mujer sola y luego a un niño de siete años. Nuestro sujeto necesita ser el amo de este juego, así que, como es lógico, ha elegido víctimas que percibe como mucho más débiles que él.

»Los otros datos clave de las cartas son los nombres elegidos como firmas. Como ya hemos comentado, los tres alias son secuestradores cuyos crímenes les granjearon una notoriedad instantánea y generalizada. En resumen, estos hombres han recibido el reconocimiento que nuestro sujeto ansía y por ello los ha elegido como modelos.

»El tercer conjunto de aspectos que resultan de la revisión del contenido de estas cartas es que

están bien redactas y muestran un formato y una gramática empresarial adecuados. Los saludos también revelan un profundo conocimiento del procedimiento policial. Mientras que la primera carta va dirigida al director, la segunda la dirige solo a la policía. Es evidente que nuestro sujeto preveía que se llamaría a los detectives para que se ocuparan del caso. Y lo que es más revelador, la tercera carta va dirigida tanto a la prensa como a los miembros de la unidad especial. De nuevo, se trata de alguien que ha hecho sus deberes, ya que ha anticipado que se formará todo un equipo para trabajar en este caso, y que la prensa cooperará con ese órgano de investigación.

»Por último, y entrando en terreno más teórico, considero que hay bastantes señales de que el sujeto tiene al menos un conocimiento básico de la ciencia forense. La única letra utilizada pertenece a la primera víctima. Todas las cartas se han impreso en papel blanco normal. La primera carta, la única enviada, se introdujo en un sobre con cierre y sello autoadhesivos, lo que elimina la necesidad de utilizar saliva, con lo que, por supuesto, se evitan los restos de ADN. Opino que no es una coincidencia que el secuestro ocurriera durante una fuerte tormenta. Creo que el sujeto utiliza de forma activa las condiciones meteorológicas para cubrir sus huellas y, sin duda, se anticipa a las inclemencias en todas sus comunicaciones, protegiéndolas con plástico, etcétera. Y el último detalle para tener en cuenta: en las dos llamadas telefónicas que me ha hecho, el sujeto ha utilizado un distorsionador de voz. De nuevo, está claro que ha reflexionado.

—¿Se deberá a investigación? —preguntó Kimberly—. ¿O a experiencia?

—Investigación —afirmó Quincy—. Si fuera experiencia, veríamos aún más detalles en las notas y las llamadas telefónicas. Hay bastantes imperfecciones que revelan a alguien que se encuentra en las primeras etapas de su carrera criminal. Pero no confundamos inexperiencia con estupidez. El sujeto se ha desvivido por estar preparado. Y, como alguien que se considera a sí mismo el maestro del juego, está haciendo todo lo que está en su mano para ir un paso por delante de la policía.

»Todo esto me lleva al siguiente perfil —añadió Quincy después de una profunda inspiración —. Buscamos a un varón blanco de entre veintitantos y treinta y tantos años, la edad media a la que los depredadores comienzan a delinquir. De inteligencia superior a la media, ha ido a la universidad, pero no ha llegado a graduarse. Posee una gran elocuencia y es muy posible que tenga una relación estable con una mujer guapa pero sumisa: no es un hombre que tolere que una compañera lo desafíe. El sujeto es de nivel socioeconómico bajo, pero se cree más que sus vecinos. Puede que viva en un área de casas móviles, por ejemplo, pero no se considera chusma. El sujeto también tiene alguna conexión con Rainie Conner, no obstante, recomiendo no usarlo como herramienta de investigación, dado que esa conexión puede ser solo percepción suya.

—Un acosador —intervino Kincaid.

—Eso es. El sujeto se arregla mucho y tiene buena presencia. Las apariencias son muy importantes para él. A primera vista, los vecinos dirán que es muy inteligente, guapo y ambicioso. Sin embargo, si indagamos un poco más, descubriremos que sigue un patrón de «nunca llegar a alcanzar el éxito». Por ejemplo, entró en la universidad, pero ocurrió algo, digamos el fallecimiento de uno de sus padres, que lo obligó a abandonarla. Tenía un trabajo estupendo, pero ocurrió algo, como que la empresa se declarase en quiebra, y lo despidieron. A nuestro brillante sujeto le iba genial, hasta que algo que no estaba bajo su control lo hizo fracasar. El pasado nunca es culpa suya y el futuro siempre es una oportunidad a punto de llegar. En los últimos tiempos, se ha producido otro de estos grandes cambios en la vida. Dado el aspecto económico de un caso de secuestro, especularía que se quedó sin trabajo. Sin embargo, desde el punto de vista estadístico, el embarazo, el parto y el fin de una relación duradera

también son factores predictivos comunes de la conducta delictiva.

—Suena un poco como a Stanley Carpenter —consideró Kincaid—. Educación secundaria, trabajo de obrero, esposa servil… Físicamente controlador, y tal vez algo estresado por la incorporación de su hijo de acogida.

—No me importaría indagar un poco más en la coartada de Stanley —aceptó Quincy—. Aunque es mayor de lo que me imagino y lleva un estilo de vida más estable: hace mucho tiempo que tiene el mismo trabajo, la misma mujer y la misma casa. El sujeto que buscamos posee una madurez emocional inferior. Aspira a un estilo de vida mucho más deslumbrante que el de Stanley Carpenter, pero no tiene la capacidad de cumplir ese sueño.

»A la gente que rodea a este hombre le caerá bien, pero puede que no confíen en él. Los más callejeros percibirán en él el alma de un estafador. De hecho, es probable que haya cometido una serie de turbios negocios financieros, si no auténticas estafas. Pero lo que de verdad pretende no es estafar dinero, sino venderse a sí mismo, una imagen de sí mismo. Trabaja muy muy duro para que nadie reconozca al monstruo que alberga en su interior.

—Las notas —agregó Kincaid—. Sigue afirmando que no es un monstruo.

—Así es. Lo cual es la pista más importante en estas cartas. Desde el principio, el sujeto se ha esforzado en afirmar que no es un pervertido ni un monstruo. Afirma que lo hace por dinero. Pero ¿dónde está el dinero en estos mensajes? La mayoría de los secuestradores incluyen largas y detalladas instrucciones sobre la entrega del rescate. El valor de los billetes y cómo deben estar empaquetados. Fantasean con la recompensa, y esa expectación se transmite en todo lo que hacen.

»Este sujeto no. Sus comunicaciones giran en torno a dos cosas: no soy un monstruo, pero deben obedecerme; si no, *me convertiré en uno. Haré cosas terribles y será culpa suya.*

—Está buscando un chivo expiatorio —exhaló Kimberly.

—Es un psicópata —añadió Quincy con firmeza—. Lo reconoce en sí mismo. Se siente atraído por asesinos como el Zorro y Nathan Leopold. No creo que haya matado todavía, y si lo ha hecho, lo más seguro es que haya sido de forma accidental, pero fantasea con la idea de matar. Quiere sentirse poderoso, ¿y qué hay más omnipotente que quitarle la vida a otra persona?

—Conceder la vida a otra persona —murmuró Candi.

Quincy esbozó una débil sonrisa.

—Touché. Pero no es eso lo que mueve a nuestro sujeto. Sus impulsos ya son oscuros y violentos. Secuestrar a una mujer, mantenerla atada y amordazada es el primer paso de su fantasía. Tal vez se ha dicho a sí mismo que lo hace por dinero. Tal vez se ha convencido a sí mismo de que lo hace para exigir un rescate. Pero hay muchas formas de ganar dinero. Desde una perspectiva psicológica, ¿por qué secuestrar a un ser humano? Además, ¿por qué una mujer? Tiene otro propósito con esto, aunque aún no pueda admitirlo.

—¡Crees que está muerta! —soltó Kincaid, atónito.

—No, todavía no. —Quincy había bajado la voz. Respiró hondo para calmarse. Si continuaba siendo objetivo, refiriéndose a una víctima sin nombre, podría seguir funcionando. Si en algún momento recordaba que era su mujer, se desmoronaría.

—El sujeto quiere que se lo pongamos fácil —agregó en voz baja—. Quiere que le demos una excusa, cualquier excusa, para poder hacer lo que de verdad quiere hacer mientras echa la culpa a otra persona. Así funciona nuestro hombre. Siempre tiene el control, pero nada es culpa suya.

»Cuando llame mañana —Quincy miró a Kimberly—, te dará una larga lista de instrucciones. Serán de complicada logística, casi imposibles de seguir. Usted —su mirada se desvió hacia

Candi— se verá en la incómoda situación de intentar aclarar sus exigencias y, al mismo tiempo, conseguirnos más tiempo. Se enfadará muy rápido. Nos acusará de incumplir las normas al no hacer lo que él dice. Se volverá abiertamente hostil y amenazará con matar a ambas víctimas, porque no le damos opción.

—¡Mierda! —Candi ya no parecía aburrida.

—Pase lo que pase, debe hacerle creer que Kimberly está siguiendo lo que se le ha ordenado. Nunca debe insinuar que sus órdenes son demasiado duras, demasiado rápidas o demasiado inconvenientes. Por supuesto, al mismo tiempo, tendrá que hacerle repetir las cosas una y otra vez, porque lo más seguro es que Kimberly esté perdida o confusa.

—¿Puedo ofrecerle más dinero? Ya sabe, ¿una recompensa por su paciencia?

Quincy reflexionó sobre ello.

—No, dinero no es lo que quiere. Es la fama, el reconocimiento. Titulares, eso es lo que necesitamos.

—¿Adam Danicic? —preguntó Kincaid, frunciendo el ceño.

—No, el sujeto ya se ha puesto en contacto con Danicic. No vamos a darle nada que no pueda conseguir por sí mismo. Necesitamos a alguien más importante, quizá un periodista de investigación o un columnista conocido del periódico *The Oregonian.* Alguien cuyo nombre sea reconocible de inmediato y, sin embargo, pueda ser suplantado con éxito por el teniente Mosley.

—¿Qué pasa, es que no quiere al verdadero periodista presente? —cuestiono Kincaid, sarcástico.

—Ese será nuestro cebo. Tenemos en la sala a un periodista muy importante que ha venido hasta Bakersville para hablar con el sujeto en persona. Esta es la gran oportunidad del sudes para dejar constancia. Contar a todo el mundo su historia. Y, por supuesto, demostrar que no es un monstruo dejando que el periodista hable directamente con ambas víctimas.

Kimberly empezó a asentir.

—Eso podría funcionar. Les otorga a Rainie y Dougie un nuevo valor como rehenes. Está consiguiendo manipular a la policía, así como llamar más la atención.

—No es ninguna garantía, por supuesto. Debemos recordar que nuestro sujeto solo ansía atención. No le importa si es positiva o negativa.

—¿Cree que les haría daño con un periodista al teléfono? —preguntó Kincaid, tajante.

Quincy solo pudo encogerse de hombros.

—Hay asesinos en serie que envían trofeos de sus víctimas a los periódicos locales. Bienvenido a la era de los medios de comunicación. De verdad *es* una cuestión de fama, fortuna y una exquisita tarta de manzana.

—Próximamente en los mejores programas de telerrealidad —murmuró Kincaid.

—No demos ideas a los directivos de las productoras.

Quincy recogió sus notas y volvió a meterlas en su bloc. Volvió a ver el nombre de Lucas Bensen, pero siguió sin decir ni una palabra.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Candi.

Kincaid cerró la carpeta de un manotazo.

—Ahora… —respondió el encargado de la investigación—, vamos a dormir un poco.

29

Martes, 10:43 p. m., hora del Pacífico

Mac y Kimberly se dirigieron al Wal-Mart cercano en busca de ropa seca. Por desgracia, el hipermercado ya había cerrado. Recorrieron las oscuras calles de Bakersville una última vez antes de rendirse por fin y dirigirse al hostal donde Quincy les había reservado una habitación. Kimberly habría querido que su padre fuera con ellos, pero, por supuesto, se negó.

Tras su reunión con Kincaid, los tres se habían dirigido al coche de alquiler para celebrar su propia reunión de la unidad especial. La lluvia había amainado, convirtiéndose en una densa niebla que ninguno de ellos notaba ya.

Mac había avanzado algo en la investigación de Lucas Bensen. Había encontrado artículos del juicio de Rainie que señalaban que la víctima dejaba un hijo, Andrew Bensen, al que criaba su abuela materna, Eleanor Chastain. Le había costado encontrar datos sobre la madre de Andrew, pero parecía que Sandy Bensen había muerto antes de la desaparición de Lucas, lo que significaba que Andrew había pasado la mayor parte de su vida con su abuela. Resultaba curioso, pero ni Eleanor ni Andrew habían comparecido en el juicio de Rainie.

Al teclear «*Eleanor Chastain*» en el buscador de Google, habían aparecido varios números de teléfono de distintos estados, así como mapas de todos sus domicilios, cortesía de MapQuest. Internet seguía siendo el amigo favorito de un investigador. Aunque, claro, a todos los pervertidos también les encantaba.

Mac había elegido dos números de teléfono, uno en Eugene, Oregón, y otro en Seattle, Washington. Sin embargo, lo había conseguido a la primera con el de Eugene. A Eleanor pareció encantarle que un antiguo amigo de su nieto Andrew llamase para intentar localizarlo. No, no pudo ayudarlo. La última vez que vio a Andrew, el chico salía a toda velocidad del camino de entrada de su casa después de haberle robado el equipo de música.

Había oído rumores de que se había alistado en el ejército, y lo único que esperaba era que estuviera en Bagdad. Tal vez el servicio militar lograse hacerle algún bien al muchacho. Mientras tanto, si Mac lo encontraba, ¿podría recordarle a Andrew que aún le debía quinientos dólares a su abuela? Gracias. Y eso fue toda la información que había podido obtener de Eleanor Chastain.

Por lo que Mac había podido deducir, Andrew Bensen tendría casi veintiocho años, lo que le convertía en la edad adecuada para el perfil. El hurto también encajaba, aunque no parecía que Bensen se hubiera molestado en ir a la universidad. La verdadera pregunta seguía siendo: ¿se encontraba el tipo siquiera en el país?

Mac había dejado mensajes en las agencias de contratación de Portland. Sin embargo, lo más probable era que no tuviera noticias hasta la mañana siguiente. Y así había concluido la reunión familiar. Era tarde, y dormir parecía una idea tan buena como cualquier otra. Todos se levantarían al amanecer y la jornada siguiente sería crucial.

Kimberly había intentado una vez más que su padre los acompañara. Y, una vez más, se había negado.

Quincy había manifestado estar rendido, pero había añadido que solo necesitaba algo de tiempo a solas. Volvería a casa y se iría a la cama de inmediato.

Kimberly no lo había creído ni por un momento. ¿Dormir? ¿Su padre? Ya en ese instante, seguro que estaba deambulando de cuarto en cuarto, atormentándose con lo que habría pasado.

Algo parecido a lo que ella habría podido hacer, supuso, si no tuviera a Mac a su lado, con su mano entrelazada con la suya mientras conducían hacia el hostal en un agradable silencio.

Una vez dentro de la habitación, decorada con bonitos muebles de cerezo y un horrible papel pintado con motivos florales, Kimberly empezó a colgar su ropa mojada en los toalleros. Mac sacó una camiseta vieja de su bolsa y ella, agradecida, se enfundó en la enorme prenda, mientras quitaba con un secador de pelo la humedad de su atuendo, que solo admitía limpieza en seco. Puso la potencia al máximo, cerró la puerta del cuarto de baño y calentó el minúsculo espacio a más de doscientos grados. Era una sensación maravillosa. Se le formaban gotas de sudor en el labio superior, y los brazos iban relajándosele con una rítmica cadencia.

Salió del cuarto de baño y descubrió a Mac tirado encima de la cama de matrimonio, sin más ropa que unos bóxers a cuadros y una mirada de párpados entrecerrados que conocía demasiado bien. A pesar de lo tarde que era y de los acontecimientos del día, Kimberly sintió el consabido cosquilleo en el estómago. Ese era el lado positivo de una relación en la que nunca se veían lo suficiente, Mac solo tenía que entrar en una habitación y ella estaba dispuesta a poseerlo en el mismísimo momento. Y él todavía no se había quejado.

Luego, ella se acercó a la cama, consciente de cómo los ojos de Mac la seguían, deteniéndose en su pálido cuello, sus anchos hombros y sus pequeños pechos redondos.

—Bonita habitación —comentó Kimberly.

—Si te gusta la tela de chintz.

—Si la memoria no me falla, nos ha ido muy bien con el chintz.

—Cierto.

Kimberly se arrastró por la cama, con la parte superior de la camiseta lo bastante abierta como para revelar que no llevaba nada debajo.

—Ha sido un día largo —murmuró Mac.

—Y que lo digas.

—Inquietante.

—Y tanto.

—Entendería si necesitaras hablar.

—¿Hablar? ¿No te acuerdas? Soy la hija de mi padre —añadió Kimberly subiéndose encima de él.

El pecho de Mac era cálido y amplio. A ella le gustaba sentir su piel contra la palma de la mano, rozarla con la mejilla. Le acarició el cuello con la nariz, deleitándose con su aroma. Olía a jabón, aftershave y sudor. Ella debería ducharse, él también. Siempre habían sido muy considerados el uno con el otro, al ser amantes de fin de semana que podían permitirse el lujo de portarse lo mejor posible. Sin embargo, en ese instante Kimberly no quería dejarlo marchar. Necesitaba los planos duros de su cuerpo presionados contra el suyo. Quería oír los latidos de su corazón retumbando contra su oído. Quería saborear la sal de su piel y sentir el agudo aliento de su rápida respiración.

Estaba cansada. Sentía una tristeza muy profunda, difícil de entender, difícil de tocar. Había pasado gran parte de su vida en compañía de la muerte. Al principio, compartiendo a su padre con una lista de casos que parecían necesitarlo más que sus propias hijas. Después, con sus primeras incursiones en el despacho de su padre, colándose para coger sus libros de texto sobre homicidios y mirar todas las fotos. Darse cuenta a los trece años, cuando su propio cuerpo empezaba a brotar y madurar, de lo que unas pinzas podían hacerle a un pecho humano. Leer a los quince años todas las formas en que un comportamiento sexual desviado podía volverse

violento, sádico y cruel.

Se sumergía en estudios de casos, historias de depravación, resúmenes de los peores horrores cometidos contra mujeres y niños… No sabía cómo involucrar a su padre en su mundo, así que se volcó en el de él. Si aquellas víctimas eran los patrones exigentes de su padre, entonces ella también aprendería a luchar por ellas.

A tiempo para que su hermana muriera, para que su madre fuera asesinada y para que ella misma se encontrara en una habitación de hotel con la pistola de un loco acariciándole la sien. De niña, la violencia le arrebató a su padre. De adulta, esa misma violencia se lo devolvió.

Luego siguió sus pasos, como agente del FBI también, contando los días hasta estar capacitada para hacer perfiles. ¿Para qué? ¿Podría echar a perder su matrimonio, abandonar a sus hijos y convertirse en una isla perdida dentro de sí misma?

Besó a Mac con más intensidad. Él tenía las manos enredadas en su cabello, con su erección cálida contra los muslos de Kimberly, que se estrechó contra él. Mac le cogió las caderas con las manos.

—Shhh —susurró contra los labios de ella—. Shhh.

Kimberly tardó mucho en darse cuenta de que estaba llorando, de que el calor que sentía eran sus propias lágrimas deslizándose por sus mejillas y cayendo sobre el pecho del chico. Ella las besó también, siguiendo esa lluvia que corría por la clavícula de Mac y atrapando la sal en su lengua.

Después quedó de espaldas, con él inclinado sobre ella, apoyando el peso sobre las rodillas, y sus enormes manos levantándole la camiseta, deslizándola sobre su cabeza con increíble suavidad.

—¡Ahora! —ordenó con urgencia—. ¡Ya!

Pero él no hizo caso. Por mucho que Kimberly intentara agarrarse a sus hombros y enroscar sus piernas alrededor de la cintura. El hombre era un ejemplo perfecto de autocontrol. Le acarició el lóbulo de la oreja, le susurró por el cuello hasta que todo su cuerpo se inundó de la más deliciosa piel de gallina y ella sintió su propia piel con tal intensidad que gritaría si Mac no volvía a tocarla.

Tenía la cabeza junto al pecho de ella, y sus mejillas barbadas le rozaban con suavidad el pezón, a lo que seguía la relajante presión de sus labios. Kimberly tenía cuerpo de atleta, delgada, de caderas estrechas y pecho plano, Pero él la hacía sentir voluptuosa, con aquellas manos anchas y morenas extendidas sobre su pálido pecho blancuzco y la seda de su pelo haciéndole cosquillas en el vientre.

Al final se apiadó de ella, acomodó las caderas entre las piernas de Kimberly y su enorme cuerpo se meció contra el de su novia.

Ella abrió los ojos en el último momento. Observó a su amante, con la cabeza echada hacia atrás y los dientes apretados, mientras se perdía en el placer de su cuerpo. Y sintió, a través de su éxtasis, a través de su tristeza, un momento de ternura insoportable. Extendió las manos por la cara de Mac, deseando que se corriera para ver cómo el momento se reflejaba en sus facciones. Lo necesitaba para encontrar la liberación. Necesitaba saber que lograba hacer feliz a esta persona.

Y la presa se rompió. La insoportable presión que se acumulaba en el interior de Kimberly se disparó y se hizo añicos. Se hundía sin cesar, con los brazos y las piernas todavía alrededor de Mac y, al menos por un momento, fue suficiente.

Martes, 11:28 p. m., hora del Pacífico

—¿Sabes?, te ataría si pensara que iba a funcionar —reveló Mac un rato después—. Me daría golpes en el pecho, haría un despliegue de masculinidad y esperaría a que tú, la hembra más débil y sumisa, obedecieras.

Ella le propinó un golpe en el hombro.

—¡Ay!

—Eso por decir lo de «más débil». Y todavía estoy pensando en el castigo que voy a darte por lo de «sumisa».

Rodó sobre ella, inmovilizándola contra el colchón y sorprendiéndola con los repentinos movimientos.

—Soy más grande —replicó Mac en voz baja—. Soy más fuerte. Pero sé cuándo he encontrado a mi igual, Kimberly, y respeto tu necesidad de ayudar a tu padre. Entiendo que tienes que hacer lo que tienes que hacer, incluso si te pone en peligro.

Ella no sabía cómo responder. La habitación estaba a oscuras, con todo cerrado. Eso la salvaba de quedar demasiado expuesta, pero a él le brindaba la misma protección. Kimberly solo podía ver el brillo de sus ojos en la oscuridad. Pero, sobre todo, sentía el peso de las palabras que él no pronunciaba, de todos los miedos de los que ninguno de los dos hablaría jamás. Como todas las cosas que podrían salir mal al día siguiente, o tal vez al otro o el de después.

Ninguno de los dos temía por sí mismo, pero no sabían cómo no temer por el otro.

Mac se levantó de la cama. Ella observaba la silueta de su cuerpo, sombra contra sombra, mientras su novio rebuscaba en su bolsa de viaje.

Un momento después, volvió a la cama.

—¿Segundo asalto? —preguntó la joven, algo sorprendida. Pero lo que deslizó en la palma de su mano no era un condón. Era una cajita cuadrada, un estuche de alguna joya.

Al principio, Kimberly no entendía nada.

—Había planeado todo esto —explicó Mac de pronto—. Había reservado mesa en un restaurante especial de Savannah y hasta te había comprado un vestido. Saldríamos a cenar, el camarero traería champán y, delante de la orquesta, el personal y los demás comensales, me arrodillaría y lo haría como Dios manda.

»Está claro que no vamos a llegar a Savannah, y, para serte sincero, cuanto más tiempo paso contigo, más me parece que soy un afortunado de estar en un hostal entre tanta granja lechera. Si hay estrellas de la suerte en el cielo, tu familia no nació bajo su brillo.

Se pasó una mano por el pelo, sonaba más nervioso de lo que ella lo había oído jamás.

—Así que lo que estoy tratando de decir, por supuesto, lo que quiero decir es… ¡Oh, joder! —Volvió a bajarse de la cama, y esta vez se arrodilló y le cogió la mano—. Kimberly Quincy, ¿quieres casarte conmigo?

—Pero estoy desnuda —contestó de manera bastante absurda.

—Lo sé. Es parte de mi estrategia. Estando desnuda, no puedes huir.

—De alguna manera, siempre pensé que, cuando llegara este momento, estaría vestida.

—Cierto, pero, si te sirve de consuelo, no me importa.

—Y también estoy cansada y de mal humor.

—Eso tampoco me importa.

—De verdad no te molesta, ¿no?

—Ah, nena, te quiero de mal humor, hostil, armada, peligrosa y de cualquier otra forma que

pueda tenerte. Hasta he organizado ya una apuesta sobre cuánto tardarás en darle una patada en el culo a Candi Rodríguez.

—La verdad es que me cae muy mal —coincidió Kimberly al instante.

—Esa es mi chica.

Mac se acercó y encendió la lámpara de la mesilla de noche. Luego, con unas manos que temblaban casi tanto como las de ella, abrió despacio el estuche, que seguía posado en la palma de la mano de Kimberly.

El anillo era antiguo, un diseño vintage de platino con pequeños diamantes. Nada atrevido, nada llamativo. Kimberly pensó que era el anillo más bonito que había visto jamás.

—Era de mi abuela —añadió Mac en voz baja—. Si no te gusta, siempre podemos modificarlo…

—¡No!

—¿Que no quieres casarte conmigo? —preguntó un poco asustado.

—¡No! Quiero decir, sí. Sí, me casaré contigo, pero no, ¡no te atrevas a tocar ese anillo! Bueno, en realidad, sí, toca ese anillo, pero para deslizarlo por mi dedo, tonto. Pónmelo.

Y así lo hizo. Luego, ambos se quedaron sentados, desnudos por completo, admirando el anillo durante un buen rato.

—Es precioso —susurró Kimberly.

—Tú eres lo más bello del mundo para mí, Kimberly. Caray, te quiero tanto que me aterra perder la cabeza.

—Yo también tengo miedo.

—Entonces, nos lo tomaremos con calma. Yo solo… quería darte el anillo esta noche.

—Te quiero, Mac —expresó con solemnidad, y luego se inclinó hacia delante y lo abrazó hasta hacerle daño. Entonces ambos miraron el anillo, que seguía brillando en el dedo de ella, y ambos comprendieron.

—No puedo llevarlo mañana —susurró.

—Lo sé.

Levantó la vista, comprendiendo de nuevo las palabras que no se decían.

—Abrázame, Mac.

La tomó en sus brazos. Luego Kimberly se quitó el anillo y lo devolvió a su estuche sin mediar palabra.

30

Martes, 11:42 p. m., hora del Pacífico

Quincy no podía dormir. Se puso a deambular por la casa, explorando las distintas estancias, como si fuese a poder recuperar el recuerdo de su mujer, sentada en esa silla, bebiendo de aquella taza o utilizando ese escritorio. No funcionó. El espacio era demasiado grande, sombrío y vacío. A cada lugar que iba, solo recordaba que Rainie ya no estaba allí.

Se dirigió a su estudio y leyó las notas que Mac había escrito sobre Andrew Bensen. Si el hombre tenía alrededor de veintiocho años en ese momento, entonces debía haber sido un niño pequeño cuando su padre desapareció. Era difícil decir cómo pudo algo así haber afectado a un niño. Por un lado, se vio obligado a crecer sin padres, y por otro, teniendo en cuenta el estilo de vida de Lucas Bensen, nadie denunció su desaparición. Al parecer, ni siquiera sus amigos lo echaron de menos.

Claro que veintitantos años después Andrew se habría enterado de toda la historia: que Lucas violó a la hija de dieciséis años de su novia y qué mató a su novia cuando se enfrentó a él después de enterarse de ello. Luego regresó a la casa, lo más seguro que para atacar de nuevo a Rainie, pero ella le disparó y enterró el cadáver bajo la terraza trasera para que nadie supiera lo que había hecho.

La historia de Rainie resultó bastante convincente para un jurado popular. Pero ¿cómo se habría tomado Andrew la noticia? Ni él ni su abuela asistieron al juicio. Quizá Lucas Bensen no les importaba lo suficiente.

Quincy no sabía qué pensar.

Le dejó un mensaje a una antigua amiga de Quantico. Los oficiales militares de Mac no le devolverían la llamada hasta las nueve de la mañana, hora del Pacífico En cambio, a Glenda Rodman le gustaba estar en su despacho a las ocho en punto de la mañana, hora de la costa este, lo que significaba que Quincy podría programar una llamada para las cinco más o menos. Teniendo en cuenta la situación, las cuatro horas de diferencia le serían de gran ayuda. Su última llamada fue local. La hora iba mucho más allá de lo socialmente apropiado, pero a Quincy le dio igual

El exdetective de la Policía Estatal de Oregón Abe Sanders contestó a la primera señal. Quincy sospechaba que Sanders no dormía muy bien esos días. Era irónico, teniendo en cuenta que Sanders había dejado la policía estatal en busca de una vida más tranquila.

—¿Qué demonios puede pasar en Astoria? —había dicho Sanders a Rainie y Quincy durante una cena, dos años atrás, cuando anunció que aceptaba el puesto en la pintoresca ciudad costera —. Unos cuantos robos, algún tráfico menor de drogas y varias travesuras turísticas. No habría conseguido nada mejor ni mudándome a Bakersville.

Esa noche habían brindado por él y por su encantadora esposa. En los días en que la vida era más feliz para todos ellos.

—¿Qué? —respondió Sanders, con voz alerta y exigente.

—¿Duermes con el teléfono en la mano o ni siquiera te molestas en irte a la cama?

—Solo estaba viendo las noticias. —Sanders pareció relajarse al oír la voz de Quincy, que no se molestó en mencionar que las noticias de la noche habían terminado hacía quince minutos.

—Quería hacer un seguimiento de nuestro encargado de mantenimiento favorito —explicó

Quincy.

—Qué curioso, eres el segundo que llama hoy preguntando por Duncan. El primero ha sido un viejo amigo de la Policía Estatal de Oregón, Kincaid. No lo conocerás, ¿no?

—De hecho, estamos trabajando juntos.

—Un caso de secuestro, ¿verdad? ¿Ya ha recurrido a Rainie y a ti? Vaya, el negocio de la lotería debe estar en auge si el estado puede permitirse contratar asesores con tal rapidez. En mis tiempos, nos apretábamos el cinturón y no gastábamos ni un céntimo de más.

Sanders se refería al hecho de que, por primera vez en la historia de la agencia, la policía del estado contaba por fin con ingresos asegurados, que procedían de la Lotería Estatal de Oregón. La legislación resultó ser una buena noticia para la policía estatal y algo aún más divertido para el público. Todo el mundo bromeaba con que a partir de entonces los agentes empezarían a repartir boletos de «rasca y gana» con cada multa por exceso de velocidad. Mientras diera dinero.

Lo que Quincy consideraba más relevante era que Kincaid había contactado con Peter, pero se había negado a proporcionar detalles sobre el caso. Qué propio de un agente de las fuerzas del orden, traspasar los límites jurisdiccionales sin delatar a nadie. Por un momento, Quincy los odió a todos.

—Pensé que sería mejor llamarte yo mismo —le dijo por fin a Sanders.

—Bueno, voy a contarte lo que le dije a él: todavía no tenemos nada. Lo más que podemos decir es que el bueno de Duncan pasa la mayor parte del día sentado en su casa rascándose las pelotas y luego aparece por la noche en la de su madre para cenar. Aún lo llama su bebé. Los vecinos lo odian a muerte.

—¿Está bajo vigilancia?

—No de manera oficial, pero tengo suficientes efectivos para que los chicos sigan dando una vuelta por ahí. No podemos dar cuenta de cada segundo de su día, pero conocemos gran parte.

—¿Y hoy?

—Un día más en casa de los Duncan.

—¿Y esta noche?

—No tengo a nadie vigilándolo esta noche. —La voz de Sanders se tornó cautelosa—. ¿Debería?

—Tenemos una situación complicada en marcha —explicó Quincy de forma tajante—. La próxima comunicación con el sujeto está prevista para las diez de la mañana. Si Duncan está de verdad involucrado, eso significa que tendría algunos asuntos de los que ocuparse esta noche, o a primera hora de la mañana. En otras palabras, sería útil controlar lo que haga Duncan en las próximas veinticuatro horas. Aunque eso solo significase descartarlo como sospechoso.

—Podría organizarlo.

—Lo consideraría un favor personal.

—Bueno, no te pongas sentimental conmigo. Pero tengo que decir, Quincy, que no lo entiendo. ¿Crees que Duncan secuestró a una mujer por dinero? Vamos, viste la escena del crimen. Si Duncan puede conseguir a una mujer sola, no es dinero lo que tiene en mente.

Quincy debía contárselo. No sabía por qué no se lo había dicho. Pero en ese momento, sentado en el oscuro espacio de su estudio, con los ojos clavados en la foto de su hija, no pudo formular la frase: «Rainie ha desaparecido». Ya no tenía fuerzas para escuchar esas palabras en voz alta.

—Gracias —se limitó a decir Quincy. Colgó el teléfono y permaneció sentado en soledad, a oscuras.

Más tarde, llegó al dormitorio, que tenía las sábanas revueltas y el montón de ropa tirada de Rainie. Empezó por el rincón y lo lanzó todo sobre la cama de forma metódica. Vaqueros viejos, ropa interior sucia, calcetines usados…, le dio igual. Cubrió la cama con la ropa sucia de Rainie.

Luego se paró en la puerta y empezó a desvestirse. Su chaqueta húmeda, su camisa arrugada, su corbata flácida… Se despojó de su uniforme de investigador prenda a prenda, hasta que al final solo quedó el hombre. Quincy tenía por costumbre meter la ropa en el cesto o devolverla a su percha. Esa noche, dejó todas las prendas en un montón caótico, un bulto de piel desprendida.

Luego cruzó la habitación, se arrastró desnudo por completo hasta el montón de ropa de Rainie y se enredó entre las sábanas. Sintió la suavidad de las sudaderas de algodón, los pijamas de franela y la ropa interior de satén. Su mano encontró el edredón y se enrolló en un capullo de tela, desesperado por el olor de su mujer, por sentirla presionada contra su piel.

Había desaparecido. Secuestrada, atada, desarmada, con el pelo cortado y Dios sabía qué más. Solo, en el silencio de la habitación que una vez compartieron, Quincy pudo sentir que la enormidad de todo aquello por fin lo atrapaba. Su mente era un revoltijo de imágenes: Rainie la primera vez que sonrió para él, Rainie con el ronroneo satisfecho de un gato en los segundos posteriores a hacer el amor, Rainie llorando cuando él se arrodilló para pedirle matrimonio. Rainie y la mirada dulce y embelesada de sus ojos el día que llegó la foto de la hija que pronto adoptarían.

Rainie feliz, Rainie triste. Rainie negando furiosa cuando él la acusó de haber empezado a beber. Rainie con aquel aspecto tan desolado mientras permanecía junto a la ventana después de una de sus pesadillas y él respetaba su intimidad fingiendo dormir.

En ese momento, Quincy lamentaba todo aquello. Lamentaba haberle dado espacio. Lamentaba haberle dado tiempo. Lamentaba no haberla encerrado en esa maldita habitación con él y haberla obligado a contar todo lo que le pasaba por la cabeza.

La había amado, la había adorado y había confiado en ella.

En ese instante, en retrospectiva, se daba cuenta de que aún no había sido suficiente.

El amor no lo arreglaba todo. El amor no curaba todas las heridas. El amor no te garantizaba que nunca te sentirías solo.

Tenía la sudadera de Rainie en las manos, esa vieja sudadera azul del FBI que ella le había requisado para ponérsela por casa. Se la acercó a la cara y aspiró con profundidad, tratando de captar su fragancia.

Entonces reunió todas sus fuerzas. Canalizó su concentración y, con toda la voluntad que un hombre podía reunir, lanzó: «*Rainie, por favor, mantente a salvo*».

Pero, cuando abrió los ojos, la habitación continuaba a oscuras y el aire seguía frío. Y nada en la cama podía devolverle la sensación de tener a su mujer cerca.

31

Miércoles, 12:03 a. m., hora del Pacífico

—¿Ves esa lámpara de ahí arriba? —le preguntó Rainie a Dougie—. Rompámosla.

—¿Romperla?

—Reventarla en mil pedazos.

—De acuerdo —respondió Dougie.

La lámpara en cuestión eran dos tubos fluorescentes largos encerrados en una rejilla metálica abierta. Estaba montada justo encima de la entrada del sótano y casi no se distinguía en el halo resplandeciente de la puerta. Por lo que Rainie podía ver, era la única luz del sótano. Si la rompían, su secuestrador no tendría más remedio que unirse a ellos en la oscuridad.

A Rainie le gustaba la idea. Quería que el hombre bajara por esas escaleras oscuras. Quería verlo dar tumbos por su húmeda y fétida prisión, golpeándose contra el banco de trabajo y resbalando en el húmedo suelo de cemento. Quería reducirlo a su nivel con una rabia feroz que la hacía insensible a las palpitaciones de sus sienes, a las extrañas y dolorosas corrientes que le subían y bajaban por el costado izquierdo y a las punzadas de hambre que ahora le retorcían el vientre.

Tenían un problema: no podían alcanzarla porque estaba demasiado alta. Había una solución: bastaría con lanzar cualquier piedra vieja o trozo de escombro a través de la rejilla metálica. Ella y Dougie habían pasado su tiempo haciendo saltar piedras sobre el agua. Rainie pensó que podían conseguirlo, así que empezaron a rebuscar en los charcos poco profundos que había por el suelo. En el mundo de Dougie, buscar piedras siempre era una buena idea.

Dougie había renunciado a soltarse las muñecas. Morder las bridas de plástico no había servido y tampoco friccionarlas contra la esquina del banco de trabajo de madera. En lugar de eso, trabajó como Rainie, inclinado hacia delante y las manos colgando delante de él.

Rainie podía percibir cómo el pequeño temblaba de frío, y su propio cuerpo respondió con un temblor que le hizo castañetear los dientes. Ya no sentía los dedos de las manos ni de los pies. Se le había entumecido la nariz y, poco a poco, iba perdiendo el resto de la cara. Su temperatura corporal seguía descendiendo, al igual que la de Dougie. Muy pronto sentirían las piernas pesadas y los ojos cargados. Sentarse en las escaleras, tal vez acurrucarse en el banco de trabajo, parecería lo más sencillo.

Sus corazones exhaustos comenzarían a ralentizarse. Sus sistemas se apagarían, circularía menos sangre, bombearían menos oxígeno, y ahí acabaría todo. Cerrarían los ojos y no tendrían que volver a preocuparse por nada.

Rainie se encontró pensando que sería un final pacífico, lo que solo hizo que se disgustara consigo misma. Si iba a morir, quería tener la oportunidad de llevarse al Superimbécil con ella. Pataleó, movió los dedos y, por puro impulso, se echó los brazos a la cabeza y barritó como un elefante.

Dougie soltó una risita.

Entonces Rainie volvió a barritar.

—¡Soy el rey elefante! —gritó Dougie, lanzándose en estampida por el suelo del sótano, salpicando agua y emitiendo un feroz rugido de elefante, y Rainie lo siguió. Chocaron con la pared, barritaron juntos y luego se dieron la vuelta y corrieron en dirección contraria. Los

pulmones de Rainie se agitaron y el corazón le latía con fuerza. No se había sentido tan bien en días.

Redujeron la velocidad, tratando de recuperar el aliento. Ser un elefante era mucho más difícil de lo que parecía, y no les proporcionaba ninguna munición. Así que volvieron a pasar los dedos por los charcos poco profundos que cubrían el suelo del sótano, en busca de piedras.

—¿Cómo sientes la cabeza? —preguntó Rainie entonces, al encontrar el momento oportuno, cuando Dougie parecía odiarla un poco menos.

Él se limitó a encogerse de hombros. Esa era su respuesta a la mayoría de las cosas. Durante una de sus excursiones, Dougie se cayó desde una altura de metro y medio al intentar trepar un árbol. Rainie corrió hacia él, esperando ver lágrimas, o al menos un hipo contenido con valentía, pero el pequeño se limitó a sacudirse el barro, las hojas y la sangre, y luego volvió al árbol. Lo había visto hacer lo mismo en muchas otras ocasiones.

Dougie parecía indiferente al ámbito físico. Dolor, frío, calor, hambre… Nada lo molestaba. Cuando Rainie se lo mencionó a Quincy, este desenterró un estudio de investigación sobre cómo algunos niños, en situaciones de maltrato crónico, aprendían a desconectarse de su propio cuerpo. Le dijo que era una forma de sobreponerse. Sus agresores les pegaban y los niños no sentían nada, de manera literal.

Aquella fue la primera vez que Rainie empezó a preguntarse por Stanley Carpenter, a pensar que tal vez Dougie decía realmente la verdad. Sin embargo, la falta de pruebas físicas seguía siendo desconcertante. Si Stanley pegaba a su hijo de acogida, ¿no debería Dougie tener moretones?

Unas semanas atrás, sin embargo, había tenido una revelación sorprendente sobre aquel enigma. Fue justo después de eso cuando Dougie empezó a odiarla de veras.

—No encuentro ninguna piedra —anunció entonces Rainie—. ¿Y tú?

—No.

Dougie empezó a chapotear en el suelo mojado. Lo mantenía distraído y, con suerte, entraría en calor.

—Parece extraño —murmuró Rainie—. Uno se imagina que en un sótano pueden encontrarse todo tipo de cosas. Herramientas abandonadas, juguetes viejos, escombros olvidados… Supongo que nuestro amigo se ha ocupado de la limpieza.

Dougie dejó de chapotear. En la penumbra, pudo verlo fruncir el ceño.

—Dougie —dijo Rainie en voz baja—, sabes que yo era policía, ¿verdad? Me han entrenado para este tipo de situaciones. Voy a sacarnos de aquí.

—Estás herida.

—No hace falta tener pelo para escapar de un sótano —replicó ella con ligereza.

Dougie posó la mirada en sus brazos. Había palpado los cortes y entendió todo.

—Esto es lo que vamos a hacer —declaró Rainie con energía—. Vamos a romper esas bombillas. Después, vamos a golpear con fuerza esa puerta, y a exigir comida y agua y algo de ropa de abrigo. Vamos a armar tal estruendo que no tendrá más remedio que abrirla. Y, luego, vamos a jugar al escondite.

—No me gusta el escondite.

—Pero este juego va a estar bien, Dougie. El hombre vendrá a buscarnos y nosotros huiremos de él. Seremos fantasmas, revoloteando de aquí para allá, más rápidos que el ojo. Antes de que se dé cuenta, subirás corriendo las escaleras, pum, pum, pum. Una vez arriba, quiero que corras tan rápido como puedas, salgas de esta casa y acudas al vecino más cercano que puedas encontrar.

Entonces solo tendrás que pedirles que llamen a la policía, y ellos se encargarán a partir de ahí.

Dougie no era tonto.

—Si yo fuera el hombre, llevaría una pistola —manifestó—. Desde luego que tendría al menos una pistola. Y tal vez una serpiente.

—El hombre y su pistola… y su serpiente son mi problema, Dougie. Solo quiero que te centres en subir corriendo las escaleras.

—Me gustan las serpientes.

—Muy bien, este es el trato: si trae una serpiente, puedes enfrentarte a la serpiente, pero, si trae un arma, entonces sube corriendo las escaleras. ¿Lo juras?

Dougie consideró su oferta y al final asintió. Se escupió en las palmas de las manos y se las frotó. Rainie se escupió en las suyas y se las frotó. Después se estrecharon las manos. Era la versión de Dougie de un voto solemne. Ya lo habían hecho una vez, cuando Dougie se ofreció a enseñarle su escondite de tesoros secretos y ella juró no decirle nunca a nadie dónde estaba.

Aún recordaba aquella tarde. La niebla gris que envolvía los árboles cubiertos de musgo. El viejo roble retorcido con un nudo hueco del tamaño justo para meter una fiambrera de metal. La mirada impasible de Dougie mientras sacaba la foto carbonizada de su madre y su rosario cubierto de hollín.

—Mi madre está muerta —le contó Dougie, la única vez que habló de ella delante de Rainie—. Así que vivo con otras familias… hasta que quemo cosas. A la gente no le gusta eso.

—¿Por qué prendiste fuego a la foto de tu madre, Dougie? Creo que eso la pondría muy triste.

—Mi madre está muerta —repitió Dougie, como si Rainie no lo entendiera—. Los muertos no sienten nada. Los muertos no se ponen tristes.

Luego miró a Rainie a los ojos y rompió la foto de su madre por la mitad. Rainie captó el mensaje. En el mundo de Dougie, los muertos eran los afortunados. Pero ella estaba dispuesta a apostar a que, si hubiera regresado a hurtadillas al escondite de tesoros esa misma semana, habría encontrado la maltrecha foto pegada con cinta adhesiva. Porque Dougie aún pertenecía a la tierra de los vivos, y aún sentía cosas, por mucho que lo odiara.

Rainie y Dougie volvieron a la escalera. Sin munición que arrojar a las lámparas, solo se le ocurrió otra cosa que hacer.

—Dougie, si te sentaras sobre mis hombros, ¿crees que podrías alcanzar esas bombillas?

Los ojos de Dougie se iluminaron en la oscuridad.

—¡Sí!

—Cogeremos las tiras de algodón —decidió Rainie—, y te las enrollaré alrededor de las manos. Te subes a mis hombros, y luego con los puños, a ver si puedes romper las bombillas o sacarlas de ahí.

—¡Sí!

Claro que, sin poder utilizar las manos, subir a Dougie sobre sus hombros era más fácil de decir que de hacer. Dougie se mantuvo en equilibrio en el escalón más alto y Rainie estaba tres escalones más abajo. El pequeño abrió las piernas. Ella se inclinó y se lo colocó con cuidado sobre los hombros.

Muy despacio, se enderezó. Con los brazos doblados por el codo, podía agarrarle los tobillos, pero, al tener las muñecas atadas, sus movimientos eran limitados, lo que hacía imposible contrarrestar cada movimiento que el niño hacía. Tuvo la imagen de Dougie inclinándose demasiado hacia atrás y ambos cayendo por las escaleras.

Estuvo a punto de decir algo, pero en el último momento se contuvo. Dougie era impredecible

incluso en los mejores momentos; ella no quería darle ideas.

El pequeño se contoneó un poco de lado a lado sobre sus hombros, intentando acomodarse.

—Ya está —dijo él hacia abajo.

Con mucho cuidado, Rainie subió hasta arriba.

—¿Y bien? —preguntó sin aliento, con el cuello dolorido y las piernas temblorosas.

—¡Puedo tocarlas! —informó Dougie triunfante.

—Entonces, allá vamos.

Podía sentir cómo él se estiraba hacia arriba, cómo su cuerpo alcanzaba el vacío negro que había sobre ellos. Por un momento, sintió que el peso se aligeraba de sus hombros y comprendió que debía estar medio colgado de la rejilla metálica. Oyó un crujido y luego una carga de polvo. Rainie se mordió el labio inferior para contener el estornudo.

—Está… atascada —jadeó Dougie.

—Entonces, rompe los tubos. Aplástalos con los dedos. No tiene por qué quedar bien. Pero, Dougie… date prisa.

La extraña y dolorosa sensación volvía a su lado izquierdo, como si corrientes eléctricas jugaran al ping-pong enloquecidas por su pierna. Sufrió un espasmo en la rodilla izquierda y, por un momento, temió que se le doblara y toda la pierna cediera. Apretó los dientes y luchó contra el dolor. «Solo esta vez, por el amor de Dios. Solo esta vez…».

Pudo sentir humedad en los brazos. Las heridas provocadas por el cuchillo se habían abierto y habían empezado a sangrar.

Y entonces oyó el leve tintineo de cristal al romperse.

—¡Las tengo!

Dougie perforó la primera bombilla, luego la segunda.

—¡Oh, gracias a Dios! —Rainie bajó un escalón, luego otro, colapsando hacia delante, y depositó al niño por encima de ella—. ¡Buen trabajo! Ahora solo tenemos que…

La puerta del sótano se abrió. Rainie tuvo al instante la impresión de ver una luz deslumbrante que rodeaba a una figura de negro. Entrecerró los ojos de forma instintiva, alzando los brazos para protegerse la vista.

—¡Pero qué mierda…! —exclamó el hombre.

—¡Dougie, corre! —se oyó Rainie a sí misma gritar. Se lanzó escaleras arriba y su hombro chocó con la puerta justo cuando el hombre reaccionó y se apresuró a cerrarla de golpe. Durante un angustioso instante, quedó suspendida en el último escalón, inclinándose de forma peligrosa hacia delante mientras la puerta ejercía presión contra ella. Tenía los ojos cerrados, con las retinas ardiendo por la repentina luminosidad después de haberse encontrado tanto tiempo a oscuras. Pudo sentir movimiento contra sus piernas, a Dougie arrastrándose hacia delante.

La presión que sujetaba la puerta desapareció de repente. Rainie perdió el equilibrio y se tambaleó hacia delante.

La luz se extinguió con la misma rapidez con la que llegó. El hombre apagó el interruptor y huyó por el pasillo.

—¡Dougie! —gritó Rainie con urgencia. Pero no hubo respuesta.

Se acercó a tientas a la pared, intentando orientarse. Cuando abrió los ojos, su visión estaba salpicada de puntos blancos.

«Mejor sin luz», pensó. A esas alturas del partido, la luz no era su amiga.

En lugar de eso, se abrazó una vez más a la oscuridad, empezando a distinguir la forma rectangular de una ventana y de dos electrodomésticos. Una lavadora y una secadora, determinó.

Estaba en un pequeño lavadero, con una puerta que daba al sótano. ¿Y Dougie?

Agudizó el oído, pero seguía sin percibir nada. Lo único que podía hacer era rezar para que él recordara su plan y saliera corriendo por la puerta principal. Era joven, rápido e ingenioso. Si conseguía salir de la casa, le iría bien.

Rainie caminó por la estancia y encontró otra puerta. Estaba cerrada con llave. Buscó el cerrojo, pero no lo encontró. No sabía lo que eso significaba.

Solo había una salida, y era por el vestíbulo.

Se puso de rodillas y comenzó a gatear.

Era una cocina pasillo, determinó. Estrecha, con una ventana alargada sobre el fregadero. No veía la luz de la luna. Pero sí pudo escuchar el tamborileo constante de más lluvia. Se escabulló junto a los fogones, vio la hora en la pantalla digital y se sobresaltó un instante. Eran las doce y media de la noche. ¿Llevaba un día desaparecida? ¿O eran dos?

Tenía que llamar a Quincy y decirle que estaba bien, que saldría de aquello. Y entonces se le ocurrió. Lo que necesitaba era un cuchillo.

Abrió de un tirón el armario más cercano, revolvió con las manos de forma frenética entre los objetos de cristal y un rayo de luz la inmovilizó al instante.

—Bueno, bueno, bueno… ¡Mira esto!

Rainie se giró despacio, con las manos ya aferradas al único arma que logró encontrar. Se quedó mirando al haz de luz de una linterna. Detrás, distinguió la silueta oscura del hombre. A su lado, sujetaba a Dougie, que se agitaba sin parar.

—Como te había dicho, chico —comentó el tipo en voz baja—. Esta mujer no es más que una borracha.

Al instante, Rainie siguió la luz, solo para descubrir que se había topado con el mueble bar, y justo en ese momento, su mano estaba enroscada alrededor de una botella de Jim Beam.

Rainie tragó saliva. No sabía qué decir. Había sido puramente accidental. Salvo que, en alguna pequeña parte de su cabeza, le aterrorizaba que no fuera así. Agarró la botella con más firmeza.

—¡Suéltalo! —ordenó ella con brusquedad.

—No creo que estés en situación de negociar.

—Claro que sí —replicó, levantando la botella y arrojándola. El cristal se hizo añicos al golpear la linterna. Rainie oyó el rugido encolerizado del hombre. Saboreó el whisky que había salpicado sus labios. De verdad era dulce… y de verdad quería más.

Saltó hacia delante, agarró a Dougie y salió corriendo hacia la puerta. Dio dos pasos y el pie del hombre chocó con su rodilla izquierda. Se desplomó con fuerza, sintiendo cómo algo se retorcía y luego se desgarraba. De forma frenética, barrió el suelo con las manos, buscando un arma, un asidero, cualquier cosa. Solo encontró cristales rotos.

—¡Dougie, corre!

Sin embargo, una vez más, se acabó antes de empezar. El hombre agarró a Dougie por los brazos y lo levantó de un tirón. Dougie protestó con furia, golpeando a su atacante. Pero pesaba poco más de veinte kilos, y no podía contra un adulto.

—¡Suéltame! —aulló Dougie.

El tipo le dio un golpe a Dougie en la mejilla y el chico se derrumbó. Ya solo quedaba el hombre sonriendo a Rainie, que se arrastró hasta ponerse a cuatro patas. No sabía por qué. Tenía la rodilla destrozada, nunca volvería a correr, pero todavía podía gatear. Levantó la cabeza y se abalanzó hacia delante.

El hombre le dio una patada en la barbilla y Rainie cayó como una roca, saboreando la sangre y

el alcohol.

«Levántate, levántate —pensó con desesperación—. Haz algo».

Pero la cabeza le pesaba demasiado y la pierna le palpitaba. No le quedaba nada.

El hombre se arrodilló junto a ella.

—Rainie —le susurró al oído—, voy a disfrutar de veras con esto.

La puso en pie de un tirón. Un dolor desgarrador le recorrió la pierna. Un pensamiento final la asaltó y la hizo sonreír… Después de todo, ella iba a reír la última.

Luego se desmayó, dejando al hombre furioso y solo por completo.

32

Miércoles, 4:28 a. m., hora del Pacífico

Quincy había programado su despertador para las cinco. Se levantó a las cuatro y media, se puso unos pantalones cortos de nailon, una camiseta de corredor y una chaqueta ligera, y salió a correr. Recorrió cinco kilómetros por la sinuosa carretera secundaria donde él y Rainie vivían. La lluvia le bañaba la cara, rodaba por sus mejillas y le salpicaba las piernas.

Le dolían los costados y el estómago le rugía. Corrió por la carretera desierta, por las curvas serpenteantes. Asustó a dos ciervos, que respondieron a su brillante chaqueta amarilla corriendo hacia el bosque.

Alcanzó la marca de los cinco kilómetros, dio media vuelta y regresó, trotando cuesta arriba y haciendo que le ardieran las piernas.

A las cinco y cuarto de la mañana, estaba de vuelta en casa y en la ducha.

A las cinco y media, la agente especial de supervisión Glenda Rodman le devolvió la llamada. Era una agente experimentada, tan reservada y sobrecargada de trabajo como Quincy, por lo que no se molestó en hacer cumplidos:

Andrew Bensen se había alistado en el ejército hacía tres años y había servido uno en Irak. Habían llamado a filas a su unidad hacía seis meses, pero él no se había presentado, y en este momento lo consideraban ausente sin permiso. Glenda ya había hablado con un contacto en el Pentágono, pero no tenían ninguna pista.

Andrew medía un metro ochenta y tenía cabello castaño y ojos marrones. En la parte superior del hombro izquierdo llevaba un tatuaje de *American Chopper*. Le gustaba su Harley y era conocido por frecuentar bares de moteros. Antes de ausentarse sin permiso, su expediente militar estaba limpio, aunque no era impresionante. A sus compañeros les caía bien y a sus oficiales les parecía rápido y colaborador. La misión en Irak no le favoreció mucho. Al menos un oficial observó que mostraba signos de trastorno de estrés postraumático. Sin embargo, Bensen nunca se había puesto en contacto con su oficina de veteranos correspondiente.

Y eso es todo lo que pudo contarle sobre el soldado Andrew Bensen.

Quincy agradeció a Glenda su tiempo, colgó el teléfono y se vistió. Se puso un traje azul marino, camisa blanca almidonada y una corbata diseñada por Jerry García, roja, naranja y turquesa. Rainie le había regalado la corbata una Navidad en plan de broma. La llevaba siempre que sentía que necesitaba suerte.

A las cinco y cuarenta y cinco, se dirigió a la sala del grupo de trabajo. Kincaid ya estaba allí.

Kimberly se había levantado a las cinco. Se duchó durante lo que le pareció una hora, aunque lo más seguro es que fueran solo cinco minutos. Ya tenía los hombros tensos y su cuerpo bombeaba adrenalina sin control. Le apetecía salir a correr, pero reservó la energía para más tarde, para cuando más la necesitara.

A las cinco y veinte, sacó a Mac de la cama haciéndolo rodar. Él aterrizó en el suelo con un «ay», pero seguía negándose a abrir los ojos. Kimberly siguió el método tradicional y le hizo cosquillas. ¿Quién iba a decir que un hombre adulto podía tener tantas cosquillas bajo la barbilla?

Eso, por supuesto, llevó a Mac a algún que otro toqueteo entusiasta, pero ella le apartó las manos de encima y lo envió a la ducha.

Sola en la habitación, se sentó en el borde de la cama y estudió una vez más el anillo de compromiso. Se lo puso y lo admiró a la luz. Pensó en su madre, que no había vivido para ver ese día, y en su hermana mayor, Mandy.

Luego cerró el estuche del anillo, lo escondió en su bolsa de viaje y recogió su ropa.

A las cinco y cincuenta, ella y Mac salieron y cargaron el coche. El chico no era una persona madrugadora, así que Kimberly se sentó al volante. Acababan de cerrar las puertas cuando él comenzó a hablar.

—He estado pensando en el caso Astoria —comentó—. El doble asesinato de agosto.

—El caso que afectó a Rainie.

—Así es. Me preguntaba si es pura coincidencia que hayan secuestrado a Rainie después de trabajar en un caso tan inquietante.

—A menos que el hecho de que haya estado tan alterada la haya convertido en un blanco más vulnerable.

—Es posible. Ayer le hice algunas preguntas a tu padre.

—¿Y…?

—Y creen saber quién lo hizo. Las víctimas vivían en un dúplex, de cuyo mantenimiento se ocupaba un chico de la zona llamado Charlie Duncan. Duncan es un joven de veintiún años que abandonó el instituto. Tiene fama de ser bueno con las manos, pero no muy aficionado a la higiene corporal. Vive solo en un estudio de otra propiedad del mismo casero. Los vecinos lo consideran tranquilo, aunque quizá algo siniestro. Tiene tendencia a presentarse en las viviendas de las inquilinas sin avisar y entrar con su llave maestra. El casero comentó que estaba trabajando con Duncan en sus «habilidades de comunicación».

Kimberly puso los ojos en blanco.

—Esta es la cuestión —añadió Mac—. Se encontraron huellas dactilares de Duncan por toda la escena del crimen, lo mismo que huellas de sangre de sus zapatos. Pero tenía una coartada a medida… es el encargado de mantenimiento. Claro que hay huellas dactilares suyas por la propiedad, y fue él quien dio el aviso de los cadáveres: dijo que los descubrió cuando se acercó a cambiar una bombilla.

—¿Cambiar una bombilla? ¿Es que una joven madre soltera está tan desamparada que tiene que llamar al encargado de mantenimiento para que le cambie una bombilla fundida?

—El tipo no es muy inteligente —reconoció Mac—, pero hace su trabajo. Lo que hace que me pregunte, por supuesto, si no ha seguido adelante con su ola de crímenes.

—No encaja en el perfil —repuso Kimberly de inmediato.

—Es de clase socioeconómica baja y tiene una conexión con Rainie.

—Estás asumiendo que sabe que ella está involucrada en la investigación.

—A Duncan le gusta pasarse por el dúplex, ¿recuerdas? Eso incluye que pudiera haber aparecido un día cuando Rainie y Quincy estaban revisando la escena del crimen y les hubiera hecho todo tipo de preguntas sobre la investigación, incluido el papel que ellos tenían.

—Pero no le habrían dicho nada.

—No habría hecho falta. Su función se sobreentiende por su presencia en la vivienda. Además, Rainie es guapa, lo que hace que llame la atención de cualquier hombre.

Kimberly le lanzó una mirada.

—Tú eres más guapa —señaló de inmediato.

—Buena respuesta.

—Mira, Duncan no termina de encajar. De acuerdo con Quincy, estamos buscando a un

maniático del orden de clase baja. Está claro que Duncan no es un maniático del orden, y que está demasiado atrofiado en el ámbito social como para conseguir novia. Pero de todas formas… el tipo es listo. Parece que ya ha salido impune de dos asesinatos. Quizá no deberíamos subestimarlo.

—El asesinato de la niña te preocupa —comentó Kimberly en voz baja.

—La madre luchó mucho. Debió imaginarse lo que él haría después.

—Vaya mierda de mundo —murmuró Kimberly.

—Quincy ideó una estrategia de entrevista. Intentó engañar a Duncan para que dijera lo que había hecho, pero no funcionó. Instalaron cámaras en las tumbas. No pasó nada. La única esperanza que tienen ahora es que el tipo se lo confiese a alguien. Por desgracia, la única persona con la que Duncan se relaciona es su madre y, al parecer, ella cree que camina sobre las aguas.

—Solo han pasado unos meses —agregó Kimberly con tono más filosófico—. En esta etapa, todavía están procesando pruebas. Nunca se sabe lo que podría aparecer.

—¿Y qué más daría? —gruñó Mac—. ¿Cabello, fibras? Su trabajo sigue explicándolo todo. Lo único que ayudaría ahora es que lo captara in fraganti alguna grabación. Si la vivienda tuviera cámara de seguridad o, joder, incluso una cámara espía metida en un osito de peluche.

—¿No ha habido tanta suerte?

—No la ha habido.

Estaban entrando en el aparcamiento de la Comisión de Pesca y Vida Silvestre, y Kimberly ya estaba pensando en el día que tenían por delante.

—A menos que… —empezó Mac de forma precipitada.

—¿A menos que qué?

Los otros agentes también estaban entrando en el aparcamiento. Vieron al responsable de Información Pública, el teniente Mosley, y a la sheriff Atkins, ambos dirigiéndose de forma enérgica a la sala de juntas.

—Comienza la función —murmuró Mac.

Salieron del coche y se prepararon para el día que les esperaba.

Miércoles, 7:02 a. m., hora del Pacífico

El informe de Kincaid fue breve y conciso. Revisaron los veinte mil dólares, conseguidos por Mac, ya inventariados y apilados de forma ordenada dentro de una bolsa de lona. Revisaron el equipo electrónico, incluido el dispositivo GPS que llevaría Kimberly, así como el equipo de vigilancia que se utilizaría para seguirla. La sheriff Atkins y Mac estarían dentro de la furgoneta blanca sin distintivos que se encargaría de seguir los pasos de Kimberly. Su trabajo consistiría en no perderla de vista en ningún momento. Kincaid, el teniente Mosley y Quincy se quedarían en el centro de operaciones, ocupándose con Candi de la llamada telefónica. Su trabajo sería mantener al sudes calmado y hablando todo el rato.

La sheriff confirmó que Dougie Jones no había aparecido por arte de magia durante la noche. Sus ayudantes también habían limitado la lista de posibles implicados a una docena exacta.

Candi aceptó un perfil de cada persona, completo y con listas de puntos. El teniente Mosley le proporcionó una bandeja con botellas de agua. Parecía el más despierto de todos, con el pelo cortado al ras, el uniforme de policía estatal planchado y el rostro preparado para la cámara. Había llegado con una docena de ejemplares de la edición matutina del *Bakersville Daily Sun,* que proclamaba la noticia del secuestro en primera plana: «SE TEME QUE UN NIÑO DE LA

LOCALIDAD HAYA SIDO SECUESTRADO. La policía sigue buscando a una mujer desaparecida». Junto al titular había dos fotos, un primer plano de Rainie y un retrato escolar de Dougie.

A Quincy lo inundó una sensación inquietante el ver la foto borrosa de su mujer ampliada a enormes proporciones en la portada del periódico y sentir que sus ojos le devolvían la mirada.

La historia de Adam Danicic ocupaba tres páginas. Incluía el nombre de Rainie, su descripción y detalles sobre el hallazgo de su coche. Mencionaba a la unidad especial y su deseo de cooperar con el secuestrador, así como el temor que tenían de que un chico de la localidad también hubiera sido secuestrado. Luego, para consternación de Quincy, Danicic incluía fragmentos del pasado de Rainie, como su antiguo puesto en la oficina del sheriff de Bakersville y que «no hacía mucho» la habían absuelto del asesinato de Lucas Bensen, ocurrido cuando tenía dieciséis años.

—¿Sobre qué partes de esta historia teníamos control? —preguntó Quincy con ironía, tras examinar el artículo.

—Que no hablase de mapas ni de pruebas de vida —respondió Mosley con seriedad, contando con los dedos—. ¡Ah!, y Danicic ha tenido la amabilidad de no mencionar que es posible que Dougie Jones haya sido secuestrado porque la cagamos. Le reconozco algo de mérito por eso.

—Pero ha vendido a Rainie con bastante facilidad.

—No podíamos evitar que usara su nombre. Y una vez que ha incluido su nombre completo…

—Toda la información sobre ella puede encontrarse con una simple búsqueda en Internet —murmuró Quincy.

—Danicic no es idiota. El hecho de que la víctima sea una exagente de las fuerzas del orden con un pasado problemático da pie a una gran historia. Por otro lado, al omitir que actuaba como mediadora de Dougie, nos ha hecho un pequeño favor.

—Da una de cal y otra de arena.

—Es un juego —puntualizó Mosley, encogiéndose de hombros—. Los medios de comunicación son los grandes protagonistas. Y hablando de ello… —El busca de la cintura del responsable de Información Pública sonó por sexta vez en la última media hora. Mosley miró la pantalla e hizo una mueca—. Vamos a tener que discutir el ofrecer una sesión informativa esta mañana. El sistema de la agencia AP ha difundido la noticia y, a juzgar por mi busca, todo el mundo quiere participar.

—No hasta después de la entrega del rescate —declaró Kincaid de inmediato.

—Nos vendrían bien —insistió Mosley—. Podríamos facilitarles el perfil que el señor Quincy ha elaborado. Que el público busque a nuestro hombre.

—Y asustar al sudes para que piense que pueden atraparlo en cualquier momento, por lo que podría matar a ambas víctimas para borrar su rastro.

—Cuanto más tiempo pasemos sin ofrecer una sesión informativa, más indagará la prensa por su cuenta. Y, cuanto más descubran por su cuenta, menos me quedará para negociar.

—No hasta después de la entrega del rescate —repitió Kincaid. Y ahí se acabó la discusión.

Eran las ocho de la mañana. Se movían inquietos, releían las comunicaciones previas del sudes y, en general, iban entrando en un estado de agitación.

A las nueve, Mac recibió una llamada en su móvil. La oficina de reclutamiento del ejército en Portland confirmó que tenían constancia del soldado Andrew Bensen, que en la actualidad figuraba como ausente sin permiso.

Quincy le facilitó la información a Kincaid, que despotricó durante veinte minutos sobre la osadía de Quincy de obstaculizar una investigación policial oficial ocultando de forma deliberada

una pista vital, por no mencionar la importancia de la confianza en una investigación multijurisdiccional. La sheriff Atkins emitió una orden de búsqueda de un hombre que encajase con la descripción de Bensen. El teniente Mosley murmuró sobre la cantidad de agentes de prensa que controlaban las radios policiales y que no habían hecho más que echar leña al fuego.

Luego, casi todos se apartaron a sus propios rincones sin dejar de echar humo.

El teléfono de Quincy se encontraba en el centro de la mesa de la sala de juntas. Estaba conectado a un altavoz y todas las llamadas entrantes se grababan y rastreaban, aunque nadie tenía muchas esperanzas de localizar el origen de la persona que llamaba. Las señales de los móviles rebotaban en las torres en patrones aleatorios, lo que hacía que resultara casi imposible rastrear una señal. Pero cumplieron con el protocolo, porque a veces, eso era todo lo que le quedaba a una unidad especial.

Nueve cincuenta y nueve de la mañana.

Sonó el teléfono.

Candi se puso los auriculares y el teniente Mosley pulsó el botón de grabación. Todo comenzaba.

33

Miércoles, 10:01 a. m., hora del Pacífico

—Soy la agente Candi. ¿En qué puedo ayudarlo, señor?

El sonido de una risa mecánica inundó la sala.

—Suena como una operadora de la revista Time-Life. ¿Qué viene después, una suscripción gratuita con mis veinte mil?

—Usted solicitó una agente femenina, y como puede apreciar, nuestro objetivo es complacerlo. —La voz de Candi era despreocupada, como la de una chica de barrio charlando. El planteamiento era justo el que habían discutido y puso nervioso a Quincy de inmediato. Se levantó, dando vueltas en círculo, mientras Candi continuaba—: Bien, por lo menos, a mí siempre me gusta saber con quién estoy hablando. Como le he dicho, me llamo Candi. ¿Y usted?

—Puede llamarme Bob.

—Bob, ¿eh? Pues a mí me suena más a Andy.

Era una referencia apenas velada a Andrew Bensen, aunque el sudes no picó.

—Quiero mi dinero —declaró el que llamaba—. Yo consigo los cuartos y usted puede jugar un poco. Este es el trato…

—Tenemos el dinero —intervino Candi con amabilidad, intentando ralentizar la conversación y ejercer su propia forma de control—. Veinte mil dólares, en efectivo. Como usted ha pedido.

—No me gusta que me interrumpan —protestó el interlocutor—. Si vuelve a interrumpirme, mataré al chico. ¿Quiere cargar con eso en su conciencia, señorita Candi? ¿La muerte de un niño de siete años?

La mirada de Candi voló hacia Kincaid.

—Lo siento, Bob —respondió con calma—. No pretendía ofenderlo. Como le he dicho, estoy aquí para cooperar.

—Hay un teléfono público en la esquina de la Quinta con Madison, otro en el Wal-Mart de la autopista 101 y un tercero en la fábrica de queso. Supongo que conoce estos lugares.

Kincaid empezó a garabatear con furia las instrucciones.

—En realidad, Bob —aclaró Candi—, soy de fuera, así que puede que necesite un poco de ayuda con esto. Ha mencionado tres teléfonos públicos, el primero en la esquina de la Quinta con Madison. ¿Qué esquina? ¿Norte, sur, este, oeste? No quiero que se me pase.

—Lo verá.

—Vale, Bob, me fiaré de usted. Bien, el segundo teléfono público está en el Wal-Mart. Me imagino que es un Wal-Mart grande. ¿Puede decirme en qué entrada?

—A la izquierda —concedió el interlocutor—, cuando se tiene de frente.

—Muy bien, ¿y el tercer teléfono, el de la fábrica de queso?

—Justo delante.

—Gracias, Bob, le agradezco que me aclare las cosas. Así que estamos hablando de tres teléfonos públicos: uno en la intersección de la Quinta con Madison, otro en la entrada lateral izquierda de Wal-Mart y otro justo delante de la fábrica de queso. ¿Esos son los teléfonos de los que habla?

—¡Vaya allí!

—¿Disculpe? ¿Qué ha dicho?

—Tiene quince minutos.

Candi miró de un lado a otro.

—¿Quiere que esté en tres sitios diferentes en quince minutos? Lo siento, Bob, intento ayudarlo, pero, para serle sincera, no lo entiendo. Y a decir verdad, antes de hacer nada, sabe que voy a necesitar hablar con Rainie y Dougie…

A Bob le dio igual.

—Tiene quince minutos —volvió a decir.

Entonces la conexión se cortó.

Miércoles, 10:06 a. m., hora del Pacífico

Candi se arrancó los auriculares de las orejas.

—¡Joder! Ni siquiera nos ha dado una oportunidad. Ninguna explicación, ninguna prueba de vida…

—Hora —interrumpió Quincy con brusquedad.

—Las diez y seis minutos. —Kincaid ya estaba anotándolo, estudiando su reloj—. Esos teléfonos públicos están en línea recta, la Quinta con Madison está a solo tres minutos de aquí, y luego tiramos hacia el norte hasta el punto más lejano, la fábrica de queso, que está tal vez a ocho minutos en coche.

—Entonces, tenemos siete minutos para la estrategia.

—Como ha dicho Candi —se lamentó Quincy, volviéndose hacia Shelly Atkins—, estamos jodidos. Necesitamos agentes vestidos de paisano en coches sin distintivos en cada uno de esos lugares ahora mismo.

—Ya solo cambiarnos va a llevarnos más tiempo…

—¿Hay agentes que siguen en casa?

—Cinco…

—Entonces, hay que sacar de la cama a los tres que se encuentren más cerca, y que se dirijan con sus vehículos particulares a esos lugares ahora mismo.

—¿Qué les digo…?

—*¡Ya!*

Shelly se quedó boquiabierta, cogió el walkie-talkie de su cinturón táctico y se dirigió al vestíbulo para ponerse en contacto con la central.

—Vamos a necesitar audio en esos teléfonos públicos. —Kincaid ya estaba pensando en voz alta—. No hay forma de que podamos intervenirlos en quince minutos. Un walkie-talkie. Kimberly puede acercarlo al auricular cuando llame y transmitir la conversación a los demás. Luego podemos guiarla a través de un segundo canal configurado en su auricular. —Sacudió la cabeza—. No lo entiendo. ¿Se supone que debe ir corriendo de un teléfono a otro? No tiene ningún sentido.

—Va a hacer que resulte imposible —murmuró Kimberly—. Está buscando una excusa para matar.

—Enviamos a tres agentes —expresó con rotundidad Quincy—. Uno a cada teléfono público. El que reciba la llamada se encarga a partir de ahí.

—Solo tenemos un GPS —protestó el teniente Mosley.

—Entonces, tenemos un treinta y tres por ciento de posibilidades de usarlo. Si no, lo hacemos a la antigua usanza, y seguimos al agente contactado por tierra y aire.

—Porque seguro que no se dará cuenta de que hay un helicóptero —comentó Kincaid con sequedad.

—Entonces, por tierra. Pero no podemos dejar un teléfono sin cubrir, es demasiado peligroso.

Kincaid parecía haber llegado a la misma conclusión.

—Dividiremos el dinero. Eso da a cada agente alguna esperanza de negociar el pago. Y claro, ahora vamos a necesitar dos bolsas de lona más.

—Las tengo —declaró Mac—. Denme solo sesenta segundos para sacar nuestra ropa y son suyas. —Y salió disparado hacia el aparcamiento.

—Me quedo con el teléfono de la Quinta con Madison —indicó Kincaid, marcando los lugares con los dedos—. El detective Spector puede ocuparse de Wal-Mart. Kimberly se encargará de la fábrica de queso de Tillamook. Eso deja a la sheriff Atkins para ocuparse del equipo de tierra, y a usted —Kincaid señaló con la cabeza a Quincy— para coordinar la estrategia de comunicación desde aquí.

—No.

—Usted no va a encargarse de la entrega del rescate… —comenzó Kincaid.

—Y tampoco usted ni Spector. —La mirada de Quincy se dirigió a la detective Grove y, luego, a Kimberly—. La primera petición del sudes sigue en pie: las agentes tienen que ser mujeres. Cualquier otro simplemente lo cabreará.

—Iré yo —intervino Candi, poniéndose en pie.

Kincaid le lanzó una mirada.

—No sea idiota. Usted es negociadora…

—Es una llamada…

—Para entregar un rescate. Se trata de caminar, no de hablar. Usted se sienta aquí, escucha la conversación y aconseja a los demás qué decir.

—Se necesitan tres mujeres —respondió Candi—. Aquí solo veo a otras dos.

—Sabía que debería haberme operado las tetas —habló Shelly Atkins desde la puerta.

—Por nuestra parte no es necesario —le respondió Kincaid con sequedad—. Usted se encarga del de la Quinta con Madison, la detective Grove del de Wal-Mart y Kimberly del de la fábrica de queso. —Consultó su reloj—. Equipo, ya han pasado nuestros siete minutos. ¡Andando!

Miércoles, 10:13 a. m., hora del Pacífico

Desde la perspectiva de Kimberly, se había pasado las dos últimas horas dándole vueltas a la cabeza, para que ahora todo sucediese a la vez. Mac estaba metiendo dinero en bolsas de lona. Un ayudante de la sheriff le entregaba a Kimberly un walkie-talkie. Entonces la sheriff Atkins le gritó a Mitchell que se hiciera cargo de la furgoneta de vigilancia mientras Candi vociferaba por toda la sala recordando a todos que debían mantener la calma.

Mac apuró a Kimberly para que saliera. Ella era la que tenía que conducir más lejos y, por tanto, la que más tiempo necesitaba.

La última imagen que tuvo de su padre fue la de Quincy inclinado sobre el hombro de Candi, desplegando los mapas del condado de Tillamook.

Al instante, Kimberly estaba ya en su coche de alquiler, y Mac le puso el teléfono móvil en la mano de un golpe.

—Estaremos justo delante de ti. Dame treinta segundos y te llamo.

Fue a dar un portazo, pero se detuvo, se agachó y le dio a su novia un beso intenso y

apasionado. Entonces Mitchell le gritó que cargara y todos se pusieron en marcha.

Kimberly apenas había salido del aparcamiento cuando sonó su móvil.

—Te tenemos en la pantalla, así que el GPS funciona bien —anunció Mac desde el interior de la furgoneta blanca sin distintivos.

—Recibido —respondió Kimberly, sujetando el volante con mucha fuerza. Se obligó a relajar las manos y se recordó a sí misma que debía aprovechar el corto trayecto para respirar hondo y serenarse. Quincy les había dicho que la situación se complicaría. Y eso era solo el principio.

—Tendrás que repetir todo lo que diga el sudes —le indicó Mac por el móvil—. Los walkie-talkies pueden distorsionarse y puede resultarnos complicado seguir la llamada.

—Lo sé.

—Si recibes la llamada, quiero que nos hagas una señal. Pon la mano detrás de la espalda y enséñanos dos dedos. Entonces, sabremos que está en marcha.

—Dos dedos.

—No dejes que te altere. Si quiere su dinero, tendrá que cooperar.

—He asistido a las mismas reuniones que tú, Mac.

—Si no puede proporcionar una prueba de vida, no vas a ninguna parte, Kimberly. Lo digo en serio. No hay garantía de que podamos rastrearte, no hay garantía de que este tipo no intente tomar otro rehén. Si no puedes hablar directamente con Rainie para saber que está bien… —Mac dejó que el resto de ese pensamiento hablara por sí mismo—. No te pongas en peligro sin necesidad —añadió más tranquilo—. Protege lo que le queda a tu padre.

Ya estaban en la intersección. La furgoneta puso el intermitente y giró a la izquierda. Kimberly continuó recto. Ella tomaría las carreteras secundarias y, mientras, Mac y el ayudante Mitchell darían un rodeo hasta allí. Eso le permitiría a ella llegar primero y sin ninguna señal de escolta policial. Por si el hombre la estaba observando, por si el hombre estaba al acecho.

—En cuanto sepamos qué teléfono recibe la llamada —continuó Mac—, nos reuniremos en ese lugar. Wal-Mart está a solo unos minutos de la fábrica de queso, así que es muy posible que aún podamos hacer que entres en acción, o incluso hacer un rápido traspaso del GPS.

—Bien.

—No sé mucho sobre la detective Grove, cuánta experiencia tiene. Creo que sería mejor que tú te hicieras cargo de todo. Ya sabes, no solo porque tengas tú el GPS.

—Entendido.

Ya hacía tiempo que había perdido de vista la furgoneta. Mac se había ido por su camino y ella, por el suyo.

—Tengo que colgar —le informó ella.

—Kimberly…

—Va a salir bien, Mac. Todo va a salir bien.

Kimberly apagó el móvil y se lo metió en el bolsillo de su chaqueta. Respiró hondo una última vez, para serenarse…

La fábrica de queso Tillamook apareció a la vista.

Quedaban dos minutos. Kimberly aparcó el coche, saltó del asiento del conductor y corrió hacia el teléfono público.

—¡Suena! —suplicó en un susurro—. Por favor, solo quiero que *suenes*.

Miércoles, 10:21 a. m., hora del Pacífico

Shelly no era capaz de encontrar el maldito teléfono público. Estaba dando vueltas a la manzana, estirando el cuello como una lunática. Hacía solo unos meses que vivía en la ciudad y aún estaba aprendiendo a orientarse. Y, ¡joder!, ¿quién usaba todavía teléfonos públicos? Parecía que el mundo entero se había pasado al móvil, incluso los niños de nueve años.

¡Vaya mierda! Estaba perdiendo demasiado tiempo dando vueltas por el cruce en su coche. Subió con el vehículo a la calle Madison, aparcó de manera ilegal y demasiado nerviosa para que le importara. No había señales de ningún vehículo de apoyo, por lo menos, no que ella pudiera ver.

Parecía que, al menos por el momento, estaba sola.

Fue trotando hasta la Quinta, sintiendo el peso de su cinturón táctico alrededor de las caderas y la carga de siete mil dólares en efectivo colgados del hombro. Tenía las palmas de las manos sudadas y la respiración agitada. Nunca se había visto en una situación así y a veces daba igual que fueras la sheriff, la jefa o la líder de la manada. Si no sabías, no sabías.

Si Rainie y Dougie lograban pasar de esa jornada, se acabó. Shelly se iría a París.

Llegó a la esquina, y seguía sin haber señales de ningún maldito teléfono. ¿Sería un truco del viejo Bob para separar a la unidad especial? Se echó la bolsa al hombro y pensó en sus opciones.

Entonces, justo cuando empezaba a hiperventilar, cayó en la cuenta. Las puertas de cristal que daban al restaurante.

Shelly las abrió de golpe y descubrió un único teléfono.

—Por favor, Dios —murmuró Shelly Atkins en voz baja—, no permitas que sea yo.

Miércoles, 10:23 a. m., hora del Pacífico

Alane Grove mantenía la calma. El aparcamiento de Wal-Mart estaba abarrotado y tenía una distribución pésima para una tienda de su tamaño. Al girar, se vio bloqueada por un monovolumen que esperaba para aparcar.

Contó hasta veinte con impaciencia, y el monovolumen por fin se detuvo, solo para que Alane se encontrara cara a cara con una madre agobiada y tres niños revoloteando. Cada niño se marchó en una dirección diferente mientras la madre se paraba en medio del aparcamiento y gritaba para que volvieran.

A los críos no les impresionó mucho la rabieta de su madre. Esquivaron dos coches y una camioneta enorme antes de terminar acorralados detrás de una ranchera.

Pasaron dos minutos más con una lentitud angustiosa, hasta que Alane encontró aparcamiento.

Salió, intentando no parecer demasiado agitada. Era consciente de que podían estar observándola. Consciente de que, como joven mujer policía, ya comenzaba con dos obstáculos en su contra.

Sin embargo, era una buena detective. Había ingresado en el cuerpo tras servir cuatro años en la reserva del ejército. Podía soportar la presión. Al menos, eso era lo que se decía a sí misma.

Se echó la bolsa al hombro, comprobó que llevaba el walkie-talkie en el bolsillo delantero de la chaqueta y se dirigió a la tienda. Encontró los teléfonos públicos frente a la entrada principal del hipermercado. Dos teléfonos. Un hombre con una camisa de franela rasgada estaba ya hablando por uno.

Alane casi se detuvo frente al teléfono desocupado, concentrada en su tarea, pero en el último momento, su mente se activó. Pasó junto al primer teléfono y se fijó en la estatura del hombre, su delgadez y el barro de sus botas de trabajo. Observó su camisa abierta de franela gruesa, perfecta

para ocultar un arma. Entró directa en la tienda e informó por radio de su descripción.

Kincaid le prometió que los refuerzos ya estaban en camino. Le dijo que actuara con naturalidad, sin desvelar nada.

Alane volvió a pasar junto a las puertas de cristal, haciendo ademán de buscar un carrito de la compra. Sin embargo, cuando miró hacia fuera, el hombre ya no estaba.

Salió e inspeccionó el aparcamiento, pero no vio rastro del hombre, lo cual no tenía mucho sentido. El aparcamiento era un gran espacio abierto. Nadie podía desaparecer así como así.

Se le erizó el vello de la nuca. Era el momento. Algo estaba ocurriendo, algo estaba pasando.

Habían transcurrido diecisiete minutos desde la primera llamada. La detective Alane Grove se había quedado delante del Wal-Mart, preparándose para la acción.

No volvió a percatarse del hombre hasta que fue demasiado tarde.

Miércoles, 10:32 a. m., hora del Pacífico

Silencio. Silencio. Silencio.

Quincy se quedó de pie en medio de la sala de juntas, donde solo quedaban Candi, el teniente Mosley y Kincaid. La negociadora recorría la sala de un lado a otro y Kincaid rellenaba formularios. El teniente Mosley se dirigió por fin al vestíbulo, para ocuparse de su busca hiperactivo.

Pasaron quince minutos, veinte minutos, treinta minutos… Y solo continuaba reinando el silencio en las frecuencias.

—¡Qué demonios está pasando! —exigió saber Quincy al fin.

Nadie tenía respuesta.

34

Miércoles, 10:12 a. m., hora del Pacífico

Estaba flotando. Era una sensación curiosa, una mezcla de maravillosa ingravidez y un fuerte sentido de temor. Quizá no estaba flotando. Tal vez estaba cayendo, precipitándose por un oscuro abismo.

Sintió el viento en el pelo y el frío en el rostro. Abrió los brazos, y estaba despierta.

Dougie habló primero.

—¿Rainie?

—¿Dougie?

La estancia se encontraba a oscuras. Rainie no podía orientarse. Algo había cambiado, pero no sabía qué. Desde el otro extremo, escuchó el roce de ropa. Era Dougie moviéndose hacia ella.

—No estás muerta —articuló Dougie.

—No.

Ella se lamió los labios, tratando de encontrar humedad para aliviar su garganta reseca. Sentía la lengua hinchada por la sed y la boca agrietada y dolorida. Parpadeó, pero no apareció nada ante ella, ni siquiera sombras grises. Quizá se había quedado ciega.

—¿Dónde? —consiguió preguntar con voz ronca.

—Es una habitación —le indicó Dougie—. Te he dejado la cama. Pensé que la necesitabas más.

—Oscuro.

—Ha tapiado las ventanas. Intenté quitar la madera, pero necesito alguna herramienta. ¿Tienes una herramienta?

El tono de Dougie era melancólico. Sabía la respuesta, claro, pero a veces, era difícil no preguntar.

—Tengo comida —informó Dougie, un poco más animado—. Galletas saladas y queso. Te he guardado un poco.

—Agua —graznó ella.

La voz de Dougie se apagó.

—Me he bebido el agua —comentó en bajo.

—Oh, Dougie…

No pudo reunir suficiente humedad para emitir más palabras. En lugar de eso, se inclinó hacia él y le alborotó el pelo. En respuesta, el pequeño apretó la mejilla contra la pierna de ella. De inmediato, un rayo de dolor le recorrió el cuerpo, pero Rainie no protestó. Era increíblemente agradable sentir la presencia del chiquillo en aquella implacable oscuridad. Saber que ninguno de los dos estaba solo.

—Le dije que teníamos frío —explicó Dougie con voz apagada—. Le dije que el sótano estaba demasiado húmedo y que ya no nos quedaríamos allí.

—Qué valiente… de tu parte.

—Se rio de mí. Dijo que se la sudaba si moríamos congelados…

—¡Dougie…!

—¡Eso dijo! Solo estoy repitiendo lo que él dijo. Se la sudaba.

Rainie puso los ojos en blanco. Estaba claro que en ese momento Dougie estaba aprovechando

la oportunidad para decir palabrotas. Pero eso la hizo sonreír. Sonaba como un niño de siete años. Sonaba, al menos de momento, normal.

—No nos metió en el sótano —comunicó entonces Dougie, perplejo—. Me llevó por el pasillo y me puso en esta habitación. Al principio, no me gustaba. Le grité que me dejara salir. Tenía… Tenía miedo —pronunció mascullando la última palabra, haciéndola difícil de entender—. Pero luego volvió contigo. Y me dio unas mantas. Y comí queso y galletas. Y bebí agua… —Otra palabra mascullada—. Pero solo un poco. Te juro que no era mucha. Y guardé una galleta salada. ¿No quieres una galleta?

Rainie sintió que el chico presionaba la galleta salada contra sus dedos. Cogió su regalo, porque no quería ofenderlo, pero no creía que pudiera comerse la galleta. No le quedaba suficiente humedad en la boca.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó.

—No lo sé. Yo… yo… Creo que tal vez me quedé dormido.

Rainie asintió, mirando alrededor de la habitación, tratando de orientarse. Estaba muy oscuro, incluso más que el sótano. Supuso que el hombre no solo había tapiado las ventanas, sino que lo había pintado todo de negro. ¿Por qué? ¿Privación sensorial? ¿Otra herramienta para controlar a sus rehenes?

¿Por qué esta habitación, si tenía el sótano? A menos que tal vez se hubiera dado cuenta de la verdad que había en las palabras de Dougie. El sótano era demasiado frío y húmedo, con el consiguiente riesgo de hipotermia.

Tal vez no podía permitirse el lujo de que estuvieran muertos todavía.

El pensamiento la vigorizó. Si los necesitaba vivos, tenían más poder del que creían y podían permitirse seguir luchando. De hecho, sería mejor que empezasen a redoblar sus esfuerzos, que luchasen duro en ese momento, antes de que cambiara esa ecuación.

Rainie se incorporó. De la nada, un arpón de dolor le subió por el costado izquierdo y se incrustó en la sien izquierda. Gritó antes de poder contenerse y cayó hacia atrás, agarrándose la cabeza con las manos atadas. Tan rápido como llegó, el dolor agudo desapareció de nuevo, salvo que después Rainie fue consciente de demasiadas cosas. Extrañas corrientes de hormigueo que le subían y bajaban por las extremidades, un intenso dolor sordo que le inflamaba la rodilla izquierda, y la punzante sensación de que le apretaban la cabeza con un torniquete insoportable.

—¿Rainie? —preguntó Dougie, temeroso.

—Perdona… He hecho… un mal movimiento.

—Te dio una descarga. Lo vi hacerlo. Tenía esa cosa en la mano, y luego te la puso en el cuello y apretó el gatillo. Tu cuerpo hizo *bzzz*, como hacen en la tele.

—Necesito… un momento, Dougie…

Pero, antes de que pudiera decir el resto, la puerta se abrió de golpe y la habitación se inundó de una brillante luz blanca. Rainie levantó las manos atadas para protegerse los ojos. Dougie se encogió junto a ella.

—He oído que te habías despertado —anunció el hombre—. Excelente. Levántate, tenemos trabajo que hacer.

Rainie intentó moverse, apartarse del tipo, ponerse en pie, oponer algún tipo de resistencia… Sus músculos no respondían al cerebro. Las piernas no se movían, las caderas permanecían inmóviles y los hombros se negaban a girar. Yacía indefensa mientras la silueta oscura entraba en la habitación y agarraba a Dougie por el brazo.

—Tú primero. Ella no va a ir a ninguna parte.

Dougie gritó aterrorizado, agitando los pies y golpeándose contra la cama. Rainie intentó agarrarle las manos, intentó acercárselo a ella, como si eso fuera a cambiar las cosas. El hombre lo apartó de un tirón, echándose al chico con facilidad al hombro.

Dougie volvió a gritar y el sonido le llegó a Rainie hasta la médula.

«Maldita sea, haz algo —se ordenó a sí misma—. ¡Sal de esta maldita cama!».

Se retorció en el colchón, suplicando que su cuerpo se moviera.

—¡No, no, no! —gritaba Dougie por el pasillo.

Rainie permaneció inmóvil en la cama, con las lágrimas resbalándole por el rostro. «No, no. Por favor, muévete. ¡Oh!, maldita sea. ¡Oh!, maldita sea, Rainie, miserable pedazo de mierda. ¿Cómo puedes ser tan débil?».

Oyó una puerta que se abría, otra que se cerraba y luego no se oyó nada.

Transcurrió un rato, aunque no sabía cuánto. La pierna izquierda le temblaba sin control. La presión le aumentaba detrás de las sienes, presionándole los globos oculares.

Y entonces el hombre volvió. Ella oyó sus pasos duros y rápidos entrar en la habitación. Le agarró las muñecas atadas y la sacó de la cama. Cayó al suelo como un pez muerto y se quedó allí, demasiado aturdida para moverse.

—¡Levántate! —le ordenó—. Ni de coña voy a cargarte por las escaleras.

—Agua. —Sonaba patética, derrotada, como un animal herido pidiendo clemencia. ¿Cómo alguien como ella había llegado a sonar así?

—Oh, confía en mí, tendrás mucha agua muy pronto.

La puso en pie de un tirón, pero su rodilla izquierda no lo soportó. En cuanto la soltó, volvió a desplomarse. Al tipo no le hizo ninguna gracia. Le dio una patada en las costillas y se puso encima de ella, con las manos en las caderas.

—Rainie, no tengo tiempo para esta mierda.

«Dale un golpe —pensó ella—. Muérdele en las rótulas».

Se quedó acurrucada en posición fetal. No sabía que una cabeza podía doler tanto como la suya y aun así no explotar.

—¡Oh!, por el amor de Dios.

El tipo volvió a darle un patada. Rainie permaneció inmóvil.

Él se cabreó y la golpeó como si fuera un perro maltratado, pero no le sirvió de nada. No podía mantenerse en pie y ningún abuso físico iba a cambiar las cosas. El hombre pareció llegar por fin a la misma conclusión. Dejó de darle patadas y lanzó un hondo suspiro.

—¿Sabes? Esto está volviéndose demasiado engorroso por un poco de dinero. —Se agachó y le rodeó las muñecas con el brazo—. La próxima vez, a la mierda la prueba de vida. Mato de inmediato y acabo de una vez. Nada de arrastrar a la gente de un lado para otro, tener que alimentarla, alojarla o aguantar sus ridículos intentos de fuga. Para serte franco, me has fastidiado mucho, Rainie. Ya entiendo por qué se fue de casa tu marido. Eres una maldita incompetente.

Empezó a arrastrarla por los brazos por el pasillo. Ella se mantuvo quieta, como un peso muerto. A mitad del pasillo, la respiración del hombre se volvió agitada. Se paró, tratando de recuperar el aliento y lanzándole improperios. Un cuerpo humano era pesado, no era fácil de arrastrar. Si iba a matarla, al menos le haría trabajar por ello.

Enganchó las manos bajo las axilas de Rainie, respiró hondo y reanudó su arduo camino por el pasillo. Entraron en la cocina. La arrastró con fuerza alrededor de la esquina, por la larga fila de armarios. En el último momento, ella torció la pierna lo suficiente para que el pie se le

enganchara al armario del rincón. En respuesta, él le dio un golpe en un lado de la cabeza. Después, reanudaron su camino.

Rainie ya comprendió a dónde iban. De vuelta al sótano. A la oscuridad, al frío que penetraba hasta los huesos. Ella se resistió, más desesperada ya, arqueando la espalda y tratando de zafarse de sus brazos. No quería volver a ese pozo. La tiraría por las escaleras y echaría el cerrojo. Y nadie volvería a verla con vida, ni a ella ni a Dougie.

—No, no, no… —No sabía que había empezado a gemir hasta que su propia voz llegó a sus oídos.

—¡Cállate! —le advirtió el hombre.

Pasaron por el último armario y ella agarró desesperada el tirador.

—¡Estás cabreándome, Lorraine!

Pero ella no lo soltaba, no podía soltarlo. Se encontraba débil, magullada y deliraba por la falta de medicación. Pero tuvo un pensamiento lúcido: no los había matado la noche anterior, lo que solo podía significar que aún los necesitaba. Así que tenía que luchar en ese momento, oponer resistencia una última vez antes de que su utilidad expirara y él los abandonara por completo.

—Voy a tener que ir a buscar la pistola eléctrica —rugió el hombre—. No me hagas hacerlo, Rainie.

—¡Agua, agua, agua!

El tipo le agarró los dedos y se los apartó del pomo de un tirón, rompiéndole una uña. Ella gritó de dolor, entonces el hombre abrió de golpe la puerta del sótano y arrojó a Rainie sobre el escalón superior.

—Yo empezaría a andar —le sugirió—, si no, la caída va a ser larga.

La empujó con fuerza. Ella logró apenas agarrarse a la barandilla de madera, usándola para frenar el impulso mientras descendía con violencia por las escaleras, cayendo en un charco al final.

—¡Déjame salir! —gritó Dougie desde las sombras—. ¡Ya no quiero seguir jugando!

Su voz terminó en un agudo chillido.

—¡Eh, Rainie! —se burló el hombre desde lo alto de la escalera—. Disfruta de tu preciada agua.

El hombre se echó a reír. Luego cerró la puerta de golpe y Rainie oyó el chasquido de la cerradura que la aseguraba.

Dougie empezó a chillar de nuevo, fuerte, descontrolado y furioso.

—¡No, no, no, no!

Rainie se habría unido a él si hubiera tenido fuerzas.

—¡No, no, no, no!

Un instante se fusionó con el siguiente, y Dougie por fin se calló. Ambos absorbieron la oscuridad.

Y entonces, por primera vez, Rainie fue consciente de un nuevo sonido, bajo, continuo y vibrante, que siseaba en la oscuridad.

Rainie por fin entendió la broma del hombre, y se dio cuenta de la pregunta que debería haberle hecho a Dougie en cuanto despertó: ¿por qué el hombre le había dado queso y galletas? ¿Qué había hecho Dougie para ganarse ese obsequio?

—Dougie —lo llamó en voz baja—. Tienes que contarme la verdad: ¿el hombre te hizo una foto?

—Lo siento —respondió el pequeño de inmediato, lo cual fue respuesta suficiente.

Rainie cerró los ojos.

—Dougie, ¿estabas sujetando un periódico?

—¡Tenía mi foto en la primera página! Y la tuya también —añadió acto seguido.

—Dougie, tienes que subirte a un sitio más alto. ¿Puedes encontrar el banco de trabajo? Súbete a él.

—¡No puedo! ¡Estoy atado a una tubería! ¡No puedo moverme!

—¡Oh, no!

Rainie intentó ponerse en pie tambaleándose, para encontrar a Dougie en la oscuridad. Pero sus piernas no se movían, su cuerpo no cooperaba. Permaneció tumbada en el gélido suelo, sintiendo cómo el agua le golpeaba la mejilla.

El siseo había cobrado fuerza y ya iba acompañado de un gorgoteo.

El hombre había reventado una tubería, estaba inundando el sótano. Había conseguido su prueba de vida y luego los había dejado ahí para morir.

35

Miércoles, 10:41 a. m., hora del Pacífico

El teniente Mosley había pasado veinte años de su vida con el uniforme de la Policía Estatal de Oregón. Durante dos décadas había comenzado cada jornada con unos pantalones azul marino, una camisa gris de manga corta y un cinturón táctico negro de charol.

Conducía un coche patrulla estatal, adornado con una estrella dorada que brillaba sobre un fondo azul marino. Desempeñaba su labor desde la última versión de la oficina de campo de Portland, una antigua oficina de correos ubicada justo en el medio de un centro comercial. La última vez que un delincuente sexual fichado decidió huir, tuvieron que perseguirlo pasando por el restaurante Hometown Buffet hasta el bazar de todo a un dólar. Era el tipo de situación que asustaba por aquel entonces, un delincuente sexual condenado corriendo por una zona pública atestada de niños pequeños, pero que se convertía en una buena historia cuando todo había terminado y el delincuente acababa entre rejas.

En su carrera, el teniente Mosley calculó que había trabajado en cientos de accidentes de tráfico y escrito miles de multas de circulación. Aprendió de primera mano lo que un coche a toda velocidad podía hacerle a un chaval de dieciséis años y a una familia de cinco miembros. Luego sirvió tres años en una unidad especial contra bandas, justo en la misma época en que las de Los Ángeles llevaron su particular forma de violencia a la zona de Portland y enseñaron a niños de nueve años a matarse entre ellos con bates de béisbol. Por último, pasó cinco años luchando contra la droga, viendo cómo la creciente epidemia de crack envolvía manzanas enteras en una ola de adicción y decadencia.

Cuando dos años atrás el puesto de responsable de Información Pública quedó vacante, Mosley pensó que estaba preparado para un cambio. Y puede que otros oficiales pensaran que estaba relajándose, encaminándose con calma hacia la jubilación, pero, a esas alturas de la película, él sabía que ya había cumplido con su deber. Había transitado por autopistas y recorrido las calles. Había ganado batallas y había perdido combates. Tenía una idea bastante clara de lo mucho y lo poco que podían hacer las fuerzas del orden.

Dicho de manera coloquial, creía haberlo visto todo. Y, sin embargo, nunca había experimentado nada parecido a lo que estaba viendo en ese momento.

Mosley se apartó por fin del pequeño televisor que los agentes de la Comisión de Pesca y Vida Silvestre tenían en la recepción, a todo volumen. Volvió a asomar la cabeza en la sala de juntas.

—¡Eh! —les dijo a Kincaid y Quincy—, tenéis que ver esto.

Miércoles, 10:45 a. m., hora del Pacífico

Adam Danicic estaba ofreciendo una rueda de prensa. Vestido de forma impecable con un traje gris marengo, camisa rosa pastel y corbata de satén de un tono rosado más oscuro, parecía estar imitando al famoso presentador Regis Philbin, de pie en el césped de una casita blanca, con las manos entrelazadas y una expresión de sinceridad casi dolorosa en el rostro.

El patio estaba repleto de periodistas, cámaras y vecinos asombrados.

—Después de mucho meditarlo —declaraba Danicic a las masas reunidas—, he decidido que tengo la obligación de presentarme como civil y no como miembro de la prensa para informar de lo que sé sobre los trágicos secuestros de una mujer y un niño aquí mismo, en Bakersville. Como

reportero de prensa, me he sentido, por supuesto, honrado y emocionado de cubrir los secuestros para el *Bakersville Daily Sun* y la subsiguiente investigación. De hecho, he pasado la mayor parte de la noche en vela trabajando en el artículo de portada de esta mañana para el *Sun.*

»Sin embargo, creo que un periodista tiene la obligación ética de ser un observador externo objetivo en cualquier historia, de estar al margen de los acontecimientos que se desarrollan, y cuanto más trabajaba en mi historia, más claro tenía que ya no era un observador externo. De hecho, hace apenas unos minutos, he recibido nueva información que me sitúa en el centro de este caso. Por lo tanto, siento que debo retirarme como reportero principal de la investigación y, en su lugar, revelar de manera íntegra todo lo que sé, con la esperanza de que pueda conducir al descubrimiento de Lorraine Conner y Douglas Jones, de siete años.

—¿De qué demonios está hablando? —preguntó Kincaid al teniente Mosley.

—Cualquiera sabe —contestó con rotundidad el responsable de Información Pública—. Pero estamos a punto de que nos jodan.

—Todo empezó ayer por la mañana —continuó Danicic con tono expansivo, comenzando a agitar los brazos y actuando para su audiencia—, cuando el *Daily Sun* recibió una aterradora carta dirigida a la editora de artículos de opinión. Esta carta declaraba que alguien de entre nosotros había secuestrado a una mujer, pero que ella permanecería ilesa, *siempre y cuando hiciéramos lo que el secuestrador decía.*

Danicic describió los acontecimientos del día anterior con todo lujo de detalles. El acuerdo al que había llegado el *Daily Sun* para cooperar con la unidad especial de las fuerzas del orden:

—Porque un periódico local forma por definición parte de la comunidad, y por tanto debe mostrar moderación y compasión cuando uno de sus miembros se encuentra en peligro.

El intento de renegociar la entrega del rescate:

—Un movimiento desesperado de una desesperada unidad especial, luchando contra el implacable compás del tiempo.

La inesperada represalia del secuestrador contra Dougie Jones, y la carta colocada en el parabrisas del coche de Danicic:

—Empecé a darme cuenta entonces de que, en los acontecimientos que estaban desarrollándose, tal vez se me pidiera desempeñar un papel inusual e inesperado.

Pero, según aseguró Danicic a sus compañeros de la prensa, no había sido hasta esa mañana cuando se dio cuenta con claridad de cuál podría ser ese papel. Tras enviar por correo electrónico su artículo principal directamente a Owen Van Wie, propietario del *Daily Sun*, por fin pudo conciliar el sueño que tanto necesitaba. Solo para despertarse con el sonido de un timbre y descubrir un sobre, dirigido a él, en la puerta de su casa.

—¡Ah, mierda! —gimió Kincaid.

—Deberíamos haberlo encerrado anoche —coincidió el teniente Mosley.

Quincy seguía estudiando la pantalla.

—Esta nota ha sido escrita a máquina, pero es similar en tono y contenido a las otras cartas, que he tenido el privilegio de ver —informó Danicic—. No tengo ninguna duda de su validez, y de que procede del propio secuestrador. En esta nota, el raptor reitera su deseo de pedir un rescate de veinte mil dólares por Lorraine Conner y Douglas Jones. Sin embargo, el autor de la nota declara que ya no confía en la unidad especial de la policía y que no cree poder trabajar con ellos. Indica que, si este asunto no se resuelve en breve, le parece que no va a tener más remedio que matar a sus dos víctimas. Como prueba de su afirmación, ha incluido esto.

Danicic mostró una foto. La cámara de la emisora local la amplió. La imagen estaba oscura y

distorsionada, y en el centro aparecía la cara de un niño pequeño, pero el flash había blanqueado su rostro, lo que hacía difícil distinguir sus rasgos. El pequeño estaba sujetando algo.

—Esta foto es un claro retrato de Dougie Jones. Fíjense en los dedos del niño, que señalan la fecha en la parte superior de la portada del periódico de esta mañana mientras posa junto a su propia foto del *Daily Sun.* Creo que puede distinguirse la cara de una mujer detrás de Dougie. Creo que la mujer es Rainie Conner, aunque la policía tendrá que confirmarlo.

»Por decirlo con suavidad, me ha afectado sobremanera recibir esta foto y esta nota. Mi primer impulso, por supuesto, fue llamar a las autoridades, como he hecho con todas las comunicaciones que he recibido. Sin embargo, el tono de esta nota me hizo reflexionar. Ni que decir tiene que me angustia saber que el secuestrador considera que ya no puede seguir cooperando con las fuerzas del orden. Tras ver de primera mano lo que ese tipo de desconfianza puede conseguir…, el secuestro de otra víctima, un niño pequeño, ayer mismo por la tarde, me preocupa lo que esto pueda significar tanto para Dougie como para Rainie. Así que he llegado a una compleja determinación. He decidido que debo tratar esta nota de manera diferente.

»Se la he traído a ustedes, el público. Estoy aquí ahora mismo, con la esperanza de que mi mensaje llegue a la persona que tiene secuestrados a Rainie Conner y Dougie Jones. Y ofrezco mis servicios como negociador. —Danicic se giró un poco para fijar la mirada en el objetivo de la cámara.

»Señor Zorro —expresó con solemnidad—, voy a facilitarle mi número de móvil. Lo animo a que me llame cuando quiera, y prometo hacer todo lo que esté en mi mano para asegurarme de que reciba sus veinte mil dólares. Lo único que le pido es que no haga daño a Dougie Jones ni a Rainie Conner. No haga pagar a víctimas inocentes los errores de las fuerzas del orden.

Danicic recitó su número de teléfono. Algunos de sus vecinos empezaron a aplaudir.

En el vestíbulo del edificio de Pesca y Vida Silvestre, Kincaid sacudió la cabeza, como si tratara de despertarse de una pesadilla.

Mosley se recuperó primero.

—Tenemos que ofrecer nuestra propia rueda de prensa de inmediato. Emitiremos un comunicado en el que diremos que estamos en contacto con el secuestrador y que estamos trabajando con él para satisfacer sus demandas. Tenemos que decir que, aunque agradecemos cualquier ayuda que el público pueda prestar, es crucial dar tiempo y espacio a la unidad especial para que se ocupe de este delicado caso. También debemos mencionar que hemos contratado a un negociador profesional, lo que aumentará la confianza del público.

—Vamos a recoger a Danicic —decidió Kincaid—. Los quiero a él y a esa nota en la oficina de campo de Tillamook lo antes posible. Llamen al laboratorio y que venga un científico de la Unidad de Documentoscopia para analizar la nota, así como algún experto en imágenes. Y quiero a Danicic encerrado en una sala de interrogatorios. Si el sudes acepta su disparatado plan, no quiero oír los detalles en la CNN.

Mosley asintió. Ambos se volvieron hacia Quincy, que seguía mirando la pantalla del televisor.

—Está usted muy callado —afirmó Kincaid, entrecerrando los ojos—. No estará pensando que deberíamos trabajar con él, ¿verdad?

—¿Qué? No, no. No es eso. Solo estoy tratando de ver el futuro.

—¡Buena suerte!

—Llamó a las diez —soltó Quincy de pronto—. El sudes cumplió su promesa de la carta de ayer y parecía estar preparando la entrega del rescate al ordenar a tres agentes femeninas que se dirigieran a tres teléfonos públicos distintos. Pero, al mismo tiempo que hacía esto, también

dejaba una nota en la puerta del señor Danicic, afirmando que no podía trabajar con la unidad especial establecida. ¿Por qué?

Kincaid se encogió de hombros.

—Para confundir las cosas y fastidiarnos. Para reírse de nosotros una vez más.

—Cierto. Pero desde luego no es forma de hacerse rico. Ni siquiera ha contactado por el teléfono público.

—Usted mismo lo ha dicho. Su principal motivación no es el dinero.

—Está jugando con nosotros.

—¡Qué hijo de puta! —convino Kincaid.

—Pero todos los juegos tienen un final.

—En teoría.

—Entonces, ¿hacia dónde lleva este juego, sargento? ¿Qué es lo que no vemos?

Kincaid no tenía respuesta. Se encogió de hombros, justo cuando Candi apareció por la puerta.

—Tenemos movimiento —informó.

—¿Ha habido algún intento de contacto por parte del sudes? —Kincaid ya corría hacia la sala de juntas.

—No, pero el agente Blaney acaba de llamar por radio. Está en el Wal-Mart. No encuentra rastro de la detective Grove.

—¡¿Qué?! —Kincaid se paró en seco.

—Ha buscado dentro y fuera de la tienda —informó Candi—. Hasta donde sabe, Alane ha desaparecido.

36

Miércoles, 11:13 a. m., hora del Pacífico

Kimberly se paseaba frente al teléfono público cuando su walkie-talkie se activó. Era Mac.

—Tenemos un problema en Wal-Mart. Tenemos que reunirnos allí lo antes posible.

—¿Ha contactado el secuestrador? —Kimberly se alejó del teléfono y cruzó el aparcamiento, con la adrenalina a tope.

—Más bien, parece que la detective Grove ha desaparecido.

—¡¿Cómo dices?!

—Lo que oyes.

Kimberly encontró su coche y se dirigió a Wal-Mart.

Miércoles, 11:18 a. m., hora del Pacífico

Una multitud de curiosos ya se había congregado fuera del Wal-Mart, bloqueando el acceso. El ayudante Mitchell hizo sonar tres veces la sirena oculta de la furgoneta de vigilancia y la multitud cedió a regañadientes.

Siguiendo a la furgoneta, Kimberly contó media docena de coches patrulla y tres vehículos policiales sin distintivos que atestaban la parte delantera del aparcamiento. Aún no había periodistas por la zona, pero, cuando levantó la vista, vio el primer helicóptero de una emisora en el aire. La situación no estaba a punto de convertirse en un circo mediático, ya lo era.

El ayudante Mitchell aparcó la furgoneta en medio de un carril y Kimberly hizo lo mismo. Cuando bajó del coche, vio que el ayudante estiraba el cuello señalando hacia el helicóptero.

—¿Es lo que creo que es? —le preguntaba a Mac.

—Lo es.

—¡Oh, joder! Esto no es justo. ¡La mayoría ni siquiera hemos podido ducharnos!

Mac y Kimberly intercambiaron miradas. Tiraron de los brazos del cansado ayudante y lo condujeron hasta la entrada de la tienda. La sheriff Atkins ya estaba allí, hablando con el teniente Mosley y una mujer robusta con un vestido estampado de flores rojas. Según su chapa de identificación, Dorothy era la encargada.

—Sí, tenemos cámaras por toda la tienda. Por supuesto que pueden comprobar las grabaciones, pero no veo qué podría haber pasado. Quiero decir, es media mañana, y no me han informado de nada ni de que nadie haya actuado de forma extraña.

Dorothy se balanceaba de un lado a otro, provocando que su vestido rojo se agitara de forma angustiosa.

—Lo comprendo —la consoló Shelly—. Pero eso es lo bueno de las cámaras de seguridad: siempre prestan atención, incluso en un día rutinario. —Vio que los otros se acercaban y les hizo señas para que se aproximaran más—. Ayudante Mitchell, esta es Dorothy Watson. Dorothy lo guiará a la oficina trasera y le enseñará las grabaciones de seguridad. Quiero que compruebe todas las cintas, desde las nueve y cuarenta y cinco de esta mañana hasta las diez y media. En particular, preste atención a las imágenes de los teléfonos públicos. Quiero saber cuándo llegó la detective Grove a la escena y si podemos captar alguna señal de a dónde fue. ¿Entendido?

Mitchell asintió. Seguía observando el helicóptero de la cadena de noticias, tirándose nervioso del cuello de su camisa. Estaba claro que no se sentía preparado para debutar en el informativo

de las once. A veces, era duro ser poli.

Mientras Dorothy y Mitchell desaparecían de nuevo dentro de la tienda, Shelly puso al día a Mac y Kimberly.

—No sabemos nada —comentó la sheriff sin rodeos—. La detective Grove llegó a tiempo y llamó por radio a Kincaid para darle la descripción de un hombre que estaba hablando por uno de los teléfonos públicos. Kincaid le comunicó que los refuerzos estaban en camino. Y eso fue lo último que supimos de Alane Grove.

—¿A qué hora llamó por radio a Kincaid? —preguntó Kimberly.

—El sargento lo registró a las diez y veintiocho.

—¿Y los refuerzos llegaron a las…?

—Bueno, eso es lo malo. Kincaid tardó diez minutos en encontrar un oficial disponible y luego pasaron otros diez minutos hasta que el agente Blaney se presentó. Al llegar, Blaney no vio ni rastro de Alane ni del caballero en el exterior, así que aparcó el coche y entró en la tienda. Es una tienda grande. Estuvo dando vueltas otros quince minutos, antes de ponerse nervioso.

»En ese punto, volvió a comunicarse por radio con la unidad especial. Kincaid le aconsejó que iniciara un cierre total. Blaney llamó al gerente, que pidió a Dorothy que cerrara la tienda. Los empleados y los clientes se alinearon en la parte delantera. Entonces Blaney y Dorothy llevaron a cabo un registro completo pasillo por pasillo, incluyendo la sala de empleados, las salas de descanso, el almacén… por todas partes. No había señales de la detective Grove.

—¿Y su coche?

—Sigue en el aparcamiento.

—¡Mierda!

—Es una pesadilla para nuestras relaciones públicas —agregó el teniente Mosley—. Danicic acaba de dar una rueda de prensa informando de que ha sido nuestra propia ineptitud la que ha llevado al secuestro de Dougie Jones. Si se corre la voz de que el sujeto está ahora secuestrando a miembros de la unidad especial a plena luz del día…

—Estoy segura de que a la detective Grove tampoco le entusiasma la situación —espetó Kimberly—. No perdamos la perspectiva.

—Los medios de comunicación controlan la perspectiva, eso es todo lo que intento decir. Nuestro sudes está manipulando a los medios. Un reportero *del Daily Sun* está manipulando a los medios. Y *nosotros* no estamos haciendo nada. ¡Joder!, ¿a cuántas personas tiene que secuestrar para que yo pueda hacer mi trabajo?

Kimberly se quedó boquiabierta y el color de su rostro se intensificó de forma alarmante.

Sin embargo, Mosley no se dejó intimidar. Había sacado su móvil y estaba empezando a teclear los números.

—Mire, ¿está todo bajo control? —le preguntó a Shelly.

—Creo que podemos manejar la situación por aquí.

—Bien, entonces, me voy a la oficina de campo del condado. A ver si consigo hacer entrar en razón a Danicic, o tengo mucha suerte y hago una declaración formal a la prensa. Tenemos que empezar a tomar las riendas de la situación. Este tipo de cosas… —Mosley señaló hacia el helicóptero que flotaba en el aire— son una mierda.

Mosley se marchó con el móvil pegado a la oreja y Kimberly se ocupó de recuperar el control de su presión arterial.

—¿Te puedes creer…? —empezó.

Mac le puso una mano tranquilizadora en el brazo.

—Está haciendo su trabajo, igual que nosotros tenemos que hacer el nuestro. Así que lo primero es lo primero. ¿Alguno de los teléfonos públicos ha recibido alguna llamada?

—No que sepamos —contestó Shelly.

—Entonces, la única persona que ha informado de alguna ha sido la detective Grove, y ahora ha desaparecido.

—Correcto.

—No me gusta cómo suena eso.

—A mí también se me erizan los pelillos de la nuca.

Sonó un pitido en la cintura de Shelly. Frunció el ceño, consultó la pantalla digital de su busca y se quitó la radio policial del cinturón táctico.

—Aquí la sheriff Atkins —informó.

El sonido crepitante de un operador de la policía llegó a través de las ondas.

—Tenemos una llamada masculina, identidad desconocida, que exige hablar con usted. No quiere decirnos su nombre ni el motivo de su llamada. Sigue insistiendo en que usted va a querer contestar la llamada.

Shelly arqueó una ceja mirando a Kimberly y Mac.

—De acuerdo, picaré. Pásemelo.

Mac y Kimberly se acercaron más. Hubo un momento de silencio y luego una voz masculina retumbó en las ondas:

—Tengo información sobre la mujer y el niño desaparecidos. Quiero saber cuál es la recompensa.

—¿Por ser un buen ciudadano?

El hombre siguió hablando como si no la hubiera oído.

—Leí en el periódico que una mujer recibió setenta mil dólares por ayudar a atrapar a un asesino de polis. Yo tengo información para salvar la vida de dos personas. Calculo que eso vale al menos cien mil pavos.

—¡Hal Jenkins, miserable pedazo de mierda! —soltó Shelly—. ¿De verdad habías pensado que no iba a reconocer tu voz solo porque estás llamando por la radio de la policía?

Se produjo un largo silencio. Entonces los ojos de Shelly se entrecerraron de repente.

—Supongo que no estabas en el Wal-Mart de la localidad esta mañana, ¿no, Hal? ¿Quizá con una camisa de franela azul? Piensa bien antes de contestar; tenemos grabaciones de las cámaras de seguridad.

—¡Ahh, joder! —se lamentó Hal.

—Eso me imaginaba. Deja que te cuente lo de la recompensa, Hal. Voy a enviar un ayudante a tu casa ahora mismo. Vas a subirte en la parte trasera de su coche patrulla sin causar alboroto. Vas a venir directo aquí y vas a decirme cara a cara lo que sabes sobre esas personas desaparecidas. Y vas a contármelo todo, Hal, o destrozaré toda tu propiedad ladrillo a ladrillo. Ya te dije ayer que esto no era ninguna broma, y hablaba en serio.

—Yo solo quiero algo de dinero —replicó Hal, malhumorado—. Otras personas reciben dinero como recompensa. No veo qué tiene de malo querer eso.

—Sal a tu porche, Hal. El ayudante estará allí en cualquier momento.

Shelly finalizó la conversación con Hal, luego volvió a la central de policía y le ordenó a un ayudante que llevara a Hal al Wal-Mart. Después pidió que la conectaran con la oficina del fiscal del condado, donde puso al hombre al corriente del intento de extorsión de Hal y solicitó una orden de registro de sus propiedades, debido a su evidente implicación en el secuestro de un

conocido miembro de las fuerzas del orden.

Kimberly se quedó impresionada.

—Creía que iba a dejar intacta su propiedad —le comentó a la sheriff.

—Mentí. Para cuando la orden de registro esté aprobada, Hal ya nos habrá contado todo lo que necesitamos saber. Llegado ese momento, será genial tener una pequeña sorpresa para el señor Jenkins. Además, llevo semanas queriendo registrar esa granja. No me gusta eso de no mirar el diente a caballo regalado.

Hal tardó diecinueve minutos en llegar al Wal-Mart. En ese intervalo, el ayudante Mitchell confirmó que Hal Jenkins se encontraba en el segundo teléfono público cuando Alane Grove llegó. En la grabación de la cámara de seguridad, Grove desaparecía dentro del hipermercado. Poco después, Hal se alejaba de la cámara en dirección al aparcamiento. Grove reaparecía un instante junto a los teléfonos públicos y luego también se esfumaba en el aparcamiento. No volvió a aparecer ante las cámaras.

—¿No hay imágenes de cámara del aparcamiento? —preguntó Shelly malhumorada.

—Las únicas cámaras exteriores vigilan la fachada de la tienda y la entrada al aparcamiento —explicó Mitchell—. La buena noticia es que disponemos de imágenes claras de todos los vehículos que accedieron al aparcamiento esta mañana, incluidas sus matrículas. Pero la mala es que va a llevar algún tiempo cruzar referencias de todos esos vehículos, además de que no incluiría a nadie que haya llegado a pie.

—Nos quedaremos con lo que tenemos. Llevémosle las imágenes a Kincaid para que las entregue al laboratorio criminal del estado. Alguien va a trabajar muchas horas esta noche.

Shelly volvió a la radio para contactar con la central y Kimberly aprovechó para llamar a su padre.

—¿Cómo estás? —preguntó en voz baja, alejándose del sonido estridente de la radio de la policía, del caos sobreexcitado de curiosos parloteando y del constante zumbido del helicóptero de la prensa que sobrevolaba la zona.

—Tenemos problemas —respondió Quincy sin rodeos.

—Puede que hayamos logrado un avance. Sabemos quién estaba en el segundo teléfono público. Y dice que tiene información sobre Rainie y Dougie.

—El sujeto debería estar al teléfono exigiendo dinero —le dijo Quincy—. Ya ni siquiera finge.

—Mac me ha contado que ha salido una foto en las noticias, y que prueba que Rainie y Dougie estaban vivos esta mañana.

—Prueba que Dougie está vivo. Rainie está al fondo de la imagen. Está tumbada y tiene los ojos cerrados. Lo sé porque estoy mirando la foto ahora mismo.

Kimberly presionó el teléfono contra la oreja, mientras se tapaba la otra con la mano libre para intentar bloquear el ruido de fondo. La voz de su padre sonaba grave, muy diferente a la habitual. Kimberly podía percibir su ansiedad en los tonos apagados, el peso de su desesperación.

Llegó un coche patrulla de la policía, haciendo sonar el claxon mientras se abría paso entre la multitud. Kimberly vislumbró a un hombre en el asiento trasero, con los hombros encorvados, las mejillas sin afeitar y una camisa de franela azul.

—Ha llegado Hal Jenkins —informó a Quincy—. Dame quince minutos y te vuelvo a llamar.

—¿Sigues llevando el transmisor GPS? —preguntó de repente su padre.

Kimberly frunció el ceño.

—Sí. ¿Por qué?

—Quiero que me prometas que no te lo quitarás.

—Estás asustándome, papá.

—Eso intento. No le hemos pagado al sujeto ni un céntimo. Pero si ha secuestrado a la detective Grove…

—Acaba de llevarse siete mil dólares.

—Es algo para considerar —puntualizó su padre.

Luego, mientras Hal Jenkins salía del coche patrulla, Shelly le hizo señas a Kimberly para que se acercara y ella tuvo que cerrar el teléfono, con una sensación de mayor angustia por el día que tenían por delante.

Miércoles, 11:35 a. m., hora del Pacífico

Hal Jenkins no era un tipo simpático y resultaba evidente que la sheriff Atkins no le caía bien.

—Como toque mi casa, no le diré una puta mierda —lanzó a modo de saludo.

—Pues Hal, una promesa es una promesa.

—¡Mentira! Lo quiero por escrito.

Shelly bostezó, le dirigió a Hal una mirada burlona y luego se encogió de hombros con indiferencia.

—Bueno, Hal, si eso te hace feliz…

Le hizo un gesto al ayudante Mitchell para que se acercara. Él sacó un cuaderno de espiral y un bolígrafo. Shelly hizo un gran alarde al escribir: «*Yo, la sheriff Shelly Atkins, prometo de forma solemne* no *registrar los locales propiedad de un tal Hal Jenkins, del condado de Tillamook, con la condición de que coopere plenamente en revelar lo que sabe sobre las personas desaparecidas Lorraine Conner, Douglas Jones y la detective Alane Grove».* Shelly firmó con gran floritura.

—¿Quién es Alane Grove? —preguntó Hal, mirándola con el ceño fruncido.

Shelly se detuvo por primera vez.

—¿Por qué no me dices primero lo que sabes de Rainie Conner y Dougie Jones? —sugirió ella.

—Espere un poco. ¿Era la chica que apareció en el teléfono público? ¿La que llevaba la bolsa de lona? ¡Ya decía yo que se movía como un poli! —Y entonces sus ojos adoptaron cierta expresión de locura—. Bueno, ¡joder!, no estará echándome la culpa a mí, ¿verdad? No sé nada de ella. La vi, me pareció extraño que alguien llevara una bolsa de lona a un súper, y entonces, pum, se fue y yo seguí mi alegre camino.

—¿Por qué estabas en los teléfonos públicos, Hal?

—Me gusta tener algo de intimidad.

—¿Así que estás usando un teléfono público?

—Oiga, todos tenemos nuestras pequeñas…, ¿cómo llamarlas?, manías.

Shelly se mordió el interior de la mejilla y pareció contemplar la posibilidad de abofetear a su informador.

—Así que estabas donde los teléfonos.

—Así es.

—¿Hiciste alguna llamada?

—Tal vez.

—Recuerda, Hal, tenemos motivos para solicitar los registros de llamadas.

Hal volvió a mostrarse cabizbajo.

—Sí, estos desaparecidos —añadió la sheriff con sequedad—, están jodiéndote la vida.

—No diga palabrotas. Es usted una dama y las damas no deberían decir palabrotas.

—Vaya, Hal, estás dejándome ojiplática. Háblame de tu llamada.

—La llamada no importa —soltó Hal de repente, como si hubiera llegado a alguna conclusión interna—. Lo que importa es que se me cayó la moneda.

—¿Que se te cayó la moneda?

—Sí. Y, cuando me agaché para cogerla, vi lo que había pegado en la parte inferior del teléfono.

—Habla un poco más rápido, Hal. No tenemos precisamente todo el día.

Pero Hal se había hartado de hablar. Se metió la mano en el bolsillo trasero y sacó un maltrecho sobre blanco. Lo sostuvo frente a él, agitándolo como si fuera un premio.

—Le daré mi nota si me da la suya.

Shelly entregó de inmediato su compromiso firmado de no registrar la granja de Hal y él le entregó el sobre descolorido.

—¿Esto es todo? —cuestionó Shelly.

—Eso es todo. Créame, no la he manipulado ni he alterado nada. Como le dije, esto de los secuestros no es lo mío.

—Pero ¿la has leído?

—Por supuesto. Sigo pensando que debería recibir una recompensa. Como lo de Cazadores de Criminales y la oficina del sheriff. Estoy haciendo una buena acción, ¿no?

—Espósalo —le indicó Shelly al ayudante Mitchell.

—¡¿Qué?! —exclamó Hal.

—Detenlo, y que lo procesen —le ordenó Shelly a Mitchell—. Veremos si su historia cuadra.

—¡Esta no es forma de tratar a un buen samaritano! —protestó Hal.

—Ah, y mejor va a ponerse, Hal. Hay unas personas estupendas llegando ahora mismo a tu granja para registrarla.

—¡Pero me lo ha prometido!

—Ah, Hal —repuso Shelly con voz amable—. No *soy yo* la que está registrando tu propiedad. Es el fiscal.

Hal intentó salir corriendo, pero el ayudante Mitchell lo agarró de las manos esposadas y lo metió en el asiento trasero del coche.

—¡Zorra! —le gritó Hal.

—Shhh —dijo Mitchell, señalando al cielo—. Sonríe para prensa, Hal. Estás en la *Cámara indiscreta*.

37

Miércoles, 11:38 a. m., hora del Pacífico

El agua estaba alcanzándola.

Rainie podía sentir su constante embestida, subiendo desde los dedos de los pies hasta los tobillos, lamiéndole las espinillas con languidez. Al principio, el progreso parecía lento, el agua subía centímetro a centímetro. Era algo de lo que preocuparse, pero no un motivo de pánico inmediato.

Sin embargo, las circunstancias estaban cambiando. Tal vez la tubería había sufrido una segunda fuga, o la fuerza del chorro de agua había agrandado el agujero existente. El sonido había cobrado fuerza y había pasado de ser un silbido a un rugido.

Rainie sabía de agua. Había trabajado en casos de ahogamiento, había sacado cuerpos hinchados de las rápidas crecidas de ríos recién descongelados e incluso rescatado algún que otro coche que se había equivocado de carretera en una curva pronunciada. Había visto las uñas desgarradas y los dedos rotos y torcidos de las personas que habían luchado hasta el amargo final. En uno de los vehículos, la mujer había conseguido introducir el brazo por una rendija de cinco centímetros en la ventanilla del copiloto. La imagen persiguió a Rainie durante semanas. Aquel rostro pálido pegado al cristal y el brazo ensangrentado buscando la vida de forma frenética.

El agua era una fuerza, regida por sus propias leyes, que alimentaba sus propias necesidades. Empezó saturando la ropa de Rainie, haciendo que el dobladillo de sus vaqueros se volviera pesado. Luego, unos fríos tentáculos se le enroscaron alrededor de los tobillos, rozándole la piel y transmitiéndole un profundo escalofrío a los huesos.

Pronto, el agua le golpearía el pecho, sacándole el aire de los pulmones. Parecía irónico, pero el aire empezaba a sentirse frío y el agua, caliente. Así sería más fácil hundirse en sus profundidades. Dejar que el agua le hiciera cosquillas en los labios, que se deslizara por la garganta.

Para cuando el agua irrumpiera en sus pulmones, provocándole un ataque de tos en el último instante, ya sería demasiado tarde. El agua habría cubierto por completo su cabeza, dejándolos a ella y a Dougie atrapados en su gélido abrazo final.

El agua destruía, pero, como parte de su seducción, también revivía. Sintió su frescor contra el ardor furioso de la rodilla. Salpicó gotas refrescantes contra el dolor de los brazos y el palpitar de las sienes. Bebió de las profundidades húmedas y aceitosas, y el líquido alivió su garganta reseca. El agua la mataría, sin duda. Pero al menos la haría sentirse mejor antes.

Despacito pero con seguridad, se alejó de los escalones del sótano. Se levantó temblorosa y buscó en su bolsillo la única esperanza que les quedaba.

—Dougie —llamó en voz baja.

—S… s… sí.

—¿Has jugado alguna vez a Marco Polo en una piscina?

—S… s… sí.

—Marco.

—Polo.

—Marco.

—Polo.

Encontró su cuerpo acurrucado, atado a la tubería en la oscuridad.

—Dougie —le dijo—, quédate muy quieto.

Miércoles, 11:45 a. m., hora del Pacífico

Se había escondido un fragmento de cristal en la mano durante su fallido intento de huida. Buscando de forma frenética con las yemas de los dedos, esperaba encontrar algo que pudiera usar como arma. Tal vez un cuchillo de doce centímetros con el que pudiera cortar la garganta de su captor o apuñalarle los riñones. No tuvo esa suerte. Todo lo que encontró fue un fragmento fino, quizá de un centímetro de grosor. Lo sentía muy frágil entre sus gruesos e hinchados dedos, pero también lo sentía afilado.

Tuvo que luchar para colocar el trozo entre sus dedos entumecidos y congelados. Empezó a frotar la brida que ataba las muñecas de Dougie y enseguida se le cayó el fragmento. Se lanzó al agua en busca de la delicada pieza, pero se le volvió a caer. Cuando por fin volvió a colocar el cristal, el agua había alcanzado las rodillas de Dougie, que temblaba sin control.

—Estás borracha —la acusó Dougie.

—No

—Te vi con esa botella.

—No estaba buscando alcohol, Dougie. Estaba buscando un arma.

Frotó el borde afilado contra la brida. Creyó sentir que cedía, pero justo en ese momento, por supuesto, se le volvió a caer el trozo de cristal.

—Mentirosa —espetó Dougie.

Rainie se agachó, tamizando el agua con los dedos. El fragmento le rozó de forma leve el dorso de la mano y desapareció. Intentó recuperarlo con desesperación.

—¿Te gustaría saber la verdad, Dougie? Sí, *soy* una mentirosa. Cada vez que mi madre me pegaba, mentía a mis profesores y les decía que me había caído de la bicicleta. Cada vez que bebía alcohol, me mentía a mí misma y me decía que era la última vez. He mentido a mi marido, he mentido a mis amigos y, sí, te he mentido a ti. Se dicen millones de mentiras en el mundo, Dougie. Mentiras que decimos para proteger a los demás, mentiras que decimos para protegernos a nosotros mismos. Estoy bastante segura de que se las he dicho a todos sin excepción. Y estoy bastante segura de que tú también lo has hecho.

Dougie no dijo nada. Rainie encontró el trozo de cristal y lo atrapó entre las yemas de los dedos. El agua pasaba las rodillas de Dougie y se le acercaba a los muslos. Podía oír más gorgoteos, agua vieja buscando nuevas formas de liberarse.

—Hace unos meses —prosiguió ella con voz serena— empecé a tomar unas pastillas. Confiaba en que me ayudarían a dejar de sentirme triste todo el tiempo. Quizá incluso me ayudarían a no querer beber. Por desgracia, no es el tipo de medicamento que pueda dejar de tomarse sin más. Y, cuando nuestro secuestrador me raptó, no tuvo la amabilidad de coger también mis medicinas. Lo que ves ahora no soy yo estando borracha. Estás viendo mis síntomas de abstinencia, y van a empeorar.

—Ah —articuló Dougie en voz baja. Luego, con más curiosidad—: ¿Te duele?

—He tenido mejores días.

—¿Quieres una bebida?

Rainie volvió a su labor y continuó serrando la brida.

—¿Sabes lo que sientes tú por las cerillas, Dougie?

—¡Ojalá tuviera una cerilla ahora mismo! —soltó de inmediato el pequeño.

—Pues eso es lo que yo siento por el alcohol. Pero no tengo que beber, Dougie. Igual que tú no tienes que jugar con fuego.

Le resbalaron los dedos y el fragmento se le clavó en la palma de la mano. Hizo una mueca de dolor, agradecida por una vez por la falta de sensibilidad que tenía en los dedos privados de sangre, y luego sacó el resbaladizo pico de cristal de la carne del pulgar. Volvía a temblar. Frío, conmoción…, no lo sabía. Estaba muy cansada. Sería estupendo retirarse a las escaleras. Sentarse un rato y descansar. No tardaría en regresar con Dougie…

—Rainie, ¿crees en el cielo?

Rainie se sobresaltó de tal forma que estuvo a punto de volver a cortarse. Respondió con cuidado:

—Quiero creer.

—En mi primera segunda familia me dijeron que mi madre se había ido al cielo. Dijeron que estaba esperándome. ¿Crees que mi mami me cuida?

—Me parece una bonita idea —respondió ella en voz baja.

—Stanley me dijo que mi madre estaba decepcionada conmigo. Me dijo que. cada vez que prendía fuego, hacía llorar a mamá. Rainie, ¿mi mamá me odia?

—¡Oh, Dougie! —Vaciló, sin saber de veras qué decir—. Una madre nunca deja de querer a su hijo.

—Quemé su foto.

—Una foto es solo una foto. Seguro que lo entiende.

—Incendié la casa de mis primeros segundos padres y la casa de mis segundos segundos padres. Y, si pudiera conseguir una cerilla, quemaría esta casa. Pero está mojada. —Frunció el ceño—. Las cosas mojadas no arden muy bien.

Rainie arqueó una ceja y volvió a afanarse con la brida.

—¿Sabes qué, Dougie? Las madres *siempre* quieren a sus hijos, aunque no siempre les gusta lo que *hacen.* Piénsalo de este modo: tu madre te quiere, pero seguro que no le gusta que prendas fuego a las cosas.

—Soy un niño malo —afirmó Dougie con naturalidad—. Soy muy travieso. Nadie quiere a un niño travieso.

—Me guardaste una galleta. No creo que un niño travieso les guarde galletas a sus amigos.

—Me bebí toda el agua.

—No sabías que tenía sed. También intentaste conseguirnos ayuda y corriste cuando te pedí que corrieras. No creo que un niño travieso tuviera la valentía de ayudar así a sus amigos.

Dougie no dijo nada.

—Creo, Dougie —continuó Rainie al cabo de un momento—, que eres como el resto de nosotros. Eres un niño bueno *y* eres un niño malo también. Igual que yo soy una chica buena y una chica mala. Todos los días tenemos que decidir qué persona vamos a ser, ¿buena o mala? Pero es nuestra elección. Tú eliges y yo elijo. Yo, por mi parte, estoy tratando de elegir mejor estos días.

—Stanley nunca me pegó —confesó Dougie en voz baja.

—Lo sé, Dougie, lo sé.

Rainie oyó un chasquido. La brida de plástico se había partido y cayó al agua. Dougie por fin era libre.

Miércoles, 11:53 a. m., hora del Pacífico

—Dougie, me toca a mí. —Rainie le tendió el trozo de cristal.

Dougie bailaba y chapoteaba alegre en el agua, pero ella se sintió consternada al darse cuenta de que el agua ya le llegaba al niño a la cintura.

Le habló de forma más tajante.

—Córtame la brida que tengo alrededor de las muñecas, Dougie. Luego nos vamos de aquí.

El chico dejó de bailar, pero no cogió el trozo de cristal. Por un momento, ambos se quedaron parados. Rainie podía sentir que Dougie la observaba, pero, a esa distancia, no podía ver la expresión de su rostro.

—Dougie —insistió ella.

Nada.

—Dougie, el agua está subiendo muy rápido. Ahora voy a subir las escaleras y creo que tú también deberías hacerlo.

Pero incluso después de haber subido la mitad de las escaleras, Dougie se negó a seguirla.

—Dougie, ¿qué estás haciendo?

—No puedo —respondió en voz baja.

—¿No puedes qué?

—No puedo. Hice una promesa. Lo he jurado por mi vida. No puedo.

—¿Dougie?

—No lo sabía —expresó afligido—. No lo sabía.

Rainie bajó un escalón.

—¿Te ha amenazado, Dougie? ¿Te dijo el hombre que te haría daño si escapábamos? Ya no debes tenerle miedo. Cuando salgamos de aquí, me aseguraré de que estés a salvo.

—No quería quemar las cosas de mi madre —se lamentó Dougie—. Pero lo hice. Y una vez que comienza un incendio, no puedes volver atrás. El fuego es para siempre, ¿sabes? El fuego es real.

—Ayúdame, Dougie. —Rainie pudo oír la urgencia en su propia voz, el creciente filo del pánico. Intentó tragar saliva y sonar contundente—. Córtame la brida que tengo alrededor de las muñecas. ¡Voy a sacarnos de aquí!

Nada.

—¿Dougie?

Nada.

—*¡Dougie!*

Y entonces, desde la oscuridad:

—Yo la maté —susurró Dougie—. No quería hacerlo. Pero ahora se ha ido y no puede volver. Porque era un niño malo, y nadie quiere a un niño malo. Excepto tal vez mi mamá. Echo de menos a mi mamá. Solo quiero volver a verla.

Rainie oyó un chapoteo.

Bajó corriendo las escaleras y volvió a sumergirse en el agua.

—¿Dougie? ¿Dougie? *¿Dougie?*

Pero el agua permaneció intacta. Dougie se había hundido en las frías profundidades. No volvió a subir.

38

Miércoles, 11:42 a. m., hora del Pacífico

—Es un mapa.

—Sorpresa, sorpresa.

—Una vez entregados los veinte mil dólares en el lugar X —informó Kimberly por teléfono—, el sudes se pondrá en contacto con los medios de comunicación para proporcionar la localización de Rainie y Dougie.

—¿Con los medio de comunicación? ¿O con Adam Danicic? —presionó Quincy.

—Solo dice medios de comunicación. Tal vez Danicic esté implicado. La nota nos recuerda que nuestro hombre no es un monstruo. Postdata —leyó Kimberly en voz alta—, después de la una de la tarde, ya no podrá culpársele de lo que le suceda a la mujer o al niño. «El destino de ellos —y cito de manera textual— está en sus manos».

—Qué hijo de puta —espetó Kincaid por detrás—. Que alguien me diga la maldita hora.

—Once cuarenta y dos —respondió Kimberly, justo cuando su padre, de pie junto a Kincaid en el centro de mando, también le decía la hora.

—¿Podéis leer el mapa? —quiso saber Quincy.

—Shelly ya ha echado un vistazo. Cree que es un faro de la costa. El edificio ha estado cerrado los últimos meses, en teoría para hacer reparaciones, pero no cree que las obras hayan empezado aún. Ahora está haciendo unas llamadas para comprobarlo.

—¿Cuánto se tarda en llegar?

—Treinta y cinco o cuarenta minutos.

—¿Habéis inspeccionado los otros teléfonos? ¿Estáis seguros de que no ha dejado otra nota?

—Mac ya ha ido corriendo a la fábrica de queso. No había nada. El soldado Blaney ha regresado al centro. Lo sabremos en breve.

—Una nota es suficiente —murmuró Quincy—. Los tres teléfonos públicos, el plazo de quince minutos…, todo eso era solo para impresionar. Una forma de divertirse un poco. Pero saltamos cuando dijo que lo hiciéramos. Ahora, como recompensa…

—Otro estúpido mapa —completó Kincaid, y repitió—: Qué hijo de puta.

Fuera había demasiado ruido. Kimberly se metió en el Wal-Mart, que seguía desierto, con todos los empleados y clientes evacuados en la entrada. Descubrió a Shelly en el departamento de libros, con el móvil pegado a la oreja mientras despotricaba contra alguien a través de las ondas. Kincaid estaba hablando de nuevo. Kimberly se dirigió a la paz y la soledad de sección de higiene femenina.

—Si Shelly cree que sabe a dónde va, que vaya. Puede acompañarla en el coche; conseguiremos que otros agentes les cubran la retaguardia. ¿Sigue teniendo el GPS?

—Sí.

—Entonces, podemos rastrearlas Así que treinta y cinco minutos de viaje y digamos que otros diez minutos para localizar el lugar preciso… Será mejor que se pongan en camino.

—No podemos.

—¿No pueden?

Kimberly lanzó un profundo suspiro.

—¿Ninguno de los dos lo entiende todavía? La detective Grove ha desaparecido, ya no tenemos

los veinte mil dólares.

—¡Qué hijo de puta! —soltó Kincaid.

Su padre no dijo nada.

Miércoles, 11:45 a. m., hora del Pacífico

Por segunda vez en un día, el teniente Mosley se quedó atónito. En su época, cuando un policía detenía a una «persona de interés», la llevaba directamente a la comisaría más cercana. La encerraban en una sala de interrogatorios y le daban la bebida que quisiera. Después se cerraba la puerta de la sala de interrogatorios y el hombre disponía de mucho tiempo para reflexionar en un espacio pequeño y estéril, sentado en una silla de metal duro y con la vejiga a punto de estallar. No es que todos sucumbieran de repente a la presión, pero sin duda ablandaba a la mayoría.

Para empezar, Adam Danicic no estaba encerrado en la sala de interrogatorios ni estaba sentado en una silla de metal duro. Por lo que Mosley pudo ver, no sufría de falta de comodidades.

De hecho, el periodista *del Daily Sun* se encontraba en ese momento en la mesa del sargento, recostado en su sillón de cuero y hablando por teléfono.

Mosley entró, echó un vistazo a lo que estaba ocurriendo y se fue directo hacia el policía estatal que había llevado a Danicic.

El agente se cuadró de inmediato.

—¡No es lo que parece! —estalló cuando Mosley se detuvo frente a él.

—¿Y qué es lo que parece?

—¡Quiero decir que no tuve elección!

—¿Porque lleva un par de esposas o una pistola?

—Aseguró que solo vendría con nosotros si podía hacer algunas llamadas. Y una vez que llegamos aquí, dijo que si no le dábamos un teléfono, usaría su móvil, y claro, no queríamos que su móvil estuviera ocupado.

—Porque el secuestrador no podría contactar con él.

—¡Exacto, señor!

—Dígame, agente, ¿de verdad cree que un periodista pondría en peligro su oportunidad de hablar directamente con el hombre que ha secuestrado a dos personas?

Los ojos del agente se movieron de un lado a otro, lo que Mosley interpretó como un no.

—¿De verdad cree que haría algo para arriesgar su tiempo de antena en las noticias de la noche, o los centímetros de columna que puede conseguir en la primera página?

—Me dijeron que necesitábamos que cooperara. Y no me dieron nada para acusarlo.

—Entonces encuentre algo, agente. Obstrucción a la justicia, un carnet caducado o un faro trasero roto. Ha estado en casa del hombre, delante de su coche, por el amor de Dios. Siempre podrá encontrar alguna pequeña infracción. Hasta el papa ha cometido alguna fechoría en su vida.

El policía no contestó nada más, lo cual fue respuesta suficiente.

El teniente Mosley regresó a la pequeña oficina, donde Danicic seguía hablando por teléfono. Mosley pulsó el botón de la línea uno con el dedo índice y la llamada se cortó.

—¡Eh, que estaba hablando con mi abogado!

—¿Cree que necesita un abogado? —preguntó Mosley con ecuanimidad.

—En la industria del entretenimiento, ya lo creo. Ya me ha llamado Larry King, por no hablar del programa *Today*. Pero también hay que tener en cuenta los posibles contratos de libros. Me

refiero a que, si revelo todo desde el principio, ¿quién va a querer comprar la versión en tapa dura? Necesito una estrategia.

—¡Siéntese bien! —espetó Mosley—. Y quite los pies del escritorio. Muestre algo de respeto.

Danicic arqueó una ceja, pero obedeció. Descruzó los tobillos y se enderezó en la silla. Se sacudió su americana gris, que de cerca no era de un tejido tan fino ni de un corte tan entallado como había parecido en la televisión. El cuello de la camisa le quedaba grande y la corbata era de un tono rosa demasiado fuerte.

Las cámaras le habían dado un cierto toque de misticismo, pero en ese momento tenía su verdadero aspecto, el de un reportero de pueblo que intentaba con desesperación triunfar en las grandes ligas.

—¿Ha visto a Rainie Conner en persona alguna vez? —preguntó Mosley.

—No

—¿Y a Dougie Jones?

—¿Soy sospechoso? Porque, si me considera sospechoso, sí que llamo a mi abogado.

—Intento considerarlo una persona. Créame, cada minuto que pasa me resulta más difícil.

Danicic frunció el ceño, pero apartó la mirada.

—Esos que están en algún lugar de ahí fuera son personas de verdad —declaró Mosley—. Una mujer y un niño que están luchando por sus vidas. ¿Ha estado alguna vez en la escena de un crimen, Danicic? Y no me refiero a encontrarse detrás de una cinta amarilla. Quiero decir de cerca, en persona, donde puede notarse que no son efectos especiales de Hollywood. ¿Alguna vez ha asistido a una autopsia? ¿Ha leído alguna vez el informe de un forense? ¿Sabe de veras lo que una bala o un cuchillo pueden hacerle a un cuerpo humano? Levántese —le pidió Mosley de repente—. Tengo algo que enseñarle.

Mosley tiró de Danicic para ponerlo de pie. El periodista estaba demasiado aturdido para reaccionar. Mosley lo condujo a la parte trasera y lo sentó en la sala de interrogatorios, que era un antiguo almacén de conserjería y aún lo parecía.

De vuelta a la oficina principal, Mosley hurgó en el primer archivador gris que encontró. Solo cogió casos que estaban marcados como cerrados y legalmente resueltos. Si algo le habían enseñado los dos últimos años, era que nunca se era demasiado prudente con la prensa.

Irrumpió en la sala de interrogatorios y empezó a lanzar las fotos sobre la mesa.

—Adolescente, ahorcado. Mujer, destripada. Hombre, atropellado por un tren de mercancías. Cuerpo, de sexo indeterminado, sacado de un río. Manos, cubiertas de hojas de marihuana. Niño de dieciocho meses, ahogado. ¿Sigue pensando en contratos de libros, señor Danicic? Porque en el lugar de donde provienen estos hay muchos más.

Danicic cogió las fotos una por una y las estudió. Con cuidado, volvió a ponerlas sobre la mesa.

Alzó la vista hacia Mosley y se encogió de hombros.

—El mundo está lleno de cosas malas, blablablá… No soy idiota, teniente. Ni siquiera soy tan diferente de usted. Su trabajo es hacer justicia a estas personas. El mío es contar su historia. Hoy tenemos una historia, y no puede impedir que la cuente.

—¿Y si esto incrementa el riesgo para las víctimas?

—¿Incrementar el riesgo? —cuestionó Danicic con un bufido—. ¡Dígame cómo! Ustedes son los que están jugando con esto. Al menos intento salvar una relación muy precaria. Asúmalo, el secuestrador no confía en ustedes. Y, si se pone demasiado nervioso, Rainie y Dougie están muertos. Estoy ofreciendo una alternativa viable. El secuestrador me llama y todo el mundo gana. Y sí, tal vez eso signifique que pueda conseguir un contrato para un libro. Mientras los

encuentren vivos, no creo que a Rainie o Dougie les importe.

—Está interfiriendo en las líneas de comunicación de un caso urgente. Si lo llama a usted, tendremos que esperar para recibir la noticia y no tenemos tiempo para esperar. A veces, la aplicación de la ley es la guerra. Y en la guerra, se necesita una sola línea de comunicación.

—Por otro lado, cada vez que el secuestrador se pone en contacto conmigo, tiene que salir a la superficie. Cuantas más veces salga a la superficie, más posibilidades tendrán de atraparlo.

—Y más personal se necesitará para cubrir todos los ángulos —contraatacó Mosley.

—Entonces, es bueno que haya tantas jurisdicciones implicadas. —Danicic se inclinó hacia delante—. Lorraine Conner es la mujer de un antiguo perfilador del FBI. ¿Quiere un quid pro quo? Dígame, ¿está involucrado el FBI? ¿Es ya un caso oficial del FBI? Y todavía quiero saber algo del otro tipo que vi en el recinto ferial, el que llevaba el cortavientos del Buró de Investigación de Georgia. A mí me parece que aquí están pasando muchas cosas que aún no están contándose al público. Piense cómo va a sonar eso cuando dos personas aparezcan muertas.

—¿Cuándo? Eso no suena muy optimista.

—Las labores de investigación actuales no han hecho nada para convencerme de lo contrario. —Danicic echó la silla hacia atrás y se levantó—. ¿Va a arrestarme?

—Todavía no.

Danicic arqueó una ceja.

—Eso no suena muy optimista —replicó en tono sarcástico—. Me voy.

El periodista dio un paso adelante y Mosley lo agarró del brazo. La mirada que le dirigió Danicic fue más dura de lo que Mosley esperaba. Más calculadora. Al parecer, cuando había mucho en juego, incluso un periodista con poca experiencia aprendía rápido.

—Si descubrimos que ha recibido información y no la ha compartido con nosotros, eso lo convertirá en coconspirador —dijo Mosley con calma—. Lo que lo transformaría en cómplice del crimen. Lo que significaría que no podría beneficiarse de nada relacionado con el crimen: ni contratos de libros ni apariciones pagadas, nada. Piénselo.

—¿Sabe? —expresó con impaciencia Danicic—, no todos los periodistas son malos. O, déjeme adivinar, votó a Nixon.

—Lo está utilizando, Danicic. ¿Por qué enviar una carta al director, por qué dejar una nota de rescate en el parabrisas de su coche? Si quiere ser un periodista objetivo, empiece a hacerse las preguntas difíciles. Este sujeto se deja llevar por su ansia de celebridad. Puede citar lo que digo. Salvo que no podemos hacerlo infame; solo los medios tienen ese poder. También puede citarme en eso. Cuanta más cobertura le dé, más estará recompensando sus esfuerzos. Y cuanto más haga que disfrute de ello…

Danicic soltó el brazo de un tirón, justo cuando la radio de la policía empezaba a crepitar sobre la mesa del sargento. El policía la contestó, pero, en ese pequeño espacio, Danicic aún estaba lo bastante cerca como para oír.

Mosley observó la cara del periodista, esperando algún tipo de reacción. Si el tipo era actor, entonces era muy bueno.

—¡Ah, cielos! —murmuró Danicic, bajando los hombros y pasándose la mano por el pelo corto.

La central pedía más agentes. Los investigadores habían encontrado una tumba.

39

Miércoles, 11:52 a. m., hora del Pacífico

Para Quincy, el tiempo se detuvo justo a las once y cincuenta y dos de la mañana del miércoles. Hasta ese momento, pensaba que le había ido bastante bien. Había estado repasando sus notas para ver qué podía habérseles pasado por alto. Había estado trabajando con Kincaid para analizar la pizarra que mostraba la lista de tareas de investigación. No tenían el informe oficial de la detective Grove sobre las últimas veinticuatro horas de Rainie. Tenían que presionar a la sheriff Atkins para conseguir una evaluación completa de los delincuentes locales. Luego seguía pendiente el seguimiento de Laura Carpenter y localizar a Andrew Bensen. En las últimas treinta y seis horas, se habían empezado muchas cosas, pero muy pocas se habían finalizado. Eso ocurría en investigaciones que avanzaban en múltiples direcciones a ese ritmo.

Candi ofreció su ayuda. Por lo visto, cualquier cosa era mejor que sentarse en torno a una mesa de reuniones, cruzada de brazos. Kincaid la envió a casa de Laura Carpenter. Una negociadora de rehenes cualificada no debería tener ningún problema para entrevistar a una esposa maltratada, y eso le valdría al menos una marca de tarea completada en la pizarra.

Quincy aceptó encargarse de la búsqueda de Andrew Bensen, sin importarle los esfuerzos del ejército. Con el tiempo en contra, no podían darse el lujo de esperar a los informes oficiales. Quincy encendió su portátil y empezó a trabajar con su móvil. Llamó a la abuela de Bensen. Se hizo con los nombres de los antiguos compañeros de colegio del hombre, sus compañeros de juergas. ¿Cuáles eran sus aficiones, sus intereses? ¿Tomaba algún medicamento recetado? ¿Solía visitar Bakersville a menudo? ¿Conocía bien la zona? ¿Alguien lo había oído expresar algún enfado concreto por la muerte de su padre o algún interés por contactar con Lorraine Conner?

—Bueno, al menos Lucas no ha estado todos estos años acostándose con una puta y criando a sus bastardos —refunfuñó Eleanor Bensen con un bufido, cuando Quincy le preguntó qué había pensado al enterarse de la noticia de que habían disparado a su hijo Lucas.

—¿Y Andrew?

—Nunca se lo conté. Hacía quince años que el chico no preguntaba por su padre. ¿Por qué empezar ahora?

—¿Se enteró de la noticia por alguien más?

—¿Cómo demonios voy a saberlo? Pero le diré una cosa. Ese chico es un hijo de puta irascible. Cree que el mundo le debe algo solo porque creció sin padres. ¿Qué se cree que soy, basura?

Quincy seguía dándole vueltas a aquella conversación tan animada cuando Kimberly llamó para hablar de la nota que habían encontrado pegada bajo el teléfono público del Wal-Mart.

Y, una vez más, Quincy y Kincaid cambiaron de rumbo. No había necesidad de preocuparse por coordinar complicados rescates. En ese momento, solo se trataba de marcar el lugar con una X, depositar el tesoro escondido y preocuparse por lo que el sujeto haría a continuación para joderlos.

Necesitaban otros siete mil. Kincaid ordenó a Shelly y Kimberly que se pusieran en camino. Quincy sacó las páginas amarillas. Había una sucursal de su banco en Garibaldi, en la dirección norte que seguían Kimberly y Shelly. Intentó pedir dinero por teléfono, pero el director del banco le colgó. Kincaid volvió a llamar, repitió una jerga legal como para que un abogado se sintiera orgulloso y consiguió que le prometieran siete mil dólares en metálico para entregárselos a un

agente de las fuerzas del orden en unos ocho minutos.

Seguían sintiéndose satisfechos de sí mismos, entusiasmados de una forma que jamás entenderían quienes nunca se hubieran ocupado de asuntos de vida o muerte, cuando entró la otra llamada.

Y el mundo de Quincy se detuvo. Kincaid hablaba, pero sus palabras no tenían sentido. Quincy contemplaba la pizarra, pero no podía leer lo que estaba escrito.

Una granja local, propiedad de un presunto traficante de drogas. Un investigador del condado que llevaba a cabo una búsqueda hurgando en un montón de estiércol. El descubrimiento de la mano blanca y pálida de una mujer.

El forense estaba de camino. El fiscal del distrito había solicitado oficialmente un perito principal del laboratorio de Portland. Toda actividad en la granja se había paralizado. Nadie quería cometer un error. Tenían un solo cuerpo, aunque la cuestión entonces era: ¿tenían tres?

—Llamaré a Kimberly —notificó Kincaid.

—No.

—No estaría de más que regresaran. Shelly fue quien organizó la búsqueda. Va a querer estar al tanto de lo que han encontrado.

—No hasta que lo sepamos con certeza.

Kincaid no dijo nada.

—Podría no ser Rainie y no queremos estropear la entrega —añadió Quincy.

Kincaid no dijo nada.

Quincy se dio la vuelta al fin.

—No lo entiende —manifestó en voz baja—. Soy yo el que debe morir primero.

Kincaid tuvo que irse. Quincy permaneció sentado, solo, en la sala de juntas, con la mirada fija en la pizarra y pensando, por una vez en su vida, en nada en absoluto.

Miércoles, 11:56 a. m., hora del Pacífico

Lo primero que pensó Candi al ver la casa de los Carpenter fue que jamás viviría ahí. No era que se hubiese criado en Park Avenue, pero su abuela Rosa siempre se había enorgullecido de su casa. Todas las mañanas barría los escalones de la entrada y por las tardes sacaba brillo a sus muebles con Pronto con perfume de limón. Que el cielo te ayudara si entrabas en su cocina con barro en los zapatos. A Candi y a sus primos les endosaban un trapo y los condenaban a pasar la hora siguiente fregando suelos de rodillas.

Aunque en el bungalow de Rosa en Portland residían siete niños menores de diez años, desde que Candi podía recordar, aquella casita siempre había estado resplandeciente. Tenía cortinas de encaje bien almidonadas y enredaderas de hiedra verde colgando del asiento que había junto a la ventana, de la repisa de la chimenea e incluso enroscadas al crucifijo. Todos los niños del barrio preferían ir a jugar a casa de Rosa. Bebían Tang en una cocina que olía a limón y luego jugaban en el diminuto patio trasero, cubierto de las glicinas que Rosa cultivaba con minucioso cuidado.

El hogar de los Carpenter, en cambio… A Candi le pareció oscuro. Había demasiados árboles altos eclipsando una diminuta casa. Los gigantescos abetos bloqueaban el sol, chupaban la humedad de la hierba y solo dejaban vivo el musgo del destartalado tejado. Ahí no había, desde luego, ninguna cascada salvaje de flores púrpuras.

Candi aparcó en el camino embarrado. Siguió un sendero irregular de ladrillos, avanzando con cuidado sobre las piedras, intercaladas con grandes matas de mala hierba. La fachada de la casa

estaba pintada del color del barro, con la puerta a juego. Llamó a la puerta y esperó, pero nadie respondió.

Sin embargo, a Candi le pareció oír voces. Aguzó el oído y se dio cuenta de que era el sonido de una radio, que provenía de la parte trasera. Siguió el ruido y encontró a Laura Carpenter de pie en un patio de cemento que estaba más o menos en el mismo estado que el paseo de ladrillo, inhalando un cigarrillo. En cuanto vio a Candi, Laura dejó caer el Marlboro al suelo y lo pisó. La mujer desplazó su peso hacia delante, como si tratara de encubrir el movimiento con un paso al azar.

Candi pensó que había visto a niños de doce años disimular mejor su hábito.

—Candi Rodríguez, Policía Estatal de Oregón —se presentó, tendiéndole la mano.

Laura Carpenter no frunció el ceño, pero tampoco es que le extendiera una alfombra roja. Ignoró el brazo extendido de Candi y se encogió de hombros.

—Y ahora, ¿qué viene a buscar? —inquirió la mujer. Con los brazos cruzados sobre el pecho, llevaba una sudadera morada holgada y tenía el cabello castaño y unos ojos marrones sin vida. Se expresaba con una voz de indiferencia calculada.

—En realidad, me preguntaba si Stanley estaba en casa.

—No.

—¿Está haciendo recados?

—Está ahí fuera —respondió Laura, señalando con la cabeza hacia el bosque que las rodeaba —. Sigue buscando al chico. Stanley —añadió con tono de burla— se cree que es el entrenador Knute Rockne. Los ganadores nunca se rinden y los que abandonan nunca ganan. El hecho de que unos cuantos agentes de policía hayan declarado al niño secuestrado no significa que Stanley vaya a abandonar la búsqueda. Stanley no.

A Laura le temblaban las manos. Candi decidió ponérselo fácil a ambas. Hizo ademán de palparse la chaqueta.

—¡Ah!, mierda, debo habérmelos dejado en el coche.

Laura la miró.

—Mis cigarrillos —explicó Candi—. Supongo que no tendrá uno…

La mujer sonrió por fin. No se había dejado engañar, solo estaba agradecida.

—Supongo que no. —Sacó el paquete rojo y blanco. Cogió un cigarrillo para ella y luego le dio la cajetilla a Candi. Había una caja de cerillas junto a la barbacoa. Ambas encendieron sus cigarrillos, Laura exhaló con suavidad y Candi se las arregló para no toser. Habían pasado años desde su último cigarrillo. ¡Ah, caray, pero qué bien sabía!

—Se supone que he dejado de fumar —comentó Laura, apartando el humo—. Estábamos intentando tener un bebé. No se puede fumar durante el embarazo. No se puede fumar, no se puede beber, no se puede comer pescado… Si lo piensas…, es curioso todas las normas que tienen ahora. Tengo una foto de mi madre, embarazada de siete meses de mí, con una cerveza en una mano y un cigarrillo en la otra. Por otra parte, algunos días me miro al espejo y creo que soy un anuncio ambulante del ministro de Sanidad.

—Entiendo que no funcionó —comentó Candi con neutralidad.

—Cinco años de in vitro —repuso Laura—. Los sindicatos son geniales. Dan a los trabajadores un seguro tan bueno que sería una locura no aprovecharlo al máximo.

—¿Cinco años? Eso es duro.

Laura no dijo nada, solo apretó los labios. Candi pensó en lo que había dicho antes sobre su marido: los ganadores nunca se rinden y los que abandonan nunca ganan. Puede que eso

funcionara en el campo de fútbol, pero cuando se trataba de asuntos de cama…

Podía entender por qué Laura Carpenter parecía tan cansada. Como si la vida le hubiera sido drenada, y ya no fuera más que un caparazón humano, aguantando hasta que todo llegara a su fin.

—¿Fue entonces cuando decidieron adoptar?

Laura miró a Candi, con ojos penetrantes, sin dejarse engañar.

—Tal vez debería preguntarle a Stanley.

—¿Fue idea suya?

—Un hombre desea un hijo varón. Eso fue lo que me dijo.

—¿Y qué quiere una mujer?

Laura se rio y el sonido le resultó doloroso a Candi.

—Puedo quedarme embarazada. Ese nunca fue el problema. Es solo que parece que no consigo llevarlos a término. La primera vez, culpas a la naturaleza; la segunda vez, te culpas a ti misma; la tercera vez, culpas a Dios… Cuatro, cinco, seis veces después, creo que una mujer inteligente deja de culpar a nadie y capta la indirecta.

—Lo siento.

—¿Ha pensado alguna vez en tener hijos? Tal vez no encaje muy bien con su carrera. Por otra parte, es joven y le queda mucho tiempo.

—No lo sé —respondió Candi con sinceridad—. Crecí siendo la mayor de siete primos. Algunos días, creo que ya he pasado suficiente tiempo cambiando pañales. Otros días, no estoy tan segura.

—¿Tiene marido?

—Aún no he conocido a nadie que pueda seguirme el ritmo.

Laura sonrió y se terminó el cigarrillo.

—¿Por qué no entra, señorita Rodríguez? Pregúnteme lo que de verdad quiere saber.

Recogió las colillas y las depositó en una bolsa de plástico que llevaba en el bolsillo trasero de sus vaqueros. El paquete de cigarrillos quedó escondido en lo alto, detrás de la bajante del canalón. Volvió a colocar las cerillas en la barbacoa.

Laura había pasado algún tiempo perfeccionando su engaño. Dentro, sacó con rapidez el spray de Sanytol. Luego se excusó.

—Esta es mi ropa de fumar —dijo a modo de explicación antes de retirarse a su dormitorio.

Al quedarse sola, Candi deambuló por el pequeño espacio. Era una cocina de los años setenta con armarios teñidos de oscuro y encimera de formica dorada. Tenía una zona para comer, con mesa redonda de pedestal y cuatro sillas de madera maciza y un televisor de gran tamaño, sin duda el objeto más caro de la estancia, encajado encima de un desvencijado soporte para microondas. Había altavoces de sonido envolvente en cada rincón. Candi no estaba segura de por qué alguien necesitaba sonido envolvente en un espacio tan pequeño, pero suponía que a los hombres les gustaban esos juguetes.

Las paredes estaban cubiertas de paneles de madera oscura, salpicadas de fotos de los equipos de fútbol del instituto que abarcaban diez años. Dos estantes exhibían los trofeos de la década en tonos metálicos rojos, verdes y dorados.

Candi asomó la cabeza en una pequeña habitación y descubrió un cuarto de baño. Empujó una segunda puerta para encontrar una pequeña oficina. A la tercera fue la vencida y vio un colchón desnudo cubierto por una sola sábana blanca. Así que esa era la habitación de Dougie.

No había cuadros en las paredes, pero sí tres impresionantes agujeros. No había ropa en el

armario, pero sí un cubo de dos litros. Nada de juguetes de ningún tipo. A Candi la habitación le recordaba a la celda de una cárcel.

—¿Ya ha visto suficiente? —preguntó Laura desde detrás de ella. Se había puesto otros vaqueros y una nueva sudadera holgada, verde oscura. Se había hecho algo en el pelo, tal vez se lo había mojado con agua, y luego se lo había envuelto en un turbante para disimular el olor a cigarrillo. En realidad, era bastante buena, si no tenías en cuenta las manchas de nicotina de los dedos o el estado de su dentadura.

—¿Dónde están sus cosas?

—Dougie no tiene nada. Forma parte del programa. El niño empieza sin nada y luego va ganándoselo poco a poco.

—¿Ni siquiera tiene ropa?

—Tiene ropa. Está en nuestra habitación. Le doy un conjunto al día, elegido por mí. Si quiere tener su propia ropa, lo mismo…, tiene que portarse bien.

Candi arqueó una ceja. Laura se limitó a encogerse de hombros.

—Con un chico como Dougie, ¿qué otra cosa vas a hacer?

—¿Le cae bien Dougie, señora Carpenter?

—La verdad es que no.

—¿Le ha pegado alguna vez?

Laura mantuvo la mirada fija.

—Mi madre me atizaba casi todos los días. No siento la necesidad de devolver ese favor.

—¿Y Stanley?

—Nunca lo he visto levantarle la mano al chico.

—¿Y a usted?

Laura enarcó una ceja.

—Stanley tiene sus defectos, pero ese no es uno de ellos.

—¿Y qué defectos tiene?

—Es un hombre. ¿Qué defectos tienen todos los hombres? Cabezonería, egoísmo… Quiere lo que quiere, sin importarle lo que digan los demás.

—Igual que quería a Dougie.

—Igual que quería a Dougie.

—¿Así que le sigue la corriente?

Ella ladeó la cabeza y estudió a Candi durante todo un minuto.

—Sé lo que piensa, señorita Rodríguez. Sé lo que piensan todos cuando merodean por aquí. Mira a esa pobre mujer, con esa cara de haber vivido un duro camino. Mira esa casita tan fea, con esa horrible alfombra dorada y esos muebles baratos de Wal-Mart. ¿Cómo puede vivir así? ¿Cómo puede hacer feliz a un hombre?

»¿Quiere saber la verdad? No siempre logro que mi hombre sea feliz, pero sí que siga a mi lado. No somos Catherine Zeta-Jones y Michael Douglas, pero nos entendemos. Nos conocemos desde que teníamos cinco años. Y, comparado con la zona de casas móviles en la que crecimos, vivimos en una puta mansión y este es nuestro trozo de paraíso. Quizá a nadie más le guste, pero, para nosotros, la vida nos va bien.

—Está cuidando a un niño que ni siquiera le cae bien —declaró Candi sin rodeos.

—Me ocupo de mis responsabilidades.

—Se ha perdido.

—Se ha escapado.

—O lo han secuestrado.

Laura resopló.

—En serio, ni el mismísimo diablo podría lograr que ese chico hiciera algo que no quisiera.

—Entonces, ¿por qué lo cría?

—Porque mi marido me lo pidió.

—¿Y siempre hace lo que su marido quiere?

Laura exhaló con fuerza. Por primera vez desde que Candi llegó, la mujer pareció enfadada.

—Ustedes… —dijo de repente— siguen viniendo aquí, buscando y buscando sin parar. Nunca he visto a tanta gente buscar tanto algo que tienen delante de las narices. ¡Venga aquí!

Laura entró en la sala de estar y Candi siguió su estela. La mujer tiró de un álbum de fotos, lo abrió de golpe y luego señaló una foto con el dedo.

—¿Eso la ayuda en algo?

Candi apenas podía creer lo que estaba viendo.

—¡No puede ser!

—Sí puede ser.

—Pero…

—Los hombres grandes no siempre empiezan siendo hombres grandes. —Laura fijó su mirada en la foto. Daba la impresión de que podría sentarle bien otro cigarrillo—. Quiere de verdad a ese niño —murmuró—. Estúpido hijo de puta.

40

Miércoles, 12:02 p. m., hora del Pacífico

Cincuenta y ocho minutos antes de la hora límite, Kimberly y Shelly entraron derrapando en el aparcamiento de la caja de ahorros local. Shelly se apresuró a entrar, enseñó su placa, firmó dos formularios por triplicado y luego metió siete mil dólares en efectivo en una flamante bolsa de lona de Wal-Mart.

El director la miró estupefacto.

Shelly gritó «Gracias» por encima del hombro y salió corriendo hacia la puerta. Hizo un giro repentino, cogió dos piruletas del cuenco que había junto al cajero y volvió a echar a correr.

De vuelta en el SUV, puso el vehículo en marcha y salió a la carretera. Kimberly miró por los retrovisores. Había un coche detrás de ellas, luego otro y luego la furgoneta blanca de vigilancia. El séquito estaba completo.

Shelly le pasó una piruleta de uva. Kimberly dio la bienvenida al subidón de azúcar mientras abría el mapa del condado de Tillamook.

—Bien, parece que nos quedan otros ocho kilómetros, entonces llegaremos a un camino de acceso que está a la izquierda. Lleva al acantilado y, ¡pum!, tenemos un faro.

Kimberly dobló el mapa y se puso a manipular el dinero. Mac había asegurado los veinte mil originales, registrando de manera meticulosa cada número de serie que le había proporcionado el banco. Por supuesto, nadie había tenido tiempo de documentar el nuevo depósito, ni el banco ni los agentes. En lugar de eso, Kimberly mezcló los nuevos billetes de veinte con los ya registrados. Si el sujeto sacaba un fajo de billetes, lo más probable era que al menos algunos de los registrados acabaran en circulación, ayudándolos a abrirse camino hasta la puerta del secuestrador.

Para que constase, veinte mil dólares en billetes pequeños resultaban un espectáculo bastante impresionante. Un bulto ancho, alto y pesado. La cabina delantera del SUV se inundó de olor a tinta de impresora. Kimberly pasó el pulgar por los fajos. Al tacto, se sentían fríos y sedosos.

—¿Hora? —preguntó Shelly de forma escueta.

—Quedan cuarenta y ocho minutos para el plazo.

Shelly gruñó.

—Podemos conseguirlo. Diez minutos en coche, cinco minutos andando y ya estamos.

—Y supongamos que otros diez minutos para encontrar el lugar preciso donde depositar el dinero…

—Aún nos sobran veintitrés minutos.

—Quiero hacer una ronda —reveló Kimberly de repente—. Tú no tienes que hacerlo si no quieres. Incluso podría ser mejor si solo estuviera una de nosotras. Pero quiero encontrar un escondite. Tiene que haber algún lugar donde pueda colocarme.

—¿No confías en él?

—Ni por asomo.

—Claro que podría estar vigilando —reflexionó Shelly—. Ha tenido más tiempo para preparar esto. Por lo que sabemos, él está ya en su posición y si ve que te quedas atrás…

Kimberly frunció el ceño y se mordió el interior de la mejilla.

—Pensaré en algo. Siempre hay algo.

La radio cobró vida. Era la central, solicitando hablar con la sheriff Atkins. Con gesto de extrañeza, Shelly respondió a la llamada.

Ninguna de las dos estaba preparada para la noticia que escucharon a continuación. Informaba de un cuerpo femenino no identificado, localizado en la granja de Hal Jenkins. Había rastros de sangre en el vehículo del hombre. Se había solicitado un forense de inmediato.

Kimberly se agarró al salpicadero. No sabía por qué. ¿Para mantenerse a flote mientras el mundo daba un giro inesperado? ¿Para prepararse para la noticia que siempre temió oír? ¿O solo para aferrarse a algo, porque eso no podía estar ocurriendo? No después de lo mucho que se habían esforzado y de todos los pasos que estaban dando. Y, Dios mío, ¿no había tenido su padre ya bastante mala suerte en la vida? ¿Acaso no podía tener un respiro, solo una vez?

—Tenemos que volver —susurró.

—No.

—Pero mi padre…

—No querría que hiciéramos suposiciones precipitadas.

—¡Oh!, por el amor de Dios, tú has sido la que ha organizado el registro de la propiedad de Jenkins. Has sido tú quien sospechaba que podría estar involucrado.

—También soy la que entrevistó a Hal ayer a las cinco de la tarde. Más o menos a la misma hora que Dougie Jones desapareció.

—Tal vez está trabajando con un cómplice.

—¿Hal? —Shelly soltó un bufido—. Es demasiado avaricioso para compartir.

—Pero si él no ha llevado a cabo el secuestro… ¿Mató a una mujer al azar al mismo tiempo que dos personas ya estaban desaparecidas?

La expresión del rostro de Shelly se volvió triste.

—No creo que fuera al azar.

Y entonces Kimberly también lo entendió.

—La detective Grove —susurró.

—Él ya sabía lo del rescate. Imagínate que llega a Wal-Mart y ve a una agente sola con una bolsa de viaje colgada del hombro. Una oportunidad así…

—¡Ay, Dios! —Kimberly se giró hacia la ventana. Se quedó mirando los kilómetros de asfalto gris que pasaban y la impenetrable neblina de lluvia—. ¿Sabes qué es peor que pensar que Rainie está muerta? —preguntó de pronto.

—¿Qué?

—Pensar que podría ser una compañera y estar agradecida.

—Vamos a tener mucho tiempo para relativizar las malas noticias.

—¿Por qué?

—Acabamos de pasar nuestro camino de acceso, y está cerrado.

Shelly hizo un giro en U a toda velocidad, con los neumáticos chirriando sobre el asfalto mojado. Un coche que circulaba en sentido contrario hizo sonar el claxon. Kimberly vislumbró unos ojos muy abiertos, llenos de pánico. Entonces el vehículo pasó a toda velocidad mientras Shelly maniobraba con el SUV sobre el terreno. Minutos después, habían aparcado frente a una estrecha carretera asfaltada, cerrada con una pesada verja metálica. En el cartel naranja de la obra podía leerse: «*Cerrado por reparaciones del 1 de septiembre al 15 de diciembre*».

—Creo que el Departamento de Parques podría haberlo mencionado por teléfono —masculló Shelly, tensa.

Salió del SUV y sacudió la verja. El candado aguantaba, y no había espacio suficiente para

rodearla. Cien metros más atrás, Mac y el ayudante Mitchell se detuvieron en la furgoneta blanca de vigilancia, esperando a ver qué hacían.

—Parecen unos cinco kilómetros —informó Kimberly, mirando el mapa.

—No podemos continuar con el coche —declaró Shelly.

—Y no tenemos tiempo para ir andando.

Lo que solo dejaba una opción. Kimberly se bajó del vehículo y se echó la bolsa a los hombros como si fuera una mochila. Se tambaleó un instante bajo el peso de los veinte mil dólares, pero luego recuperó el equilibrio.

—Yo la llevo los primeros dos kilómetros —anunció.

Se escabulleron alrededor de la verja de acero y echaron a correr.

Miércoles, 12:15 p. m., hora del Pacífico

Candi llamó al centro de mando. Al no haber nadie más por ahí, Quincy contestó al teléfono.

—No va a creerse esto —aseveró Candi.

—Inténtelo.

—Stanley Carpenter es el padre biológico de Dougie.

Quincy hizo una pausa.

—Usted gana.

—He hecho hablar a la mujer. Según Laura, ella y Stanley se conocen desde que eran niños y son una pareja de amor verdadero. Nada de maltrato, solo los típicos conflictos de pareja. A él no le gusta que Laura fume y ella está algo enfadada al haberse enterado de que la engañó con una chica del instituto.

—La madre de Dougie. —Quincy abrió los ojos de par en par, y, de repente, pudo ver las posibilidades—. ¿Quién iba a decirlo?

—Bueno, Laura se enteró, claro, aunque al parecer no hasta después de la muerte de la madre de Dougie. Según ella, Stanley llevó a casa la foto de Dougie diciendo que quería adoptar a ese niño, y Laura lo supo de inmediato. Me enseñó la foto de segundo curso de Stanley… Se lo juro, Dougie podría ser su hermano gemelo.

—Está claro que Stanley pegó el estirón bastante tarde —comentó Quincy con tono irónico.

—Eso parece. Como es lógico, a Laura no le hizo mucha gracia enterarse de que su marido había dejado embarazada a otra. Sin embargo, según ella, lo que de verdad la enfurecía era que Stanley no hubiera asumido sus responsabilidades. Si él había engendrado al niño, por supuesto que se harían cargo de él. Al oírla hablar, daba la impresión de que solo estaba enfadada porque no se lo había dicho antes.

—Muy tolerante de su parte.

—Y no es que sea una gran fan de Dougie. En realidad, cree que el chico es un problema con mayúsculas. Pero jura que ni ella ni Stanley le han levantado nunca la mano. De hecho, Stanley se siente culpable por todo lo que ha pasado Dougie y está desesperado por enmendarlo.

—Qué tipo tan noble.

—Laura cree que puede haber apoyado económicamente a Dougie.

—¿De forma voluntaria o involuntaria? —murmuró Quincy.

—Eso puede que nunca lo sepamos. Pero después de que Laura se enterara de la existencia de Dougie, revisó los talonarios de cheques. El año que nació Dougie, se sacó mucho dinero en efectivo. Siempre pequeñas cantidades, así que no le dio mucha importancia en ese momento.

Pero hubo muchas transacciones. Cree que Stanley lleva sacando dos mil dólares adicionales al año, sin explicación.

—¿*Sigue* sacando dos mil al año? La madre de Dougie murió hace tres años.

—Sí, eso mismo pensé yo. Laura no tenía respuesta. Quizá haya estado pagando a las familias de acogida o haciendo regalos en secreto. Cualquiera pensaría que Laura podía preguntárselo, pero, claro, no siempre puedes hablar con tu amorcito.

—Dougie lleva tres años en el sistema de acogida —pensó Quincy en voz alta—. Si Stanley sigue pagando dinero, entonces alguien tiene que estar manteniéndolo informado. Lo que significa…

—Que alguien más tenía que saber de su interés en Dougie.

—Lo que sugiere que esa persona sabe que Stanley es el padre. —Pierce Quincy lanzó un profundo suspiro. Solo veía una explicación—. Creo que Peggy Ann Boyd ha estado ocultándonos algo.

—¿Peggy Ann Boyd?

—La trabajadora social que lleva a Dougie. Que conocía a su madre, Gaby, y se ha interesado de manera personal por su caso.

Se produjo un instante de silencio.

—Llámeme cínica… —añadió Candi despacio—. Pero ¿y si el dinero no era para Dougie?

—¿Y si era para Peggy Ann? —completó Quincy—. Creo que soy tan cínico como usted.

—Dos mil dólares seguro que compran mucho interés personal. Y es un precio bastante barato para que todo un pueblo no se entere de que tú, el respetado entrenador de fútbol, has dejado embarazada a una menor.

Quincy continuó esa línea de pensamiento.

—El sistema ha funcionado durante siete años. Pero ahora algunas cosas han cambiado. Uno, Stanley intenta cuidar de su hijo, lo que pone a prueba su matrimonio y, sin duda, su cordura. Y dos, Dougie ha acusado a Stanley de abuso, invitando a una investigadora externa.

—Ella se enteró —manifestó Candi en voz baja—. ¡Dios mío!, Rainie descubrió que Stanley era el padre biológico de Dougie. ¿Le mencionó algo a usted?

—No, pero nunca lo haría. Habría infringido las leyes de confidencialidad. —El cerebro de Quincy ya iba a toda velocidad—. Pero podría haber hablado con Stanley. O haberlo comentado directamente con Peggy Ann.

—Ahora tienen un problema: alguien lo sabe. Y no solo afecta a una carrera, sino a dos. Arrastrarán el nombre de Stanley por el barro y Peggy Ann será culpable de corrupción. Ambos están involucrados.

—Por otra parte —agregó Quincy en voz baja—, si algo le pasara a Rainie…

—Su marido, un antiguo perfilador del FBI, sin duda revolvería toda la ciudad en busca de respuestas —dijo Candi sin rodeos, y luego completó el resto de las piezas—. Así que le dieron una historia: un extraño que secuestra a gente por dinero. E invirtieron las cosas. No secuestran a Rainie por Dougie, sino que secuestran a Dougie por Rainie.

—Y así atan dos cabos sueltos. El niño incorregible que es la prueba de la aventura amorosa y la representante designada por el tribunal que descubrió la conexión. —Quincy cerró los ojos, y a pesar de que no le gustaba lo que estaba pensando, siguió dándole vueltas—. Eso aclararía las incógnitas. Por qué secuestraron a Rainie. Cómo es que el sujeto sabe tanto de ella. El persistente intento de engañarnos afirmando que el secuestrador no es de la zona, no conoce a Rainie y solo quiere dinero. Todo forma parte de un escenario elaborado de forma minuciosa, ideado para

mantenerme a mí, y a todos los demás, en la oscuridad.

Quincy echó un vistazo al reloj. Quedaban cuarenta minutos para la una.

—Tenemos que hablar con Stanley Carpenter.

—No está en casa. Laura afirma que sigue buscando a Dougie en el bosque. Para que conste, sin embargo, su camión no está en la entrada. Me fijé al salir.

—Solicitaremos a tráfico el expediente de Stanley y emitiremos una orden de búsqueda de esa matrícula. Eso debería bastar para localizarlo.

—¡Maldita sea! —exclamó Candi, y Quincy pudo oír el sonido de su mano al golpear el volante—. Ahora sí que avanzamos. Bien, voy para allá.

—No, ni hablar.

—¿No?

—Cuarenta minutos no son suficientes para localizar un camión en todo el condado de Tillamook. Si Stanley no está disponible, entonces iremos directos a Peggy Ann. A menos, claro, que quiera esperar tranquilamente junto al teléfono.

—Ni en un millón de años.

Quincy rebuscó entre sus notas y recitó una dirección.

—Diez minutos —añadió—. Nos vemos allí.

41

Miércoles, 12:03 p. m., hora del Pacífico

Rainie no podía encontrar a Dougie. Se sumergió de forma frenética en las frías y oscuras aguas, gritando su nombre y agitando las profundidades con los brazos. Temblaba sin control, con su cabello rapado y mojado pegado al cráneo y la camiseta adherida al cuerpo.

—¡Dougie! ¡Dougie, Dougie, Dougie!

Su pierna chocó con algo duro. Se sumergió y descubrió la pata del banco de trabajo. Estaba desplazándose en la dirección equivocada. El niño estaba a la izquierda del final de las escaleras. Al menos eso era lo que ella creía. Era difícil orientarse en aquella oscuridad infinita.

Oyó un jadeo, un gorgoteo. Dougie emergió de repente del agua, jadeando en busca de aire.

—¡No, no, no! —gritó, y volvió a hundirse.

—¡Maldita sea! —Rainie se apartó del banco de trabajo, el agua estaba ya tan profunda que le resultaba más fácil nadar. Sintió una mano agitarse contra su cadera. Se zambulló, enganchó la cintura del pequeño con sus brazos atados y lo arrastró a la superficie.

—¡Suéltame! ¡No quiero vivir! ¡No quiero vivir!

Dougie empujaba contra los hombros de Rainie, agitando los brazos hacia su cabeza y arañándole la cara.

Rainie lo soltó. Luego echó las manos hacia atrás, las cerró en un puño y golpeó a Dougie en la mandíbula. El niño se quedó inmóvil y ella arrastró su cuerpo inconsciente hasta los escalones.

Tuvo que subir siete escalones para salir de la creciente inundación. Luego se desplomó junto al pequeño, tosiendo sin control, mientras los escalofríos le recorrían el cuerpo de arriba abajo.

Sus sienes gritaban de dolor. Quería agarrarse la cabeza, golpeársela contra el escalón de madera. En lugar de eso, se tambaleó hasta un lado de las escaleras y vomitó de forma violenta.

La pierna izquierda no paraba de temblarle y ráfagas de dolor intenso iban y venían. La pierna se sacudía contra las escaleras. Le dio dos patadas a Dougie, sin querer, y sus ojos se abrieron.

La miró, se dio cuenta de que lo había sacado del agua y frunció el ceño.

Rainie respiró hondo.

—Dougie Jones —le habló con toda la fuerza que pudo reunir—, he estado enfadada contigo, y me he sentido frustrada contigo, ¡pero nunca nunca me he sentido decepcionada contigo! ¡Niño débil y cobarde, no vuelvas a hacer eso! ¿Me oyes? ¡Nunca!

Dougie se quedó mirándola, apretando la mandíbula con terquedad.

—Me levanté de la cama —reveló de repente—. Mi mamá me dijo que no lo hiciera, pero yo me levanté. Descorrí todas las cerraduras, abrí la puerta de casa, y eso es algo muy malo. «Dougie», me dijo mi mamá, «No puedes seguir escapándote. Alguien va a acabar haciéndose daño». Pero lo hice. Y ella murió. Ahora intentas ser como mi mamá y también vas a morir.

—¡Oh!, Dougie. Tú no mataste a tu madre.

—Sí, lo hice. Abrí la puerta de casa. Hice algo muy malo. Yo la maté.

El labio inferior de Dougie había empezado a temblar. Tenía los hombros encorvados y la barbilla hundida en el pecho, como si, por pura fuerza de voluntad, pudiera dejar de existir.

Rainie no pudo contenerse y extendió las manos. Pero, al primer contacto, Dougie se estremeció.

—Tú no mataste a tu madre, Dougie —declaró ella con firmeza—. Salió a comprar leche, que

es lo que hacen las madres. Y tú te despertaste y fuiste a buscarla. Eso es lo que hacen a veces los niños de cuatro años. Pero lo que mató a tu madre aquella noche fue un conductor borracho. La atropelló poco después de que saliera de la urbanización, antes de que se enterase de que te habías levantado de la cama. No fue culpa tuya, y no fue culpa suya. Fue solo una tragedia. Lo sé, cariño, he leído el informe de la policía.

—Salí de la habitación.

—Pero ella no lo sabía, cielo. Ella todavía estaba de camino a la tienda de comestibles.

—Hice algo muy malo.

—Pero eso no fue lo que hizo daño a tu mamá, cariño. Fue un conductor borracho quien mató a tu madre. No tú, Dougie, sino otra persona.

Se produjo una larga pausa.

—¿Otra persona?

—Sí, Dougie, otra persona.

—Rainie —pronunció Dougie en voz baja—, quiero que vuelva mi mami. —Y entonces Dougie empezó a llorar.

Esa vez, Rainie lo rodeó con los brazos. Ella arrastró su cuerpo húmedo y tembloroso hacia su regazo. Dougie sollozó con más fuerza, con la cara hundida en el pliegue de su hombro. Lloró con furia y lloró a gritos. Lloró hasta quedarse con una serie de pequeños hipidos patéticos que dolían más que las lágrimas verdaderas.

—Shhh, Dougie. Shhh, va a salir bien. Todo va a salir bien.

Pero supo que mentía en cuanto pronunció las palabras, porque el agua ya estaba a sus pies, y solo les quedaban siete peldaños más en la escalera.

Miércoles, 12:18 p. m., hora del Pacífico

Cuando los sollozos de Dougie cesaron, Rainie se apartó con mucho cuidado. Sus manos seguían atadas; cualquier posibilidad de cortar las ataduras de plástico sin duda había desaparecido con el fragmento de cristal en algún lugar de las oscuras aguas agitadas. Ya no se preocupaba por eso.

—Dougie —expresó con firmeza—. Vamos a salir de aquí.

El chico moqueó y se limpió la nariz con el dorso de la mano mientras la miraba inseguro.

—¿Recuerdas la luz que hay encima de la puerta? ¿La que tenía la bombilla que rompiste?

—Sí.

—Vamos a ponerte sobre mis hombros otra vez, salvo que esta vez vas a arrancar la rejilla que rodea la luz.

—Es de metal.

—Sí, pero eres fuerte y puedes hacerlo. Luego cogeremos esa rejilla y la utilizaremos para romper las ventanas del sótano.

—Están demasiado altas.

—Ya no, Dougie. Podemos nadar hasta allí.

El chico se volvió, pareciendo darse cuenta por primera vez del constante avance del agua, que ya les lamía los dedos de los pies.

—Debe llevar mucho tiempo ahogarse —comentó el pequeño con el ceño fruncido—. El agua es más complicada que el fuego.

—Confía en mí, cielo, si hacemos las cosas a mi manera, nunca tendremos que averiguarlo.

Rainie hizo que se subiera a sus hombros. Fue tan incómodo como la vez anterior, pero lo

bueno era que, si lo dejaba caer, él solo se zambulliría en el creciente estanque. Y, con las dos manos libres, el chico podía agarrar bien la rejilla.

Por desgracia, el metal se negaba a ceder.

Dougie intentó arrancarlo tres o cuatro veces. Entonces la pierna de Rainie sufrió un espasmo y ambos cayeron al agua. Dougie salió jadeando y sacudiendo la cabeza. A su lado, Rainie se agarró a la barandilla para mantenerse a flote mientras sus caderas se sacudían entre espasmos. Se sentía como una muñeca de madera controlada por un pésimo titiritero.

Y entonces, de la nada, pensó en Quincy. Se preguntó qué estaría haciendo en ese momento. Se preguntó qué estaría sintiendo. Se preguntó si volvería a verlo.

Morir no era la máxima crueldad, entonces lo comprendió. Eran todos los asuntos pendientes que dejaba la muerte de una persona. Una madre moría y su hijo pasaba el resto de su vida pensando que había sido culpa suya. Una esposa moría, y su marido pasaba el final de sus días sin saber nunca cuánto lo había amado, que lamentaba que su propia debilidad la hubiera afectado, pero aún más el daño que le había causado a él.

Morir hacía que una persona se diera cuenta de lo mucho que había malgastado su vida. Por desgracia, ese conocimiento llegaba demasiado tarde.

Rainie se arrastró escaleras arriba. El agua había avanzado otros cinco centímetros y les quedaban seis escaleras. Dougie estaba sentado en lo más alto, mirándola con ojos solemnes.

—Rainie, tengo miedo.

Y, por un momento, ella perdió los estribos. Corrió hacia las escaleras y se lanzó enloquecida contra la puerta. El sólido marco de madera la hizo caer de espaldas al agua, que le resultó cálida y reconfortante, teniendo en cuenta lo empapada que estaba. Lo intentó una vez más, empujando con el hombro de verdad. Le pareció oír crujir algo al golpear. Pero no fue la puerta, sino sus costillas.

Volvió a caer al agua, apretando los dientes para no asustar a Dougie, aullando de rabia. No quería morir así, atrapada como un animal en un sótano a oscuras, esperando a que el agua se cerrara sobre su cabeza. Quería correr, quería luchar y quería arremeter contra el mundo porque era lo que mejor sabía hacer.

No era justo, no era justo, no era justo. ¡Maldita sea, no era justo!

Se agachó bajo el agua. Nadó hacia la derecha, nadó hacia la izquierda. Sus manos atadas se movían frente a ella, buscando con desesperación algún arma mítica que apareciera de forma milagrosa.

Pero, como siempre, el sótano estaba vacío. El hombre lo había planeado con antelación.

Salió a la superficie por debajo de las ventanas, ya que el agua estaba lo bastante alta como para que pudiera alcanzarlas con facilidad mientras se mantenía a flote con las piernas. Examinó el grueso cristal y los bordes metálicos que rodeaban los marcos altos y estrechos. Las juntas eran viejas y estaban despegándose. Parecía irónico, pero cuando el agua subiera lo suficiente, se filtraría por las ventanas. Aunque no lo suficiente para ayudarlos, por supuesto.

Empezó a manipular los bordes, solo para tener algo que hacer. Oyó un chapoteo. Dougie nadó hasta unirse a ella.

—Llevas algo en los bolsillos, Dougie?

—N… n… no —respondió el pequeño, con los dientes castañeteándole.

Ella se palpó brevemente los suyos, aunque sabía que allí no había nada. Empezaban a cansársele las piernas y ya podía sentir también el frío. Sus movimientos se tornaban más lentos, con un mayor intervalo entre lo que pensaba y lo que sus músculos hacían.

Volvió a la escalera y se arrastró hasta el escalón superior. Se desplomó, tosiendo, con la cabeza apoyada contra la puerta. Dougie trepó hasta colocarse junto a ella. Se acurrucó contra su espalda y el peso de la confianza del pequeño la impulsó de nuevo a la acción.

Así que la rejilla metálica estaba descartada. Romper las ventanas estaba descartado. Derribar la puerta estaba descartado. ¿Qué les quedaba?

Dougie llevaba vaqueros, zapatillas y una sudadera. Ella llevaba casi lo mismo… vaqueros, camiseta, zapatillas, sujetador y bragas. ¿Había algo que pudieran hacer con los cordones de los zapatos? ¿Y el aro de su sujetador? Por fin se le ocurrió algo.

—Dougie, ¿llevas cinturón?

El niño se levantó la sudadera y miró hacia abajo.

—Sí.

—Muy bien, compañero. Nos queda una oportunidad.

Miércoles, 12:23 p. m., hora del Pacífico

Kincaid tuvo que aparcar a unos cuatrocientos metros de la granja de Hal Jenkins. La fila de vehículos era tan larga, con los investigadores del condado, los técnicos de la escena del crimen, la oficina del forense, la oficina del sheriff, que se asombró de haber podido llegar tan cerca.

Ya se había corrido la voz. Un joven agente, lo más seguro que del condado, dirigía el tráfico mientras las furgonetas de los informativos llegaban en tropel, cortándose unas a otras el paso y bloqueando a los vehículos de las fuerzas del orden mientras luchaban por tener la mejor vista. Kincaid tuvo que hacer sonar sus sirenas en numerosas ocasiones, y por fin optó por el método anticuado de apoyarse en el claxon. Estuvo tentado de enseñarles el dedo, pero no quería que ese gesto en particular se emitiera en las noticias de las once.

Una vez aparcado, subió a paso lento por la carretera estrecha, pasando junto a una casa móvil de doble ancho que había conocido tiempos mejores. Un chico alto y desgarbado se encontraba en el jardín, fumando mientras contemplaba la actividad. Su mirada se desvió hacia Kincaid cuando el detective pasó a su lado. Ninguno de los dos dijo una palabra.

Una ligera niebla seguía cubriendo el condado. La húmeda carretera se desenrollaba ante Kincaid como una cinta negra brillante, desapareciendo tras los altos abetos. No podía ver las montañas en el horizonte. En su lugar, el mundo se había convertido en un pequeño espacio gris, donde los faros parecían surgir de la nada, solo para desaparecer de nuevo en la penumbra.

Kincaid echaba de menos a su mujer y echaba de menos a su hijo. ¡Joder!, echaba de menos hasta a su perro.

Y lamentaba mucho lo que con toda probabilidad iba a tener que hacer a continuación.

Al llegar a la granja de Jenkins, se presentó ante el agente que estaba fuera de la cinta que acordonaba la escena del crimen, añadiendo de manera oficial su nombre al registro del asesinato. Mirando por encima del hombro del agente, pudo ver que la lista de investigadores era larga y no hacía más que aumentar.

—¿Alguna novedad? —preguntó al hombre.

—Llevo veinte minutos aquí de pie —respondió el ayudante, encogiéndose de hombros—. No he oído nada.

Kincaid le dio las gracias y pasó bajo la cinta.

Una vez en el recinto, el nivel de actividad era asombroso. Vio a tres técnicos abriéndose paso de forma meticulosa entre un montón de basura, comprobando cada frigorífico desechado y cada

cocina oxidada. Otros cuatro investigadores seguían un rastro de piezas de automóviles, motores desechados y chasis de coches abandonados. Los agentes recorrían el interior y exterior de la casa, pululando por las diversas dependencias. Tardarían días en procesar una escena tan complicada. Tardarían meses en obtener respuestas definitivas.

El fiscal apareció por la parte trasera de la casa. Vio a Kincaid y se acercó.

—Confiaba en que terminaría mejor —manifestó Tom Perkins a modo de saludo. Se dieron la mano.

—¿Tienen ya alguna identificación?

—Seguimos trabajando. El forense acaba de llegar, así que esto se pone serio ahora. Venga, la haré un recorrido completo.

Kincaid siguió a Perkins alrededor de la casa, pasando por un corral vallado que era un mar de estiércol, hasta un granero de buen tamaño con un tejado de metal oxidado que parecía inclinarse hacia la derecha. En su época de esplendor, era muy probable que el granero hubiera servido de sala de ordeño para veinte o treinta cabezas. Estaba claro que Jenkins, sin embargo, nunca lo había cuidado. Los depósitos de grano no contenían nada más que moho. El equipo de ordeño colgaba inútil, emitiendo un olor agrio y fermentado. Kincaid ya tenía un pañuelo sobre la nariz, y eso antes de siquiera llegar a la parte de atrás.

Allí, seis personas, tres de ellas con equipos de protección, se encontraban de rodillas alrededor de un montón de heno y excrementos de vaca de tres metros de altura. El olor casi hizo retroceder a Kincaid. No era descomposición, sino estiércol.

—El cuerpo se ha encontrado en un montón de basura —informó el fiscal—. No es una mala estrategia. Habría despistado a los sensores de calor, y quizá a los perros de búsqueda, pero no lo cubrió lo suficiente. Uno de los primeros agentes observó algo blanco y, al investigarlo más de cerca, se dio cuenta de que era una mano.

—¿Alguna idea de cuánto tiempo lleva?

—No sabemos nada, aparte de que es evidente que los dedos son femeninos.

—¿Anillos? —preguntó Kincaid, tajante.

—No que hayamos visto.

Se acercaron al grupo congregado. Con sumo cuidado, un técnico retiraba el estiércol del montón y, con una pala, depositaba pequeñas cantidades sobre una lona azul. Una segunda persona limpiaba cada parte del cuerpo a medida que iba apareciendo. Actuaban de manera minuciosa, preservando todas las pruebas posibles.

Tardaron quince minutos en descubrir una cara.

Aun sabiendo lo que iban a encontrarse, a Kincaid le afectó más de lo que se había imaginado.

—Alane Grove —susurró—. Policía Estatal de Oregón.

El fiscal lo miró desconfiado.

—¿Está seguro?

—¡Es una detective de mi equipo! Claro que estoy seguro.

Perkins no comentó nada sobre el tono que había utilizado, sino que se limitó a suspirar y frotarse la cara.

—De acuerdo —repuso al fin.

—¿Alguna tumba más? —Kincaid necesitaba saberlo.

—Todavía no, pero denos tiempo. Jenkins posee ocho hectáreas.

—¡Ah, mierda! —se lamentó Kincaid, suspirando y frotándose la frente—. Tengo que hacer algunas llamadas. ¿Me informarán en cuanto sepan más?

—Ni en sueños se nos ocurriría no hacerlo.

Kincaid salió del granero, tratando de encontrar un resquicio de tranquilidad en medio de toda aquella locura, y luego abrió el móvil. Se puso en contacto con el cuartel general y avisó a su teniente. Luego llamó al teniente Mosley, que tendría que preparar una declaración. Luego telefoneó al centro de la unidad especial, una llamada, al menos, en la que proporcionaba noticias algo menos malas.

Quincy, sin embargo, ya no estaba allí.

42

Miércoles, 12:46 p. m., hora del Pacífico

Kimberly se sentía como un rinoceronte torpe. Corriendo por la carretera de acceso cerrada, tropezó con un bache, se desequilibró hacia la izquierda y notó cómo el peso de los veinte mil dólares hacía que su cuerpo se inclinara de forma alarmante hacia un lado. Se enderezó, recorrió otros cien metros y luego resbaló en el pavimento mojado y tuvo que hacer malabarismos con los pies para no acabar estrellándose. Por fin divisó la torre oscura que surgía de la penumbra. Se adentró en el bosque y se dejó caer detrás de una roca junto a Shelly, que se había adelantado para hacer un reconocimiento.

—Tengo que hacer más ejercicio —jadeó Kimberly.

Shelly miró la cara roja y empapada de sudor de la agente del FBI y luego la bolsa de lona.

—O cambiar a una tarjeta de crédito.

—Muy… graciosa.

Shelly hizo un gesto hacia delante y Kimberly se asomó por encima de la roca para ver su objetivo a través de la espesa niebla costera.

El faro se tambaleaba peligrosamente cerca del borde de un acantilado rocoso y parecía surgir de un mar de niebla. Era una construcción bastante sencilla: una base sin ventanas pintada de blanco, formando un octógono que se elevaba casi seis metros hasta una torre metálica y acristalada que albergaba la lente de cuatro metros de altura. Sin embargo, según el informe del Departamento de Parques, toda la estructura había visto días mejores. La pintura estaba agrietada y desconchada en el nivel inferior, mientras que los cristales parecían rotos en la torre superior. Al estudiarla más de cerca, Kimberly se dio cuenta de que toda la edificación se inclinaba de manera sospechosa hacia la izquierda.

—La madera está podrida —murmuró Shelly—. Todo el armazón está plagado de ella. De ahí que lo hayan cerrado.

—Estupendo. Una pequeña y pintoresca trampa mortal. ¿Quién dijo que los secuestradores no tenían sentido del humor? —Kimberly sacó el móvil del bolsillo y pulsó la tecla enviar—. ¿Nos oyes? —susurró al micrófono.

—Alto y claro —respondió Mac.

—Estamos en el faro. No hay señales de actividad. ¿Y vosotros?

—Tengo el GPS en pantalla. Observando con paciencia, o no tanta paciencia, según el caso.

—Bien, la buena noticia es que solo nos quedan diez minutos, así que tiene que suceder algo pronto.

Kimberly volvió a guardar el teléfono en el bolsillo, dejándolo en modo altavoz para que Mac pudiera oír lo que ocurría. Miró a Shelly, que en ese instante estaba estudiando el mapa del sudes.

—Parece que tenemos que colocar el dinero dentro del faro, al pie de la escalera. Creo… Este tipo no va a ganar muchos concursos de dibujo. —Shelly giró el mapa de un lado a otro y luego lo bajó con un suspiro. Volvió a mirar pensativa la estructura inclinada—. Supongo que tiene que estar vigilando. Si alguien viniera a traerte veinte mil dólares, ¿no estarías vigilando?

—Desde luego. ¿Crees que Rainie y Dougie podrían estar en la zona?

Shelly se lo pensó y negó con la cabeza.

—Sería arriesgado. Podrían gritar, incluso escapar. Dos personas son difíciles de controlar.

—Así que entregamos el dinero, él lo recupera, ¿y luego qué? ¿Recibimos una llamada?

—Parece que el que va a recibir la llamada es un periodista —respondió Shelly con desgana—. O tal vez enviará otra carta al director con un mapa.

—Lo que, por lo que sabemos, nos llevará directos a sus cadáveres —murmuró Kimberly con amargura—. Esto no me gusta. Seguimos todas sus órdenes, sin plan propio. Es una mala actuación policial.

—¿Tienes una idea mejor?

—No

—Pues, entonces… —Shelly señaló hacia el faro.

Kimberly frunció el ceño, miró el reloj y se echó la bolsa al hombro. Pero luego, en el último momento, se le ocurrió una idea.

Dejó caer la bolsa, abrió la cremallera y metió el dispositivo GPS en medio de un fajo de billetes.

—¿Estás segura? —cuestionó Shelly tajante, con los peligros ocultos implícitos en su pregunta. Como que en el momento en que Kimberly entrase en el faro, corría el riesgo de que también la secuestraran a ella. Como que, sin llevar el GPS encima, ya no tendrían manera de localizarla. Como que aún no tenían ni idea de cuáles eran los verdaderos planes del secuestrador, por lo que herir a otro agente de las fuerzas del orden podría ser justo lo que buscaba.

—Quiero atraparlo —declaró Kimberly con firmeza.

—Entonces, yo te cubro —respondió Shelly con tono solemne. La sheriff desabrochó su pistolera y sacó su arma.

A la una menos cinco, Kimberly rodeó el peñasco. Miró a la izquierda, miró a la derecha…

—Aquí no pasa nada —murmuró a nadie en particular.

Entró en el faro.

Miércoles, 12:52 p. m., hora del Pacífico

—Sabemos lo del dinero —reveló Quincy.

Peggy Ann Boyd estaba sentada en el borde de la cama de su pequeño estudio, mirándolo con el ceño fruncido. Candi se había situado junto a la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, haciendo que su estatura de un metro ochenta y tres pareciera aún más intimidante.

—No sé nada de ningún dinero —replicó Peggy Ann—. ¿Han tenido noticias de Dougie?

—¿Cuándo descubrió que Stanley era el padre biológico de Dougie?, eso es lo que me gustaría saber —continuó Quincy—. ¿Se lo contó la madre de Dougie? ¿Confidencia de mujer a mujer? ¿O se lo dijo el propio Stanley, una vez que supo que Gaby Jones había muerto?

Peggy Ann abrió los ojos de par en par.

—No sé a qué se refiere —respondió con tono remilgado. Pero la joven trabajadora social era una mentirosa terrible. Ya tenía la mirada clavada en la alfombra y jugueteaba con los dedos sobre su regazo.

Quincy se arrodilló hasta quedar a la altura de la mujer. La observó durante tanto rato que ella no tuvo más remedio que encontrarse con su mirada.

—En algún momento, ha debido usted sentir cariño por Dougie. Solo tenía cuatro años cuando murió su madre y era un niño muy pequeño e indefenso. Necesitaba a alguien que cuidara de él, alguien que le encontrara un hogar. Él la necesitaba, Peggy Ann. Y Gaby la necesitaba.

Necesitaba a alguien que salvara a su pequeño.

En silencio, Peggy Ann empezó a llorar.

—¿Cuándo descubrió que Stanley era el padre de Dougie? —repitió Quincy con firmeza.

—No lo sabía. No al principio. Gaby había insinuado que era alguien del instituto. Pero siempre pensé que se trataba de un chico joven. Ya sabe, el jugador estrella del instituto que deja embarazada a la animadora, pero no quiere hacerse responsable. No fue hasta que Stanley asistió al funeral, la forma en que miraba a Dougie… como si estuviera al borde de la muerte y Dougie fuera su última esperanza de sobrevivir. Y empecé a hacerme preguntas. Pero Stanley nunca dijo nada, y desde luego yo no tenía pruebas. Además, luego llegaron los Donaldson y eran candidatos tan excelentes que parecía lo mejor darles el niño a ellos. Estaba segura de que Dougie tendría un buen hogar.

—Hasta que lo incendió.

—Hasta que lo incendió. Entonces me acerqué a Stanley. Le pregunté sin rodeos si sabía algo sobre el padre de Dougie. Incluso me tiré un farol y le dije que estaba segura de que era alguien del equipo de fútbol. Me dijo que no lo sabía, aunque Gaby solía asistir a los entrenamientos, así que tal vez fuera cierto, pero que no podía ayudarme. No sabía nada más que eso. Luego me cerró la puerta en las narices.

»Así que le encontré otro hogar a Dougie, ¿qué otra cosa podía hacer? Y después de eso encontré otro más. Salvo que entonces empecé a visitar el instituto, a asistir a los entrenamientos. Intenté averiguar algo sobre antiguos jugadores, estuve mirando fotos de chicos del equipo. Intenté ver si había alguien que pudiera parecerse a Dougie, porque cada vez tenía más claro que tenía que encontrar al padre del niño.

Quincy fruncía el ceño. No era del todo como había previsto que se desarrollara la historia.

—¿Y después qué sucedió?

—Una tarde, me encontré al entrenador Carpenter, a Stanley, en su despacho. Le dije que Dougie se había metido en problemas otra vez. Le dije que era muy probable que enviasen al niño a un correccional. Le dije que a Dougie no le quedaba ninguna esperanza. Y se lo supliqué. Le rogué que me proporcionara información sobre el padre de Dougie y le conté lo mucho que Gaby quería a ese pequeño y lo feliz que había sido el niño en su momento… Y empecé a llorar, a berrear como una loca. Porque no estaba actuando, señor Quincy. —Peggy Ann lo miró con gesto serio—. Dougie tenía antecedentes documentados de piromanía. En el ámbito de los servicios de protección de menores, ya no le quedaban más oportunidades. Quedaba excluido a los seis años. A la semana siguiente, lo enviarían a un reformatorio, donde delincuentes mayores y más experimentados podrían enseñarle nuevos trucos. Entre paliza y paliza, por supuesto, y algún abuso sexual. He estado en esos centros. Sé lo que sucede allí.

—¿Y Stanley cedió?

—Stanley me dijo que era el padre del niño. Así, sin más. Y luego añadió, muy serio, que ya llevaba siendo un cobarde demasiado tiempo. Dougie era suyo.

—¡¿Cómo dice?! —inquirió Candi desde la puerta. Había descruzado los brazos y miraba de un lado a otro entre Peggy Ann y Quincy, esperando que uno de ellos dijera algo con sentido.

Quincy no podía culparla. Él también esperaba que todo cobrara sentido.

—Al principio, no creí a Stanley —reveló Peggy Ann—. Creí que solo intentaba hacer una buena acción. O tal vez sacar a una mujer histérica de su despacho. Logré arrancarle una promesa a medias de que se haría cargo de Dougie. A la mañana siguiente, sin embargo, yo ya había supuesto que eso era todo, que se olvidaría del asunto. En cambio, se presentó en mi

despacho con un álbum familiar. Me enseñó una vieja foto de primaria y, ¡por Dios!, era la viva imagen de Dougie, sin lugar a duda. Yo… Jamás lo habría imaginado.

—Y entonces fue cuando le ofreció el dinero para que guardase el secreto —intentó Quincy.

Peggy Ann lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué dinero? Se ofreció a llevarse a Dougie. Eso era lo que me importaba. Él y Laura le dieron un hogar al pequeño.

Candi y Quincy volvieron a intercambiar miradas.

—¿Stanley Carpenter dejó embarazada a una menor y usted no hizo nada? —presionó Quincy.

Peggy Ann se encogió de hombros con desánimo.

—Gaby estaba muerta, así que no es que fuera a presentar cargos. Y Stanley estaba tratando de hacer lo correcto por su hijo. ¿Qué más podía pedir yo?

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclamó Candi—. ¿No existen protocolos que deba cumplir? Dígame que no permite que los violadores de menores se libren con un simple encogimiento de hombros y un apretón de manos.

—Por supuesto que existen protocolos, y en circunstancias normales, habría avisado a la policía. Pero vuelvo a decir que Gaby está muerta. Y, hablando con franqueza, no estoy tratando de salvar a Gaby, estoy tratando de salvar a Dougie. Si llamo a la policía, el padre que llevo tres años buscando queda descalificado al instante. O no digo nada sobre la edad de Gaby, y solo declaro que Stanley es el padre biológico de Dougie. En ese caso, él se hace una prueba de paternidad, rellena unos diez millones de formularios y espera otros tres años a que todo se resuelva en el sistema judicial. O está la opción C. Yo no digo nada de nada, Stanley solicita ser padre de acogida y Dougie es asignado de inmediato. Lo que, para serles sincera, les hace mucho más bien tanto a Dougie como a Stanley.

—Y que estoy seguro de que Stanley alentó —murmuró Quincy—, ya que le permitió librarse de todo.

—Yo no diría que su mujer lo ha perdonado con tanta facilidad —comentó Peggy Ann con desgana—. Laura es mucho más dura de lo que parece. Pero claro, no creo que Stanley quisiera airear todos sus trapos sucios ante la comunidad. A decir verdad, no me importaba. El servicio de protección de menores es un sistema, señor Quincy. Es un sistema humano, y eso es lo que intenté gestionar.

—Señorita Boyd —apuntó Quincy—, Stanley ha estado pagando dos mil dólares al año desde que nació Dougie. Si él no le pagaba ese dinero a usted, entonces, ¿quién recibía los fondos?

—No tengo ni idea.

—¿Nunca le ofreció dinero a cambio de silencio?

—¡Yo no quería dinero! Quería un hogar para Dougie, y Stanley se ofreció.

—¿Qué hay de las acusaciones de maltrato de Dougie? —preguntó Candi, frunciendo el ceño.

—Llamé a una mediadora de menores de inmediato. Pero, si quieren que les diga la verdad, no creo que Stanley le hiciera daño a Dougie. Tenían que haber visto su cara cuando le contó a Dougie que se lo llevaba a casa. Stanley se puso a llorar y le temblaban las manos. Así de emocionado estaba por llevarse por fin a su hijo. Aunque Dougie por otro lado…

—¿No estaba muy emocionado?

—Les juro por Dios que ya estaba buscando cerillas. Y que conste que Stanley no le dijo a Dougie que era su padre biológico… Pensó que sería demasiado. Quería que primero se conocieran. Y comprendo que su método de disciplina estricta parece severo, pero consultó con expertos para encontrar la mejor forma de manejar a un chico tan enfadado y problemático como

Dougie. Por todo lo que he visto, Stanley es un padre comprometido. Tardó en encontrar ese compromiso, lo admito, pero de verdad está presente. Quiere que esto funcione. Su mujer no puede tener hijos, ¿saben? Dougie es el único hijo que va a tener.

—Me duele la cabeza —comentó Quincy.

Peggy Ann lo miró con curiosidad.

—¿Quiere una aspirina?

—No, lo que quiero es saber cuántas personas estaban al tanto de que Stanley era el padre de Dougie.

—Yo lo sé. Rainie lo sabe…

—¿Lo averiguó? —preguntó Quincy de repente.

—Vino a darme la noticia hace alrededor de un mes. Creo que llevaba tiempo sospechándolo y se preguntaba si yo lo sabía. Le dije que sí y ella dejó el tema ahí.

—¿Sabía Stanley que ella se había enterado?

—No tengo ni idea. Tendría usted que preguntárselo a él.

Quincy arqueó una ceja. Le encantaría preguntárselo a Stanley. Por desgracia, todavía no habían localizado al hombre y faltaban dos minutos para la una de la tarde.

—¿Rainie dijo algo más? —preguntó con tono urgente, inclinándose de nuevo. ¿Sobre el abuso, sobre Dougie, sobre Laura, cualquier cosa?

Peggy Ann parecía desconcertada.

—No. Pero se guardaba las cosas para sí misma. Aunque… bueno, claro, había otra persona que lo sabía.

—¡Dígamelo!

—Dougie. Tal vez Stanley le dijo algo o tal vez lo descubrió por su cuenta, pero creo que se dio cuenta de que Stanley era su padre y que, por definición, Stanley había abandonado a su madre. En mi opinión —añadió Peggy Ann, cautelosa—, por eso Dougie se inventó las acusaciones de abuso. Dougie odia a Stanley. Haría cualquier cosa para hacerle daño, incluso meterlo en la cárcel.

—O hacerse amigo de la persona equivocada —completó Quincy, frunciendo el ceño. Se apartó de Peggy Ann, pellizcándose el puente de la nariz. Podía sentir cómo los bits de información se agitaban en su mente, piezas fragmentadas de un todo. Stanley Carpenter tuvo un hijo fuera del matrimonio. Guardó el secreto durante siete años, pero justo cuando otros, como su mujer, Peggy Ann Boyd, Rainie y el propio Dougie, empezaron a descubrirlo, dos de esas personas desaparecieron. Dougie, ¿porque el niño era demasiado problemático? Rainie, ¿porque era una mediadora de menores designada por el tribunal que estaba obligada por ley a decir la verdad?

Pero ¿y Laura? ¿Y Peggy Ann? No encajaba del todo. No podía creer que los secuestros de Rainie y Dougie no estuvieran relacionados con Stanley Carpenter y, sin embargo, el rompecabezas seguía sin aclararse. Estaba pasando algo por alto.

Los dos mil dólares… Si Peggy Ann no estaba chantajeando a Stanley, ¿quién lo hacía?

—¿Tiene Stanley algún «lugar especial»? —preguntó Quincy al final—. No sé, ¿tal vez una cabaña de caza o un lugar en el bosque al que le guste ir cuando necesita pensar?

—¿Por qué iba yo a saber una cosa así? —cuestionó Peggy Ann con tono remilgado.

—Bueno, señorita Boyd, hasta ahora parece saber más sobre Stanley que nadie.

La trabajadora social se sonrojó. Su mirada volvió a caer y sus manos empezaron a agitarse.

—No necesito saber si se acuesta con él, señorita Boyd…

—¡Nunca lo haría!

—Solo necesito saber dónde está.

—Tiene una cabaña de pesca —reveló al fin—. En Garibaldi. Es difícil de describir. Quizá pueda dibujar un mapa.

—Sí —expresó Quincy con lentitud—, claro, usemos un mapa.

Miércoles, 12:59 p. m., hora del Pacífico

Quincy y Candi estaban saliendo por la puerta y subiendo al coche del exinvestigador cuando sonó el móvil de Quincy.

—¿Dónde demonios están? —preguntó Kincaid.

—Cazando a Stanley Carpenter. ¿Y usted?

—En casa de Jenkins, identificando a Alane Grove.

Quincy hizo una pausa, se contuvo y metió la llave en el contacto.

—Lo siento —manifestó en voz baja.

—Ni la mitad de lo que van a sentirlo sus padres. ¿Por qué demonios no está en el centro de mando?

—Candi descubrió una nueva pista: Stanley Carpenter es el padre biológico de Dougie. Hemos venido a hablar con Peggy Ann Boyd.

Quincy hizo un rápido resumen de los acontecimientos, incluida la petición de emitir una orden de búsqueda y captura para Stanley Carpenter. Después echó un vistazo al reloj. Era la una y dos minutos de la tarde. ¡Joder!

—Tengo que colgar. No quiero perderme una llamada de Kimberly.

—Quincy…

Pero Quincy ya había cerrado el teléfono y estaba poniendo el coche en marcha.

—Solo por curiosidad —quiso saber Candi—, ¿por qué seguimos persiguiendo a Stanley Carpenter si no estaba pagando a Peggy Ann Boyd? Eso parece descartar su móvil.

—Uno, porque seguía pagando dos mil al año a alguien. Dos, porque según todos los indicios, quería mantener su paternidad en secreto. Y tres, porque es la única pista que tenemos.

—Eso me vale —declaró Candi—. Vamos a pescar.

Se pusieron en marcha.

Miércoles, 1:00 p. m., hora del Pacífico

A Rainie le temblaban las manos. Intentaba utilizar el cinturón de Dougie como ganzúa, con la hebilla de metal encajada entre dos dedos, mientras volvía a manipular el pomo de la puerta.

El cinturón resbaló, dañando la puerta de madera y torciéndole el codo. Se le cayó, soltó furiosa unos cuantos improperios y se puso a rebuscar en las profundidades.

El agua ya le había pasado de las rodillas y le llegaba a la cintura.

Rainie zarandeó el brazo de Dougie por última vez.

—Dougie —dijo en voz baja—, prepárate para respirar hondo.

43

Miércoles, 1:03 p. m., hora del Pacífico

Kimberly había visto demasiadas películas de terror. Era muy consciente del silencio sobrenatural que reinaba en el interior del faro abandonado. El tacto del suelo era suave, casi blando, bajo sus pies, y las sombras se extendían por todos los rincones, provocándole escalofríos.

La puerta principal se había hinchado con el tiempo y la humedad. Tuvo que empujar con el hombro hasta que cedió con un chirrido extraño. Una vez dentro de la penumbra, la situación no le pareció mucho mejor. El techo bajo parecía presionarle la parte superior de la cabeza. Sin ventanas en la planta baja, la única luz se colaba por la pared exterior desde la escalera que serpenteaba hasta la torre de cristal. Kimberly se encontró conteniendo la respiración, escuchando por si alguien bajaba con sigilo aquellas escaleras o quizá esperando que una figura oscura y corpulenta se materializara desde un rincón sombrío.

Shelly estaba fuera vigilando y Mac estaba escuchando por el móvil. No estaba sola. No estaba sola.

Tenía la pistola fuera, presionada contra el muslo derecho. Llevaba el dinero en el hombro izquierdo.

El viento soplaba con fuerza. Escuchó el gemido chirriante del faro al girar y el tintineo de cristales rotos cayendo en algún lugar de arriba. Se detuvo y aguzó el oído.

Otra ráfaga de viento. La puerta se cerró de golpe tras ella, y el eco del portazo casi la hizo saltar del susto.

Kimberly dejó la bolsa de lona en el suelo. Obligó a su mano a dejar de temblar el tiempo suficiente para estudiar el rudimentario mapa. Shelly tenía razón, la X parecía estar hacia la izquierda, al pie de las escaleras.

Entonces vio la caja. Era pequeña, de madera. Sin andarse con rodeos, el sudes había pintado una enorme X roja sobre la tapa. Se asomó con cautela, pero estaba demasiado oscuro para ver el fondo.

Se detuvo una última vez, mirando alrededor del pequeño y sombrío espacio. ¿Era posible que hubiera cámaras montadas en las esquinas? ¿O algún hombre esperando arriba?

Sintió que algo le rozaba el hombro. Pegó un rebote y casi soltó un grito. Era solo el borde de la escalera ascendente, en la que se había metido de nuevo. Estaba asustándose a sí misma, igual que a una niña a la que se le pone la carne de gallina en el espectáculo de terror del pueblo. Así no podía seguir.

Volvió a la caja y abrió la tapa. Se santiguó, porque el peligro inminente hacía aflorar la religiosidad en cualquiera, y luego tiró la bolsa dentro.

¡Pum! ¡Chas! Un destello cegador inundó todo.

Kimberly alzó los brazos para protegerse la cara y, tambaleándose, retrocedió de manera instintiva.

¿Qué coño…?

Lo sintió antes de verlo. El faro había comenzado a arder.

Miércoles, 1:05 p. m., hora del Pacífico

Mac lo oyó por el móvil. Sonó como una pequeña explosión, y luego el crujido revelador de la madera.

—Kimberly… ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

Pero, antes de que pudiera obtener una respuesta, el ayudante Mitchell apuntaba agitado a la pantalla.

—Tenemos movimiento. Hacia el oeste.

—No puede ir hacia el oeste —replicó Mac, frunciendo el ceño—. Estamos al borde de un acantilado. Hacia el oeste…

—Es un océano. ¡Kimberly está en un barco! —declaró Mitchell.

Mac volvió a coger el móvil.

—Kimberly…

—Estoy aquí, estoy aquí —comunicó de repente por las ondas, y luego se detuvo en un ataque de tos—. Estoy en el faro.

—Pero el monitor…

—Os muestra el dinero.

—Kimberly, ¿qué has hecho?

—No lo sé —respondió ella en voz baja—. Pero, Mac, tengo un problema. Ha debido manipular la caja donde he entregado el dinero, porque cuando lo deposité, se produjo una pequeña explosión, y ahora el faro está ardiendo. Mac… No puedo salir.

—Voy para allá —anunció Mac.

—No podrás… La carretera está cortada.

—Entonces correré.

Estaba casi a cinco kilómetros de distancia. Ambos lo sabían.

Kimberly volvía a toser.

—Mac —pronunció en voz baja por el teléfono—, te quiero.

Miércoles, 1:05 p. m., hora del Pacífico

Shelly oyó un extraño estallido y, al instante, una pequeña explosión. Tuvo un momento de desconcierto, seguido de inmediato por la idea de buscar a un hombre que huyese del faro. Pero no vio salir a ninguna persona. Sin embargo, empezaron a salir llamas desde lo alto de la edificación.

—¡Santo cielo!

Shelly se levantó y corrió hacia la estructura en ruinas. La radio crepitaba en su cinturón. Oyó a Mac llamando a Kimberly y a la chica diciendo que estaba atrapada.

La sheriff llegó a la puerta y se lanzó contra ella. Durante cincuenta años había vivido con los hombros de un caballo de arado. ¡Por Dios, ya era hora de que le sirvieran de algo! Pero no ocurrió nada. Se lanzó contra la madera hinchada una y otra vez.

Podía sentir cómo la puerta se calentaba bajo su tacto. Oyó un crujido siniestro cuando el fuego encontró aire fresco en lo alto de la estructura y subió con avidez por las paredes. Y entonces escuchó toses, muchas muchas toses, mientras Kimberly avanzaba a trompicones entre las llamas.

Sin ventanas en el nivel inferior y el fuego ya consumiendo la parte superior…

Shelly se quitó la sobrecamisa y se la envolvió alrededor de la cara. Luego se echó hacia atrás y le dio una patada a la puerta tan fuerte como pudo. Esa vez, sintió que cedía. Una patada más y la

puerta deformada cedió con un chillido.

El fuego respondió con un estruendoso *¡fiuu!*

Shelly retrocedió tambaleándose ante la bola de calor. Notó cómo el vello de los brazos se le achicharraba y las cejas le ardían. Entonces los primeros tentáculos salvajes de las llamas retrocedieron mientras el fuego inhalaba como una bestia viviente.

El faro se retorció bajo la presión y la madera vieja empezó a combarse.

Shelly hizo lo único que sabía hacer. Corrió hacia las llamas.

Miércoles, 1:07 p. m., hora del Pacífico

El móvil de Kincaid estaba volviéndose loco. Recibió una llamada frenética del ayudante Mitchell. La entrega del rescate había salido mal. El faro estaba en llamas y la agente del FBI Quincy estaba atrapada dentro. Recibió una llamada triunfal del soldado Blaney. Acababan de encontrar una matrícula que coincidía con la de Stanley Carpenter delante de la bolera de Bakersville. ¿Qué debía hacer Blaney?

Y por último llamó el teniente Mosley, disculpándose por su ausencia: había tenido que «ocuparse de ciertos asuntos».

Kincaid no sabía qué eran esos asuntos y, por el momento, no le importaba. Estaba demasiado ocupado cabreándose.

Necesitaba a los bomberos. Necesitaba refuerzos. Necesitaba que el teniente Mosley se plantara delante de la prensa *en ese mismo instante*, y tenía que volver a perseguir a Quincy para notificarle que su hija estaba en peligro de muerte. Ah, sí, y todavía tenía que atrapar a un secuestrador.

A la una y siete de la tarde, Kincaid veía cómo su caso se desintegraba ante sus ojos. Y estaba demasiado lejos para hacer absolutamente nada al respecto.

Al fin se refugió en su coche, aparcado frente a la granja de los Jenkins, encendió la radio y escuchó varios informes mientras Kimberly Quincy luchaba por su vida.

Miércoles, 1:08 p. m., hora del Pacífico

El teniente Mosley iba a contrarreloj. Tenía un millón de cosas pendientes y apenas diez minutos para resolverlo todo. No se molestó en reunir a la prensa, sino que fue directo a ellos.

Se encontró con que la mayoría de las principales cadenas se habían posicionado delante de la propiedad de Hal Jenkins, después de haber abandonado la casa de Danicic en favor de una escena del crimen.

Se situó fuera de la cinta amarilla que delimitaba la escena, siempre un buen recurso visual, y esperó que nadie se diera cuenta de su cara sudorosa y su respiración agitada. Levantó la declaración que había preparado a toda prisa y empezó:

—Con gran tristeza, la Policía Estatal de Oregón confirma la pérdida de uno de sus oficiales. El cadáver de la detective Alane Grove, una agente con cuatro años de experiencia, ha sido descubierto esta mañana en una granja del condado de Tillamook. Creemos que fue asesinada mientras servía más allá de lo que exigía su deber. El dueño de la finca ha sido arrestado y esperamos que pronto se presenten cargos contra él en este caso.

Un resplandor de flashes de cámaras llenó el ambiente y varios periodistas alzaron sus micrófonos al aire.

—¿Puede decirnos cómo fue asesinada?

—La investigación está en curso.

—¿Formaba parte de la unidad especial que trabaja en el reciente caso del rescate?

—La detective Grove estaba trabajando en nombre de la unidad especial.

—¿Así que su muerte guarda relación con ello?

—Como es lógico, estamos estudiando esa posibilidad.

—¿Y de Rainie Conner y Dougie Jones? ¿Se sabe algo?

—No de momento.

—Pero si tienen detenido a un sospechoso…

—La investigación está en curso —repitió Mosley.

Los periodistas congregados soltaron un gemido.

—Vamos —comentó uno de los reporteros en primera línea—. Es más de la una y tienen a un tipo en el calabozo. Seguro que saben algo de la mujer y el crío.

—No tengo comentarios en este momento —repuso Mosley, mirando al hombre a los ojos.

Y entonces, cuando se oyó otro gemido colectivo, se encogió de hombros.

—¿Qué quieren que les diga? Se ha confirmado la muerte de una detective. En cuanto al destino de Lorraine Conner y Douglas Jones… Recen. Es todo lo que puedo decir. Que todo el mundo rece por ellos.

44

Miércoles, 1:12 p. m., hora del Pacífico

El agua le cubría las manos por completo cuando, de pronto, Rainie notó que la cerradura cedía. Giró la manilla y la puerta se abrió de golpe, dejando que el agua se desbordara en la lavandería, arrastrándola a ella.

Por un momento, se quedó encallada contra la pared del fondo, demasiado aturdida para reaccionar. Luego se puso en pie y volvió a meterse en la escalera del sótano. Dougie continuaba acurrucado y aferrado a la barandilla de la escalera. Ella lo agarró con torpeza con sus manos atadas. El pequeño estaba inconsciente y su cabeza bamboleaba sobre el hombro de Rainie, con los labios azules y los párpados agitándose de forma alarmante sobre las mejillas heladas. Lo cargó contra su pecho como a un bebé enorme, tambaleándose como ebria mientras sus extremidades temblaban de frío y cansancio.

El lavadero estaba a oscuras, con las persianas bajadas y las luces apagadas. La puerta que comunicaba con la cocina estaba cerrada. No tenía ni idea de si el hombre ya estaba justo detrás de ella o tal vez llegaba corriendo por el pasillo, alertado por el ruido.

Apoyó a Dougie encima de la lavadora, luego trató de abrir la tercera puerta, sacudiéndola con violencia y forcejeando con la cerradura. Al igual que la última vez, se negaba a ceder. La golpeó con los puños, llorando de frustración. Estaba tan tan cerca… «¡Sáquenme de esta casa!».

Acabó arrinconada, esperando lo inevitable. El hombre entraría de repente y la agrediría con las manos, los pies y tal vez la pistola eléctrica. Tenía frío, estaba agotada y asustada. La pierna izquierda no quería soportar su peso. Pensó que tal vez estaba perdiendo a Dougie.

Lloró más fuerte y la sensación de sus cálidas lágrimas contra las mejillas la cabreó de repente. ¡Joder!, habían salido del sótano. Por Dios, no iba a actuar como un animal acorralado en ese momento. Ya había tenido suficiente.

Rainie cogió a Dougie en brazos y se dirigió a la puerta de comunicación. La abrió de una patada con el pie derecho, impulsada por pura adrenalina, y entró en la cocina. El espacio estaba vacío y la casa, a oscuras. Se detuvo un segundo, no oyó nada, recobró el sentido y revolvió un cajón en busca de un arma. Encontró un cuchillo pelador. Serviría.

El agua seguía entrando a raudales, formando remolinos a sus pies y volviendo resbaladizo el suelo de linóleo. Abandonó la cocina y recorrió el pasillo enmoquetado, siempre pendiente de su retaguardia.

Se metió por la primera puerta que encontró. Era un dormitorio. Deprisa, dejó caer a Dougie sobre la cama. Se detuvo y escuchó. No se oían pasos. Con rapidez, colocó el cuchillo entre sus gruesos dedos helados y se puso a manipular las bridas que le ataban las muñecas. La mala noticia era que la carne de alrededor de la brida se le había hinchado. La buena, que apenas sentía nada, de todas formas. Cortó la resistente tira y parte de su propia piel. En cuanto la brida se soltó, ya no le importó. Podía mover los dedos. Podía frotarse las manos entumecidas contra los muslos. Miles de terminaciones nerviosas enfurecidas despertaron a la vida. Les dio la bienvenida a todas y cada una de ellas. El dolor era vida. ¡Qué bueno era vivir!

Ahora tenía trabajo que hacer. Primero, Dougie.

Incorporó el cuerpo inconsciente del pequeño hasta sentarlo, le quitó de un tirón la ropa empapada y lo enrolló en el grueso edredón como si fuera un burrito gigante.

—Vamos, Dougie —susurró, frotándole con energía los brazos, las piernas y el pelo mojado—. Quédate conmigo.

A Rainie le castañeteaban los dientes y su cuerpo seguía perdiendo un calor precioso. Dejó a Dougie el tiempo suficiente para registrar la cómoda cercana y luego el armario. Encontró una vieja camisa de franela de hombre que olía a vestuario. Tenía demasiado frío como para que le importase; se quitó la camiseta empapada y se envolvió en la franela. Lo sintió como una taza de chocolate caliente, una siesta frente a una chimenea crepitante. Era la mejor camisa que se había puesto jamás y se encontró llorando de nuevo, hecha un mar de emociones, cansancio y miedo.

Volvió a la cama, a frotar el cuerpo de Dougie una y otra vez, desesperada por hacerlo entrar en algo de calor. Justo cuando los párpados del niño se abrieron, el agua comenzó a colarse en el dormitorio.

Rainie miró la creciente inundación y estudió el rostro pálido y aturdido de Dougie.

Tendría que cargar con él, echárselo al hombro y salir corriendo.

Sonaba bien, pero, en cuanto intentó levantarlo, su pierna izquierda volvió a ceder. A medida que el calor iba regresado a su cuerpo, también lo hacía el dolor punzante. La rodilla lesionada, las costillas golpeadas y la interminable colección de rasguños, cortes y moretones. Dejó caer a Dougie de nuevo sobre el colchón y se tumbó a su lado.

Y en un instante se encontró agotada, más allá de lo imaginable. No podía levantar los brazos. No podía mover las piernas. Solo quería dormir, hacerse un ovillo, cerrar los ojos y sentir cómo el mundo se desvanecía. Solo por un minuto.

Se obligó a abrir los ojos y sintió que comenzaba a llorar de nuevo. Y en medio del delirio del dolor, el miedo y el agotamiento, se obligó a hacer una última cosa: «Piensa, Rainie, piensa».

Y entonces vio el teléfono.

Miércoles, 1:13 p. m., hora del Pacífico

Shelly estaba ardiendo. En un sentido abstracto, comprendió muchas cosas. Que el hedor a carne quemada y pelo chamuscado procedía de ella. Que ese dolor candente sobre el que siempre había leído era cierto. Que el aire pudiera estar tan caliente que, de manera literal, la saliva le hirviera dentro de la boca y la humedad de los pulmones se le evaporara.

La primera vez que inhalase, el fuego entraría en su cuerpo y eso la mataría.

Así que contuvo la respiración mientras se lanzaba a través de las llamas que lamían el retorcido exterior. Mientras se agachaba y agarraba el cuerpo desplomado de Kimberly, mientras colocaba el cuerpo menudo de la chica alrededor de sus anchos hombros, mientras se dirigía una vez más hacia la puerta…

Shelly recordó su sueño de una aventura en París. Oh, si aquel artista de la orilla izquierda del Sena pudiera verla en ese momento, mientras caminaba a través del fuego, con el pelo rizado, la piel ampollada y una camarada al hombro.

Soy mujer, escúchame rugir.

«Qué lástima», pensó, mientras tropezaba con la puerta, se desplomaba sobre el suelo mojado y empezaba a perder el conocimiento.

Porque ya nadie iba a querer pintarla.

Miércoles, 1:17 p. m., hora del Pacífico

Quincy y Candi estaban entrando en el camino de tierra que accedía a la cabaña de pesca de

Stanley Carpenter cuando sonó el móvil de Quincy. Era Abe Sanders, de Astoria. Había enviado a dos hombres a vigilar a su sospechoso de doble asesinato, Duncan, como prometió. Quería que Quincy fuera el primero en saber que lo habían perdido.

—¿Perdido? —repitió Quincy—. ¿Cómo demonios pierdes a alguien tan lento como Charlie Duncan?

—Bueno, Quincy…

—Abe, han pasado quince minutos del plazo para saber si mi mujer sigue viva. Habla más rápido.

Sanders fue al grano: Duncan había ido a desayunar a una cafetería de la zona. Nada especial; lo hacía la mayoría de los días, ya que el hombre no sabía cocinar. Entró en la cafetería, pero jamás salió. Cuando los detectives se metieron por fin en el establecimiento dos horas más tarde, se enteraron de que había salido por la cocina. Al dueño le había parecido raro, pero Duncan era un tipo raro.

—En serio —justificó Sanders—, mis agentes juran y perjuran que él no se había dado cuenta de que estaban siguiéndolo.

—¿Solo le dio por escabullirse por la puerta de atrás como en los viejos tiempos?

—Tal vez. —Sanders debió notar lo a la defensiva que sonaba—. Mira, estamos poniendo la ciudad patas arriba mientras hablamos. Por lo que podemos ver, su vehículo sigue aparcado delante de la cafetería, así que va a pie.

—O lo recogió un amigo, o se hizo con un coche —rebatió Quincy, exasperado.

—Estamos considerando todas las opciones. Dame un poco de tiempo.

—¿Tiempo? ¿Qué tiempo? Es la una y cuarto, Sanders. No se sabe nada del secuestrador. ¿Sabes lo que eso significa? Significa que es muy probable que Rainie esté muerta.

Quincy tiró el móvil, maldiciéndose ya por no haber perseguido a Duncan con más empeño, ni haber localizado a Andrew Bensen, ni haber hecho ninguna de las otras ocho mil cosas que se habían planteado pero que no llevaron a cabo porque, sencillamente, no tenían tiempo. Desde el principio, les había faltado tiempo.

Su teléfono volvió a sonar. Era el número de Kincaid. Quincy echó un vistazo al reloj y se preguntó si ahí acabaría todo. Si Kincaid llamaba para darle noticias oficiales de Danicic o de algún otro reportero. Sí habían llegado tarde a la entrega del rescate y su castigo sería…

Cuadró los hombros y contrajo el estómago antes de atender la llamada. No le sirvió de nada.

Era Kincaid, pero no llamaba por Rainie. Llamaba por Kimberly.

Miércoles, 1:18 p. m., hora del Pacífico

—Quizá no sea tan grave como suena —opinó Kincaid con urgencia—. Tu chico, Mac, consiguió arrancar una verja cerrada con cadenas utilizando una furgoneta de vigilancia del condado, lo que permitió el acceso de los equipos de rescate. Están en la escena en este momento.

—Necesito hablar con ella.

—Está recibiendo atención médica inmediata. En cuanto se estabilice, seguro que podrás llamarla.

—*¡Es mi hija!*

—Quincy… —Durante un instante, se produjo un silencio en el teléfono mientras Kincaid buscaba palabras que no existían—. Hoy ha hecho un gran trabajo.

Quincy inclinó la cabeza y se apretó el puente de la nariz.

—Mi hija siempre hace un gran trabajo.

—El tipo manipuló la caja de entrega del rescate de alguna manera. Tal vez colocase explosivos en la parte superior del faro, aunque todavía no estamos seguros. En el momento en que el peso de todo ese dinero golpeó el fondo de la caja… Nunca tuvo ninguna posibilidad. De no ser porque Shelly se lanzó a aquel infierno…

—¿Shelly? ¿La sheriff Atkins?

—Sí, fue Shelly quien la sacó a rastras…

—Lo siento —se disculpó Quincy, algo desconcertado—. De alguna manera, daba por hecho que había sido Mac.

—No, él estaba en el vehículo de vigilancia. Era Shelly quien hacía de refuerzo. Por lo que sé, corrió directa al faro y sacó a Kimberly de entre las llamas. Parece que fue toda una hazaña.

—¿Está bien? —preguntó Quincy con sequedad.

Silencio.

—¿Kincaid?

—Están trasladándola en helicóptero al hospital Saint Vincent de Portland —respondió Kincaid en voz baja—. No… No pinta bien.

Y entonces le tocó a Quincy no decir nada en absoluto. Primero, la detective Grove; luego, la sheriff Atkins y su propia hija. ¿Y para qué?

—¿Se sabe algo de Danicic? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—Nada en absoluto —respondió Kincaid.

Miércoles, 1:20 p. m., hora del Pacífico

En quince minutos, Mac sintió que había envejecido cincuenta años. El fuego había abrasado la garganta de Kimberly, provocando una hinchazón que le cerraba las vías respiratorias. Los técnicos de emergencias tuvieron que intubarla ahí mismo, algo que Mac deseaba no volver a presenciar jamás.

Al menos, los sanitarios se mostraron satisfechos con su recuperación tras colocarle el tubo. Su color mejoró, y su pecho subía y bajaba de manera rítmica. Parecía que solo estaba dormida, si no fuera por las puntas chamuscadas del pelo, el aspecto negro y tiznado de su ropa y el olor a carne chamuscada.

Gozaba de mucho mejor aspecto que Shelly Atkins.

La carne enrojecida de la sheriff ya había empezado a ampollarse cuando llegaron los técnicos de emergencias, y los brazos y las piernas iban hinchándose de forma grotesca. Shelly tuvo la previsión de atarse la camisa alrededor de la cara. Los hombros y brazos, sin embargo…

Mac solo había leído sobre esas cosas. Nunca las había visto de primera mano. El simple olor le revolvía el estómago y le entraban ganas de darse la vuelta y vomitar. El ayudante Mitchell se puso verde de inmediato, pero resistió.

Resistió mientras revolvían nerviosos el botiquín de primeros auxilios, mientras intentaban cubrir las quemaduras más graves con unos patéticos parches de gasa estéril, mientras Shelly entraba en shock por el dolor y el estrés, justo al mismo tiempo que Mac se daba cuenta de que Kimberly había dejado de respirar.

Nunca se había alegrado tanto de ver un vehículo de emergencias en su vida, con una gratitud tan inmensa que casi lo hacía sentirse insignificante. Estaba tan desesperado que las lágrimas le

corrían por el rostro mientras intentaba explicar lo que había pasado, lo que Kimberly y Shelly necesitaban, hasta que los técnicos de emergencias, con eficiencia y herramientas diez veces superiores, los apartaron a él y a Mitchell y comenzaron a actuar, y los dos chicos permanecieron ahí, aturdidos y confundidos, mientras intentaban decirse el uno al otro que todo saldría bien.

Kimberly desaparecía en la ambulancia justo cuando el helicóptero llegaba a recoger a Shelly. Mac y Mitchell ayudaron a subir a la sheriff a la aeronave. En un instante, el helicóptero despegó, Kimberly ya no estaba y los dos se quedaron tratando de informar como mejor podían.

En total, puede que todo llevase veinte minutos. Los veinte minutos más largos de la vida de Mac. Y ni siquiera le permitieron ir con Kimberly, porque no era de la familia. era solo el hombre que la amaba.

Lo que lo dejó ahí, delante del maltrecho vehículo de vigilancia, pensando en el anillo. Ojalá lo llevara en ese momento, tal vez en una cadena alrededor del cuello. Si no por ella, entonces por él, para que pudiera verlo y saber que ella había dicho que sí y le había dicho que lo quería. Que habían sido felices justo antes de aquello.

Por fin se subió a la furgoneta y Mitchell lo siguió. Sin nada más que hacer, Mac se arrastró hasta el asiento del conductor y empezó a arrancar el vehículo.

—¡Santo Dios! —exclamó Mitchell—. ¡Mira esto!

45

Miércoles, 1:22 p. m., hora del Pacífico

Rainie marcó el número del móvil de Quincy y presionó el auricular contra la mejilla. Contuvo la respiración al escuchar la señal del teléfono, con un extraño revoloteo en el estómago, como si fuera una colegiala llamando para pedir una cita. Preguntándose si su marido respondería. Preguntándose qué diría ella.

—Habla Quincy —respondió él, y por un momento, Rainie se sintió tan abrumada que no pudo hablar—. ¿Quién es? —preguntó con brusquedad.

Rainie se echó a llorar.

—¿Rainie? ¡Dios mío, Rainie! —Se oyó un chirrido y luego unos cuantos tacos. Lo había pillado conduciendo y era obvio que estaba maniobrando para llevar su coche al borde de la carretera—. ¡No cuelgues! —gritó—. No cuelgues, solo dime dónde estás. Ya voy para allá, ya voy para allá. —Y, en su voz, Rainie percibió toda la desesperación que ella misma había sentido durante los últimos días.

Lloró con más fuerza, con grandes sollozos roncos que le golpeaban las costillas y exacerbaban el dolor de cabeza. Sentía como si la emoción fuera a desgarrarle el cuerpo, convertirse en el golpe final a su maltrecho marco. Pero no podía dejar de sollozar. Se balanceaba de un lado a otro, apretando el teléfono contra la boca y jadeando con frenesí las únicas palabras que le importaban:

—Te… quiero.

—Yo también te quiero. Y lo siento, Rainie. Lo siento por… todo. —Y luego, aún con más urgencia—: Rainie, ¿dónde estás?

—No lo sé.

—Rainie…

—¡No lo sé! Es una casa. Con un sótano. Y está inundado y tenemos frío, y Dougie no se encuentra muy bien y yo tampoco. Necesito mi medicación. Me duele mucho la cabeza y sé que debería habértelo dicho…

—El Paxil. Lo descubrimos. Te lo llevaremos. Ayúdame, Rainie. Ayúdame a encontrarte.

—Está oscuro —susurró—. Muy oscuro. Las ventanas, las paredes… Creo que lo pintó todo de negro.

—¿Cuánto tardaste en llegar? ¿Recuerdas el viaje?

—No lo sé. Creo que me drogó. Un camino de tierra, supongo. Pero sentí el olor a mar. ¿Tal vez sea algún lugar cerca del agua?

—¿Sabes quién te raptó, Rainie?

—Una luz blanca.

—¿Te cegó?

—Sí, y ahora vivimos en la oscuridad.

—¿Sabes dónde está el hombre en este momento? —preguntó Quincy de forma tajante.

—No tengo ni idea.

—Vale. Sigue al teléfono, Rainie. No te atrevas a colgar. Voy a encontrar una manera de rastrear esta llamada.

Pero justo entonces Rainie oyó un ruido. Era el roce de una llave en una cerradura. Luego, el

sonido de una puerta que se abría de golpe.

—¡Cariño! —gritó alegremente el hombre—. ¡Estoy en casa! ¡Y vaya si he triunfado hoy!

—Oh, oh —susurró Rainie.

—¿Danicic? —pronunció Quincy.

Miércoles, 1:25 p. m., hora del Pacífico

—Tengo que irme —le susurró Rainie a Quincy, y sin esperar respuesta, metió el teléfono debajo de la cama, con el auricular al lado. Tendría que confiar en que Quincy pudiera rastrear la llamada. Tendría que confiar en sí misma para mantenerlos a ella y a Dougie con vida hasta que él llegara.

Oyó el chapoteo de los pasos mojados cuando el secuestrador atravesaba la sala de estar, dirigiéndose hacia la cocina. Seguía silbando una melodía desafinada, sin darse cuenta de que habían huido.

Lo bueno era que Rainie contaba con un cuchillo y la ventaja del factor sorpresa. Lo malo, que él tenía una pistola eléctrica y se encontraba en mucho mejor forma física. Ya se había enfrentado a él dos veces y había perdido. Dado su deteriorado estado, no veía motivos para esperar que esa ecuación fuese a cambiar.

Así que sería una cuestión de ingenio más que de fuerza bruta.

Fue hacia Dougie, moviéndose con el mayor sigilo posible. El chico seguía inconsciente, pero ya no temblaba con tanta violencia. No sabía si eso era buena o mala señal.

Agarró con torpeza el cuerpo envuelto y, tambaleándose hacia el armario, lo depositó dentro, justo a tiempo para oír un grito de rabia desde el lavadero.

No quedaba mucho tiempo.

Rainie cerró la puerta del armario y cruzó de inmediato hacia la ventana. Por favor, que tuviera suerte. Por favor, solo por esa vez, que Dios le diera un respiro.

Encontró el viejo pestillo de metal y lo abrió de un tirón. Se agarró a la parte superior de la ventana con marco de madera y, con todas sus fuerzas, empujó hacia arriba.

Nada.

Lo intentó de nuevo.

Más chapoteos. Pasos furiosos corriendo por la cocina.

—Vamos —suplicó en la habitación a oscuras—. ¡Vamos!

Pero la vieja ventana no se movía. Después de tantos años, estaba hinchada o sellada por la pintura.

Oyó pasos en el pasillo. Rainie se agachó detrás de la puerta y agarró el cuchillo.

Ya se le había acabado el tiempo.

Miércoles, 1:27 p. m., hora del Pacífico

Mac puso la furgoneta en marcha y salieron disparados por la carretera de acceso antes de que ninguno de los dos llevara puesto el cinturón de seguridad. Mitchell tenía la radio e intentaba desesperado localizar a Kincaid.

—Tenemos una ubicación. El GPS se ha estabilizado en un único conjunto de coordenadas. Estamos pasándolas por el programa ahora y deberíamos tener una dirección en cuestión de minutos.

Kincaid lanzó un grito al otro lado, con una mezcla de deleite y sorpresa. Quería la dirección en

cuanto la tuvieran. Iba a llamar a los geos, iba a pedir refuerzos, por Dios…

Entonces se produjo una breve interrupción mientras atendía una llamada desde su teléfono móvil. Era Quincy. Tenía a Rainie en la línea. Estaba atrapada en una casa y el secuestrador acababa de volver a ella. Quincy estaría dispuesto a jurar por Dios que la voz del hombre se parecía mucho a la de Danicic.

—Tenemos una dirección —gritó Mitchell.

—¿La casa de Danicic? —presionó Kincaid.

No, era la cabaña de pesca que Stanley tenía en Garibaldi.

—Estamos a diez minutos —informó Mac, y pisó el acelerador.

—Yo ya estoy aquí —comunicó Quincy mientras volvía al camino de tierra y Candi se agarraba al salpicadero.

Miércoles, 1:29 p. m., hora del Pacífico

—Sal, sal, dondequiera que estés —llamó el hombre con voz suave por el pasillo—. ¡Yuhuuu! Vamos, Dougie. Saluda a tu viejo amigo.

Rainie contuvo la respiración, permaneciendo inmóvil en su posición, con la espalda apoyada contra la pared. Podía ver un pequeño resquicio de pasillo a través de la rendija de la puerta. Un pie apareció a la vista.

—Sé que todavía estás aquí. Las puertas están cerradas desde el exterior y las ventanas, atornilladas. Vale la pena estar preparado cuando se secuestra a una agente de las fuerzas del orden y a su amiguito delincuente.

Otro paso. Rainie pudo ver unos pantalones de chándal negros salpicados de agua.

—No vas a salir de esta casa, Rainie. Dougie y yo tenemos un trato. Si escapas, no tendré más remedio que cumplir mi parte del trato y quemar viva a Peggy Ann. No quieres que Peggy Ann sufra, ¿verdad, Dougie? No querrías matarla como mataste a tu propia madre, ¿no?

Apareció el perfil completo del hombre. Rainie retrocedió poco a poco, sintiendo que la mirada del tipo se dirigía al hueco que había entre la parte trasera de la puerta y la pared.

—Vamos, Dougie —expresó con impaciencia—. Ya basta de tonterías. Da un paso al frente, confiesa lo que has hecho y te perdonaré. Es Rainie quien te ha hecho daño, ¿recuerdas? Te mintió. Fingió ser tu amiga. —Y luego se le ocurrió una nueva idea—. Eh, Rainie, vamos a hacer esto muy sencillo. Ven aquí y te pongo una copa.

El hombre se asomó al marco de la puerta y Rainie le cerró la puerta en las narices. Oyó un crujido, seguido de un grito agudo.

—¡Mi nariz, mi nariz, mi nariz! ¡Puta, me has roto la nariz! ¿Te das cuenta de cómo se verá eso en televisión?

Rainie tanteó el pomo, intentando encontrar algún tipo de cerradura. Nada. Clavó los talones, presionando su peso contra la puerta mientras buscaba con la mirada por la habitación. Necesitaba una silla para atascarla bajo el pomo. O algún mueble pesado.

Vio la cómoda, pero era demasiado voluminosa y estaba demasiado lejos. Entonces todo su cuerpo se estremeció cuando el hombre se lanzó contra la puerta, aullando de indignación.

—No vas a salir de esta casa. ¿Me oyes? Estás muerta.

Embistió la puerta por segunda vez y Rainie se balanceó sobre los talones. Logró recuperar el equilibrio justo a tiempo para el tercer golpe. Luego, sin prisa pero sin pausa, él empezó a manipular y a girar el pomo, que se resbalaba bajo la mano de Rainie.

Ella intentó agarrarlo mejor y batalló con el cuchillo para poder emplear ambas manos.

El hombre era demasiado fuerte. Había comido y dormido, y no había pasado dos días atrapado en un gélido sótano. Tenía más músculo y estaba menos fatigado. Iba a ganar.

Ella inició la cuenta atrás en su cabeza. Cuando llegó a diez, se apartó de la puerta de un salto.

El hombre se precipitó para dentro, trastabillando hacia delante y acabando por caer sobre la cama.

Y Rainie salió corriendo por la puerta.

Fue consciente de muchas cosas a la vez. El peso del agua, que ya le llegaba casi a los tobillos, mientras chapoteaba por el pasillo. La vista de la puerta principal, que se alzaba a casi quince metros de distancia mientras ella luchaba por atravesar la cocina y llegar al salón, estirando los brazos una y otra vez. El sonido, tal vez en su mente, de las puertas de un coche al cerrarse de golpe. La voz, quizá en su cabeza, de Quincy diciendo «*Te quiero*».

Luego el grito de indignación, más fuerte y cercano, cuando el hombre se abalanzó sobre ella, que se giró en el último momento. Vio una gran figura negra que se le echaba encima. Lucas Bensen apareciendo en su porche cuando ella solo tenía dieciséis años. Richard Mann esperándola con una escopeta una década después de aquello. Todas esas pesadillas que había tenido se precipitaban por el pasillo, corriendo hacia ella.

Rainie plantó los pies y alzó su cuchillo. Se preparó para su última batalla.

La puerta de la casa se abrió de golpe.

—¡Alto, policía! Baje su arma.

Rainie cayó al suelo y Danicic se lanzó hacia delante.

Quincy y Candi Rodríguez abrieron fuego.

46

Desenlace

En las horas siguientes, las cosas se ralentizaron, se equilibraron y trataron de cobrar sentido.

Llegaron los técnicos de emergencias y certificaron la muerte de Danicic. Encontraron a Dougie vivo, recuperando poco a poco la consciencia dentro de su capullo de algodón. Llevaron al niño al hospital. Intentaron llevarse a Rainie también, pero ella se negó a ir. Se limitó a quedarse sentada en la parte trasera del coche de Quincy. Tenía el abrigo de su marido sobre los hombros, cuatro mantas en el regazo y una taza de café humeante en las manos.

Deseaba sentir el calor impregnando de nuevo sus huesos. Deseaba inhalar el aroma de la colonia de Quincy en el cuello de su abrigo. Deseaba ser consciente de sí misma, centímetro a centímetro, mientras volvía al mundo de los vivos.

Quincy se sentó en el coche con ella mientras llegaban más investigadores y empezaban a trabajar en la escena. Rainie se enteró de que la casa pertenecía a Stanley Carpenter. Era la antigua vivienda de su abuelo, que conservaba para obtener ingresos periódicos de alquiler. Fue una grata sorpresa para él recibir una solicitud en agosto para alquilar la propiedad durante todo el invierno. El inquilino afirmó ser un escritor de fuera de la ciudad que buscaba un lugar tranquilo para trabajar en su próxima novela. Stanley recibió por adelantado un cheque al portador por el alquiler de todo el invierno y no había vuelto a pensar mucho en la casa desde entonces.

La cabaña se hallaba en una propiedad muy frondosa, a solo kilómetro y medio del océano. El vecino más cercano estaba a ocho kilómetros al oeste. Rainie y Dougie podrían haber corrido toda la noche y aun así no habrían encontrado a nadie que los ayudara.

Apareció el sargento detective Kincaid. Miró a Rainie de una manera tan intensa y con tanta gravedad que ella no supo qué decir. Luego saludó a Quincy con un gesto de cabeza y se marchó.

Después se acercó una preciosa agente hispana llamada Candi. Fue de los primeros agentes en llegar a la escena, acompañada de Quincy. Se sentó en el camino de grava, junto a la puerta abierta del coche, en el lado de Rainie, y con una dulzura sorprendente, consiguió que ella le relatara lo acontecido en los últimos días: que Rainie detuvo su vehículo en mitad de la noche y la sorprendió después una cegadora luz blanca; que se despertó más tarde y se dio cuenta de que estaba drogada y atada en la parte trasera de un vehículo; que hizo todo lo posible y luchó de manera ardua para protegerse a sí misma y a Dougie…

No tenía ni idea de quién la había secuestrado. Cuando Candi pronunció el nombre de Danicic, Rainie se sorprendió de veras.

—¡¿No es un reportero del *Sun*?!

Nadie podía darle esa respuesta. Candi desapareció y el teniente Mosley ocupó su lugar. Deseaba cerciorarse en persona de que Rainie estaba bien. Luego se fue a hacer una declaración a la prensa.

—Ya era hora de que tuviéramos buenas noticias hoy —comentó el agente, que dejó a Rainie, en la parte trasera del coche, mirando fijamente a Quincy.

Al quedarse por fin solos, él comenzó a hablar. Le explicó sobre las notas de rescate y la unidad especial. Le contó que Mac y Kimberly cogieron de inmediato un vuelo desde Atlanta para ir a ayudar.

Y le informó, sin mostrar emoción alguna, pues era el tono que usaba para las cosas más importantes, de cómo una detective, Alane Grove, había sido asesinada mientras trabajaba en el caso. Por lo que habían podido averiguar, un vecino del lugar la había visto con el dinero del rescate y, sin poder resistir la tentación, la metió en la parte trasera de su camioneta y la estranguló para quedarse con el botín.

Luego llegó la desastrosa entrega del dinero. Danicic había manipulado la escena con explosivos, lo que provocó heridas graves a la sheriff de Bakersville, Shelly Atkins, así como a Kimberly, que se encontraba ya estable, pero lo más seguro era que tuviera que pasar varios días en el hospital mientras le controlaban los pulmones y le trataban las quemaduras. En el caso de la sheriff Atkins, el pronóstico no pintaba bien.

—Deberíamos ir al hospital —sugirió Rainie de inmediato.

—No.

Rainie lo miró con expresión de extrañeza.

—Pero Kimberly…

—Por fin va a ver a su prometido. Si los interrumpimos ahora, los dos nos matarán.

—¿Se han comprometido?

—Eso es lo que me han dicho.

—¿Cómo no me lo habías dicho desde el principio? ¡Hombres!

Quincy le cogió la mano.

—Sí, hombres. Nos gusta pasar tiempo a solas con nuestras mujeres. Mac tiene a la suya y yo ya tengo a la mía. Y tú no vas a ninguna parte.

Eso la hizo sonreír y llorar a la vez, aunque también resultó no ser del todo cierto, porque ella fue a salir del coche, se desmayó, y Quincy tuvo que gritar una vez más para que los sanitarios acudieran.

Rainie se despertó horas más tarde, gritando con voz ronca en medio de la oscuridad. La habitación estaba en tinieblas y el agua se cerraba sobre su cabeza. Golpeó con la mano los barrotes metálicos de la cama del hospital, buscando desesperada un punto de apoyo. Los monitores empezaron a sonar de manera estridente y los conductos del suero se enredaron. Entonces apareció Quincy, le agarró la mano y le dijo que se pondría bien.

Volvió a dormirse y se despertó gritando de nuevo.

—Creo que no estoy del todo cuerda —le comentó.

—Ninguno de nosotros lo está —respondió él, y se metió en la cama junto a ella.

A la mañana siguiente, dieron de alta a Rainie con instrucciones de descansar, comer y beber mucha agua. Llevaba las costillas rotas bien vendadas. La rodilla izquierda, con el ligamento cruzado anterior desgarrado, estaba sujeta con una férula metálica. Necesitaría cirugía para reparar la lesión, pero no hasta que recuperara las fuerzas. Con Quincy a su lado, fue cojeando hasta la habitación de Kimberly.

La joven agente ya había sido trasladada de la unidad de cuidados intensivos a la planta general. Le administraban oxígeno, líquidos y antibióticos para proteger su dañada garganta de infecciones. Los médicos no esperaban darle el alta en muchos días.

Pero parecía estar de buen humor, le dio a Rainie un fuerte abrazo y le mostró su anillo de compromiso. No podía decir ni una palabra, y Mac ya estaba diciendo que la prefería así.

Especuló en voz alta sobre una gran boda de cuatrocientas personas que celebrarían en el huerto

de sus padres. Asarían un cerdo, contratarían a un grupo de música country y organizarían una fiesta vaquera. Kimberly hizo la mímica de estrangularlo con sus propias manos. Enriqueció la versión incluyendo a una novia descalza con enaguas y un ramo de flores de melocotonero.

Kimberly dejó de intentar matarlo y en su lugar empezó a asentir. Eso lo hizo volver al silencio, y Quincy y Rainie dejaron a los dos tortolitos cogidos de la mano.

La habitación de Dougie fue la siguiente. El niño seguía dormido, con Stanley y Laura Carpenter de pie junto a su cama. Stanley tenía un aspecto terrible, como si no hubiera dormido en un mes. Laura Carpenter tenía el mismo semblante que Rainie recordaba: como si la hubieran pisoteado toda la vida y no esperara que las cosas fueran a mejorar pronto.

—Va a ponerse bien —anunció Stanley con voz ronca en cuanto Rainie entró en la habitación —. Los médicos aseguran que está en una condición sorprendentemente buena. Solo necesita descansar.

—¿Se ha despertado?

—Unas cuantas veces. Ha preguntado por usted. Le dijimos que estaba bien, que la vería pronto. Quiero decir, si no tiene inconveniente. Lo entendería…

—Lo agradecería.

—Vino una mujer policía —mencionó Laura—. Una tal Rodríguez. Le hizo algunas preguntas a Dougie. Él lo llevó bien. No se alteró demasiado.

—Conocía a Danicic, ¿no? —preguntó Quincy con tacto—. Creía que el hombre era su amigo.

—Fue culpa nuestra —reconoció Stanley de inmediato—. Se puso en contacto con nosotros poco después de convertirnos en padres de acogida de Dougie. Comentó que estaba preparando un artículo sobre los niños que estaban en el sistema. Quería presentar a Dougie como una historia con final feliz. Ya saben, un niño que ha dado muchas vueltas, pero que por fin tiene un buen hogar. Durante un tiempo, pasaba a vernos con frecuencia. No le dimos mucha importancia. Es verdad que nunca veíamos que se publicase la historia, pero, cada vez que preguntábamos, el señor Danicic decía que su editor la había retenido, que no era oportuno, que era solo un artículo de interés general, ese tipo de cosas. Él también fue niño de acogida, ¿saben?

—¿Danicic?

—Eso fue lo que nos contó. Que sus padres murieron jóvenes o algo así. —Stanley se encogió de hombros, avergonzado—. En cierto modo me gustaba que se interesase tanto por Dougie. Pensé que podría ser un buen ejemplo para el niño. Parecía… Bueno, imagino que no puedes verlas todas venir. Dios sabe que lo creímos con sinceridad.

—Danicic utilizó a Dougie, ¿no es cierto? —presionó Quincy—. ¿Obtuvo información sobre usted y sobre Rainie? ¿Fue entonces cuando empezó a pagarle?

Stanley miró a Quincy, confundido.

—Yo nunca le he pagado a nadie.

—¿Ni siquiera dos mil dólares al año?

—¡Ah, eso! —Stanley se ruborizó y echó un vistazo a su mujer, que le devolvió una mirada de desaprobación—. Cuando Dougie nació… Miren, no supe manejar muy bien la situación. Pero estaba orgulloso de Dougie y quería hacer algo por él. Así que creé un fondo para la universidad.

Laura puso los ojos en blanco.

—Un niño necesita más que la universidad, Stanley. Un niño necesita un padre, alguien que se responsabilice de él.

—Y yo lo hago.

—Lo hacemos —le corrigió ella.

Stanley volvió a sonrojarse y, en ese momento, Rainie entendió por qué al entrenador pudo parecerle tan atractiva una joven de instituto. Alguien que admiraba al fornido entrenador de fútbol y que escuchaba con atención cada palabra que él decía.

—¿Le ha hablado alguna vez de la noche en que murió su madre? —le preguntó Rainie a Stanley.

El hombre negó con la cabeza.

—Tiene que hablar más de eso —añadió ella—. A su manera y a su propio ritmo. Pero él cree que es culpa suya que ella muriera. Y esa culpa alimenta gran parte de su rabia, hacia sí mismo y hacia usted.

—¿Por qué iba a pensar él que fue culpa suya que a su madre la atropellara un coche? —cuestionó Laura, extrañada.

—Porque al parecer el pequeño salió del apartamento esa noche. Fue a buscarla y, en su cabeza, ella murió mientras ella lo perseguía.

Los ojos de Stanley se abrieron de par en par.

—¿Y ocurrió así?

—Claro que no —respondió Rainie con impaciencia—. La mató un conductor borracho antes de que Dougie saliera del apartamento. Basta con comprobar el informe policial.

—Pobre niño —murmuró Stanley.

Y, para variar, su mujer no discutió.

—Hay una cosa que no entiendo —declaró Laura al final—. ¿Por qué el reportero hizo todo esto? Hacerse amigo de Dougie, secuestrarla a usted, secuestrarlo a él… Quiero decir, ¿qué sentido tenía?

—Fama, fortuna y una exquisita tarta de manzana —murmuró Quincy, y luego él y Rainie salieron de la habitación.

Quincy esperó a que salieran del hospital y se subieran a su coche.

—¿Por qué incluiría un informe policial el detalle de que la madre de Dougie murió *antes* de que el niño saliera del apartamento? Por lo que dices, nadie se había dado cuenta siquiera de que el pequeño había salido de la habitación.

—Tú lo sabes y yo lo sé, pero ellos no lo saben —contestó Rainie, encogiéndose de hombros.

Quincy alargó el brazo sobre el asiento delantero y agarró la mano de su mujer.

—Eres una mujer estupenda, Rainie Conner.

—¿Para ser tan mentirosa? —preguntó ella con ligereza.

Pero él percibió cómo se le quebraba la voz cuando ella se giró y empezó a llorar.

Volver a casa fue más difícil de lo que Rainie se había imaginado. Se tomaba su medicación, deambulaba por habitaciones que supuestamente debían hacerla sentir a gusto y esperaba que su vida volviera a la normalidad por arte de magia, mientras retornaba a un frigorífico al que habían vaciado de toda bebida, mientras se despertaba en mitad de la noche, empapada en sudor y presa del miedo, mientras Quincy se quedaba mirándola y le decía que la amaba, y ella volvía a recordar lo que era ser tan amada y aun así sentirse sola.

A Kimberly le confirmaron que gozaba de perfecta salud. Ella y Mac se quedaron a pasar la noche, y durante veinticuatro horas la casa volvió a llenarse de charlas y risas. Jugaron a las cartas y hablaron de trabajo.

Mac y Quincy permanecieron despiertos hasta tarde, una vez que las chicas se retiraron a

dormir. A Mac se le ocurrió una idea para el caso Astoria, y a Quincy le pareció que no estaba nada mal.

—¿Cómo está? —preguntó Mac después, antes de irse a la cama, señalando con la cabeza hacia el dormitorio principal.

—Fatal —respondió Quincy sin rodeos.

—¿Quieres que nos quedemos?

—No es una situación en la que otra persona pueda cambiar las cosas.

—Debe ser terrible para ti —comentó Mac en voz baja.

Y Quincy dijo la primera palabra que le vino a la mente:

—Gracias.

Quincy esperó hasta la mañana siguiente para llamar a Abe Sanders, después de que su mujer se hubiera puesto la férula en la pierna y hubiera salido a pasear. Habían retomado el contacto de forma breve después del rescate de Rainie. El sospechoso de Sanders, Duncan, había reaparecido por arte de magia esa misma noche, para desaparecer dos veces más desde entonces. Habían intensificado la vigilancia, pero seguían limitados por la falta de pruebas. No tenían ninguna base para emitir una orden, ni una razón plausible para siquiera detener al hombre para cachearlo. Pero Duncan tramaba algo. Sanders estaba bastante convencido de que el hombre tenía un nuevo objetivo.

Quincy transmitió la idea de Mac y Sanders la consideró.

—Bueno, hemos probado tácticas más tontas.

—Mantenme al tanto.

Sanders colgó, Rainie regresó de su paseo y Quincy registró sus cosas mientras ella se duchaba, buscando cualquier rastro de cerveza recién comprada.

Eso era lo que significaba vivir con una alcohólica.

Luego entró en su estudio y se quedó sentado largo rato mirando la foto de su hija.

Quincy fue a Portland varias veces a visitar a Shelly en el hospital. Era la reina del pabellón de quemados y entretenía a enfermeras y pacientes con chistes verdes e historias de criminales incompetentes. Parecía esperar con impaciencia las visitas del exinvestigador, sobre todo porque siempre le llevaba manzanilla.

Ella alardeaba de los injertos de piel más recientes y él asentía con gesto sombrío e intentaba no ponerse demasiado verde.

Los días de policía de Shelly habían terminado. Le esperaba al menos un año de intervenciones quirúrgicas y terapias de rehabilitación. El pie izquierdo se le había quedado torcido y tenía la cadera destrozada. Seguía siendo una de las personas de mejor espíritu que Quincy conocía, y a menudo pensaba que se sentía más cómodo con ella en el pabellón de quemados que con Rainie en casa.

En la cuarta visita, la sheriff le dio buenas noticias.

—¡Me voy a París! —anunció.

—¿Te vas a París?

—Sí. Siempre ha sido mi sueño. Lo mencioné en esa loca entrevista que hice hace algunas semanas. Supongo que le tocó el corazón a algún blandengue. El departamento del sheriff recibió una donación anónima de un viaje a París con todos los gastos pagados para mí. En cuanto dejen que saque mi culo quemado de esta silla de ruedas, me subo a un avión.

—La orilla izquierda del Sena nunca volverá a ser la misma —le aseguró Quincy.

—¿Seguro que no sabes nada de la donación? —indagó.

—Nada en absoluto.

Siempre había sido la más lista.

—Gracias —expresó en voz baja—. Te debo una.

Lo cual, pensó Quincy mientras observaba las largas cicatrices que serpenteaban por sus brazos, era lo más triste que había escuchado.

Kincaid pasó a verlo unas horas más tarde. Los expertos forenses habían estado analizado el ordenador de Danicic. El reportero disfrutaba de veras con la palabra escrita. Además de redactar largos y farragosos correos electrónicos para sí mismo, ya había empezado su autobiografía, *Vida de un héroe*.

Por lo que pudieron averiguar, Danicic no había urdido su plan por los diez mil dólares, sino para convertirse en el héroe de un drama del mundo real que lo catapultaría a la fama instantánea. Gracias a sus esfuerzos desinteresados, él solo ayudaría a los agentes de policía a negociar el rescate de dos inocentes. De forma trágica, cuando los investigadores llegaran al lugar, las víctimas ya estarían muertas, encerradas con crueldad en el sótano y abandonadas para que se ahogaran. Eso permitiría a Danicic aparentar estar afligido mientras se embarcaba en su gira mediática por todo el país, cultivando una nueva personalidad como experto en delitos violentos, que pronto se convertiría en un fijo en cualquier canal de noticias por cable que se eligiera. En esencia, a Danicic no lo motivó el dinero rápido, sino que había estado buscando un nuevo estilo de vida.

En el desván de su casa, encontraron caja tras caja de libros: estudios de caso de delincuentes violentos, manuales sobre procedimientos policiales y las últimas técnicas forenses, e impreso tras impreso catalogando a secuestradores famosos y dónde se habían equivocado. En muchos sentidos, los secuestros habían sido el trabajo de su vida.

En cuanto a por qué Rainie y Dougie, Kincaid todavía no estaba seguro. Tal vez habían vuelto a la observación de Quincy: una mujer y un niño pequeño parecían objetivos menos amenazadores. O tal vez fuera la oportunidad, porque Danicic había entablado amistad con Dougie y enseguida se dio cuenta de lo fácil que resultaba manipular al problemático muchacho. O quizá porque el cónyuge y la ocupación de Rainie darían al caso mucho más interés mediático.

Solo podían especular, porque Danicic no estaba vivo para decírselo.

Una semana después, Quincy recibió una llamada inesperada. La agente especial Glenda Rodman quería informarle de que Andrew Bensen había sido localizado en Canadá, donde había solicitado un estatus especial como objetor de conciencia de la guerra. Pensó que a Quincy le gustaría saberlo.

Y, dos días después, Quincy recibió por fin la llamada que había estado esperando.

Después, encontró a Rainie fuera, contemplando las montañas, sorbiendo una taza de té con unas manos que aún tenían tendencia a temblar.

—Vamos —dijo, y se dirigió al coche sin decir ni una palabra más.

Quincy era famoso por su silencio. Pero, en todos los años que había pasado con Rainie, él también había llegado a comprender la quietud de su mujer. La forma en que podía hundirse en sí misma, con los hombros encorvados y la barbilla baja. La forma en que dejaba de establecer contacto visual, su mirada se dirigía cada vez más hacia el gran exterior, como si quisiera desaparecer en aquel imponente banco de abetos, como si pudiera querer dejar de existir.

Para cuando llegaron a Astoria, estaba hecha un ovillo, con las rodillas junto a la barbilla y los brazos alrededor de las piernas para sujetarlas. Sus ojos habían adquirido un aspecto herido y atormentado.

Quincy a veces se preguntaba si ese era el aspecto que solía tener cuando su madre le pegaba. Y, a veces, veía la imagen demasiado clara en su cabeza. Una versión más joven e indefensa de Rainie acurrucada en el suelo. Y una versión más madura y ebria de Rainie, golpeando con fuerza. Dos caras de su mujer, un pasado del que buscaba escapar y un futuro que estaba desesperada por evitar.

Llegaron al cementerio. Rainie sabía dónde estaban, había estado ahí antes con Quincy y él se imaginaba que muchas más veces sola.

Fue directa a la tumba. Miró el ángel de piedra. Y luego, como si no pudiera evitarlo, acarició la mejilla de granito con los dedos.

—Hoy han arrestado a Charles Duncan —informó Quincy—. Quería que tú, y ellas, supierais la noticia por mí. Duncan confesó haber matado a Aurora y Jennifer Johnson. Sanders tiene una declaración firmada, así como una confesión grabada.

—¿Confesó? —preguntó Rainie, con expresión desconcertada.

—Fue idea de Mac. Con todos los informes forenses ya realizados, Sanders y los expertos tenían una idea bastante clara de lo que ocurrió aquella noche. Cronología de los hechos, detalles del caso… Así que Sanders fue a detener a Duncan. Le contó que habían descubierto algo nuevo, que habían encontrado un recibo en los papeles de Jennifer de una cámara de vigilancia para niños y que resultaba que había una cámara metida en un oso en la habitación de Aurora.

—¿En serio?

—No. Era la táctica de Mac. Creo que se llama la gallinita ciega. No es lo más fácil del mundo, pero, de nuevo, aquí es donde los informes de pruebas marcan la diferencia. Sanders dejó caer algunos detalles y Duncan se vino abajo. Y menos mal. Sanders descubrió un informe de un mirón archivado. Duncan se ha dedicado a seguir y espiar a una cajera que trabaja en el Safeway de su barrio.

—¡Oh, gracias a Dios! —Rainie se llevó la mano a la boca—. Se acabó. Fue él. Ya está hecho.

—Sí —coincidió Quincy, y a su pesar, su propia voz se volvió ronca—. Se acabó, Rainie. Ya está hecho.

—No quiero tener más pesadillas. —Rainie se echó a llorar—. No quiero seguir tendiendo la mano a una niña a la que no puedo salvar. El mundo es cruel y nuestros trabajos son desesperantes. Ya no sé ni cómo amar. Solo necesito odiar.

Se desplomó en los brazos de su marido, todavía sollozando, todavía hablando. Una mitad tenía sentido, pero la otra no. Él la abrazó, dejó que lo sacara todo. Luego le acarició la espalda, jugando con los pequeños y ligeros mechones de su cabello. Le infundió su fuerza, como si el amor de un hombre pudiera curar a su mujer. Y no se sorprendió cuando ella se apartó de él y se secó los ojos.

Caminaron hasta el coche en silencio. Fueron todo el trayecto a casa en silencio.

Y más tarde esa noche, cuando ella dijo que iba a ver a Dougie, Quincy la dejó ir y rezó, tanto por su propio bien como por el de otros, por que en realidad no fuera a un bar.

La habitación de Dougie tenía un nuevo adorno: la foto de su madre del anuario, ampliada a veinte por veinticinco centímetros y bien enmarcada. Laura, de todas las personas, se había encargado de hacerlo. A cambio, Dougie había empezado a utilizar palabras como «por favor» y

«gracias» cuando ella estaba cerca. A Rainie le producía una sensación surrealista cada vez que iba a la casa.

El pequeño debía haber tenido un buen día, porque estaba jugando en su habitación con un coche de juguete nuevo cuando ella llegó. En el exterior, todo estaba a oscuras y había amenaza de lluvia helada, por lo que incluso Dougie decidió quedarse en casa esa noche.

Rainie se sentó con las piernas cruzadas en el suelo mientras el pequeño conducía el coche por todo el colchón.

—Bruuum. Brum. Brum. Brum.

—Bien, ¿y qué te pareció el doctor Brown? —le preguntó.

El niño se encogió de hombros.

—Está bien.

—¿Tiene buenos juguetes?

—Demasiados Spider-Man —respondió Dougie, muy serio—. ¿Qué tiene de especial Spider-Man? En cambio Beetle-Man, ese sí que es un héroe. Bruuum.

—Quizá tú puedas ayudarlo a que se dé cuenta. ¿Cuándo volverás a verlo?

Dougie dejó de conducir su coche y la miró perplejo.

—¿Volver a verlo? Pero ¡sí ya he ido!

Rainie se echó a reír.

—Es terapia, Dougie. Se necesita más de una sesión para entender las cosas. Hay que darle tiempo.

—Pero si es *hablar*.

—Bueno, tal vez llegue a gustarte Spider-Man.

Dougie le dirigió una mirada escéptica y reanudó la carrera con su coche alrededor del colchón.

De camino a casa, Rainie pensó en Dougie y sonrió. El niño se las apañaba a su manera. Aún chocaba con Stanley y aún hablaba con nostalgia del fuego, pero ya pasaba cada vez más tiempo dentro de casa, jugando, relajado, formando parte de la familia, se diera cuenta o no. A Rainie le gustaba que hubiera recuperado la foto de su madre. Le gustaba que, de vez en cuando, contara una historia de cuando era pequeño. Algunos de sus cuentos le sonaban a fantasía, pero, a su manera, Dougie estaba recuperando su pasado. Eso parecía tranquilizarlo y darle una primera visión del futuro.

Tenía esperanza. A diferencia de tantos otros niños y a diferencia de Aurora Johnson.

Ese pensamiento la hirió, le dolió otra vez, aún después de tantos meses. Y pudo percibir la oscuridad erguirse en el fondo de su mente, sentir ese peso revelador asentársele sobre los hombros. Y sus pensamientos, por supuesto, se alimentaban de aquella oscuridad. De todos los niños de ahí fuera que nunca habían tenido una oportunidad. De los depredadores de niños que estaban al acecho en esos momentos. ¿A qué niño de ocho años estarían metiendo en la cama en ese instante y no llegaría a ver el amanecer? ¿Qué niña estaría a punto de ser secuestrada en su propia casa mientras sus padres dormían sin enterarse al final del pasillo?

Rainie se quedó herida, consumida por el dolor, tambaleándose frente a la abrumadora desesperanza de todo lo sucedido.

«Piensa en cosas alegres —se dijo a sí misma, casi con ingenuidad—. Campos de flores amarillas y arroyos de corrientes tranquilas». Por supuesto, nada de eso funcionó.

Entonces volvió a pensar en Dougie. Se recordó a sí misma la expresión de satisfacción de su rostro mientras hacía correr su coche por su habitación. Y pensó en todos los demás niños que estaban magullados y maltratados, pero que de algún modo…, de alguna manera encontraban la

forma de sobrevivir.

Deseaba tantas cosas para esos niños. Con fuerza, con pasión, deseaba que crecieran, que fueran libres, que rompieran el ciclo de abusos, que encontraran el amor incondicional al que toda persona tiene derecho. Que fueran felices.

Y se preguntaba cómo podía querer tanto para ellos y tan poco para sí misma. Ella también era uno de esos niños. Era una superviviente.

Y entonces, por primera vez en mucho tiempo, supo lo que tenía que hacer.

Subió con el coche por el camino de grava. Caminó con paso firme a través de la lluvia torrencial hasta su casa. Encontró a Quincy sentado frente al fuego, con una expresión tensa en los labios.

—Dougie te manda saludos —manifestó en voz alta—. Se ha ganado un nuevo coche de juguete.

Y así de rápido los hombros de Quincy bajaron y la tensión de su rostro se alivió. Rainie sabía en qué había estado pensando, qué le había estado preocupando, y eso le llenó los ojos de lágrimas.

Se quedó allí de pie durante mucho rato. Minutos. Horas. No sabía. Miró a su marido y supo que volvía a verlo por primera vez. Las canas, que ya eran más visibles que el azabache de su pelo, las líneas nuevas que le arrugaban las comisuras de la boca. La forma en que se sentaba, tan rígido en su propia casa ante su propia mujer, como si estuviera preparándose para lo que ella fuera a hacer a continuación.

Se adelantó antes de que el impulso la abandonara. Se arrodilló ante él, extendió la mano y articuló las palabras que tenía que decir:

—Me llamo Rainie Conner y soy alcohólica.

La expresión del rostro de su marido era tan grave que casi le rompió el corazón de nuevo. Él le cogió la mano.

—Me llamo Pierce Quincy, y soy el hombre que sigue queriéndote. Levántate, Rainie. No tienes que arrodillarte ante mí.

—Lo siento mucho…

—Shhh.

—Quiero recuperar nuestra vida.

—Yo también.

—No sé por dónde empezar.

—Dime que todavía me quieres.

—Oh, Quincy, te quiero.

—Dime que nunca volverás a beber.

—Me apuntaré a un programa. Haré lo que sea necesario. Nunca volveré a beber.

La levantó y la sentó en su regazo, enterrando su rostro contra los suaves mechones de su cabello recién crecido.

—Enhorabuena, Rainie. Acabas de dar el primer paso.

—Es un camino muy largo —susurró con suavidad.

—Lo sé, cariño. Por eso voy a llevarte de la mano hasta el final.

AGRADECIMIENTOS

Sin duda, la parte que más disfruto de escribir cualquier novela es la oportunidad de molestar a unas cuantas personas excelentes que tienen la desgracia de contestar sus teléfonos, o en este caso, sus correos electrónicos. Cada libro me brinda un montón de nuevos temas de investigación, y cada tema de investigación me aporta un montón de nuevos expertos a los que acosar.

En esta ocasión, estoy profundamente en deuda con los pacientes hombres y mujeres de la Policía Estatal de Oregón. En particular, con el teniente Gregg Hastings, por ayudarme a entender el funcionamiento interno del departamento, así como la vida como responsable de Información Pública; con el teniente Jason Bledsoe, que tiene una mente aún más retorcida que la mía y cuestionó mi crimen ficticio una y otra vez hasta que por fin lo perfeccioné; y con la teniente Beth Carpenter, del Laboratorio Criminalístico de Portland, que fue tan amable de permitirnos a mi marido y a mí visitar las nuevas y modernas instalaciones, que en aquel momento estaban decoradas con los adornos más extravagantes que jamás he visto. (¿Alguien se anima a poner luces de árbol de Navidad hechas con cartuchos de escopeta? ¿O qué tal el árbol de Navidad de Huellas Latentes, decorado con pulgares falsos?).

Por supuesto, también acosé a mi farmacéutica de confianza, Margaret Charpentier, por su contribución anual a mis asesinatos y caos ficticios. Y presioné a mi querido amigo el doctor Greg Moffatt, cuya brillante visión de las mentes perturbadas ha permitido a mis personajes alcanzar nuevos niveles de retorcimiento.

Como siempre, estas personas han compartido conmigo información exacta y precisa. A partir de ahí, yo, por supuesto, manipulé, corrompí y ficcionalicé todo sobremanera.

Para finalizar, a modo de nota personal, nunca podría haber terminado esta novela sin el debido cuidado y atención de otras personas: mi marido, quien una vez más aportó su meticuloso ojo de ingeniero para los detalles y se ofreció a mimar a su mujer con chocolate solo para verse frustrado porque ella decidió comenzar la dieta de South Beach dos semanas antes de la fecha de entrega (¿en qué estaba yo pensando?); Sarah Clemons, que nos cuida siempre tan bien a todos; Brandi Ennis, por aliviar el cargo de conciencia de una madre trabajadora al querer a mi hija casi tanto como yo; mi hija, que es adicta a la banda sonora de Los osos amorosos y, por lo tanto, ha enseñado a su madre la valiosa lección de cómo elaborar una novela negra con *Viaje a Chistelandia* corriendo por su cerebro; y mis dos adorables perros, que ladran tanto que es un milagro que sea capaz de pensar a pesar de ello.

Por último, pero no por ello menos importante, mi más sincera enhorabuena a Alane Grove, ganadora del segundo sorteo anual Mata a un amigo, mutila a un compañero en www.LisaGardner.com. Alane ganó el honor de nombrar a la persona de su elección que moriría en esta novela. Alane se nominó a sí misma, y bien por ella. Espero que disfrutes de tu papel de fiambre afortunado, Alane.

Y para todos aquellos que siguen esperando su oportunidad de alcanzar la inmortalidad literaria, no teman. Ya estoy trabajando en la próxima novela, lo que significa que necesito más expertos a los que acosar y más ganadores de concursos a los que asesinar.

Feliz lectura a todos.

LISA GARDNER



Seis sepulturas

Marsons, Angela
9788742813348
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un secreto. Cuatro cadáveres. Seis sepulturas.

Cuando la **detective Kim Stone** llega a la escena de un incendio, se encuentra con los cadáveres de dos adolescentes y sus padres. Solo que esta tragedia no es lo que parece. **Los cuatro cuerpos muestran heridas de bala y todos los indicios apuntan a que Helen Daynes, la madre, es quien ha disparado a su familia.**

En el pasado de Helen, hay un historial clínico de depresión. Pero ¿fue eso lo que la llevó a asesinar a sus seres queridos? Mientras analiza la escena del crimen, Kim descubre una pequeña pista de vital importancia que da un giro a la investigación. **¿Podría ser otra persona el asesino de la familia Daynes?**

Justo cuando Kim siente que está avanzando en el caso, un siniestro psicópata de su pasado la amenaza de muerte. Sin embargo, ella no está dispuesta a dejar la investigación y que el miedo domine su vida. Cuando averigua un impactante secreto que cambia todo lo que creía saber sobre Helen, **se da cuenta de que los miembros restantes de la familia Daynes están en grave peligro.**

El monstruo que acecha a Kim está cada vez más cerca. Hay cuatro cadáveres. Cuatro sepulturas recién excavadas. ¿Quién será el próximo? **¿Podrá Kim encontrar al asesino y salvarse antes de que sea demasiado tarde?**

«**¡Fantástica!** Me encanta Kim, siempre me ha gustado y siempre me gustará. ¡Es impresionante, te pone el corazón a mil, apasiona, emociona! Te recomiendo que leas no solo este libro, sino la serie completa. **Es fabulosa**».
Stardust Book Reviews

«Lo he leído en una sola tarde. **Este libro tenía todo lo que yo**

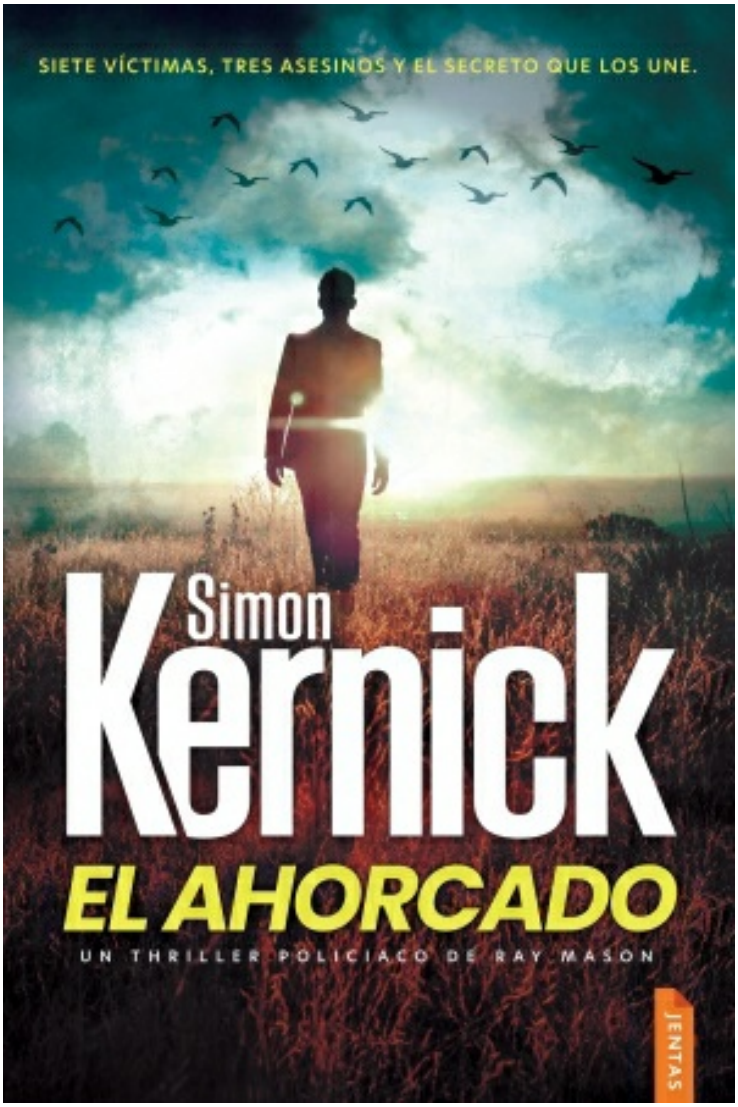
necesitaba y más: misterio, tensión, riesgo, un ritmo rápido y la cantidad perfecta de intriga. Hasta me sentí tentada a saltarme los capítulos finales con tal de asegurarme de que todo iría bien. Casi…».
Jen Med's Book Reviews

«**Me ha enganchado desde el primer capítulo hasta el último**. Con un elenco de personajes bien conocidos, el bienvenido regreso de uno de ellos y la inoportuna aparición de otro, **Marsons se ha superado a sí misma**».
Liz Mistry

«Esta es otra apasionante novela de suspense de Angela Marsons. **La historia es tensa, nítida y emocionalmente profunda**».
InReview

«Angela Marsons es, simple y llanamente, la reina de la novela negra. **Cada libro es una obra maestra de la narrativa**».
Reseña en Goodreads

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El ahorcado

Kernick, Simon
9788742813522
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Siete víctimas, tres asesinos y el secreto que los une.

Tres meses después de encontrar los restos de sietes mujeres en

una granja remota en lo que los medios han bautizado como el Campo de Huesos, las víctimas siguen sin ser identificadas.

Un testigo que puede ser clave ha desaparecido. El agente Ray Mason y la detective privada Tina Boyd deben encontrarlo antes de que lo hagan los asesinos.

En una carrera a contrarreloj repleta de cadáveres y traiciones a cada paso, Ray está dispuesto a arriesgarlo todo para dar caza a los culpables.

Pero a veces el precio a pagar es demasiado alto…

«**Brutal, contundente y brillante**».
The Sun ★★★★★

«**Kernick tiene una habilidad envidiable para crear thrillers** policiales de fácil lectura, con **grandes escenas de acción, personajes cautivadores y un argumento sólido**, y "El ahorcado" no es una excepción».
Crime Review ★★★★★

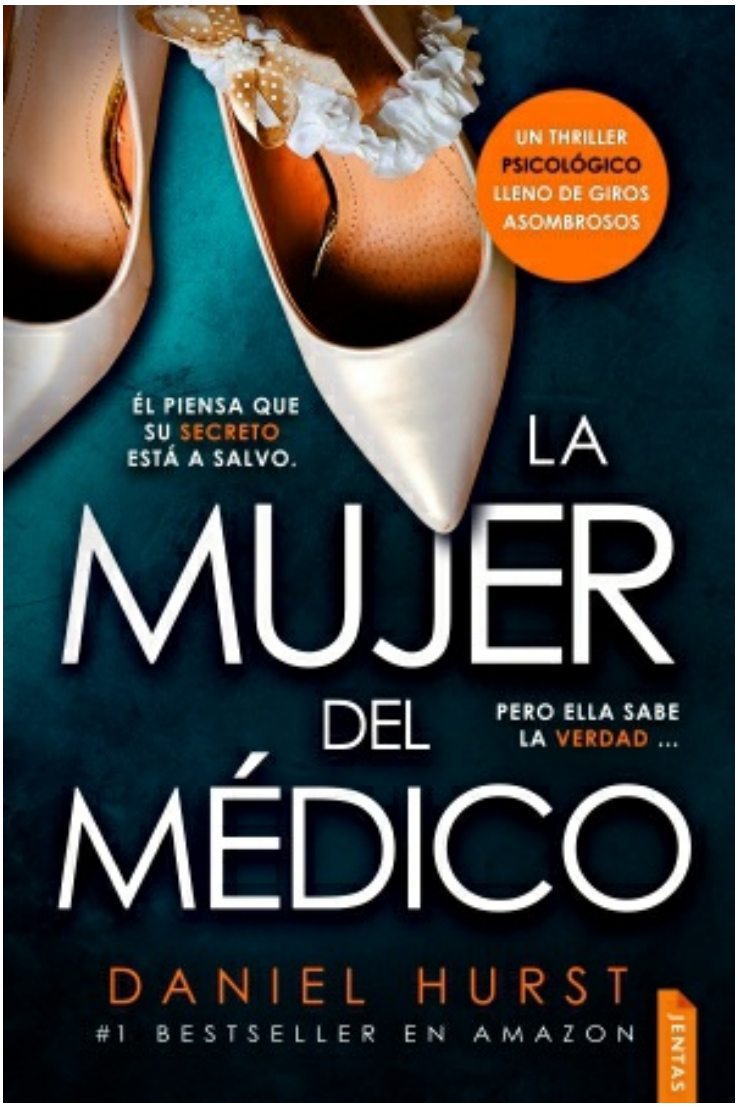
«**Cada vez que leo uno de sus libros, me sumerjo en un viaje sin respiro y sin pausa, repleto de pura acción cargada de adrenalina**…, ¡y me encanta!».
The Crime Warp ★★★★★

«Tiene suficiente **acción** y **suspense** para ser un libro de lo más adictivo».
Sunday Mirror ★★★★★

«**Aumenta el ritmo y la tensión hasta que no puedes más**… **Un thriller policíaco espectacular** que deja margen para seguir la serie».

Sunday Sport ★★★★★

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La mujer del médico

Hurst, Daniel
9788742812716
282

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Él piensa que su secreto está a salvo. Pero ella sabe la verdad… Mi marido es médico. Es inteligente y encantador, y todo el mundo confía en él. Excepto yo. A simple vista, parece que lo tengo todo: el matrimonio perfecto, el marido perfecto, la vida perfecta. Pero nada más lejos de la realidad. El doctor Drew Devlin no es la persona respetable que parece ser. La razón por la que nos mudamos a esta preciosa y antigua propiedad con vistas al mar fue porque necesitábamos dejar atrás nuestro pasado. Debería haber sido un nuevo comienzo para los dos. Sin embargo, he descubierto que ha empezado a mentirme de nuevo. Está usando el poder que le proporciona su trabajo para manipular a las personas y conseguir exactamente lo que quiere, sin importarle a quién hace sufrir. Pero me ha subestimado. Sola en esta casa grande y aislada, he tenido mucho tiempo para pensar en todos sus errores. Y mi marido no tiene ni idea de lo que soy capaz y de lo que está a punto de suceder… "La mujer del médico" es un thriller psicológico lleno de giros asombrosos que te mantendrá leyendo hasta altas horas de la noche.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Cicatrices ocultas

Marsons, Angela
9788742813621
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El cambio transformará su vida…
O supondrá su muerte.

Cuando Jamie Mills, un chico de diecinueve años, aparece colgado de un árbol en un parque local, se determina que su muerte ha sido un suicidio.

Tras un caso desgarrador que dejó su cuerpo y mente destrozados, la inspectora Kim Stone debería reincorporarse al trabajo de manera gradual, pero siente que algo en este caso no encaja, y cuando descubre que los padres de Jamie lo enviaron a una clínica para «curar» su homosexualidad, rápidamente toma las riendas de su equipo.

Las claves para destapar este perturbador caso están detrás de los muros victorianos de la Clínica del Cambio, dirigida por la familia Gardner. Ellos afirman que los pacientes acuden por voluntad propia y son libres de marcharse en cualquier momento. Pero ¿por qué los que han estado allí tienen tanto miedo de hablar sobre lo que sucede tras sus puertas?

Entonces Kim hace un inquietante hallazgo: la directora de la clínica, Celia Gardner, fue enviada allí para someterse a terapia de conversión cuando tenía dieciséis años, y eso la lleva a pensar que no es lo único que ocultan. Pero, todavía recuperándose de las secuelas del caso anterior, ¿tendrá la suficiente fuerza como para desenterrar los oscuros secretos de la familia Gardner y detener a un asesino que parece no haber terminado aún?

«**Sin exagerar, este es el mejor libro que he leído**».
Nigel Adams Bookworm ★★★★★

«¡Madre mía! **Con cada libro** que publica Marsons de **Kim Stone**, pienso que no puede **superar al anterior**, ¡pero **cada vez es MEJOR! Estoy completamente obsesionada**».
firepitandbooks ★★★★★

«**¡Amo a Kim Stone!** Debo admitir que solté un pequeño gritito de emoción cuando lo leí… **Fascinante, emocionante**… ¡Me enganchó desde la primera página! **¡La Reina del Crimen lo ha vuelto a hacer!** ¡Fabuloso, fabuloso, fabuloso!».
Stardust Book Reviews ★★★★★

«¿Por qué me lo hago a mí misma cada vez? ¿Por qué no puedo ser una lectora sensata y **saborear cada frase**? ¿Por qué tengo que **detener el universo, sentarme** en una habitación tranquila, silenciar a los niños y al marido **y devorarlo de una sentada**?».
Bookreviewercakemaker ★★★★★

«**Kim Stone ha vuelto y, madre mía, qué libro. Una historia con muchos fondos y un caso muy complejo y emotivo**».
Jen Med's Book Reviews ★★★★★

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La amante del médico

Hurst, Daniel
9788742813263
300

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La mujer o la amante. ¿Quién se vengará?

Yo era la otra, la amante. Todos me culparon de la muerte del

doctor Drew Devlin, y he pagado el precio por tener una relación con el hombre equivocado.

Lo perdí todo: mis amigos, mi familia, mi casa e incluso mi libertad. **Fern**, la retorcida mujer de Drew, destrozó mi mundo. Y cree que se ha salido con la suya.

Pero se equivoca. Es hora de vengarse. Por mí… y por mi bebé.

La nueva vida de Fern en la costa de Cornualles está a punto de derrumbarse a su alrededor. Estoy decidida a que todos descubran lo que pasó en realidad.

Porque, después de todo, Fern siempre me ha subestimado. Y, para cuando se dé cuenta, será demasiado tarde para la mujer del médico…

« **La mejor trama de la historia.** Por no hablar del final. Fue impactante y me dejó totalmente sin palabras » .

Blue Moon Blogger, ★★★★★

« Trepidante, intenso e imposible de soltar. **Fantástico**. Ha sido un viaje apasionante y he disfrutado de cada segundo » .

KKECReads, ★★★★★

« **El final perfecto para esta serie.** Este thriller psicológico es adictivo y de ritmo rápido. Confía en mí, no te decepcionará » .

@stamperlady50

« Este tercer libro es tan bueno y sorprendente como todos sus otros relatos. Lo he disfrutado mucho. Cinco estrellas » .

B for Bookreview

« Al autor se le dan muy bien los giros inesperados » .

The Book Review Crew

« Los lectores pueden prepararse para otro trepidante, enrevesado y alocado viaje al borde del asiento » .

Totally Addicted To Reading

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)